



— ONIRIX EDITORIAL —

UNIVERSO



DYSARA

— CRÓNICAS DE ERYNDOR —



ERADAN DE VALANDOR

UNA SAGA DE HONOR, MEMORIA Y DESTINO

— TOMO I —

EL LEGADO DE AETHAR

“Toda verdad
comienza con
una pregunta.”

— EL PRIMER CICLO DE ERYNDOR —



— CANON NARRATIVO OFICIAL —

ERADAN DE VALANDOR

Tomo I — El Legado de Aethar

Michel Onirix

PRÓLOGO

El último verano de la paz

Hubo un tiempo en que los hombres creyeron que la guerra había aprendido a dormir. Durante casi cuarenta años los caminos permanecieron abiertos: las caravanas atravesaban los puertos de montaña sin escoltas, las campanas de las aldeas anunciaban cosechas en lugar de invasiones, y los niños crecían escuchando historias de héroes antiguos, convencidos de que pertenecían a un pasado remoto del que solo sobrevivían las canciones. Los viejos sonreían al oírlos, porque sabían lo que los jóvenes aún no habían aprendido: que la paz jamás hace desaparecer la guerra, apenas consigue que oculte el rostro durante una generación.

El continente de Aldor respiraba esa calma frágil. Al occidente, los bosques interminables de Valandor extendían su manto verde hasta perderse entre colinas y montañas coronadas de nieve, y sus ríos descendían cristalinos desde las cumbres para alimentar ciudades de piedra blanca, donde el hierro se forjaba con la misma devoción con la que los monjes copiaban antiguos manuscritos. Los mercaderes decían que ningún reino producía mejores espadas; los sabios respondían, con esa paciencia de quien ha visto caer imperios, que la verdadera fortaleza de Valandor nunca había sido el acero, sino la palabra empeñada.

Al otro lado de la Gran Estepa se levantaba Erador. Las crónicas lo describían como un reino salvaje. Las crónicas mentían, como suelen hacerlo cuando las escribe el vencedor: no existía pueblo que naciera amando la guerra. Las montañas orientales, antaño ricas en minerales, habían agotado sus vetas; los inviernos se hicieron más largos, los campos comenzaron a secarse, y las aldeas abandonadas fueron multiplicándose hasta que el hambre terminó ocupando el lugar de las leyes. Porque cuando la tierra deja de alimentar a sus hijos, los hombres buscan alimento en la tierra de otros. Así comienzan casi todas las guerras: no por odio, sino por necesidad. El odio llega después, cuando ya nadie recuerda la causa verdadera —y se queda, mucho después de que la necesidad haya sido saciada o olvidada.

Mientras los reyes discutían tratados y los comerciantes seguían contando monedas, algo más antiguo despertaba bajo las ruinas olvidadas del mundo. Los monjes de los monasterios del norte hablaban de manuscritos desaparecidos. Los pastores aseguraban haber visto luces recorriendo las montañas durante la noche. Los pescadores juraban que el mar devolvía objetos imposibles, labrados por manos pertenecientes a pueblos cuyo nombre ya no figuraba en ninguna crónica. Los ancianos, en cambio, guardaban silencio: reconocían aquellas señales, las habían leído siendo niños en libros que ya nadie consultaba, y sabían —aunque no lo dijeran en voz alta— que cuando los hombres olvidan quiénes son, la historia comienza a repetirse. Y la historia nunca repite sus errores con menor violencia.

En el corazón de Valandor, muy lejos de las fronteras donde empezaban a reunirse los ejércitos, un anciano observaba las estrellas desde la torre derruida de un antiguo observatorio. Llevaba décadas esperando aquella noche. Las constelaciones ocupaban, al fin, exactamente el lugar anunciado por una profecía casi extinguida. Cerró lentamente el libro que descansaba entre sus manos —sus páginas, amarillentas por los siglos, conservaban una única frase escrita en una lengua olvidada— y la tradujo en voz baja, como si temiera que el mundo entero pudiera escucharlo:

Cuando el Hierro vista de negro y el Trueno cabalque bajo la Luna, el destino de los hombres volverá a escribirse.

El anciano levantó la vista hacia el horizonte. En algún lugar, sin saberlo todavía, un capitán dormía confiado junto a sus hombres. Un caballo negro pastaba bajo los robles. Y la guerra acababa de emprender el primero de sus incontables pasos.

CAPÍTULO I

El Caballero Negro

El alba nació envuelta en brumas. Desde las murallas orientales de Thalendor, la llanura parecía un océano inmóvil donde las islas eran robledales centenarios y las colinas apenas rompían el horizonte. El rocío cubría los pastizales con un brillo de plata, y durante unos instantes el mundo conservó la serenidad de los días que todavía ignoran la llegada de la tormenta.

Las campanas de la fortaleza sonaron tres veces. No llamaban a la oración. Llamaban a las armas.

En los patios del castillo, los escuderos corrían entre filas de caballos mientras los herreros daban los últimos golpes sobre remaches al rojo vivo. El olor del hierro, del cuero recién engrasado y del humo de las fraguas llenaba el aire, y ningún hombre hablaba más de lo necesario: las órdenes viajaban rápidas, breves, precisas. Todos sabían que el enemigo había cruzado la frontera. Nadie sabía cuántos eran.

En medio de aquella actividad apareció un caballo negro. Su pelaje absorbía la luz de la mañana; solo los ojos, intensos y vigilantes, parecían devolver un reflejo azul oscuro. Caminaba con una calma impropia de un animal criado para la guerra, como si cada paso obedeciera a una voluntad antigua, y los soldados interrumpían su trabajo para observarlo. No admiraban únicamente al caballo. Esperaban al hombre que lo montaba.

Eradan atravesó el portón de la fortaleza con el casco bajo el brazo. Su armadura pavonada, oscura y sin adornos innecesarios, había dado origen a innumerables historias: algunos afirmaban que el hierro había sido forjado con un metal caído del cielo, otros aseguraban que ningún arma podía atravesarlo. Él jamás alimentó aquellas leyendas. Sabía que el acero protegía el cuerpo. Nunca el destino.

Su rostro mostraba la serenidad de quien había contemplado demasiados campos de batalla para dejarse impresionar por uno más. No era un hombre viejo, pero la guerra había comenzado a escribir pequeñas líneas junto a sus ojos, y en ellos no había dureza, sino una tristeza silenciosa, nacida de recordar el nombre de cada soldado que no había regresado. Mientras avanzaba entre sus hombres, ninguno inclinaba la cabeza por obligación. Lo hacían por respeto.

—Capitán.

—Mi capitán.

—Buen día, señor.

Él respondía a todos por igual. Conocía a la mayoría por su nombre, preguntaba por las familias, por los hijos, por las cosechas, porque sabía algo que muchos comandantes tardaban una vida entera en aprender: la obediencia se compra con el miedo, pero la lealtad solo nace del respeto compartido.

Al llegar a la plaza de armas encontró a un joven escudero luchando por ajustar la cincha de un caballo nervioso. El animal se encabritó y el muchacho cayó de espaldas entre las risas de algunos veteranos. Eradan levantó una mano y las risas cesaron al instante. Se acercó al joven, le ofreció el brazo para ayudarlo a ponerse de pie y tomó las riendas del caballo. No recurrió a la fuerza. Apoyó la frente contra el hocico del animal y permaneció inmóvil unos segundos, hasta que el caballo dejó de resistirse.

—Los caballos huelen el miedo antes de verlo en los ojos —dijo con una sonrisa serena—. No luches contra él. Dale un motivo para confiar.

El muchacho asintió, avergonzado.

—Perdón, capitán.

—No me pidas perdón por aprender. Pídemelo el día que dejes de intentarlo.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire. Algunos veteranos desviaron la mirada; habían servido junto a Eradan durante años y sabían que esa era la razón por la que lo seguirían hasta el fin del mundo. No era el mejor espadachín del reino. Era algo mucho más difícil de encontrar. Era un hombre justo.

En ese instante, un cuerno de guerra resonó desde la torre oriental. Un jinete cruzó el puente levadizo cubierto de polvo, con el caballo respirando con violencia y el estandarte del puesto fronterizo de Calarand aún atado a la lanza. El silencio cayó sobre el patio. El mensajero descendió casi sin fuerzas y caminó hasta Eradan.

—Capitán... —dijo entre jadeos—. Han llegado.

Eradan sostuvo su mirada.

—¿Cuántos?

El hombre tragó saliva.

—Demasiados.

Un viento frío descendió desde las montañas y las banderas de Valandor comenzaron a agitarse con fuerza. Muy lejos, donde el bosque de Calarand se fundía con la inmensa llanura oriental, miles de lanzas avanzaban bajo el mismo cielo. Y la historia, que durante cuarenta años había permanecido en silencio, volvió a empuñar la espada.

El mensajero apenas se sostenía en pie. Uno de los escuderos le ofreció agua mientras otro sujetaba el caballo, cuya espuma caía sobre las piedras del patio: el animal había sido llevado más allá de sus fuerzas. Eradan tomó el pergamino lacrado que el jinete llevaba sujeto al cinturón y reconoció de inmediato el sello del vigía de la Torre de Arlen, el primer puesto fortificado que custodiaba la frontera oriental. Rompió el lacre. Leyó en silencio, una sola vez. Después volvió a leerlo. Su expresión no cambió, pero quienes lo conocían comprendieron que aquellas pocas líneas pesaban más que una armadura.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó uno de los oficiales.

Eradan levantó lentamente la vista.

—Han cruzado el río Elar.

Un murmullo recorrió el patio. El Elar no era solo un río; desde hacía generaciones era el límite entre dos mundos. Mientras sus aguas permanecieran intactas, Valandor dormía tranquila. Cruzarlo significaba declarar la guerra.

—¿Cuántos? —insistió otro oficial.

Eradan guardó el pergamino.

—Los exploradores dejaron de contarlos cuando superaron los diez mil.

El silencio se volvió más pesado que el hierro. Uno de los veteranos apretó con fuerza el mango de su espada; otro hizo la señal de la antigua bendición de los viajeros; los más jóvenes

intercambiaron miradas inquietas. El miedo tiene muchas formas: algunos lo esconden hablando, otros callando. Eradan conocía ambas.

Una hora después, el salón del consejo estaba reunido. Sobre una enorme mesa de roble descansaba el mapa del reino —montañas, ríos, fortalezas, bosques, caminos comerciales—, y cada línea representaba años de trabajo, generaciones enteras levantando un país piedra sobre piedra. Qué sencillo parecía destruirlo.

El comandante de exploradores señaló la frontera.

—No avanzan desordenados. Traen ingenieros, máquinas de asedio, carros de suministros. Es una invasión preparada desde hace años.

Uno de los nobles golpeó la mesa.

—¡Debimos atacar primero!

Otro respondió de inmediato.

—¿Invadir un reino sin declaración de guerra? Nos habríamos convertido en aquello que despreciamos.

La discusión creció y las voces comenzaron a superponerse. Eradan permanecía en silencio, mirando el mapa. No veía caminos. Veía hombres. Cada pequeña bandera representaba cientos de vidas.

El rey Arathor observó al capitán.

—¿Qué opinas?

Toda la sala quedó en silencio. Eradan tardó unos segundos en responder.

—Si hubieran querido saquear la frontera, ya lo habrían hecho. No vienen por nuestras aldeas. Vienen por Valandor.

Uno de los generales negó con la cabeza.

—Ningún ejército podría mantener un asedio tan lejos de sus fronteras.

Eradan apoyó un dedo sobre las rutas comerciales.

—Podrá hacerlo si convierte nuestras ciudades en sus almacenes.

Nadie respondió. Era evidente: cada ciudad conquistada alimentaría la siguiente campaña, y la guerra terminaría sosteniéndose con las riquezas del propio reino invadido.

Arathor respiró lentamente.

—¿Qué propones?

Eradan levantó la vista.

—No debemos esperar detrás de las murallas. Hay que detenerlos antes de que crucen el bosque de Calarand.

El nombre quedó suspendido en el aire. Todos conocían aquel bosque —colinas suaves, robles inmensos, senderos estrechos—: perfecto para tender emboscadas, perfecto para caer en una.

Al terminar el consejo, Eradan salió solo hacia las caballerizas. Necesitaba silencio. Fulgur levantó la cabeza apenas sintió sus pasos, y el capitán apoyó una mano sobre el cuello del animal sin decir nada durante un largo rato: había aprendido que el silencio también podía ser una conversación. Después habló en voz baja.

—Otra vez, amigo.

Fulgur resopló con suavidad. Eradan sonrió apenas.

—Si pudiéramos elegir... ¿elegiríamos otra vida?

El caballo permaneció inmóvil. El capitán acarició la crin oscura.

—Tal vez sí. Una granja. Una casa. Una mujer. Niños corriendo entre los árboles. El olor del pan recién horneado. Una vida sencilla.

Permaneció en silencio. Aquella imagen tenía una fuerza inesperada, y por un instante deseó que fuera real. Sintió algo extraño. No era miedo. Era cansancio —un cansancio antiguo, el de los hombres que empiezan a preguntarse cuántas guerras necesita el mundo para comprender que ninguna guerra resuelve aquello que la provocó.

Cerró los ojos.

¿Qué deseo realmente?

La pregunta apareció con una claridad desconcertante.

¿Seguir luchando?

No.

¿Volver a matar?

No.

¿Ser recordado?

Tampoco.

Entonces comprendió que había estado haciéndose la pregunta equivocada. No importaba qué deseaba. Importaba qué debía hacer.

Abrió lentamente los ojos. Frente a él, Fulgur lo observaba con la misma calma de siempre. Eradan apoyó la frente sobre la del caballo.

—Hay hombres que nacen para cultivar la tierra. Otros levantan puentes. Otros escriben libros que sobreviven a los siglos. Yo habría querido una de esas vidas. Pero no me fue concedida.

Se apartó unos pasos y miró el horizonte. Las últimas luces del día teñían de oro las murallas de Thalendor.

—No elegimos el tiempo en que vivimos. Solo elegimos cómo respondemos a él.

Montó de un solo movimiento. El peso de la armadura pareció desaparecer. El Caballero Negro volvió a ser el comandante, y el hombre quedó atrás —al menos por esa noche.

A la mañana siguiente partiría hacia el bosque de Calarand. Ignoraba que, antes de volver a contemplar aquellas murallas, tendría que perderlo casi todo.

CAPÍTULO II

El Camino hacia Valandor

I. La despedida

La madrugada llegó envuelta en una bruma tenue que cubría los campos de Arven. El rocío reposaba sobre los trigales y el primer canto de los mirlos anunciaba un día que cambiaría una vida.

Eradan llevaba despierto mucho antes del amanecer. No había logrado dormir. La mochila, preparada la noche anterior, descansaba junto a la puerta de la casa: era humilde, un cambio de ropa, una manta de lana, un cuaderno de hojas en blanco, una pluma, un pequeño cuchillo de trabajo que había pertenecido a su abuelo y un trozo de pan envuelto en un paño. Nada más.

Su madre ya alimentaba el fuego del hogar, y el aroma del pan recién horneado se mezclaba con el de una infusión de tomillo y melisa. Durante un largo rato ninguno habló. El silencio no resultaba incómodo: era la última conversación de quienes todavía no encontraban palabras capaces de contener una despedida.

Finalmente fue ella quien lo rompió.

—Siempre imaginé este día.

Eradan levantó la vista.

—¿Y cómo lo imaginabas?

Ella sonrió con una mezcla de orgullo y melancolía.

—Más lejano.

Su padre entró desde el taller llevando un pequeño objeto envuelto en un paño de lino. No era una espada. Ni una medalla. Ni una reliquia familiar. Era una sencilla talla de madera de olmo, suavizada por el paso de los años, que representaba una semilla abierta de la que brotaba un tallo diminuto. Eradan la contempló con curiosidad, siguiendo con los dedos una superficie donde las vetas formaban dibujos que recordaban el curso de pequeños ríos.

—La tallé cuando naciste —dijo su padre—. Pensé entregártela el día en que comenzaras a caminar por un sendero que ya no pudiera recorrer contigo.

—¿Qué significa?

Su padre miró por la ventana hacia los campos todavía cubiertos de niebla.

—Que la fuerza de un árbol nunca nace en sus ramas. Nace donde casi nadie mira. En las raíces. —Guardó un breve silencio antes de añadir—: Habrá lugares donde intentarán decirte quién debes ser. Escucha con respeto, aprende cuanto puedas, pero nunca permitas que el ruido del mundo apague la voz de tus raíces.

Eradan cerró la mano sobre la pequeña talla, aún sin saber cuántas veces recordaría aquellas palabras.

Su madre se acercó y acomodó el cuello de su capa con la misma delicadeza con que lo hacía cuando era niño. Después sostuvo su rostro entre las manos.

—No deseo que regreses convertido en el mejor guerrero. Ni en el hombre más sabio. Deseo que regreses convertido en alguien que nunca necesite avergonzarse de las decisiones que tomó cuando nadie lo estaba mirando.

Eradan sintió un nudo en la garganta. Comprendió que aquel consejo valía más que cualquier enseñanza sobre las armas.

Cuando el horizonte comenzó a teñirse de oro, los tres caminaron juntos hasta el viejo puente de piedra que marcaba el límite de la aldea. Era una costumbre antigua: las familias acompañaban a los viajeros hasta allí, pero más allá del puente cada camino debía comenzar en soledad. Antes de despedirse, su padre apoyó una mano sobre su hombro.

—Escucha mucho. Habla poco. Y nunca desprecies una pregunta por parecer demasiado sencilla. Las preguntas pequeñas suelen abrir las puertas más grandes.

Su madre añadió, con una sonrisa serena:

—Y escribe. Aunque creas que nadie leerá esas páginas. La memoria también necesita testigos.

Eradan miró el cuaderno que llevaba en la mochila. Todavía estaba completamente en blanco, y sin saberlo transportaba mucho más que unas cuantas hojas: transportaba todas las historias que aún no había vivido.

Cruzó el puente. No volvió la cabeza enseguida; sabía que, si lo hacía demasiado pronto, le costaría seguir caminando. Solo después de recorrer un buen trecho se detuvo. Sus padres continuaban allí. No levantaban los brazos. No gritaban. Simplemente permanecían juntos, observándolo con el mismo amor con que, muchos años atrás, lo habían visto dar sus primeros pasos.

Eradan llevó la mano hasta la pequeña semilla de madera que ahora colgaba de su cuello. Respiró hondo. El viento agitó los trigales como si el campo entero se inclinara para despedirlo. Entonces reanudó la marcha.

II. El primer sendero

El camino hacia Valandor serpenteaba entre suaves colinas cubiertas de robles y praderas donde pastaban rebaños dispersos. Por primera vez en su vida, Eradan caminaba sin saber exactamente dónde terminaría la jornada, y aquella incertidumbre no lo inquietaba: lo llenaba de una emoción difícil de nombrar. Cada curva parecía esconder una posibilidad. Cada horizonte prometía un mundo distinto del que había conocido en Arven.

A media mañana se cruzó con un anciano que avanzaba lentamente empujando un pequeño carro cargado de herramientas. El hombre saludó con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, muchacho.

—Buenos días.

Caminaron unos metros en silencio antes de que el anciano preguntara:

—¿Vas muy lejos?

—A Valandor.

El viejo sonrió.

—Entonces procura no caminar demasiado deprisa.

Eradan lo miró sorprendido.

—¿No debería llegar cuanto antes?

El hombre dejó escapar una breve risa.

—Los jóvenes siempre creen que el destino está al final del camino. Los viejos sabemos que suele esconderse a los costados.

Antes de continuar, arrancó una pequeña flor azul que crecía entre las piedras y la sostuvo unos segundos.

—¿Ves esta flor? Mañana quizá ya no esté. Muchos pasarán por aquí sin verla jamás. No porque sea invisible. Porque caminan mirando demasiado lejos.

El anciano dejó nuevamente la flor donde estaba, se despidió con un gesto y continuó su marcha. Eradan permaneció inmóvil unos instantes. Después comenzó a observar el camino con otros ojos: descubrió mariposas ocultas entre los arbustos, escuchó el murmullo de un arroyo que antes había pasado inadvertido, vio las huellas recientes de un ciervo junto al barro. Un halcón describía amplios círculos sobre el valle. El mundo parecía haberse vuelto más grande en apenas unos minutos.

Al caer la tarde encontró un viejo roble junto a un arroyo cristalino y decidió pasar allí la noche. Encendió un pequeño fuego, compartió el pan que llevaba consigo y llenó su cantimplora con agua fresca. Cuando las dos lunas comenzaron a elevarse sobre el horizonte, abrió por primera vez el cuaderno. La hoja en blanco permaneció largo rato frente a él: no sabía qué escribir. Finalmente tomó la pluma y dejó una única frase:

Hoy aprendí que un camino no solo sirve para llegar a un lugar. También enseña a mirar.

Sopló suavemente sobre la tinta hasta que se secó, cerró el cuaderno y contempló el cielo. Miles de estrellas cubrían la bóveda nocturna. Le parecieron infinitas.

Ignoraba que, muchos años después, algunas de aquellas constelaciones lo conducirían hasta Asteria. Ignoraba que aquel sencillo cuaderno terminaría conteniendo el relato del viaje que transformaría la historia de Dysara. Y, sobre todo, ignoraba que la enseñanza más importante del día no había surgido de un maestro famoso, sino que había nacido junto a un sendero, gracias a un hombre cuyo nombre nunca conocería. Porque el conocimiento, descubriría con el tiempo, acostumbra presentarse con humildad. Y casi siempre llega disfrazado de encuentro casual, esperando que alguien tenga la serenidad suficiente para reconocerlo.

CAPÍTULO III

Las Puertas de Valandor

El camino ascendía entre colinas cubiertas por robles centenarios. A medida que Eradan avanzaba, el aire se volvía más fresco y el murmullo del valle quedaba atrás. Al doblar un recodo, la vio por primera vez.

Valandor.

No se alzaba sobre una montaña inaccesible ni estaba rodeada de torres desmesuradas. La fortaleza parecía formar parte de la roca, construida para perdurar más que para impresionar, y sus murallas transmitían serenidad antes que amenaza. Por encima de ellas ondeaba un estandarte blanco con un árbol de raíces profundas y ramas abiertas hacia el cielo.

Eradan recordó las palabras de su padre. La fuerza de un árbol comienza donde nadie mira. Sintió que aquel símbolo no era una casualidad.

Frente al portón principal aguardaban otros jóvenes. Algunos provenían de familias nobles; otros, de aldeas tan humildes como la suya. Había quienes hablaban con entusiasmo de espadas y torneos, y otros que ocultaban el miedo tras una sonrisa. Las enormes puertas permanecían cerradas. Nadie parecía tener prisa por abrirlas.

Cuando el sol alcanzó el punto más alto del cielo, un anciano vestido con una sencilla túnica gris apareció desde el interior. No llevaba armadura. No portaba espada. Solo un bastón de madera pulida. Los muchachos se miraron con desconcierto: ¿aquel era un sirviente? El anciano los observó uno por uno y preguntó con voz tranquila:

—¿Quién de vosotros ha venido para convertirse en el mejor guerrero de Dysara?

Casi todas las manos se alzaron. Eradan dudó unos instantes, recordó la despedida de su madre, y no levantó la suya. El anciano lo advirtió, aunque no dijo nada. Después formuló una segunda pregunta.

—¿Y quién ha venido para aprender a servir a los demás, aunque nadie llegue a conocer su nombre?

Esta vez el silencio fue casi absoluto. Solo Eradan levantó lentamente la mano. El anciano sonrió apenas, una sonrisa que parecía esconder siglos de experiencia.

—Entonces todavía hay esperanza.

Las puertas comenzaron a abrirse. Al cruzarlas, Eradan esperaba encontrar un patio de entrenamiento. Encontró un huerto. Monjes y escuderos trabajaban la tierra; más allá, otros reparaban un techo; un grupo copiaba manuscritos en la biblioteca; en la enfermería, varios jóvenes atendían a un anciano herido. No se oía el choque de las espadas. Solo el sonido del trabajo.

Eradan frunció el ceño. Aquello no se parecía en nada a la imagen que había imaginado durante el viaje.

El anciano volvió a hablar.

—Muchos llegan creyendo que Valandor enseña a combatir. Se equivocan. Primero enseñamos a construir. Porque quien nunca ha construido nada ignora realmente lo que significa destruirlo.

Ninguno de los jóvenes respondió. Comprendieron que la primera lección acababa de comenzar.

Mientras avanzaban por el recinto, Eradan levantó la vista y descubrió un árbol gigantesco en el centro del patio, de tronco tan ancho que harían falta diez hombres para rodearlo, cuyas ramas

cubrían buena parte de la fortaleza con una sombra tranquila. El anciano apoyó la mano sobre la corteza.

—Este es el Árbol de las Voces. Fue plantado hace tantos siglos que nadie recuerda el nombre de quien enterró la primera semilla. Sin embargo, todos recuerdan el gesto. Los hombres pasan. Los principios permanecen.

Eradan apoyó la mano sobre el tronco. La corteza estaba tibia por el sol, y por un instante tuvo la extraña sensación de que aquel árbol había contemplado miles de historias y aún guardaba silencio para escuchar una más.

Al caer la tarde, los nuevos escuderos recibieron sus habitaciones. Eran austeras: una cama, una mesa, una silla, un estante para libros. Nada más. Uno de los jóvenes protestó en voz baja:

—Esperaba algo mejor.

El anciano, que lo había oído, respondió con calma:

—Quien necesita lujo para sentirse importante nunca encontrará aquí lo que ha venido a buscar.

Aquella noche, antes de apagar las lámparas, una campana sonó tres veces. Todos salieron al patio. Bajo el Árbol de las Voces, los caballeros y los escuderos permanecieron en silencio mirando el cielo estrellado. Nadie habló durante varios minutos. Finalmente, el anciano dijo:

—Cada jornada termina igual. Recordando que, por encima de nuestros deberes, existe un universo inmenso que nos invita a la humildad.

Solo entonces comprendió Eradan que Valandor no formaba guerreros. Formaba guardianes de la conciencia. Y mientras contemplaba las estrellas, sin saberlo, dio el primer paso hacia el destino que cambiaría la historia de Dysara para siempre.

CAPÍTULO IV

El Año de las Manos Vacías

La campana sonó cuando el cielo aún conservaba las últimas estrellas. Eradan abrió los ojos de inmediato. La habitación permanecía en penumbra, y durante un instante recordó el calor del hogar de su infancia y el aroma del pan que preparaba su madre. Después escuchó los pasos de los demás escuderos en el pasillo. Su nueva vida había comenzado.

Ninguno recibió una espada. En su lugar, el anciano de la túnica gris entregó a cada uno un delantal de lino, un par de guantes de cuero y una pequeña libreta de hojas en blanco. Los muchachos se miraron con desconcierto, hasta que uno de ellos rompió el silencio.

—¿Cuándo comenzará el entrenamiento?

El anciano respondió con serenidad.

—Ya ha comenzado.

Durante los primeros meses, Eradan trabajó en la cocina. Aprendió a preparar alimentos para cientos de personas y descubrió que un ejército no marchaba gracias a los héroes, sino gracias a quienes se levantaban antes del amanecer para encender los hornos, moler el grano y repartir el pan. Una mañana derramó accidentalmente una enorme olla de sopa. Esperó un castigo. El cocinero simplemente le entregó un paño.

—Límpiala. Y mañana intentarás hacerlo mejor.

Aquella lección le enseñó que los errores no siempre necesitan humillación; muchas veces necesitan responsabilidad.

Llegó después el tiempo de las caballerizas. Durante semanas limpió establos, cepilló caballos y aprendió a reconocer el cansancio de un animal antes de que este mostrara señales de agotamiento. El maestro de establos repetía siempre la misma frase:

—Quien trata con dureza a un animal terminará tratando igual a las personas.

Eradan jamás la olvidó.

Más tarde fue destinado a la enfermería, y aquello resultó mucho más difícil. Vio heridas profundas. Escuchó el llanto de quienes habían perdido a un ser querido. Sostuvo la mano de un anciano durante sus últimos instantes de vida, y aquella noche apenas pudo dormir. Comprendió que aliviar el sufrimiento exigía un valor distinto al de enfrentarse a un enemigo.

Cuando llegó su turno en la biblioteca, creyó que sería el destino más sencillo. Se equivocó. Los Custodios le enseñaron a copiar manuscritos letra por letra: no estaba permitido alterar una sola palabra.

—Una idea puede sobrevivir mil años si alguien la copia con fidelidad —le explicó un escriba—. También puede perderse para siempre por una sola línea escrita con descuido.

Eradan comprendió que el conocimiento requería la misma disciplina que el combate.

Al finalizar cada jornada, los escuderos se reunían bajo el Árbol de las Voces. No para hablar. Para escuchar. El viento atravesaba las hojas produciendo un murmullo suave. Uno de los jóvenes preguntó una vez:

—¿Por qué permanecemos aquí sin decir nada?

El anciano respondió:

—Porque un hombre que nunca aprende a escuchar el silencio difícilmente escuchará el corazón de otra persona.

Los meses transcurrieron. Algunos muchachos abandonaron la Orden, alegando que habían venido para convertirse en guerreros, no en sirvientes. Nadie intentó detenerlos. Cuando uno de los escuderos preguntó por qué los dejaban marchar, el anciano respondió:

—Porque una vocación nunca puede imponerse. El servicio solo tiene valor cuando nace de una decisión libre.

Una tarde, Eradan observó a un anciano jardinero arrodillado junto a un rosál. Llevaba horas cuidando una planta que apenas comenzaba a florecer.

—¿Por qué dedica tanto tiempo a una sola flor? —preguntó.

El jardinero sonrió.

—Porque algún día alguien pasará por este sendero con el corazón lleno de tristeza. Tal vez esta flor le recuerde que la belleza todavía existe.

Eradan permaneció largo rato en silencio. Nunca había pensado que un acto tan pequeño pudiera tener un efecto tan profundo.

Al cumplirse un año desde su llegada, los escuderos fueron convocados al patio central. Todos esperaban recibir, por fin, una espada. El anciano caminó lentamente entre ellos y preguntó:

—¿Qué habéis aprendido?

Uno respondió:

—A cocinar.

Otro:

—A cuidar caballos.

Un tercero habló de la biblioteca. Eradan reflexionó unos instantes antes de responder.

—He aprendido que una espada puede defender un reino durante un día. Pero quienes alimentan, curan, enseñan y construyen lo sostienen durante generaciones.

El anciano lo miró con orgullo. Por primera vez desde su llegada, inclinó levemente la cabeza.

—Ahora estás preparado para tocar una espada. No porque hayas aprendido a luchar. Sino porque has comprendido qué merece ser defendido.

Aquella tarde, mientras el sol descendía detrás de las montañas de Valandor, los escuderos entraron por primera vez en la Sala de las Espadas. No sintieron entusiasmo. Sintieron respeto. Y Eradan comprendió que el verdadero acero que la Orden había comenzado a forjar no era el de las hojas. Era el de su carácter.

CAPÍTULO V

El Maestro de las Siete Sendas

El invierno llegó a Valandor sin anunciarse. Una fina capa de nieve cubría los tejados de piedra y el gran Árbol de las Voces permanecía inmóvil, desnudo de hojas, esperando la primavera con la paciencia de quien conoce el paso de las estaciones.

Los escuderos llevaban más de un año en la fortaleza. Sus manos ya mostraban las huellas del trabajo, sus cuerpos eran más fuertes, pero los Maestros afirmaban que aquello apenas era el comienzo.

Aquella mañana, la campana sonó una sola vez —una señal poco frecuente— y todos los escuderos fueron convocados al Patio del Alba. En el centro esperaba un hombre de cabello completamente blanco, vestido con una túnica azul oscuro. No llevaba espada. Ni bastón. Su presencia imponía respeto sin necesidad de pronunciar una palabra.

Los muchachos aguardaron en silencio mientras el anciano observaba lentamente cada rostro. Finalmente habló.

—Mi nombre es Nael. No he venido a enseñaros a vencer enemigos. He venido a enseñaros a no convertirlos en uno.

Los jóvenes intercambiaron miradas: aquella frase resultaba desconcertante. Nael continuó.

—Todo ser humano libra dos batallas. La primera ocurre frente a él. La segunda ocurre dentro de él. La primera puede ganarse con fuerza. La segunda solo puede ganarse con conciencia. Y quien pierde la segunda, tarde o temprano perderá también la primera.

Comenzó entonces la primera lección. Nael trazó siete círculos sobre la tierra con una rama de fresno.

—Estos son los caminos de Valandor. No se recorren en orden. Se recorren durante toda la vida.

Señaló el primer círculo.

La Senda del Cuerpo

—Un cuerpo fuerte sostiene una mente despierta. No entrenéis para impresionar. Entrenad para servir cuando otros dependan de vuestra fortaleza.

Segundo círculo.

La Senda de la Mente

—Leed más de lo que habláis. Preguntad más de lo que afirmáis. La ignorancia más peligrosa es la que se cree sabia.

Tercer círculo.

La Senda de la Conciencia

—Cuando nadie os vea... ahí comenzará vuestro verdadero examen.

Cuarto círculo.

La Senda del Servicio

—El privilegio de mandar solo pertenece a quien primero aprendió a obedecer. Y solo merece obediencia quien nunca dejó de servir.

Quinto círculo.

La Senda de la Naturaleza

Nael recogió un copo de nieve sobre la manga de su túnica y lo contempló unos segundos antes de que se derritiera.

—La naturaleza no desperdicia nada. Solo el orgullo humano cree estar por encima de ella. Aprended del río. Del bosque. Del viento. Ellos enseñan sin pronunciar una sola palabra.

Sexto círculo.

La Senda del Silencio

Nadie habló. Pasó un minuto entero. Después otro. Algunos escuderos comenzaron a sentirse incómodos. Entonces Nael rompió el silencio.

—¿Veis? Muchos soportan el ruido. Muy pocos soportan escucharse a sí mismos.

Séptimo círculo.

La Senda de las Estrellas

El anciano levantó la vista hacia el cielo invernal.

—Cada noche contempláis las estrellas. Un día vuestros descendientes caminarán entre ellas. No permitáis que lleguen con un corazón más pequeño que el universo que descubrirán.

Eradan sintió un escalofrío. No sabía por qué aquellas palabras parecían dirigidas a un futuro imposible.

Antes de retirarse, Nael tomó una pequeña piedra del suelo y la sostuvo entre sus dedos.

—¿Qué pesa más? ¿Esta piedra... o una mentira?

Nadie respondió.

—La piedra caerá al suelo. La mentira puede caer sobre generaciones enteras. Por eso un Caballero de Valandor cuida sus palabras con el mismo celo con que cuida su espada.

Aquella noche, Eradan escribió por primera vez en el cuaderno que había recibido al llegar a la fortaleza. Solo anotó una frase:

El enemigo más difícil de vencer no espera detrás de una muralla. Espera cada mañana dentro de mí.

Después cerró el cuaderno, sin saber que, con el paso de los años, aquel pequeño cuaderno sería conocido como Los Cuadernos de Eradan, estudiados por los Custodios como el testimonio íntimo de un hombre que nunca dejó de aprender.

Mientras todos dormían, Nael permaneció bajo el Árbol de las Voces. Otro Maestro se acercó.

—¿Crees que alguno de ellos llegará a ser un Gran Caballero?

Nael observó la ventana donde aún brillaba la lámpara de Eradan y sonrió apenas.

—No lo sé. Pero hay algo que sí sé: los grandes caballeros no son aquellos que nunca caen. Son aquellos que, después de cada caída, regresan con más humildad que orgullo.

El viento atravesó las ramas desnudas del árbol. Nael cerró los ojos, y en el silencio creyó escuchar una verdad antigua:

La espada protege el reino. La conciencia protege a quien empuña la espada.

Y comprendió que la verdadera misión de Valandor nunca había sido formar guerreros. Había sido formar seres humanos capaces de sostener la paz cuando todos los demás solo vieran el camino de la guerra.

CAPÍTULO VI

La Espada sin Nombre

La primavera regresó a Valandor. Los primeros brotes cubrían nuevamente las ramas del Árbol de las Voces y el deshielo alimentaba los arroyos que descendían desde las montañas. Habían pasado casi dos años desde la llegada de Eradan.

Aquella mañana, la campana sonó siete veces. Nadie recordaba haber escuchado esa secuencia. Los escuderos comprendieron que algo importante estaba por suceder.

Fueron conducidos a una sala que permanecía cerrada desde su llegada. No tenía adornos. Ni estandartes. Ni armaduras exhibidas como trofeos. Solo largas hileras de espadas descansaban sobre soportes de madera oscura. No brillaban: el acero estaba cuidadosamente mantenido, pero ninguna hoja buscaba impresionar. Parecían herramientas. No símbolos de gloria.

El Gran Maestre Aldren entró en silencio. Era la primera vez que Eradan lo veía tan de cerca. Su cabello gris caía hasta los hombros, y su mirada transmitía calma —no la calma de quien nunca había combatido, sino la de quien había sobrevivido a demasiadas guerras.

Aldren recorrió lentamente la sala. Después habló.

—Muchos creen que un caballero recibe una espada. Se equivocan. Lo que recibe es una responsabilidad.

Tomó una espada del soporte y la sostuvo con ambas manos.

—Con esta hoja puedes salvar una vida. Con la misma hoja puedes destruir una familia. El acero no distingue. Quien debe hacerlo eres tú.

Los escuderos permanecían inmóviles. Nadie respiraba con normalidad. Aldren dejó la espada sobre una mesa.

—Hoy ninguno de vosotros elegirá un arma. Será el arma la que espere. Primero aprenderéis a sostenerla. Después aprenderéis a desenvainarla. Y solo mucho tiempo después aprenderéis cuándo no hacerlo.

Durante semanas no practicaron combate. Aprendieron a limpiar el acero, a afilarlo, a reparar una empuñadura dañada, a reconocer una grieta casi invisible. El herrero de Valandor repetía una frase que todos terminaron memorizando.

—Una espada descuidada habla de una conciencia descuidada.

Un día, el herrero entregó a Eradan una hoja antigua. Tenía pequeñas marcas cerca de la guarda.

—¿Qué ves?

—Cicatrices.

El anciano negó con la cabeza.

—Historia. Cada marca recuerda una ocasión en la que alguien decidió regresar con vida. No borres jamás esas huellas. Son parte del alma de esta espada.

Finalmente llegó el primer entrenamiento. Los escuderos esperaban enfrentarse entre sí. No fue así. Cada uno recibió una espada de madera, y Aldren señaló una estaca clavada en el centro del patio.

—Atacad.

Los golpes comenzaron a caer con fuerza. Astillas volaron en todas direcciones. Cuando terminaron, la estaca estaba destrozada. Aldren preguntó:

—¿Qué habéis aprendido?

Uno respondió:

—A golpear con potencia.

Otro:

—A mejorar la precisión.

Aldren negó lentamente.

—Solo habéis aprendido a romper madera.

Al día siguiente colocó frente a ellos una vasija llena hasta el borde con agua cristalina.

—Ahora moved vuestra espada. Sin derramar una sola gota.

Los jóvenes se miraron confundidos. Intentaron realizar los movimientos con rapidez, y el agua terminó salpicando el suelo. Eradan respiró profundamente. Recordó el silencio bajo el Árbol de las Voces y relajó el cuerpo: cada movimiento nació desde la serenidad, y la superficie del agua apenas se estremeció.

Aldren sonrió.

—La fuerza sin control destruye. El dominio verdadero apenas altera aquello que toca.

Aquella noche, Nael encontró a Eradan observando su espada de madera.

—¿Qué piensas?

—Pensaba que aprendería a luchar. Ahora creo que estoy aprendiendo a no hacerlo.

Nael asintió.

—Ese descubrimiento tarda años en llegar a la mayoría.

Antes de marcharse, el anciano añadió:

—Recuerda esto. Un mal guerrero desea demostrar su habilidad. Un buen guerrero desea no tener que utilizarla. Un verdadero Caballero dedica su vida a crear un mundo donde cada vez menos personas necesiten empuñar una espada.

Eradan contempló el cielo. Entre las ramas del Árbol de las Voces aparecían las primeras estrellas, y comprendió entonces que el entrenamiento nunca había consistido en dominar un arma. Consistía en impedir que el arma terminara dominándolo a él.

CAPÍTULO VII

El Primer Adversario

El verano había cubierto los jardines de Valandor con un verde intenso. Desde el amanecer, el sonido de las espadas de madera resonaba en el Patio del Alba. Por primera vez, los escuderos comenzarían a entrenar entre ellos —no para descubrir quién era el más fuerte, sino para aprender quién era capaz de conservar la serenidad.

Aldren reunió a los jóvenes.

—Hoy conoceréis a vuestro primer adversario.

Muchos sonrieron, esperando demostrar todo lo aprendido. El Gran Maestre observó aquellos rostros con una mezcla de paciencia y preocupación.

—No confundáis adversario con enemigo. Un enemigo desea destruirlos. Un adversario os ayuda a descubrir vuestras debilidades. Tratadlo siempre con respeto. Sin él, jamás creceríais.

Los combates comenzaron. No había gritos. No había burlas. Cada duelo terminaba con una inclinación de cabeza, y quien vencía ayudaba a levantarse al vencido: era una regla tan antigua como la propia Orden.

A Eradan le correspondió enfrentarse a Darok. Era alto, fuerte y extraordinariamente rápido, había llegado desde una familia de antiguos militares y confiaba plenamente en su talento. Antes de comenzar, sonrió con suficiencia.

—Dicen que eres el favorito de los Maestros. Veamos si también sabes luchar.

Eradan no respondió. Recordó las palabras de Nael: el orgullo habla primero, la conciencia escucha.

La campana sonó. Darok atacó con una velocidad sorprendente —golpes altos, cambios de ritmo, fintas continuas— y Eradan apenas conseguía defenderse. Retrocedía paso a paso, pero no buscaba responder. Buscaba comprender. Observaba la respiración de su compañero, la tensión de sus hombros, la dirección de su mirada. Poco a poco advirtió un patrón: cada vez que Darok intentaba el golpe decisivo, adelantaba ligeramente el pie izquierdo.

Llegó el momento. Darok lanzó un ataque poderoso. Eradan dio un solo paso hacia un lado y desvió la espada con suavidad. Su adversario perdió el equilibrio, y la espada de madera escapó de sus manos para caer sobre la arena. El combate había terminado.

El patio quedó en silencio. Darok permanecía inmóvil, avergonzado, esperando la risa de los demás. No llegó.

Eradan recogió la espada caída, la limpió con la manga de su túnica y la sostuvo por la hoja, ofreciendo el mango a su compañero.

—Gracias.

Darok levantó la vista, confundido.

—¿Gracias?

—Me has obligado a pensar en lugar de reaccionar. Hoy he aprendido más de ti que de cualquier victoria fácil.

Darok tomó la espada sin decir una palabra. Cuando todos los ejercicios concluyeron, Aldren reunió nuevamente a los escuderos.

—¿Quién ha ganado el combate?

Algunos señalaron a Eradan. El Gran Maestre negó con la cabeza.

—No. Hoy ha ganado Valandor. Porque uno aprendió a controlar su orgullo, y el otro aprendió a vencer sin humillar. Si uno de esos aprendizajes hubiera faltado, los dos habrían perdido.

Aquella tarde, Darok buscó a Eradan junto al Árbol de las Voces. Permanecieron unos minutos contemplando las ramas, hasta que finalmente habló.

—Te juzgué antes de conocerte.

Eradan sonrió.

—Yo también me he equivocado muchas veces con las personas.

Darok bajó la cabeza.

—Pensé que intentarías ridiculizarme delante de todos.

—Entonces habrías salido derrotado dos veces. Una por el combate. Y otra por mi orgullo.

Los dos rieron por primera vez. Ese día nació una amistad que duraría toda la vida.

Aquella noche, Nael escribió una breve nota en los registros de la Orden: Eradan comprende que la victoria no consiste en derrotar a un adversario, sino en impedir que el combate deje dos vencidos.

Guardó el pergamino y miró hacia el patio, donde los dos jóvenes caminaban conversando bajo el Árbol de las Voces. El anciano sonrió. Había visto a grandes espadachines. Había visto estrategias brillantes. Pero sabía que las civilizaciones no perduran gracias a quienes ganan más combates. Perduran gracias a quienes convierten antiguos rivales en futuros aliados.

CAPÍTULO VIII

La Primera Misión

El otoño comenzaba a teñir de oro los bosques que rodeaban Valandor cuando la campana del Consejo resonó al amanecer. No era una llamada al entrenamiento. Era una convocatoria para el servicio.

Los escuderos se reunieron en el Patio del Alba. Aldren los observó con serenidad.

—Ha llegado el momento de abandonar estas murallas. No para buscar gloria. Sino para recordar por qué existen.

Ninguno preguntó el destino. Habían aprendido que un Caballero no elige la misión. Acepta la responsabilidad.

Aldren desplegó un mapa de la región y señaló un pequeño valle llamado Aster. Un río había cambiado su curso tras las lluvias, y varias aldeas discutían por el acceso al agua; las tensiones crecían, y algunos hablaban ya de tomar las armas. Los escuderos intercambiaron miradas: aquello parecía un asunto menor. Aldren leyó sus pensamientos.

—No despreciéis los conflictos pequeños. Las grandes guerras suelen nacer de disputas que nadie quiso resolver a tiempo.

Eradan, Darok y otros cuatro escuderos partieron acompañados por Nael, que no llevaba espada visible, solo su bastón de fresno. Durante el camino atravesaron campos cultivados, molinos y puentes de piedra, y en cada aldea Nael saludaba por su nombre a campesinos, artesanos y pastores.

Eradan preguntó:

—¿Cómo puede recordar a tanta gente?

Nael sonrió.

—Porque antes de enseñar a un pueblo, primero aprendí a escucharlo.

Tres días después llegaron al valle. Las dos aldeas estaban separadas por el río, y en ambas se respiraba desconfianza: los habitantes se observaban desde las orillas con los brazos cruzados, cada uno culpando al otro. Los escuderos esperaban que Nael reuniera a los jefes y pronunciara un gran discurso. No hizo nada de eso. Durante dos días se limitó a caminar. Visitó los campos. Observó el cauce. Habló con niños, ancianos, pescadores y agricultores. Preguntaba mucho. Opinaba muy poco.

Eradan comenzaba a impacientarse.

—Maestro, ¿cuándo intentaremos resolver el conflicto?

Nael respondió con tranquilidad.

—¿Resolver qué?

—La disputa por el agua.

—Todavía no conocemos la disputa. Solo conocemos las acusaciones.

Aquella respuesta quedó grabada en la memoria de Eradan. Comprendió que escuchar no era una formalidad. Era la primera obligación de quien deseaba hacer justicia.

Al tercer día, Nael reunió a los representantes de ambas aldeas bajo un viejo nogal. No permitió que hablaran de inmediato. Sobre la mesa colocó dos cuencos con agua y preguntó:

—¿Qué veis?

Uno respondió:

—Agua.

El otro dijo lo mismo. Nael negó lentamente.

—No. Uno ve el agua que necesita su familia. El otro ve exactamente lo mismo. Cuando olvidamos que el otro también tiene miedo de perder lo que ama, dejamos de buscar soluciones y comenzamos a fabricar enemigos.

El silencio fue absoluto. Tras varias horas de conversación descubrieron la verdad: el río no había sido desviado por ninguna aldea. Un desprendimiento de tierra, ocurrido semanas antes en las montañas, había alterado el cauce. Nadie era culpable. Solo faltaba cooperación.

Los propios habitantes propusieron construir un canal que distribuyera el agua de manera equitativa, y los escuderos trabajaron junto a ellos durante varios días. No como jueces. Como servidores.

Al despedirse, una anciana tomó las manos de Eradan.

—Pensé que los Caballeros de Valandor venían a imponer la paz.

Él sonrió.

—No. Venimos a ayudar a que las personas la encuentren por sí mismas.

Nael escuchó aquellas palabras y sintió una satisfacción silenciosa. Eradan había comprendido una de las lecciones más difíciles: la paz impuesta dura mientras permanece la fuerza; la paz construida entre las personas puede durar generaciones.

De regreso a Valandor, los escuderos caminaban en silencio. Darok rompió finalmente la calma.

—Jamás desenvainamos una espada.

Eradan respondió mirando el río que ahora fluía con serenidad.

—Y, sin embargo, evitamos una guerra.

Cuando cruzaron nuevamente las puertas de la fortaleza, Aldren aguardaba bajo el Árbol de las Voces.

—Decidme —preguntó—, ¿qué habéis traído de vuestra primera misión?

Algunos hablaron del canal. Otros mencionaron el acuerdo entre las aldeas. Eradan permaneció pensativo antes de responder.

—He aprendido que la justicia no comienza cuando hablamos. Comienza cuando somos capaces de escuchar.

Aldren inclinó la cabeza.

—Entonces vuestra misión ha sido un éxito. No porque hayáis resuelto un conflicto. Sino porque habéis comprendido que la mayoría de las guerras empiezan cuando dejamos de escuchar el miedo del otro.

Aquella noche, en el salón de los Maestros, Nael escribió una única línea en el registro de formación de Eradan:

Hoy descubrió que la palabra correcta puede evitar más muertes que la espada más afilada.

Y Aldren, al leerla, respondió con una frase que sería repetida durante siglos en Valandor:

El mayor triunfo de un Caballero es regresar con la espada limpia... porque nunca necesitó desenvainarla.

CAPÍTULO IX

El Precio de la Paz

Habían transcurrido pocas semanas desde la misión en el valle de Aster. La vida en Valandor recuperó su ritmo habitual: entrenamiento al alba, trabajo durante el día, estudio al caer la tarde, silencio bajo el Árbol de las Voces al anochecer.

Pero una mañana, un jinete llegó cubierto de polvo. Su caballo apenas podía mantenerse en pie. Los centinelas abrieron las puertas de inmediato, y el mensajero descendió con dificultad, trayendo malas noticias.

En la frontera oriental, una banda de mercenarios estaba saqueando pequeñas aldeas. No obedecían a ningún reino. No luchaban por una causa. Vivían del miedo. Quemaban cosechas, robaban ganado, exigían tributos a quienes no podían defenderse. Varios campesinos habían muerto intentando proteger a sus familias.

El Gran Consejo se reunió esa misma tarde. Eradan y los demás escuderos no participaron. Solo esperaban.

Al caer la noche, Aldren apareció en el patio. Su rostro era sereno, pero grave.

—Partiremos al amanecer. Esta vez no iremos a mediar un conflicto. Iremos a proteger a quienes ya no pueden protegerse.

El silencio fue absoluto. Era la primera vez que la Orden salía preparada para combatir.

Antes de partir, todos los Caballeros se reunieron bajo el Árbol de las Voces. No pronunciaron arengas. No prometieron victorias. Aldren habló con voz firme.

—Recordad vuestro juramento. No luchamos porque odiamos a quienes tenemos delante. Luchamos porque amamos a quienes quedan detrás de nosotros. Nunca permitáis que el odio entre en vuestro corazón. Si ocurre, aunque sobreviváis al combate, habréis sido derrotados.

Eradan sintió el peso de aquellas palabras. Comprendió que el verdadero peligro no era morir. Era dejar de ser quien había prometido llegar a ser.

Durante tres días cabalaron hacia el este. Al llegar a la primera aldea encontraron casas incendiadas. Los vecinos trabajaban en silencio retirando escombros, y una niña sostenía entre sus manos una pequeña muñeca de tela cubierta de ceniza. Eradan se arrodilló junto a ella.

—¿Dónde están tus padres?

La niña señaló el cementerio improvisado en una colina. No dijo una sola palabra. No hacía falta.

Aquella noche, varios jóvenes escuderos pidieron permiso para perseguir inmediatamente a los mercenarios. Aldren se negó.

—No conocemos el terreno. No sabemos cuántos son. No sabemos si mantienen rehenes. La impaciencia rara vez protege a los inocentes. La estrategia también es una forma de compasión.

Eradan recordó las enseñanzas de Nael. Comprendió que la prudencia no era cobardía. Era responsabilidad.

Al amanecer, exploradores de Valandor localizaron el campamento enemigo. No era un ejército. Eran hombres endurecidos por años de violencia: algunos habían servido en guerras lejanas, otros solo conocían el lenguaje del saqueo.

Aldren reunió a los Caballeros.

—Antes de cualquier combate, ofreceremos una oportunidad.

Varios escuderos se sorprendieron. Uno preguntó:

—¿Después de todo lo que han hecho?

El Gran Maestre respondió sin vacilar.

—Precisamente por eso. Si una sola vida puede salvarse sin combatir, tenemos el deber de intentarlo.

Aldren avanzó solo hasta quedar frente al campamento. Clavó su espada en el suelo. No la desenvainó. Su voz resonó con claridad.

—Soy Aldren de Valandor. Habéis sembrado muerte. Aun así, os ofrezco una elección. Deponed las armas. Responderéis ante la justicia. Viviréis.

Durante unos instantes nadie habló. Luego estallaron las carcajadas. El jefe de los mercenarios dio un paso al frente.

—Hablas demasiado para un hombre que ha venido a morir.

Desenvainó su espada y la lanzó hacia Aldren. El Gran Maestre la desvió con un único movimiento y volvió a dar un paso atrás. Todavía no atacó. Había cumplido con su conciencia. Ahora debía cumplir con su deber.

Eradan observó aquella escena con el corazón acelerado. Comprendió que la paz no consiste en evitar toda lucha. Consiste en asegurarse de que, cuando la lucha sea inevitable, nadie pueda decir que no se intentó todo lo posible para evitarla.

Mientras el viento agitaba los estandartes de Valandor, Aldren pronunció la orden que ningún Caballero deseaba escuchar:

—Proteged a los inocentes. Y que vuestra conciencia permanezca tan limpia como vuestro acero.

Las espadas abandonaron lentamente sus vainas. No con entusiasmo. Con solemnidad. Porque en Valandor, cada espada desenvainada recordaba el fracaso de la palabra. Y ese era siempre un motivo de tristeza, nunca de celebración.

CAPÍTULO X

El Bautismo del Acero

El amanecer cubrió el valle con una niebla espesa. Las gotas de rocío brillaban sobre la hierba mientras ambos grupos permanecían inmóviles: a un lado, los Caballeros de Valandor; al otro, los mercenarios. Entre ellos reinaba un silencio más pesado que cualquier grito de guerra.

Aldren dio un paso al frente. Su espada seguía apuntando hacia el suelo. Todavía había una última oportunidad.

—Os lo pregunto una vez más. ¿Depondréis las armas?

El jefe de los mercenarios respondió escupiendo sobre la tierra.

—Hoy Valandor aprenderá que la compasión es una debilidad.

Aldren cerró los ojos un instante y no respondió. Solo murmuró una breve oración que todos los Caballeros conocían:

Que mis manos no sean guiadas por el odio. Que mi juicio no sea vencido por la ira. Y que toda vida que hoy se pierda encuentre la paz que nosotros no supimos alcanzar.

Los Caballeros inclinaron la cabeza. Incluso Eradan. Aquella oración no pedía la victoria. Pedía conservar la humanidad.

La carga comenzó. Los mercenarios avanzaron gritando. Los Caballeros lo hicieron en silencio. Eradan sintió que el tiempo parecía detenerse: los entrenamientos, las enseñanzas de Nael, las palabras de su madre, el brote de madera que llevaba al cuello, todo regresó a su memoria en un solo instante.

El primer atacante descargó un golpe brutal. Eradan lo desvió casi por instinto. No respondió con un corte. Retrocedió.

—¡Ríndete! —gritó.

El hombre respondió con otro ataque, más violento. Eradan volvió a bloquear.

—¡No quiero matarte!

El mercenario rugió de rabia. La tercera embestida fue aún más desesperada, y solo entonces Eradan encontró un espacio: con un movimiento preciso golpeó la empuñadura del adversario, y la espada salió despedida varios metros. El hombre cayó al suelo. Eradan apoyó la punta de su espada sobre su pecho.

—Ha terminado.

El mercenario respiraba con dificultad, esperando el golpe final. No llegó. Eradan retiró lentamente el arma.

—¿Cómo te llamas?

—Rangar —respondió el hombre, desconcertado por la pregunta.

—Levántate, Rangar. Vive. Y no vuelvas a empuñar una espada contra un inocente.

El hombre permaneció inmóvil, incapaz de comprender.

A pocos metros, Darok luchaba contra dos atacantes. Uno de ellos levantó su arma para golpearlo por la espalda. Eradan corrió sin pensarlo y desvió el ataque en el último instante. Los dos amigos quedaron espalda contra espalda.

—Llegas tarde —dijo Darok con una sonrisa cansada.

—Llegué antes de que cometieras una imprudencia.

Por primera vez en medio del combate, ambos sonrieron.

No todos los enfrentamientos terminaron igual. Algunos mercenarios rechazaron cualquier oportunidad de rendirse y combatieron hasta el final. Cada vez que uno caía, un Caballero pronunciaba en voz baja la antigua oración de Valandor. No había insultos. No había celebraciones. Solo un profundo respeto por la gravedad de la vida.

El jefe de los mercenarios logró abrirse paso hasta Aldren. Era un guerrero formidable, de golpes rápidos y poderosos, pero impulsados por la furia. Aldren apenas se movía: cada defensa era precisa, cada paso parecía medido con años de experiencia. Finalmente, el mercenario lanzó un ataque desesperado. Aldren desvió la espada, y con un giro limpio la hoja del jefe quedó atrapada entre las ramas de un viejo roble. El combate había terminado.

—Ríndete —dijo Aldren por última vez.

El hombre, cegado por el orgullo, tomó un puñal oculto y se lanzó hacia el Gran Maestre. No dejó elección. Un único movimiento. Silencioso. Preciso. El jefe cayó de rodillas. Aldren sostuvo su cuerpo para que no golpeará el suelo, y mientras el hombre exhalaba su último aliento, el Gran Maestre cerró sus ojos con una mano.

—Que encuentres ahora la paz que rechazaste en vida.

Eradan contempló la escena sin poder apartar la mirada. Comprendió que incluso la victoria podía doler.

Cuando el combate terminó, los Caballeros no levantaron estandartes. Recogieron a los heridos. Curaron primero a los aldeanos, después a los propios Caballeros, y finalmente a los mercenarios que aún seguían con vida. Uno de los campesinos preguntó, sorprendido:

—¿También ayudáis a ellos?

Nael respondió con serenidad.

—Mientras respiran, siguen siendo vidas confiadas a nuestra conciencia.

Esa noche, alrededor del fuego, nadie habló de hazañas. Se mencionaron los nombres de quienes habían muerto —caballeros, campesinos, mercenarios—, uno por uno, porque en Valandor toda vida merecía ser recordada.

Antes de retirarse, Aldren se dirigió a los escuderos.

—Hoy habéis recibido vuestro verdadero bautismo. No el del acero. El de la responsabilidad. Jamás olvidéis lo que habéis sentido. El día en que una batalla deje de entristeceros, ese día deberéis abandonar vuestra espada.

Eradan permaneció despierto hasta muy tarde. Sacó su cuaderno y escribió solo una frase:

Hoy comprendí que un Caballero no lucha para vencer. Lucha para que algún día nadie tenga que hacerlo.

Después cerró el cuaderno y contempló las estrellas. Le pareció que brillaban igual que la noche anterior. El universo no había cambiado. Pero él sí. Y ese era el comienzo de su verdadero camino.

CAPÍTULO XI

El Peso de la Espada

El camino de regreso a Valandor transcurrió en silencio. Nadie cantaba. Nadie hablaba de la victoria. Los carros avanzaban lentamente llevando a los heridos y a los muertos, y cada rueda parecía recordar el precio que toda guerra exigía.

Eradan cabalgaba al final de la columna. Desde el combate apenas había pronunciado unas pocas palabras. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver el rostro del mercenario al que había perdonado. ¿Había cambiado realmente? ¿O algún día volvería a levantar una espada contra otros inocentes? La duda comenzó a acompañarlo.

Al llegar a la fortaleza, no hubo celebraciones. Las campanas sonaron doce veces: era el toque reservado para honrar a quienes no regresarían. Caballeros y escuderos dejaron sus armas en silencio antes de dirigirse al Salón de la Memoria, en cuyos muros no aparecían los nombres de los grandes vencedores. Solo estaban grabados los nombres de quienes habían entregado su vida protegiendo a otros. Eradan recorrió aquellas inscripciones lentamente. Comprendió que Valandor no recordaba las victorias. Recordaba los sacrificios.

Aquella noche no pudo dormir. Tomó su espada, no para entrenar, solo para contemplarla. La hoja reflejaba la luz de la luna. Pensó en las palabras de Aldren: el acero no distingue, quien debe hacerlo eres tú. Pero ¿cómo saber siempre cuál era la decisión correcta?

Salió al patio. Bajo el Árbol de las Voces encontró a Nael, sentado en un banco de piedra. El anciano parecía haberlo estado esperando.

—No puedes dormir.

No era una pregunta. Eradan negó con la cabeza.

—Maestro... ¿alguna vez deja de doler?

Nael tardó unos instantes en responder.

—No. Y espero que nunca deje de hacerlo.

Eradan lo miró con sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque el día en que la muerte de otro deje de entristecerte, comenzarás a verla como una herramienta. Y una vida nunca debe convertirse en una herramienta.

Permanecieron un largo rato en silencio. El viento movía suavemente las ramas del gran árbol. Finalmente Eradan habló.

—Perdoné a un hombre. No sé si hice lo correcto. Tal vez vuelva a matar.

Nael asintió.

—Es posible.

—Entonces... ¿me equivoqué?

El anciano sonrió con tristeza.

—Confundes responsabilidad con omnisciencia. No puedes conocer el futuro. Solo puedes actuar conforme a tu conciencia en el presente.

Nael tomó una hoja caída del árbol y la dejó sobre el agua tranquila de una pequeña fuente. La hoja comenzó a alejarse lentamente.

—Observa. Una decisión es como esta hoja. Sabes dónde la colocas. No puedes controlar todas las corrientes que encontrará después.

Eradan permaneció observando el agua. Comprendió que ninguna decisión importante ofrecía garantías absolutas. La conciencia no eliminaba la incertidumbre. Solo enseñaba a actuar con honestidad.

Antes del amanecer, Aldren convocó a todos los Caballeros y escuderos. En el centro del patio ardía una pequeña hoguera, y uno por uno, cada Caballero depositó una piedra alrededor del fuego. Cuando llegó el turno de Eradan, el Gran Maestre explicó:

—Cada piedra representa una vida perdida. No importa de qué lado combatiera. Toda muerte empobrece el mundo. Jamás contéis las vidas arrebatadas con orgullo. Contadlas con humildad. Porque cada una de ellas recuerda el fracaso de toda una sociedad para encontrar otro camino.

El círculo de piedras quedó completo. Nadie volvió a moverlas. Con el paso de los años, crecería alrededor de ellas un jardín de flores blancas, y los nuevos escuderos preguntarían por su origen. Los Maestros responderían siempre lo mismo:

—Aquí florece la memoria. Para que nunca confundamos el valor con la violencia.

Esa misma tarde, Aldren llamó a Eradan a la biblioteca. Sobre una mesa reposaba un antiguo manuscrito. No era un tratado de estrategia. Ni un libro de historia. Era un cuaderno escrito por el fundador de Valandor. Aldren lo abrió por una página marcada, y Eradan leyó:

Si alguna vez llegas a disfrutar de una guerra, abandona la espada antes de que la espada termine por abandonarte a ti.

Cerró lentamente el libro. No necesitó leer nada más.

Al salir de la biblioteca, levantó la vista hacia las montañas. El mundo seguía siendo hermoso. Precisamente por eso valía la pena protegerlo. Y comprendió que un Caballero de Valandor no llevaba una espada porque creyera en la guerra. La llevaba porque creía que algunas cosas —la vida, la justicia, la libertad y la esperanza— eran demasiado valiosas para dejarlas indefensas cuando todos los demás caminos se habían agotado.

CAPÍTULO XII

La Biblioteca de las Sombras

El invierno regresó a las montañas. La nieve cubría los senderos y el viento recorría los pasillos de Valandor con un murmullo que parecía traer voces de otro tiempo.

Aquella mañana, Aldren envió a buscar a Eradan. El joven esperaba una nueva misión. En cambio, el Gran Maestre lo condujo hacia la parte más antigua de la fortaleza. Descendieron por una escalera de piedra que muy pocos conocían, cada peldaño desgastado por siglos de pasos silenciosos, hasta llegar a una puerta de roble ennegrecido. No tenía cerradura. Solo un antiguo símbolo grabado en el centro: un árbol cuyas raíces descendían hasta abrazar un círculo de estrellas. Eradan nunca había visto aquel emblema.

Aldren apoyó lentamente la mano sobre la madera.

—Éste es el lugar más importante de Valandor. No porque guarde nuestros mayores tesoros. Sino porque conserva nuestras mayores preguntas.

La puerta se abrió sin un solo crujido. La sala era inmensa: filas interminables de estanterías desaparecían en la penumbra, y miles de manuscritos descansaban cuidadosamente ordenados — mapas, crónicas, tratados científicos, diarios de viajeros, atlas del cielo, lenguas olvidadas, instrumentos astronómicos, globos celestes. Eradan sintió que había entrado en el corazón de la memoria. Varios Custodios trabajaban copiando antiguos pergaminos. Ninguno levantó la vista. El silencio era absoluto.

Aldren habló en voz baja.

—Aquí no protegemos libros. Protegemos el conocimiento. Los libros pueden arder. Las ideas sobreviven si alguien las recuerda.

Caminaron hasta una pequeña mesa de piedra, donde descansaba un cilindro de cristal. En su interior había un pergamino mucho más antiguo que todos los demás, con el cuero que lo protegía oscurecido por el tiempo. Eradan observó los signos escritos sobre la superficie: no pertenecían a ninguna lengua conocida. Parecían constelaciones convertidas en escritura.

—¿Quién lo escribió?

Aldren respondió con una serenidad inquietante.

—No lo sabemos.

Aquella respuesta sorprendió al joven.

—¿Ni siquiera los Custodios?

—Llevan siglos intentándolo. Todavía no han conseguido traducirlo.

El Gran Maestre desenrolló cuidadosamente una copia del manuscrito. En uno de los dibujos aparecía una esfera rodeada por dos soles, y Eradan sintió un estremecimiento: aquella representación era idéntica al sistema de Dysara. Pero el mapa continuaba mucho más allá, mostrando otras estrellas, otros mundos, rutas imposibles.

—¿Es un mapa?

—Creemos que sí.

—¿Quién pudo dibujarlo?

Aldren tardó varios segundos en responder.

—Alguien que conocía el cielo mejor que nosotros.

El joven guardó silencio. Hasta ese instante había pensado que la historia de Dysara comenzaba con los primeros reinos. Ahora comprendía que tal vez existiera un pasado mucho más remoto. Un pasado olvidado.

Siguieron avanzando entre las estanterías hasta llegar a una sala circular, donde descansaba en el centro una enorme esfera celeste de bronce que no representaba únicamente estrellas: también señalaba posiciones futuras, como si quien la hubiera construido hubiera comprendido el movimiento del cosmos durante milenios. Eradan pasó lentamente la mano sobre las constelaciones. Había nombres que ningún astrónomo moderno utilizaba.

—¿Por qué nadie conoce esto?

Aldren respondió:

—Porque el conocimiento también puede perderse. Una civilización no desaparece el día en que caen sus murallas. Desaparece cuando deja de transmitir lo que sabe.

En un rincón de la sala había una vitrina mucho más pequeña. Dentro descansaba un objeto extraño: no era de hierro, no era de bronce, no parecía de piedra. Su superficie reflejaba la luz con un brillo desconocido. Eradan nunca había visto un material semejante.

—¿Qué es?

—No lo sabemos.

—¿Dónde lo encontraron?

—En unas ruinas muy antiguas, al norte de Dysara. Las mismas ruinas donde, según las leyendas, comenzó nuestra Orden.

Eradan observó el objeto durante largo rato, con la extraña sensación de que no pertenecía a aquella época, como si hubiera esperado siglos a que alguien volviera a preguntarse por su origen.

Antes de abandonar la biblioteca, Aldren se detuvo frente al joven.

—Recuerda esto. Muchos hombres entregan su vida buscando respuestas. Los más sabios dedican primero años a formular la pregunta correcta.

Aquella noche, Eradan regresó al Árbol de las Voces y miró las estrellas. Ya no veía únicamente puntos luminosos. Cada una parecía una promesa. Un interrogante. Un destino aún oculto. Y por primera vez comprendió que la misión de Valandor no consistía solo en proteger un reino. Consistía también en custodiar la memoria de un pasado olvidado y preparar a la humanidad para un futuro que todavía nadie era capaz de imaginar.

CAPÍTULO XIII

Las Ruinas de Akar

La primavera aún no había alcanzado las montañas cuando un mensajero llegó desde el norte. No traía noticias de guerra. Traía un descubrimiento. Un grupo de canteros que abría un nuevo camino comercial había encontrado los restos de una antigua construcción sepultada por un derrumbe. Las piedras no se parecían a ninguna obra conocida. Los símbolos grabados en ellas tampoco.

El Consejo de Valandor decidió actuar de inmediato. No para reclamar aquellas ruinas. Sino para protegerlas. Porque el conocimiento pertenece a toda la humanidad. Nunca a quien lo encuentra primero.

Por primera vez, Eradan fue elegido para integrar una expedición oficial de la Orden. No iba como guerrero. Iba como aprendiz. Aldren encabezaría la misión, y Nael también los acompañaría, junto con dos Custodios, un arquitecto, una médica y varios artesanos. Aquello sorprendió a Darok.

—Pensé que enviarían solo soldados.

Nael sonrió.

—Cuando la misión consiste en comprender, los soldados son la parte menos importante de la expedición.

El viaje duró doce días. A medida que avanzaban hacia el norte, el paisaje cambiaba: los bosques daban paso a extensas mesetas de roca oscura, los árboles eran escasos, y el viento soplaba con una fuerza constante. Los habitantes de aquellas tierras evitaban acercarse a la montaña donde habían aparecido las ruinas. La llamaban Akar, "la Montaña del Eco", y decían que, durante algunas noches, la piedra parecía responder a quien la contemplaba. Los Caballeros escuchaban aquellas historias con respeto. No con credulidad. Las leyendas, pensaba Aldren, suelen conservar un fragmento de verdad envuelto en siglos de imaginación.

Al amanecer del decimotercer día divisaron la excavación. No era grande, apenas una abertura entre los estratos de la montaña. Sin embargo, bastó una mirada para comprender que aquello no pertenecía a ninguna civilización conocida: los bloques de piedra encajaban con una precisión extraordinaria, sin argamasa, sin marcas de herramientas, con juntas tan perfectas que ni la hoja de un cuchillo podía introducirse entre ellas. Eradan pasó lentamente la mano sobre una pared. La superficie conservaba una suavidad imposible para una roca expuesta durante milenios.

Uno de los Custodios, llamado Maelor, permanecía inmóvil frente a una inscripción. Sacó cuidadosamente un cuaderno y comenzó a copiar cada símbolo. Eradan observó que no escribía deprisa: cada trazo era medido.

—¿Por qué tanta precisión?

Maelor sonrió.

—Porque quizá dentro de quinientos años alguien descubra un detalle que nosotros no comprendimos. Nuestro deber no consiste en tener siempre la respuesta. Consiste en no perder la pregunta.

Eradan recordó inmediatamente las palabras de Aldren en la Biblioteca de las Sombras. En Valandor, todos parecían hablar un mismo lenguaje, aunque utilizaran palabras distintas.

La expedición penetró lentamente en el interior. La luz de las lámparas reveló una sala circular. No había estatuas de reyes. Ni armas. Ni tesoros. Solo columnas cubiertas de grabados, donde

aparecían figuras muy diferentes entre sí: algunas recordaban vagamente a los seres humanos, otras eran completamente desconocidas —criaturas altas y esbeltas, otras robustas, algunas con cuatro brazos, otras de aspecto casi insectoide.

Eradan permaneció inmóvil.

—¿Son dioses?

Maelor negó lentamente.

—No. Observa mejor.

Eradan volvió a mirar. Todas las figuras compartían un detalle: ninguna aparecía dominando a las demás. Formaban un gran círculo. Se entregaban objetos unas a otras. Señalaban las estrellas. Construían juntas.

—No representan una conquista...

—Exactamente —respondió Maelor—. Representan una alianza.

Nael permaneció en silencio. Finalmente habló.

—Si esta interpretación es correcta, nuestros antepasados no soñaban con un mundo gobernado por una sola especie. Soñaban con una comunidad de inteligencias.

Aquella frase quedó suspendida en el aire. Nadie añadió nada.

Mientras exploraban una galería lateral, Eradan encontró una pequeña losa caída. La levantó con cuidado. Debajo apareció un mosaico extraordinario que representaba un árbol gigantesco: sus raíces descendían hacia un planeta, sus ramas se convertían en constelaciones, y cada estrella parecía un fruto. Eradan sintió un escalofrío. Era el mismo símbolo que había visto en la puerta de la Biblioteca de las Sombras. El mismo que presidía el estandarte de Valandor. El mismo que llevaba grabado el brote de madera que su padre le había entregado. No podía ser una coincidencia.

Aldren se arrodilló lentamente frente al mosaico. No habló durante varios minutos. Finalmente murmuró:

—Entonces es cierto...

Eradan lo miró sorprendido.

—¿Qué es cierto, Maestro?

El Gran Maestre mantuvo la vista fija sobre el árbol.

—Que Valandor no creó este símbolo. Lo heredó.

Un silencio reverente envolvió la cámara. De pronto, comprendieron que la Orden era mucho más antigua de lo que sus propios registros afirmaban. No eran los fundadores de una tradición. Eran sus custodios. Y quizá solo el eslabón más reciente de una cadena que se perdía en la noche de los tiempos.

Cuando abandonaban la sala, Nael se volvió una última vez hacia el mosaico.

—No olvidéis esto. Las civilizaciones verdaderamente grandes no son las que creen haber inventado la verdad. Son las que tienen la humildad de reconocer que recibieron una antorcha... y el deber de entregarla más lejos de donde la encontraron.

Aquella noche, el campamento quedó en silencio. Eradan abrió su cuaderno y escribió:

Hoy he comprendido que ningún hombre comienza realmente una obra. Todos continuamos un camino iniciado mucho antes de nuestro nacimiento. La verdadera grandeza consiste en dejarlo un poco mejor para quienes vendrán después.

Cerró el cuaderno y levantó la vista. Sobre la Montaña del Eco brillaban las estrellas. Por primera vez sintió que no las observaba solo con curiosidad. Las contemplaba con un sentimiento nuevo. Pertenencia. Como si, desde tiempos inmemoriales, la historia de Dysara hubiera sido apenas un capítulo de una historia mucho mayor, escrita entre las raíces de un árbol y la luz de las estrellas.

CAPÍTULO XIV

La Cámara del Juramento

La mañana amaneció cubierta por una niebla espesa. Las ruinas de Akar parecían emerger de un océano blanco. Los artesanos retiraban cuidadosamente la tierra acumulada durante siglos, mientras los Custodios dibujaban cada muro, cada inscripción y cada fragmento de cerámica con una precisión casi ritual. En Valandor existía una regla inquebrantable: nunca excavar deprisa. Lo que la impaciencia destruye, ningún sabio puede reconstruir.

Al tercer día de trabajos, uno de los canteros golpeó accidentalmente una losa hueca. El sonido fue distinto. Más profundo. Todos interrumpieron sus tareas. Durante varias horas retiraron piedras y sedimentos con cepillos de fibra y espátulas de madera, hasta que finalmente apareció una puerta perfectamente sellada. No tenía bisagras. No tenía cerradura. Solo una inscripción recorría el borde del marco, y nadie podía leerla.

Maelor copió cuidadosamente cada símbolo. Nael permanecía inmóvil. Aldren pasó lentamente la mano sobre la piedra.

—Quien construyó esto no quería impedir la entrada. Quería impedir la destrucción.

Tras estudiar el mecanismo durante horas descubrieron una pequeña cavidad circular. No era una cerradura. Parecía diseñada para apoyar la palma de una mano. Aldren dudó unos instantes y finalmente apoyó la suya. No ocurrió nada. Después lo intentó Nael. Tampoco. Uno tras otro, todos repitieron el gesto. Nada.

Eradan observó detenidamente la superficie. Había un segundo círculo, mucho más pequeño, casi oculto por el polvo de los siglos. No parecía destinado a la mano. Parecía el lugar donde debía colocarse un objeto. Lentamente llevó la mano hasta el cuello y desató el pequeño brote de madera que su padre le había regalado antes de partir hacia Valandor. Era un impulso difícil de explicar.

Apenas acercó el broche al círculo, todos los presentes contuvieron la respiración. La pieza encajó con una precisión absoluta. Un rumor grave recorrió la montaña, y la puerta comenzó a deslizarse lentamente hacia un lado. El silencio fue total. Nadie habló. Nadie se atrevió siquiera a respirar con fuerza.

La cámara permanecía intacta. El aire encerrado durante incontables generaciones conservaba un tenue aroma mineral. Las paredes estaban cubiertas por bajorrelieves que no representaban guerras, ni coronaciones, ni sacrificios. Mostraban escenas de enseñanza: un anciano entregando un libro a un niño, una mujer enseñando a cultivar la tierra, astrónomos observando el cielo, médicos atendiendo enfermos, constructores levantando puentes, filósofos debatiendo alrededor de una mesa circular. Y, en el centro de todas aquellas escenas, siempre aparecía el mismo árbol.

Nael sonrió.

—Comprendo ahora por qué este lugar sobrevivió al tiempo. No era un palacio. Era una escuela.

Eradan avanzó lentamente. En el centro de la sala había un pedestal de piedra negra, y sobre él descansaba una esfera de cristal absolutamente transparente. No parecía tallada. Parecía haber nacido así. Dentro flotaban diminutos puntos luminosos, como pequeñas estrellas suspendidas en el vacío.

Darok dio un paso adelante.

—¿Es algún tipo de joya?

Maelor negó con la cabeza.

—No. Las joyas buscan el valor. Esto parece buscar el conocimiento.

Alrededor del pedestal había doce columnas, cada una con un principio diferente. Los símbolos aún resultaban indescifrables, pero las imágenes permitían comprender parte de su significado: una representaba la verdad; otra, la justicia; otra, el servicio; otra, la memoria; otra, la compasión; otra, la libertad.

Aldren permaneció largo rato observándolas.

—No conozco esta escritura. Pero conozco estas ideas. Han sobrevivido. Han llegado hasta nosotros.

En la pared del fondo apareció un gran relieve que representaba varias especies diferentes reunidas bajo el mismo árbol. Ninguna ocupaba un lugar superior. Todas sostenían una antorcha, y cada una entregaba su llama a la siguiente. No existía un comienzo. No existía un final. Solo una cadena ininterrumpida.

Eradan sintió un estremecimiento. Aquella imagen resumía todo cuanto había aprendido en Valador: la sabiduría nunca pertenece a una generación. Solo pasa de unas manos a otras.

Fue entonces cuando Maelor descubrió un pequeño panel oculto. En él aparecía un único símbolo, idéntico al emblema grabado sobre la puerta de la Biblioteca de las Sombras. Pero debajo había una inscripción mucho más reciente, escrita en la antigua lengua de Dysara. Los Custodios consiguieron leer apenas unas líneas:

"...custodiaréis el conocimiento antes que el poder..." "...la fuerza existirá únicamente para proteger la vida..." "...cuando olvidéis estos principios, perderéis el camino aunque conservéis las murallas..."

El resto del texto estaba erosionado. Pero aquellas frases bastaban para comprender la magnitud del hallazgo.

Nael miró a Aldren.

—Entonces nuestros fundadores no inventaron la Orden. La restauraron.

Aldren asintió lentamente.

—Y quizá tampoco fueron los primeros en hacerlo.

Mientras abandonaban la cámara, Eradan volvió la vista una última vez. No podía dejar de pensar en el brote de madera. ¿Cómo era posible que una pieza tallada por su padre abriera una puerta construida miles de años antes?

Aldren pareció adivinar su pregunta.

—Tu padre no creó ese símbolo. Lo heredó. Su padre hizo lo mismo. Y el padre de su padre también. A veces las tradiciones sobreviven tanto tiempo que olvidamos de dónde vienen. Pero siguen esperando el momento en que alguien vuelva a descubrir su verdadero significado.

Aquella noche, Eradan escribió en su cuaderno:

Creemos que heredamos la tierra de nuestros antepasados. Hoy he comprendido que heredamos algo mucho más frágil: sus principios. Las piedras pueden resistir milenios. Una idea solo sobrevive si alguien decide vivir conforme a ella.

Cerró el cuaderno con cuidado. Sobre la montaña, el viento soplaba entre las rocas. No parecía un sonido. Parecía una voz antigua, que repetía, una y otra vez, el mismo juramento:

Custodia la luz. No porque te pertenezca, sino porque algún día deberás entregarla a otros.

CAPÍTULO XV

La Advertencia de los Antiguos

Durante varios días la expedición permaneció en las ruinas de Akar. Cada piedra era dibujada. Cada inscripción era copiada. Cada fragmento era catalogado. Los Custodios repetían siempre la misma norma:

—El conocimiento no pertenece a quien lo descubre. Pertenecce a quien lo conserva sin alterarlo.

Eradan comenzaba a comprender que la paciencia era una de las mayores virtudes de un investigador.

Maelor dedicaba horas enteras al estudio de las inscripciones. Una tarde llamó a Aldren y a Nael.

—Creo que he encontrado un patrón.

Sobre una mesa extendió varias láminas de pergamino. Los símbolos se repetían una y otra vez alrededor de un mismo dibujo: el Árbol de las Estrellas. Pero esta vez el árbol aparecía diferente. Varias de sus ramas estaban quebradas. Algunas hojas caían hacia la oscuridad. Y las raíces parecían secarse.

—¿Qué significa? —preguntó Eradan.

Maelor respiró hondo.

—No lo sé con certeza. Pero creo que no representa una guerra. Representa una decadencia.

Nael observó el relieve durante largo rato.

—Las guerras destruyen ciudades. La decadencia destruye civilizaciones.

Aquella frase quedó flotando en la sala.

Durante los días siguientes apareció un corredor oculto. No conducía a un tesoro. Conducía a un archivo: cientos de tablillas de piedra descansaban ordenadas en nichos excavados en la pared. Muchas estaban fracturadas. Otras conservaban parte de su contenido. Los Custodios comenzaron inmediatamente a copiarlas, y después de una semana de trabajo consiguieron reconstruir varias frases. Ninguna hablaba de conquistas. Ni de reyes. Ni de imperios. Todas hablaban de principios.

Una de ellas decía:

Una civilización comienza a morir cuando el poder vale más que la verdad.

Otra afirmaba:

La riqueza deja de crear prosperidad cuando olvida el bien común.

Una tercera estaba muy deteriorada. Solo pudieron leerse algunas líneas:

"...el conocimiento sin conciencia... terminará destruyendo a quien lo posee..."

Nael cerró lentamente los ojos.

—No escribieron historia. Escribieron advertencias.

Esa noche, alrededor del fuego, Eradan permanecía pensativo. Darok rompió el silencio.

—¿Cómo pudo desaparecer un pueblo capaz de construir todo esto?

Nadie respondió inmediatamente. Finalmente habló Aldren.

—Porque ninguna civilización cae en un solo día. Primero deja de buscar la verdad. Después deja de escuchar. Más tarde convierte el poder en un fin. Y cuando finalmente llegan los enemigos, hace mucho tiempo que comenzó a derrotarse a sí misma.

Eradan recordó los Doce Principios de la Conciencia. Comprendió que no eran simples enseñanzas para individuos. Eran también las leyes invisibles que sostenían a una civilización.

A la mañana siguiente ocurrió un hallazgo inesperado. En una pequeña cámara lateral apareció una gran losa circular, sin escritura: solo doce figuras humanas formando un círculo, cada una sosteniendo un objeto diferente —un libro, una espiga de trigo, un martillo, un compás, una rama de olivo, una lámpara, un telescopio, un cuenco, una balanza, una semilla, una antorcha. Y la última figura no sostenía ningún objeto. Extendía ambas manos hacia la siguiente persona del círculo.

Eradan frunció el ceño.

—¿Por qué él no lleva nada?

Nael sonrió.

—Porque representa al maestro. El verdadero maestro no entrega cosas. Entrega lo único que nunca disminuye al compartirlo. Conocimiento.

Maelor añadió:

—Observad el círculo. Nadie ocupa el centro. Nadie está por encima. Todos dependen de todos.

Eradan permaneció largo rato contemplando aquella imagen. Le recordó el funcionamiento de Valandor —los cocineros, los herreros, los médicos, los jardineros, los bibliotecarios, los caballeros —, todos sirviendo al mismo propósito, ninguno más importante que otro.

Cuando la expedición se preparaba para regresar, Aldren reunió a todos frente a la entrada principal de las ruinas.

—No hablaremos de tesoros. Porque aquí no los hay. No hablaremos de milagros. Porque tampoco los hemos encontrado. Lo que llevamos con nosotros es mucho más valioso. Llevamos preguntas. Advertencias. Y el deber de comprenderlas.

Antes de partir, Eradan volvió una vez más hacia la Cámara del Juramento. Apoyó la mano sobre la piedra. No pidió respuestas. Solo formuló una promesa.

—Mientras viva, la luz no se extinguirá por mi causa.

El viento descendió desde la montaña y movió suavemente las ramas de los árboles. Durante un instante, Eradan tuvo la extraña sensación de que las ruinas parecían respirar. No era un saludo. Era una entrega. Como si los Antiguos, después de incontables siglos de silencio, hubieran encontrado por fin a alguien dispuesto a continuar el camino.

CAPÍTULO XVI

El Juramento del Custodio

El regreso desde Akar fue más lento que la ida. No porque el camino hubiera cambiado. Habían cambiado quienes lo recorrían.

Los carros transportaban cuidadosamente los mapas, las copias de las inscripciones y los dibujos realizados por los Custodios. No llevaban oro. No llevaban reliquias. Las piezas originales permanecían en las ruinas. Aldren había sido claro.

—Un descubrimiento pierde parte de su significado cuando se convierte en un trofeo.

Las ruinas permanecerían protegidas, estudiadas y respetadas. Nunca saqueadas.

Cuando las torres de Valandor aparecieron en el horizonte, Eradan sintió una emoción inesperada. Aquella fortaleza ya no era solamente el lugar donde había aprendido. Era su hogar.

Las campanas resonaron lentamente mientras la expedición atravesaba la puerta principal. Los habitantes salieron a recibirlos. No preguntaron si habían encontrado tesoros. Preguntaron:

—¿Qué habéis aprendido?

Eradan sonrió. Aquella era una pregunta muy propia de Valandor.

Durante semanas, la Biblioteca de las Sombras permaneció llena de actividad. Escribas copiaban documentos, astrónomos comparaban mapas del cielo, arquitectos estudiaban las técnicas de construcción, filósofos debatían el significado de las inscripciones. Nadie trabajaba aislado. El conocimiento circulaba entre todos.

Una tarde, Aldren convocó a Eradan, Nael y Maelor. Sobre una mesa reposaban las copias de los textos más importantes hallados en Akar. El Gran Maestre permaneció un largo rato contemplándolos. Luego habló.

—Las ruinas nos han recordado algo que habíamos empezado a olvidar. La Orden protege personas. Pero también protege ideas. Si una de las dos desaparece, la otra no sobrevivirá mucho tiempo.

Nael asintió.

—Una espada puede defender una biblioteca. Pero solo una biblioteca puede enseñar por qué vale la pena defenderla.

Aquella frase quedó grabada en la memoria de Eradan. Comprendió que el acero y los libros nunca habían sido enemigos. Eran aliados.

Esa misma noche, el Consejo de los Maestros se reunió en la Sala del Roble. Era una ceremonia reservada a muy pocos. En el centro de la sala ardía una lámpara alimentada con aceite de cedro, cuya llama, según la tradición, nunca se apagaba: representaba la continuidad del conocimiento.

Aldren llamó a Eradan. El joven avanzó en silencio, sin saber qué ocurriría. El Gran Maestre tomó un pequeño estuche de madera. En su interior descansaba un broche de plata que representaba el Árbol de las Estrellas. No era una condecoración. Era un compromiso.

Aldren lo sostuvo entre ambas manos.

—Eradan de Valandor. Hasta hoy has sido un aprendiz de la Orden. Desde esta noche recibirás una responsabilidad nueva. No serás todavía Caballero. Serás Custodio del Conocimiento.

Eradan sintió un nudo en la garganta. Aldren continuó.

—Escucha bien estas palabras. Porque ningún Custodio puede olvidarlas.

El Gran Maestre comenzó a recitar el antiguo juramento. Todos los presentes lo acompañaron.

Juro buscar la verdad antes que la comodidad. Juro proteger el conocimiento antes que mi prestigio. Juro reconocer mis errores antes que defender mi orgullo. Juro transmitir lo aprendido sin alterarlo por conveniencia. Juro utilizar la fuerza únicamente cuando la conciencia no encuentre otro camino. Y juro recordar, hasta el último día de mi vida, que ningún ser humano posee toda la verdad, pero todos podemos acercarnos a ella si caminamos con humildad.

Aldren colocó el broche sobre la túnica de Eradan.

—Ahora perteneces a una cadena que comenzó mucho antes de tu nacimiento. No eres su dueño. Solo uno de sus eslabones.

Nael dio un paso adelante y entregó a Eradan un cuaderno nuevo, de cubierta de cuero oscuro. En la primera página solo había una frase:

Escribe únicamente aquello que estés dispuesto a vivir.

Eradan comprendió inmediatamente el significado. Las palabras podían inspirar. Pero solo los actos podían darles credibilidad.

Al terminar la ceremonia, los Maestros abandonaron lentamente la sala. Solo quedaron Aldren y Eradan. El Gran Maestre se acercó a una ventana desde donde podían verse las montañas.

—¿Qué ves?

Eradan respondió sin dudar.

—Valandor.

Aldren negó con una sonrisa.

—Mira más lejos.

El joven volvió a observar. Las montañas parecían interminables. Más allá se extendían bosques desconocidos. Y detrás de ellos, el horizonte.

—Ahora lo comprendo. Todavía queda mucho mundo por conocer.

Aldren apoyó una mano sobre su hombro.

—No solo mundo. También queda mucho por comprender de nosotros mismos. El viaje más largo jamás emprendido comienza siempre en el interior.

Aquella noche, Eradan no escribió en su cuaderno. Subió solo a la torre más alta de Valandor. El cielo estaba despejado, y las estrellas brillaban con una intensidad extraordinaria. Recordó el mapa de Akar. Las figuras reunidas bajo el Árbol. Las palabras de Nael. Las enseñanzas de Aldren. Comprendió que la Orden no preparaba hombres para dominar el mundo. Los preparaba para servir a algo mucho mayor que ellos mismos.

Levantó lentamente la vista hacia la constelación de Dysara. Y, sin saber por qué, tuvo la certeza de que aquel cielo no era un límite. Era una invitación.

CAPÍTULO XVII

El Consejo de los Reinos

El deshielo descendía de las montañas alimentando los ríos cuando un grupo de jinetes cruzó el puente de piedra de Valandor. No portaban estandartes de guerra. Llevaban los emblemas de varios reinos. Los centinelas abrieron las puertas y las campanas resonaron tres veces: era la señal reservada para recibir delegaciones.

Cada cinco años, los gobernantes de las tierras de Dysara enviaban representantes a Valandor. No acudían para rendir homenaje. Ni para solicitar protección. Acudían porque, desde hacía siglos, la fortaleza era considerada territorio neutral. Allí podían hablar sin temor a emboscadas ni intrigas. La palabra aún tenía un lugar sagrado.

Eradan observaba desde una galería la llegada de las comitivas: nobles vestidos con seda, embajadores cubiertos de polvo tras largas jornadas de viaje, mercaderes, eruditos, ingenieros, médicos, incluso jefes de pequeñas comunidades de las montañas. Aquello le sorprendió.

—Pensaba que solo asistirían los reyes.

Nael sonrió.

—Los reyes representan a sus pueblos. Pero ningún reino se sostiene únicamente sobre un trono.

Durante los días siguientes, Valandor se convirtió en un inmenso lugar de encuentro. En los jardines podían verse filósofos conversando con agricultores, astrónomos intercambiando observaciones con navegantes, herreros comparando nuevas técnicas de forja, médicos enseñando remedios a curanderas de las aldeas. Eradan comprendió que aquel consejo era mucho más que una reunión política. Era una celebración del conocimiento compartido.

La primera sesión comenzó en el Gran Salón. No existía un trono. Solo una mesa circular de roble, sin cabecera. Eradan recordó inmediatamente el relieve de Akar: la misma idea, nadie por encima de los demás.

Aldren abrió el encuentro.

—Bienvenidos a Valandor. Recordemos por qué nos reunimos. No para decidir quién tiene razón. Sino para acercarnos juntos a la verdad.

Los primeros asuntos fueron sencillos: la reparación de un puente, la apertura de una nueva ruta comercial, la ayuda a una región afectada por una sequía. Los acuerdos surgían con facilidad. Sin embargo, al tercer día apareció el verdadero motivo del Consejo.

El embajador del Reino de Therys se puso de pie. Era un hombre de voz firme.

—Nuestros exploradores han descubierto importantes yacimientos de hierro en las Montañas Grises. El problema es que el Reino de Eldor reclama esas mismas tierras.

El representante de Eldor respondió de inmediato.

—Las reclamamos porque siempre pertenecieron a nuestros pastores.

La discusión comenzó a elevar el tono. Otros delegados tomaron partido, y en pocos minutos el salón quedó envuelto en acusaciones cruzadas. Eradan observaba con atención. No eran hombres malvados. Muchos defendían honestamente lo que consideraban justo para su pueblo. Entonces comprendió algo que jamás había pensado: no todos los conflictos nacen del odio. Muchos nacen de intereses legítimos que chocan entre sí.

Aldren no interrumpió el debate. Esperó. Solo cuando el silencio regresó habló.

—Permitidme hacer una pregunta. Si esas montañas estuvieran vacías de hierro, ¿seguirían discutiendo por ellas?

Nadie respondió. La pregunta había revelado el verdadero centro del conflicto.

Aquella noche, Eradan comentó la sesión con Nael.

—Hoy no había villanos. Solo personas defendiendo aquello que consideran suyo.

Nael asintió.

—Ésa es la dificultad del gobierno. Cuando el bien de unos parece enfrentarse al bien de otros, la justicia deja de ser evidente. Por eso un Caballero debe aprender economía, historia, geografía y naturaleza humana. La buena voluntad, por sí sola, rara vez basta para resolver un conflicto.

Eradan recordó entonces una conversación que había tenido años atrás con su padre: las personas casi nunca discuten por las ideas, discuten por lo que creen que necesitan para vivir. Comprendió que aquellas palabras seguían siendo ciertas.

Al día siguiente, Aldren sorprendió a todos con una propuesta. En lugar de dividir las montañas entre ambos reinos, propuso crear una Custodia Compartida: las minas serían explotadas conjuntamente, una parte de los beneficios financiaría escuelas, hospitales y caminos para ambas regiones, y la explotación estaría supervisada por una comisión integrada por representantes de los dos reinos y por observadores de Valandor.

El salón quedó en silencio. Era una idea nueva. No producía vencedores ni vencidos. Obligaba a cooperar.

Algunos se mostraron escépticos.

—¿Y si uno de los dos incumple el acuerdo?

Aldren respondió con calma.

—Entonces no habrá fracasado el tratado. Habrá fracasado la palabra de quienes lo firmaron. Los tratados no sustituyen a la conciencia. La ponen a prueba.

Aquella tarde, mientras paseaba por los jardines, Eradan escribió una frase en su cuaderno:

Gobernar no consiste en repartir el poder. Consiste en administrar la confianza.

Al cerrar el cuaderno, vio a Aldren observando el horizonte. El Gran Maestre habló sin girarse.

—¿Qué has aprendido estos días?

Eradan reflexionó unos instantes.

—Que la justicia no siempre consiste en decidir quién tiene razón. A veces consiste en encontrar un camino en el que nadie necesite perder para que otro pueda ganar.

Aldren sonrió.

—Empiezas a comprender algo que muchos gobernantes nunca llegan a aprender. La mejor política no es la que derrota a un adversario. Es la que evita fabricarlo.

CAPÍTULO XVIII

Las Sombras del Consejo

El Consejo de los Reinos continuaba reunido en Valandor. Los acuerdos avanzaban con lentitud: cada decisión era discutida, revisada y corregida tantas veces como fuera necesario. A algunos visitantes les parecía un método desesperadamente lento. Para los Maestros de Valandor era una virtud.

—Las decisiones apresuradas —decía Aldren— suelen viajar más deprisa que la sabiduría.

Durante los primeros días, Eradan fue asignado como ayudante de los Custodios. Su tarea parecía sencilla: transportar documentos, organizar mapas, registrar las intervenciones de los delegados. Sin embargo, pronto comprendió que quien escucha con atención descubre cosas que los demás pasan por alto.

Una tarde recibió dos copias del mismo tratado comercial. Debían ser idénticas. No lo eran. En una de ellas, una pequeña cláusula añadía un privilegio exclusivo para un reducido grupo de comerciantes de Therys. Era apenas una línea. Podía pasar inadvertida. Pero cambiaría el equilibrio del acuerdo.

Eradan frunció el ceño. No parecía un error. Parecía una modificación deliberada. Llevó ambos documentos a Maelor. El Custodio los examinó en silencio y después levantó la vista.

—Has hecho bien en traerlos. No acuses a nadie todavía. Primero averigua qué ha ocurrido. La verdad no necesita prisa. Necesita precisión.

Durante dos días revisaron los registros, compararon las copias originales, hablaron con los escribas. Ninguno parecía haber actuado de mala fe. Finalmente descubrieron la causa: uno de los secretarios del embajador de Therys había sustituido discretamente un pergamino por otro antes de la sesión del Consejo. No buscaba provocar una guerra. Solo favorecer los intereses de las familias mercantes que representaba.

Eradan sintió indignación.

—¿Cómo puede alguien traicionar así la confianza de todos?

Nael respondió con calma.

—Porque la corrupción casi nunca comienza con grandes crímenes. Empieza cuando una persona se convence de que una pequeña deshonestidad está justificada.

El Consejo decidió actuar con discreción. El secretario fue convocado en privado. No hubo amenazas. Ni humillaciones públicas. Aldren colocó los dos documentos sobre la mesa.

—¿Reconoces estas copias?

El hombre bajó la mirada. Tardó unos instantes en responder.

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

El secretario respiró profundamente.

—Mi ciudad lleva años perdiendo comerciantes. Creí que una pequeña ventaja ayudaría a mi gente. No pensé que causara tanto daño.

Aldren permaneció en silencio. Luego preguntó:

—¿Y si todos hicieran lo mismo?

El hombre no encontró respuesta. El Gran Maestre habló con firmeza, pero sin dureza.

—El deber hacia los nuestros es honorable. Pero deja de serlo cuando exige engañar a los demás. La prosperidad construida sobre la mentira termina destruyendo incluso a quienes pretendía beneficiar.

El secretario fue apartado de su cargo. No por haber cometido el mayor de los delitos. Sino porque había quebrado el bien más difícil de recuperar. La confianza.

Aquella noche, Eradan caminó junto a Nael por los jardines de Valandor.

—Siempre imaginé que los mayores peligros serían los ejércitos.

Nael sonrió.

—Los ejércitos destruyen murallas. La corrupción destruye aquello que las murallas intentan proteger.

Pasaron junto al viejo roble del patio interior. Nael recogió una manzana caída: por fuera parecía perfecta. La partió con una pequeña navaja. El interior estaba completamente podrido.

—Observa. Nadie veía el daño desde fuera. Pero la descomposición llevaba tiempo creciendo. Así ocurre con las instituciones. No se derrumban el día en que aparece el primer acto deshonesto. Se derrumban el día en que quienes lo descubren deciden mirar hacia otro lado.

Aquellas palabras acompañaron a Eradan durante horas. Comprendió que un Caballero debía ser valiente no solo en el campo de batalla, sino también frente a la mentira, aunque esta se presentara con apariencia de buena intención.

Al día siguiente, el Consejo aprobó una nueva norma propuesta por Valandor: todos los tratados importantes deberían conservarse en tres copias idénticas —una para cada reino firmante, una para la Biblioteca de las Sombras, y cualquier modificación posterior debería quedar registrada públicamente.

—La transparencia —explicó Maelor— no sustituye la honestidad. Pero hace mucho más difícil ocultar la deshonestidad.

Muchos delegados asintieron. No era una medida contra un reino. Era una protección para todos.

Al concluir el Consejo, Aldren reunió a los escuderos.

—Recordad esto. Hay hombres que intentarán conquistar un reino con espadas. Otros intentarán hacerlo con monedas. Y algunos lo intentarán con mentiras. Los tres caminos conducen al mismo lugar. La pérdida de la libertad.

Aquella noche, Eradan escribió en su cuaderno:

La justicia necesita jueces honestos. La prosperidad necesita comerciantes honestos. El conocimiento necesita maestros honestos. Ninguna institución es mejor que la conciencia de quienes la sostienen.

Cerró lentamente el cuaderno. El viento recorría los patios de Valandor. Miró hacia la Biblioteca de las Sombras, y comprendió que custodiar el conocimiento también significaba custodiar la verdad. Porque una mentira escrita podía sobrevivir siglos. Y corregirla podía requerir generaciones enteras.

CAPÍTULO XIX

La Corona y la Espada

El Consejo de los Reinos había concluido. Las delegaciones regresaban lentamente a sus tierras, y las caravanas abandonaban Valandor cargadas de acuerdos, mapas y nuevos compromisos. Sin embargo, una comitiva permaneció en la fortaleza: la del Reino de Armath. Su soberano, el rey Edric III, había solicitado una audiencia privada con Aldren.

Eradan fue designado para asistir a los Custodios durante la reunión. No hablaría. Solo observaría y tomaría notas. Nael le susurró antes de entrar:

—Aprenderás más escuchando un buen diálogo que leyendo cien tratados.

La Sala del Roble permanecía en silencio. Edric III no vestía sus ropas ceremoniales. Había pedido acudir sin corona. Solo llevaba una sencilla capa azul. Aldren lo recibió con una inclinación de cabeza.

—Bienvenido, Majestad.

El rey sonrió.

—Hoy prefiero que me llaméis Edric. Cuando se busca consejo, los títulos pueden convertirse en un obstáculo.

Tras unos instantes de conversación, el monarca habló con franqueza.

—Mi reino prospera. Las cosechas son buenas. El comercio crece. Las fronteras están seguras. Y, sin embargo, tengo miedo.

Eradan levantó discretamente la vista del pergamino. No esperaba escuchar esa confesión.

—¿De qué tenéis miedo? —preguntó Aldren.

Edric tardó en responder.

—Del poder. Cuando era joven creía que el poder consistía en conseguir que todos obedecieran. Ahora descubro que el verdadero peligro comienza cuando dejan de decirme que estoy equivocado.

La sala quedó en silencio. Aldren caminó lentamente hasta una ventana. Desde allí se veía el Patio del Alba, donde varios escuderos entrenaban.

—Permitidme haceros una pregunta. ¿Quién afila vuestra espada?

El rey frunció el ceño.

—Mi maestro de armas.

—¿Y quién afila vuestro juicio?

Edric no respondió. Aldren tomó una pequeña rama de fresno y la sostuvo entre ambas manos.

—Una espada nunca se afila a sí misma. La piedra la corrige. El gobernante también necesita una piedra que corrija su pensamiento. Consejeros libres. Jueces independientes. Maestros que no teman decir la verdad. Y un pueblo educado que haga preguntas. Quien solo escucha elogios termina gobernando un reino imaginario.

Eradan escribió cada palabra. Comprendió que aquellas enseñanzas trascendían la política. También servían para cualquier ser humano.

El rey permanecía pensativo.

—A veces mis consejeros discrepan entre ellos. Confieso que me irrita. Retrasan las decisiones.

Nael intervino por primera vez.

—Majestad... ¿preferís un puente cuya solidez haya sido discutida por diez ingenieros, o uno construido por un solo hombre al que nadie se atrevió a corregir?

Edric sonrió. La respuesta era evidente.

Aldren abrió entonces un antiguo cofre. En su interior no había joyas. Solo una corona de hierro ennegrecido, muy sencilla, sin piedras preciosas. El rey la observó con curiosidad.

—¿De quién fue?

—Del primer Protector de Valandor. No era rey. Pero comprendió algo que muchos soberanos olvidan.

Aldren colocó la corona sobre la mesa. En su parte interior había una inscripción. Eradan la leyó en voz alta.

La corona no eleva a quien la lleva. Lo obliga a inclinarse más profundamente ante su deber.

Edric permaneció largo rato contemplando aquellas palabras. Antes de despedirse, el rey hizo una última pregunta.

—¿Cómo sabré si sigo siendo digno del cargo que ocupo?

Aldren respondió sin vacilar.

—El día en que dejéis de haceros esa pregunta, habrá llegado el momento de abandonar el trono.

Aquella conversación impresionó profundamente a Eradan. Mientras caminaba por los jardines junto a Nael, comentó:

—Siempre pensé que el mayor peligro para un rey era un enemigo poderoso.

Nael negó con la cabeza.

—No. El mayor peligro es creer que uno mismo ya no puede equivocarse. La soberbia gobierna peor que cualquier invasor.

Se detuvieron frente al Árbol de las Voces. El anciano señaló sus ramas.

—Observa ese árbol. Crece porque sus raíces permanecen ocultas. Ninguna rama presume de sostenerlo todo. Si una olvidara que depende de las demás, el árbol entero enfermaría. Así ocurre con un reino. Así ocurre con una Orden. Así ocurre con una familia.

Aquella noche, Eradan escribió una nueva reflexión:

El poder sin límites termina sirviéndose a sí mismo. El poder que acepta ser corregido continúa sirviendo al bien común.

Después cerró el cuaderno. Pero volvió a abrirlo unos segundos más tarde y añadió una segunda frase:

No basta con elegir buenos gobernantes. Es necesario construir instituciones capaces de recordarles que también son humanos.

Sonrió. Aldren tenía razón. La verdadera fortaleza de un reino no residía en la grandeza de un hombre. Residía en la sabiduría de un pueblo capaz de sostener principios incluso cuando cambiaban quienes ocupaban el poder.

CAPÍTULO XX

El Legado del Roble

Habían pasado varios meses desde la celebración del Consejo de los Reinos. Valandor recuperó la serenidad de siempre: los talleres resonaban con el sonido de los herreros, la Biblioteca de las Sombras volvía a llenarse de escribas, los jardines florecían bajo el cuidado de los aprendices. Parecía que el mundo entero respiraba en paz. Pero Aldren sabía que la paz también debía prepararse.

Una mañana, el Gran Maestre reunió a todos los Caballeros y escuderos bajo el Árbol de las Voces. En sus manos sostenía una pequeña caja de roble, sin sellos ni adornos, solo el emblema del Árbol de las Estrellas, tallado con extraordinaria sencillez.

—Hoy hablaremos de la herencia.

Algunos escuderos intercambiaron miradas. Esperaban una lección sobre linajes o títulos. Aldren negó con una sonrisa.

—La herencia más peligrosa no es la riqueza. Es la autoridad.

Abrió lentamente la caja. Dentro descansaban doce pequeñas semillas, cada una con un tono ligeramente distinto.

—Hace más de cuatro siglos, el fundador de Valandor recogió estas semillas del Gran Roble que crecía junto al primer refugio de la Orden. Desde entonces, cada Gran Maestre entrega una a quienes considera preparados para iniciar una nueva etapa de servicio. No representan un honor. Representan una obligación.

Eradan observó aquellas semillas con atención. Eran pequeñas. Casi insignificantes. Aldren levantó una de ellas.

—Ningún roble nace siendo fuerte. Durante años puede ser destruido por una tormenta. Por una sequía. Por un animal. Sin embargo, cuando logra echar raíces profundas, ninguna tempestad consigue derribarlo fácilmente. Así ocurre con los principios.

El Gran Maestre llamó a doce miembros de la Orden. Entre ellos estaba Eradan, que dio un paso al frente con evidente sorpresa. No esperaba ser elegido. Aldren depositó una semilla en la palma de su mano.

—No la conserves. Plántala.

Eradan levantó la vista.

—¿Dónde, Maestro?

Aldren respondió:

—Ésa será tu primera decisión como Custodio. El lugar que elijas hablará de la clase de hombre que deseas llegar a ser.

Durante varios días, Eradan recorrió los alrededores de Valandor. Pensó en plantarla junto a las murallas. Después cerca del río. Más tarde, en el Patio del Alba. Ningún lugar terminaba de convencerlo. Finalmente subió a una colina desde donde podían verse la fortaleza, el valle y las montañas. Allí el terreno era duro. Pedregoso. El viento soplaba con fuerza. Darok, que lo había acompañado, frunció el ceño.

—Aquí crecerá con dificultad.

Eradan sonrió.

—Precisamente por eso. Un árbol que solo conoce la comodidad desarrolla raíces superficiales.

Comenzaron a cavar. El trabajo fue lento; las piedras dificultaban cada movimiento. Al terminar, Eradan sostuvo la pequeña semilla unos instantes antes de depositarla en la tierra. No pronunció un discurso. Solo dijo unas palabras en voz baja:

—Que quien algún día descansa bajo tu sombra recuerde que otros trabajaron antes para hacer posible ese momento.

Cubrió el hoyo con cuidado y vertió sobre la tierra un cuenco de agua. Nael observaba la escena desde cierta distancia. Cuando los jóvenes regresaron, comentó:

—Has elegido un lugar difícil.

Eradan asintió.

—También las generaciones futuras encontrarán tiempos difíciles. Quiero que ese árbol les recuerde que las raíces profundas nacen del esfuerzo, no de la comodidad.

Nael sonrió con satisfacción.

—Empiezas a pensar como un constructor de civilizaciones.

Aquella noche, Aldren convocó nuevamente a Eradan. Lo esperaba en la Biblioteca de las Sombras, donde sobre la mesa descansaba un mapa de Dysara. Pero no era un mapa político. No mostraba fronteras. Mostraba caminos, rutas de comercio, monasterios, escuelas, hospitales, puentes, observatorios, centros de cultivo, bibliotecas.

El Gran Maestre habló con calma.

—Muchos creen que una civilización se sostiene sobre castillos. Están equivocados. Se sostiene sobre aquello que permite que las personas vivan, aprendan y colaboren. Éste es el verdadero mapa de Dysara. El mapa de sus raíces.

Señaló entonces un punto lejano, al occidente: una pequeña isla, sin ningún nombre, solo un antiguo símbolo. El mismo Árbol de las Estrellas. Eradan lo miró con curiosidad.

—¿Qué lugar es ése?

Aldren permaneció unos segundos en silencio.

—No lo sabemos con certeza. Solo conocemos una antigua referencia. Los primeros Custodios lo llamaban la Isla del Primer Juramento. Ningún miembro de la Orden la ha encontrado desde hace más de trescientos años.

Eradan sintió que el corazón se aceleraba. No preguntó más. Comprendió que algunas respuestas llegaban únicamente cuando uno estaba preparado para recibirlas.

Al despedirse, Aldren colocó una mano sobre su hombro.

—Hasta ahora te he enseñado a proteger lo que existe. Pronto deberás aprender a buscar aquello que se ha perdido. Y ésa será una tarea mucho más difícil.

Aquella noche, Eradan escribió una de las reflexiones más extensas de su cuaderno:

Los hombres suelen admirar las murallas, las torres y los palacios. Sin embargo, las civilizaciones no sobreviven gracias a la piedra. Sobreviven porque alguien planta árboles cuya sombra jamás llegará a disfrutar, construye puentes que otros cruzarán y escribe libros destinados a

lectores que aún no han nacido. El verdadero legado no consiste en dejar un nombre. Consiste en dejar un camino.

Cerró el cuaderno lentamente. Desde la ventana de su habitación podía verse la colina donde había plantado la pequeña semilla. Era casi invisible. Pero Eradan sonrió. Sabía que las obras más importantes siempre comienzan de ese modo, con algo tan pequeño que muchos lo consideran insignificante. Y, sin embargo, el tiempo termina demostrando que dentro de una semilla puede ocultarse un bosque entero.

CAPÍTULO XXI

El Camino de las Cuatro Fronteras

La primavera cubría nuevamente los valles de Dysara. Desde la torre oriental, Eradan contemplaba el horizonte. Más allá de las montañas se extendía un mundo que apenas conocía a través de los mapas de la Biblioteca de las Sombras. Hasta entonces, cada viaje había tenido un destino concreto: una aldea, un conflicto, una excavación. Esta vez sería diferente. No buscaban un lugar. Buscaban comprender el mundo.

A primera hora del alba, Aldren reunió a los Maestros en la Sala del Roble. Sobre la mesa descansaba un gran mapa confeccionado con pergaminos unidos por delicadas costuras, que no mostraba únicamente caminos y montañas: también indicaba antiguas rutas de peregrinación, observatorios abandonados, bibliotecas, monasterios y enclaves de sabiduría dispersos por toda Dysara, con anotaciones realizadas por generaciones de Custodios, algunas de más de trescientos años.

Aldren señaló cuatro regiones situadas en los extremos del mapa.

—Nuestros antepasados las llamaban las Cuatro Fronteras del Conocimiento. No son fronteras políticas. Son lugares donde las civilizaciones aprendieron a mirar el mundo desde perspectivas diferentes. Cada una guarda una parte de una verdad. Ninguna posee la verdad completa.

Eradan observó los nombres escritos en tinta oscura: Arkan, la tierra de los ingenieros y constructores; Lysanor, donde los sabios estudiaban las estrellas; Nareth, célebre por sus jueces y mediadores; y Eldhara, un reino de bosques antiguos cuyos monasterios enseñaban el silencio, la contemplación y la armonía con la naturaleza.

Nael sonrió al ver la curiosidad del joven.

—Quien solo conoce su propia tierra termina creyendo que sus costumbres son leyes universales. Viajar enseña humildad.

El Consejo de la Orden tomó una decisión excepcional. Se organizaría una expedición de largo alcance, no militar, sin objetivos de conquista: su misión consistía en fortalecer los vínculos con aquellos pueblos, intercambiar conocimientos y seguir el rastro de los símbolos encontrados en Akar.

Eradan fue elegido para formar parte del grupo. Junto a él viajarían Darok, Maelor, la médica Lyra, el cartógrafo Senek y una pequeña escolta de Caballeros. Nael también los acompañaría. Aldren permanecería en Valandor. Antes de partir explicó el motivo.

—Toda Orden necesita quienes exploren... y quienes mantengan encendida la lámpara para su regreso.

La ceremonia de despedida fue sencilla. No hubo desfiles. Los habitantes de Valandor entregaron a los viajeros pan, frutos secos, mantas y pequeñas cartas escritas por los niños de la fortaleza. En una de ellas podía leerse:

Traed historias para que aprendamos a imaginar el mundo antes de conocerlo.

Eradan dobló cuidadosamente el pequeño pergamino y lo guardó dentro de su cuaderno. Comprendió que también viajaba en nombre de quienes nunca abandonarían aquellas montañas.

Durante las primeras jornadas siguieron el antiguo Camino Blanco, una calzada construida siglos atrás con grandes losas de piedra. A ambos lados crecían robles, fresnos y álamos plantados

por generaciones de viajeros, y cada árbol llevaba una pequeña placa de madera. No indicaba quién lo había plantado. Solo el año.

Nael observó el gesto de Eradan.

—Nuestros antepasados comprendieron algo importante. Las obras destinadas al bien común no necesitan llevar el nombre de su autor para conservar su valor.

Al quinto día alcanzaron el Puente de los Cuatro Vientos, una construcción monumental que unía las tierras centrales con los reinos occidentales. Allí encontraron una larga caravana detenida —mercaderes, artesanos, peregrinos, campesinos— todos aguardando. Uno de los pilares del puente había cedido tras las lluvias. Cruzar era peligroso. Muchos exigían pasar de inmediato; otros pedían destruir parte del puente para reconstruirlo. La tensión crecía.

Senek examinó la estructura y negó lentamente con la cabeza.

—Si intentamos cruzar ahora, el puente caerá.

Algunos comerciantes protestaron.

—¡Llevamos días esperando!

—¡Perderemos nuestras mercancías!

—¡Nadie nos compensará!

Eradan escuchó en silencio. Aquellas personas no eran egoístas. Muchas transportaban alimentos y medicinas. Su preocupación era legítima.

Nael reunió a los responsables de la caravana. No comenzó dando órdenes. Hizo preguntas.

—¿Quién conoce mejor este puente?

Un anciano levantó la mano: había trabajado en su mantenimiento durante cuarenta años.

—¿Quién sabe trabajar la piedra?

Tres canteros dieron un paso adelante.

—¿Quién dispone de madera resistente?

Varios carpinteros se ofrecieron.

—¿Quién puede organizar los suministros mientras duren las reparaciones?

Una mujer que dirigía un convoy comercial respondió sin vacilar. En pocos minutos, personas que hasta entonces discutían comenzaron a colaborar.

Darok observaba sorprendido.

—No ha hecho nada extraordinario.

Eradan sonrió.

—Precisamente. Ha conseguido que cada uno haga aquello que mejor sabe hacer.

Las reparaciones duraron dos días. Cuando el primer carro cruzó el puente restaurado, los viajeros rompieron en aplausos. El anciano encargado del mantenimiento se acercó a Nael.

—Gracias por salvar el puente.

El viejo Maestro negó con suavidad.

—No. Lo habéis salvado vosotros. Nosotros solo os recordamos que la cooperación suele construir más deprisa que la discusión.

Aquella noche acamparon junto al río. Eradan escribió:

El liderazgo no consiste en hacer el trabajo de todos. Consiste en descubrir cómo el talento de cada persona puede unirse al de las demás para servir a un propósito común.

Cerró el cuaderno. El fuego iluminaba los rostros de la expedición. Más allá, el Camino Blanco continuaba perdiéndose en el horizonte. Nadie sabía qué encontrarían en las Cuatro Fronteras. Pero Eradan comenzaba a comprender que el verdadero viaje no consistía en recorrer distancias. Consistía en ampliar la capacidad de comprender a quienes eran distintos. Y esa, pensó mientras contemplaba las estrellas, era la única forma de construir una paz duradera.

CAPÍTULO XXII

Arkan, la Ciudad de los Mil Puentes

Después de tres semanas de viaje, la expedición abandonó las montañas. Ante ellos apareció una inmensa llanura surcada por canales, caminos empedrados y puentes de piedra que unían pueblos, talleres y campos cultivados. En el horizonte se elevaban torres de ladrillo rojo y molinos movidos por el viento y el agua.

—Bienvenidos a Arkan —dijo Senek.

Eradan contempló el paisaje con admiración. No era la belleza salvaje de Valandor. Era la belleza del trabajo humano. Cada canal conducía agua hacia los cultivos, cada puente unía comunidades, cada camino parecía responder a un propósito.

Al llegar a la capital, comprendió por qué era conocida como la Ciudad de los Mil Puentes. Ningún barrio permanecía aislado. Las calles cruzaban los canales mediante elegantes arcos de piedra, las plazas estaban llenas de artesanos, y los mercados ofrecían herramientas procedentes de todos los rincones de Dysara. Ingenieros discutían planos junto a herreros. Arquitectos observaban nuevas técnicas de construcción. El trabajo era motivo de orgullo.

La expedición fue recibida por la Maestra Ingeniera Seraya, una mujer de cabello plateado y mirada serena. No llevaba joyas; su túnica estaba cubierta de manchas de carbón y polvo de piedra. Eradan comprendió enseguida que era una persona acostumbrada a trabajar junto a sus discípulos.

Seraya saludó a Nael con afecto.

—Han pasado muchos años desde vuestra última visita.

—Y Arkan sigue construyendo más deprisa de lo que yo envejezco.

Ella sonrió.

—Eso esperamos. Si dejamos de construir, comenzaremos a retroceder.

Durante los días siguientes recorrieron talleres, molinos, puertos fluviales y escuelas técnicas. Nada parecía improvisado: cada edificio respondía a un plan que había sido perfeccionado durante generaciones. Eradan quedó fascinado por un enorme acueducto que llevaba agua desde las montañas hasta regiones donde antes solo existían tierras áridas.

—¿Cuánto tiempo tardaron en construirlo?

Seraya respondió:

—Ochenta y cuatro años. Tres generaciones de ingenieros.

Eradan permaneció en silencio. Muchos de quienes habían iniciado la obra jamás llegaron a verla terminada.

—Entonces... ¿por qué comenzaron algo que sabían que no disfrutarían?

La anciana sonrió.

—Porque confundimos el éxito con la recompensa inmediata. Nuestros mejores proyectos son aquellos cuyos frutos recogerán nuestros nietos.

Aquella frase recordó a Eradan la pequeña semilla de roble plantada junto a Valandor.

Sin embargo, no todo era armonía. Mientras recorrían los barrios exteriores, Lyra observó que varios canales secundarios estaban descuidados. En algunos pueblos el agua llegaba con dificultad.

Las diferencias entre la capital y las regiones alejadas resultaban evidentes. Eradan preguntó discretamente a Seraya. Ella suspiró.

—Todo sistema perfecto comienza a deteriorarse cuando quienes lo administran dejan de caminar por sus márgenes. Los planos muestran líneas rectas. Las personas viven en caminos mucho más irregulares.

Aquella tarde visitaron el Gran Taller de las Máquinas Hidráulicas, donde enormes ruedas movidas por el agua accionaban sierras, molinos y martillos. El estruendo era impresionante. Darok contemplaba maravillado aquel despliegue de ingenio.

—Con máquinas así podríamos construir Valandor diez veces más rápido.

Seraya respondió con una sonrisa.

—Sí. Y también podríamos destruir diez veces más deprisa. La herramienta nunca decide. Siempre lo hace quien la utiliza.

Mientras hablaban, un joven aprendiz llegó corriendo: uno de los canales principales había cedido, y el agua comenzaba a inundar un barrio entero. Los ingenieros salieron inmediatamente hacia el lugar, y la expedición los acompañó. La corriente era cada vez más fuerte. Los vecinos intentaban levantar diques improvisados. Algunos gritaban. Otros discutían sobre quién era responsable.

Seraya pidió silencio. Después comenzó a repartir tareas.

—Canteros, conmigo. Carpinteros, reforzad la compuerta. Agricultores, abrid los canales secundarios. Médicos, preparad un puesto de atención. Caballeros de Valandor, ayudad a evacuar a los ancianos y a los niños.

En pocos minutos, el caos empezó a transformarse en organización. Eradan trabajó durante horas transportando piedras, ayudando a las familias y coordinando grupos de vecinos. Nadie preguntó de qué reino era cada uno. El agua no distinguía fronteras.

Al caer la noche, la inundación había sido contenida. Los habitantes comenzaron a regresar lentamente a sus hogares. Un anciano se acercó a Seraya.

—Gracias por salvar nuestras casas.

Ella negó con la cabeza.

—No olvidéis quién las salvó realmente. Mirad a vuestro alrededor. Vecinos. Aprendices. Campesinos. Ingenieros. Caballeros. Cuando cada uno cumplió su deber, el río dejó de ser un enemigo.

Esa noche, la expedición cenó en el Gran Taller. El ambiente era tranquilo. Nadie hablaba del esfuerzo realizado. Todos analizaban qué podían mejorar para evitar futuras inundaciones. Eradan observó aquella actitud con admiración. En Valandor le habían enseñado que el error debía convertirse en maestro. En Arkan comprobaba que aquel principio también podía aplicarse a una ciudad entera.

Antes de despedirse, Seraya llevó a Eradan hasta uno de los puentes más antiguos. En una piedra casi oculta por el musgo había una inscripción:

Toda obra humana necesita mantenimiento. También la justicia. También la libertad. También la conciencia.

Eradan pasó lentamente la mano sobre aquellas palabras. Comprendió que el verdadero peligro para una civilización no era únicamente construir mal. Era creer que una obra perfecta podía mantenerse para siempre sin el cuidado constante de cada generación.

Aquella noche escribió en su cuaderno:

Construir exige inteligencia. Conservar exige humildad. Las civilizaciones no se derrumban porque un día aparezca una gran grieta. Se derrumban porque durante años nadie quiso reparar las pequeñas.

Cerró el cuaderno mientras contemplaba los cientos de puentes iluminados por las lámparas de aceite. Entonces comprendió por qué Arkan era uno de los pilares de Dysara. No solo unía dos orillas. Recordaba a todos que el progreso auténtico siempre consiste en acercar aquello que parecía separado.

CAPÍTULO XXIII

El Precio del Progreso

Los días transcurrían con rapidez en Arkan. Cada amanecer revelaba una nueva obra en construcción: un puente que avanzaba algunos metros más, una esclusa recién terminada, un molino que comenzaba a girar, un canal que llevaba agua a tierras antes estériles. Eradan comprendía por qué aquel reino era admirado en toda Dysara. Allí, el trabajo no era una obligación. Era una forma de honrar el futuro.

Seraya condujo a la expedición hasta la Escuela Superior de Ingeniería, donde cientos de jóvenes aprendían matemáticas, arquitectura, mecánica, hidráulica y ciencia de los materiales. No había aulas silenciosas: los estudiantes debatían, construían modelos, corregían errores y repetían los cálculos una y otra vez. En una de las salas, un maestro borró por completo el trabajo de uno de sus mejores alumnos. El joven no protestó. Simplemente volvió a empezar.

Eradan observó la escena con curiosidad.

—¿No os desanima perder tantos días de trabajo?

El maestro respondió:

—Lo único que realmente se pierde es el error que uno se niega a corregir.

Aquella frase quedó grabada en su memoria.

Sin embargo, mientras recorrían la ciudad, Eradan comenzó a advertir algo que no aparecía en los planos ni en los informes. Muchos artesanos apenas levantaban la vista de sus tareas. Los mercados seguían llenos, las fábricas funcionaban, los talleres producían sin descanso. Pero los parques permanecían casi vacíos. Los músicos callejeros eran escasos. Los niños jugaban menos tiempo del que él había visto en otros lugares. Todo parecía organizado. Y, sin embargo, faltaba algo difícil de nombrar.

Aquella noche comentó su impresión con Nael.

—No consigo explicarlo. Todo funciona. Pero siento que la ciudad respira demasiado deprisa.

Nael asintió lentamente.

—Has aprendido a mirar más allá de las piedras. Ahora empiezas a observar el ritmo de las personas.

Al día siguiente visitaron a Eldor, un anciano constructor retirado que había participado en la edificación del gran acueducto. Vivía en una pequeña casa rodeada de árboles frutales, lejos del ruido de la ciudad. Eradan esperaba encontrar a un hombre orgulloso de sus logros. Encontró, en cambio, a alguien extraordinariamente sencillo. Sobre una mesa de madera descansaban planos cuidadosamente enrollados, y junto a ellos había flautas, pinceles y varios libros de poesía.

—¿También sois músico? —preguntó Eradan.

El anciano sonrió.

—Lo intento desde hace cincuenta años.

—Pensé que dedicaríais todo vuestro tiempo a la ingeniería.

Eldor dejó la taza de té sobre la mesa.

—Si solo hubiera aprendido a construir puentes de piedra, jamás habría comprendido cómo tender puentes entre las personas.

Caminaron juntos por el huerto. El anciano señaló un viejo peral.

—Cuando era joven creía que el progreso consistía en levantar edificios cada vez más grandes. Con los años comprendí que una civilización no mejora únicamente cuando construye más. Mejora cuando aprende qué cosas no debe sacrificar para construir. —Guardó un instante de silencio antes de continuar—: Durante años trabajé tanto que apenas vi crecer a mis hijos. El acueducto quedó terminado. Ellos se hicieron adultos. Nunca recuperaré ese tiempo. No confundas productividad con plenitud.

Aquellas palabras conmovieron profundamente al joven. Le recordaron una enseñanza de Nael: todo exceso termina negando la virtud que le dio origen.

Al regresar a la ciudad encontraron a Seraya reunida con varios ingenieros. Discutían un proyecto gigantesco: pretendían desviar parcialmente el curso de un río para alimentar nuevas zonas agrícolas. Los cálculos eran impecables. Pero uno de los biólogos presentes expresó una preocupación.

—El humedal desaparecerá. Con él desaparecerán cientos de aves, peces y plantas.

Algunos ingenieros respondieron que el beneficio económico compensaría aquella pérdida. Otros dudaban. La discusión permanecía abierta. Eradan escuchó atentamente. No era un conflicto entre buenos y malos. Era una decisión compleja.

Aquella noche, Seraya invitó a Eradan a caminar por los canales.

—¿Qué opinas?

El joven respondió con sinceridad.

—No tengo conocimientos suficientes para decidir. Pero me pregunto si el progreso que destruye aquello que intenta mejorar sigue siendo verdadero progreso.

Seraya permaneció largo rato en silencio. Finalmente respondió:

—Ésa es precisamente la pregunta que debemos hacernos. Durante demasiado tiempo los ingenieros creímos que toda obra técnicamente posible debía realizarse. La experiencia nos ha enseñado otra cosa. Poder hacer algo no significa que debemos hacerlo.

Eradan recordó entonces los manuscritos de Akar. El conocimiento sin conciencia... La frase incompleta parecía adquirir ahora un nuevo significado.

Al despedirse, Seraya condujo a la expedición hasta el puente más antiguo de Arkan. No era el más grande. Ni el más hermoso. Era el primero que había unido dos pueblos antiguamente enfrentados. En su piedra central podía leerse:

Toda obra debe responder a tres preguntas: ¿Es posible? ¿Es útil? ¿Es justa?

La anciana acarició lentamente la inscripción.

—Nuestros antepasados añadían una cuarta pregunta. Durante muchos años dejamos de formularla.

Eradan la miró con curiosidad.

—¿Cuál?

Seraya levantó la vista hacia el río.

—¿Hace más humana a nuestra civilización?

El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier explicación. Eradan comprendió que aquella pregunta debía acompañar no solo a los ingenieros, sino también a los gobernantes, a los comerciantes, a los jueces, a los maestros. Y algún día, también a él.

Esa noche escribió en su cuaderno:

La inteligencia permite construir máquinas extraordinarias. La sabiduría decide para qué deben construirse. Cuando una civilización deja de formular la segunda pregunta, comienza lentamente a olvidar el sentido de la primera.

Cerró el cuaderno y contempló las luces reflejadas sobre los canales. Comprendió que Arkan no solo le había enseñado a admirar el progreso. Le había enseñado a ponerle límites. Porque incluso las obras más grandiosas pueden perder su rumbo si dejan de preguntarse a quién sirven.

CAPÍTULO XXIV

Lysanor, donde hablan las estrellas

La despedida de Arkan fue tan sobria como su bienvenida. No hubo banquetes. Ni discursos. Los ingenieros consideraban que las mejores despedidas eran aquellas que dejaban un trabajo bien hecho. Seraya entregó a Nael un pequeño estuche de madera. Dentro descansaba un astrolabio de bronce finamente grabado.

—Fue construido por mis maestros hace casi un siglo. Quizá en Lysanor encuentren mejores instrumentos. Pero éste lleva algo que ningún metal puede fabricar.

Eradan observó el objeto. En su borde interior había una sencilla inscripción:

La precisión sin propósito es solamente habilidad.

Nael inclinó respetuosamente la cabeza.

—Lo conservaremos como se conservan las buenas preguntas.

La expedición retomó el Camino Blanco. A medida que avanzaban hacia el norte, el paisaje volvía a transformarse: los bosques desaparecieron, las montañas dieron paso a grandes mesetas cubiertas por hierbas bajas, el aire se hizo más seco y las noches, extraordinariamente transparentes. Jamás Eradan había contemplado un cielo semejante. La Vía de Dysara atravesaba la oscuridad con una claridad casi sobrenatural, y miles de estrellas parecían tan cercanas que uno podía imaginar extender la mano para tocarlas.

Senek señaló una de las constelaciones.

—Los navegantes de Lysanor dicen que ningún hombre está realmente perdido mientras pueda reconocer el cielo.

Nael añadió con serenidad:

—Y yo añadiría algo más. Muchos conocen perfectamente el cielo... y siguen sin encontrar el camino de su propia conciencia.

Tras varias jornadas apareció, sobre un promontorio de roca blanca, la ciudad de Lysanor. No impresionaba por sus murallas ni por sus palacios. Lo primero que llamaba la atención eran sus torres —decenas de ellas, altas, esbeltas, abiertas en su parte superior—, cada una sosteniendo enormes instrumentos orientados hacia las estrellas. Observatorios. El conocimiento era la verdadera arquitectura de aquella ciudad.

Al entrar en la capital, Eradan quedó sorprendido. Las calles estaban llenas de estudiantes que no discutían sobre política ni comercio, sino que debatían geometría, astronomía, física, historia, medicina, lingüística. En cada plaza podía verse un pequeño grupo reunido alrededor de un maestro. Las preguntas eran tan importantes como las respuestas.

La expedición fue recibida por la Gran Astrónoma Elyria, rectora del Observatorio Central. Era una mujer de edad indefinida, con el cabello completamente blanco contrastando con unos ojos de extraordinaria vivacidad. No llevaba cetro. Ni símbolos de autoridad. Solo una pequeña esfera celeste colgada del cuello. Después de saludar a Nael, observó detenidamente a Eradan.

—Así que éste es el joven del que Aldren me ha escrito.

Eradan se sorprendió.

—¿El Gran Maestre os envió una carta?

Elyria sonrió.

—Hace mucho tiempo comprendimos que el conocimiento viaja más deprisa cuando también viajan las cartas.

Aquella misma noche los condujo hasta el gran observatorio: una construcción circular, completamente abierta hacia el firmamento, donde había mapas celestes, relojes solares, esferas armilares, cuadrantes y enormes telescopios fabricados con delicadas lentes de cristal. Eradan permaneció inmóvil. Nunca había imaginado que pudiera existir un lugar semejante.

Elyria se acercó a uno de los instrumentos.

—Observa.

Eradan miró por la lente. La Luna ocupó todo su campo visual: podía distinguir montañas, valles, sombras. Aquello parecía imposible.

—Siempre creí que era una esfera perfecta.

La astrónoma sonrió.

—El conocimiento suele comenzar cuando descubrimos que nuestras certezas eran incompletas.

Durante varias horas recorrieron las instalaciones. Los estudiantes anotaban cuidadosamente cada observación; nadie aceptaba una afirmación sin intentar comprobarla. En una sala podían leerse varias frases grabadas sobre mármol. Una de ellas llamó especialmente la atención de Eradan:

Toda teoría debe inclinarse ante los hechos.

Más adelante encontró otra:

Quien ama la verdad no teme corregirse.

Eradan comentó:

—En Valandor decimos algo parecido.

Elyria respondió:

—Entonces nuestras escuelas son más hermanas de lo que imaginaba.

Sin embargo, mientras recorrían los patios, Eradan advirtió una escena extraña. Un anciano campesino esperaba desde hacía horas junto a la entrada, con una pequeña caja de madera entre las manos. Varios estudiantes pasaban a su lado sin prestarle atención. Finalmente Eradan se acercó.

—¿Necesitáis ayuda?

El hombre sonrió con humildad.

—Traigo una piedra que encontré en mis campos. Creo que cayó del cielo. Pero nadie tiene tiempo para mirarla. Todos están ocupados demostrando sus teorías.

Eradan pidió permiso a Elyria para llevar al anciano al laboratorio. La astrónoma examinó cuidadosamente la piedra. Permaneció varios minutos en silencio. Finalmente levantó la vista.

—No es una roca común. Es un meteorito. Mucho más antiguo que nuestra propia historia escrita.

Después miró a sus discípulos.

—¿Veis? Mientras discutíamos sobre el universo... el universo aguardaba pacientemente en la puerta.

Aquellas palabras provocaron un incómodo silencio. Elyria reunió a todos los estudiantes.

—Hoy no habéis cometido un error científico. Habéis cometido uno mucho más grave. Habéis dejado de escuchar. Recordad esto: la verdad puede presentarse vestida con la túnica de un sabio, o con las botas embarradas de un campesino. Quien desprecia a la persona termina perdiendo también el conocimiento que ella podía ofrecer.

Eradan sintió una profunda admiración. Aquella lección resumía todo cuanto había aprendido desde que llegó a Valandor. La sabiduría nunca era arrogante.

Esa noche, mientras contemplaban el firmamento desde la terraza del observatorio, Elyria señaló la inmensa banda luminosa que cruzaba el cielo.

—Nuestros antepasados la llamaban el Río de las Almas. Hoy sabemos que está formada por incontables estrellas. El conocimiento cambió la explicación. Pero no destruyó el asombro.

Luego miró a Eradan.

—Nunca permitas que la ciencia mate tu capacidad de maravillarte. El día que eso ocurra, habrás aprendido muchos datos. Pero habrás dejado de comprender el universo.

Eradan abrió su cuaderno por una página en blanco y escribió lentamente:

La ignorancia convierte el misterio en superstición. La soberbia convierte el misterio en ilusión de certeza. La sabiduría acepta que, cuanto más conocemos el universo, más conscientes somos de todo lo que aún ignoramos.

Cerró el cuaderno. Sobre Lysanor, las estrellas brillaban con una intensidad casi imposible. Por primera vez comprendió que observar el cielo no consistía únicamente en medir distancias. Era también un ejercicio de humildad. Porque ninguna inteligencia, por brillante que fuera, podía abarcar la inmensidad del cosmos. Y esa certeza, lejos de empequeñecer al ser humano, lo invitaba a seguir buscando.

CAPÍTULO XXV

La Biblioteca del Firmamento

Al amanecer, las campanas del Observatorio Central resonaron tres veces. No anunciaban una ceremonia. Marcaban el inicio del día de estudio. En Lysanor, el conocimiento también tenía sus rituales: los estudiantes se dirigían en silencio hacia las salas de lectura mientras los astrónomos abandonaban las terrazas después de una larga noche de observación. Cuando unos terminaban su trabajo, otros lo continuaban. Así, el saber nunca dormía.

Elyria condujo a la expedición hasta el edificio más antiguo de la ciudad. No era el observatorio. Ni la universidad. Era una construcción circular, levantada con piedra blanca y columnas de mármol gris, cuya cúpula representaba las constelaciones conocidas. Sobre la entrada podía leerse una inscripción:

La verdad no pertenece a quien la descubre, sino a toda la humanidad.

Eradan sonrió. Aquellas palabras podrían haber estado escritas en la Biblioteca de las Sombras de Valandor.

Al cruzar el umbral, quedó inmóvil. Nunca había visto tantos libros reunidos en un mismo lugar: miles de manuscritos cuidadosamente ordenados, tratados de astronomía, medicina, matemáticas, botánica, historia, filosofía, música y lenguas antiguas, junto a mapas enviados desde los más remotos rincones de Dysara. El aroma del pergamino y de la madera encerada impregnaba el aire. No era un lugar de silencio impuesto. Era un lugar donde el respeto nacía de manera natural.

Los recibió el anciano bibliotecario Theron, un hombre de barba corta y ojos serenos, cuya túnica mostraba remiendos en los codos. Eradan dedujo que dedicaba más recursos a conservar los libros que a renovar su propia ropa.

Theron los saludó con una leve inclinación.

—Bienvenidos. Aquí no custodiamos respuestas. Custodiamos conversaciones que comenzaron hace siglos.

Mientras recorrían las galerías, Eradan observó algo curioso: muchos volúmenes contenían anotaciones escritas por generaciones diferentes. Un mismo tratado reunía observaciones separadas por cien, doscientos o incluso trescientos años, y cada estudioso añadía su aportación sin borrar la anterior.

—¿Nunca reemplazáis los textos antiguos? —preguntó.

Theron negó lentamente.

—Solo corregimos aquello que los hechos demuestran incorrecto. Pero jamás ocultamos el camino que nos condujo hasta la corrección. Los errores también enseñan. Olvidarlos es correr el riesgo de repetirlos.

Aquella idea impresionó profundamente a Eradan. En Valandor le habían enseñado a reconocer los propios errores. En Lysanor descubría que una civilización madura también debía conservar la memoria de ellos.

Llegaron finalmente a una sala circular conocida como La Galería de las Preguntas. No había estanterías. Solo doce grandes mesas de piedra, y sobre cada una descansaba un único manuscrito. Eradan esperaba encontrar las grandes respuestas de la historia. En cambio, los títulos lo desconcertaron:

¿Qué es la justicia? ¿Existe un límite para el conocimiento? ¿Puede una sociedad prosperar olvidando la compasión? ¿Qué convierte a un ser humano en verdaderamente libre? ¿Dónde termina la razón y comienza la sabiduría?

No eran tratados. Eran preguntas.

Elyria observó su sorpresa.

—Nuestros estudiantes pasan años regresando a estas mesas. No para memorizar respuestas. Sino para comprobar si sus respuestas de hoy siguen siendo las mismas dentro de diez años.

En una de las mesas, un joven discutía apasionadamente con un anciano maestro. Eradan escuchó parte del diálogo.

—Estoy seguro de haber demostrado mi teoría.

El anciano respondió con calma.

—Has demostrado que tus cálculos son coherentes. Ahora debes demostrar que la realidad piensa igual que tú.

Varios estudiantes sonrieron. El joven también. Había entendido la lección.

Mientras tanto, Darok exploraba otra sala. Regresó con expresión de desconcierto.

—Hay una estantería completamente vacía.

Theron asintió.

—Está reservada para los libros que aún no han sido escritos.

Eradan creyó haber oído mal.

—¿Conserváis espacio para obras inexistentes?

El bibliotecario sonrió.

—Si llenáramos todas las estanterías, estaríamos afirmando que el conocimiento ha terminado de crecer. Y ésa sería la mayor de las ignorancias.

Nael intercambió una mirada con Elyria. Ambos parecían compartir un mismo pensamiento.

Al mediodía, la expedición fue invitada a participar en una reunión de maestros. No discutían descubrimientos recientes. Analizaban una cuestión ética: un investigador había desarrollado un método para extraer minerales con una rapidez nunca antes alcanzada. La técnica era eficaz. Pero liberaba sustancias que contaminaban los ríos. La discusión no giraba en torno a la posibilidad técnica. Giraba en torno a la legitimidad moral.

Theron resumió el debate con una frase que Eradan jamás olvidaría.

—Todo descubrimiento crea una nueva responsabilidad. La ciencia no nos libera del deber de elegir. Lo hace todavía más importante.

Aquellas palabras hicieron que Eradan recordara los manuscritos de Akar. El conocimiento sin conciencia... La frase seguía incompleta. Pero comenzaba a entender su sentido.

Antes de abandonar la biblioteca, Theron condujo a Eradan hasta un pequeño balcón desde donde podían verse simultáneamente el observatorio y la ciudad.

—¿Qué ves?

Eradan respondió:

—Una ciudad dedicada al conocimiento.

El anciano negó suavemente.

—Mira mejor.

El joven observó de nuevo. Vio estudiantes cruzando plazas, médicos visitando enfermos, ingenieros revisando puentes, agricultores intercambiando semillas con botánicos. Entonces comprendió.

—El conocimiento está saliendo de los libros.

Theron sonrió.

—Exactamente. Un libro que nunca transforma una vida es apenas tinta sobre pergamino. El verdadero destino del conocimiento no es la biblioteca. Es la conciencia humana.

Aquella noche, Eradan escribió una larga reflexión en su cuaderno:

Los libros conservan la memoria de una civilización. Pero solo las personas pueden convertir esa memoria en justicia, compasión, creatividad y servicio. Leer mucho no basta. Comprender tampoco. El conocimiento alcanza su plenitud únicamente cuando se transforma en una acción que mejora la vida de otros.

Cerró lentamente el cuaderno. Desde la ventana de su habitación podía verse la gran cúpula del observatorio reflejando la luz de la luna. Comprendió entonces que Valandor, Arkan y Lysanor compartían un mismo principio, aunque lo expresaran de maneras distintas. En Valandor había aprendido que la fuerza debía servir a la conciencia. En Arkan había descubierto que la técnica debía servir al bien común. En Lysanor entendía ahora que el conocimiento también debía ponerse al servicio de la humanidad. Y comenzó a sospechar que las enseñanzas de los Antiguos no estaban repartidas por casualidad: quizá cada reino conservaba una parte del legado, ninguno poseía el conjunto, y solo reuniendo esas piezas podría comprenderse el verdadero significado del Árbol de las Estrellas.

CAPÍTULO XXVI

El Hombre que Quería Medir el Alma

La noticia se extendió rápidamente por Lysanor. Aquella tarde tendría lugar una Disputatio Magna, el mayor debate público de la Academia. Estudiantes, maestros, artesanos y viajeros comenzaron a llenar el Anfiteatro del Círculo. En Lysanor, las ideas también eran puestas a prueba ante la comunidad.

Elyria condujo a la expedición hasta los primeros asientos.

—Hoy escucharéis a uno de los hombres más brillantes de nuestra generación. —Hizo una pausa—. Y también a uno de los más peligrosos.

Eradan la miró sorprendido.

—¿Es un enemigo?

—No. Los enemigos visibles son fáciles de reconocer. Más difícil es descubrir a quienes, buscando sinceramente la verdad, terminan alejándose de ella.

Poco después apareció el conferenciante: un hombre alto, de unos cincuenta años, vestido con una sencilla túnica azul oscuro. Su nombre era Maese Kaelor. Había revolucionado la astronomía, la óptica y las matemáticas, y muchos lo consideraban el mayor científico de Dysara. El anfiteatro guardó un respetuoso silencio.

Kaelor comenzó sin ceremonias.

—Durante siglos hemos atribuido a los dioses, al destino o al misterio aquello que simplemente ignorábamos. Cada generación ha reducido ese territorio. Cada descubrimiento demuestra que el universo es más comprensible de lo que imaginábamos. —Hizo una breve pausa—. Y llegará un día en que no quede ningún misterio.

Un murmullo recorrió la sala. Kaelor continuó.

—Todo cuanto existe puede ser observado. Medido. Clasificado. Comprendido. Incluso la conciencia humana responderá algún día a leyes perfectamente conocidas. No habrá lugar para el azar. Ni para el misterio. Ni para aquello que algunos llaman espíritu.

Muchos estudiantes aplaudieron. Otros permanecieron pensativos. Eradan escuchaba con atención. El razonamiento era impecable. Y, sin embargo, algo no encajaba.

Cuando terminó la exposición, Elyria se levantó lentamente.

—Maese Kaelor... ¿puedo formular una pregunta?

—Siempre.

—Decís que todo puede medirse. ¿Podrías medir el valor de una promesa?

El científico sonrió.

—No directamente. Pero podremos comprender los procesos cerebrales que la producen.

—¿Y el amor de una madre?

—También tendrá una explicación.

—¿La belleza?

—Será una respuesta de nuestro sistema nervioso.

—¿El sacrificio?

—Una estrategia evolutiva.

La astrónoma guardó silencio unos segundos. Luego preguntó con extraordinaria serenidad:

—¿Y la verdad?

Kaelor respondió sin vacilar.

—La verdad es aquello que puede demostrarse.

Entonces intervino Theron. El anciano bibliotecario caminó lentamente hasta el centro del anfiteatro, llevando un pequeño libro entre las manos.

—Permitidme una última pregunta.

Kaelor asintió.

Theron levantó el volumen.

—Este libro pesa exactamente cuatrocientos treinta y dos gramos. Podemos medir su tamaño. Su temperatura. La composición química de su tinta. Incluso calcular cuántas palabras contiene. — Abrió lentamente una de sus páginas—. Pero decidme: ¿cuánto pesa la esperanza que este libro puede despertar en un niño?

El anfiteatro quedó completamente en silencio. Kaelor respondió tras unos instantes.

—Eso pertenece al ámbito de las emociones. No de la ciencia.

Theron sonrió con afecto.

—Exactamente. Y, sin embargo, ¿os atreveríais a afirmar que por no poder medirla deja de existir?

Eradan sintió un estremecimiento. Comprendía que no asistía a una discusión entre ciencia y espiritualidad. Ambos amaban el conocimiento. Lo que debatían era otra cuestión: los límites del conocimiento.

Kaelor permaneció pensativo. Finalmente respondió con honestidad.

—No. No afirmo que deje de existir. Solo digo que aún no sabemos cómo estudiarla.

Elyria sonrió.

—Entonces todavía queda misterio.

El científico también sonrió, por primera vez durante toda la tarde.

—Sí. Todavía queda.

El ambiente del anfiteatro cambió. Ya no era un enfrentamiento. Era un diálogo. Eso era exactamente lo que Valandor llamaba la búsqueda compartida de la verdad.

Al finalizar la sesión, Eradan caminó junto a Kaelor.

—Maese... ¿os molestaron las preguntas de Elyria?

El científico negó con la cabeza.

—Al contrario. Un investigador que se irrita cuando alguien cuestiona sus ideas ya ha dejado de investigar.

Eradan sonrió.

—En Valandor decimos que la verdad no necesita protegerse del diálogo.

Kaelor respondió:

—Entonces Valandor y Lysanor son más parecidos de lo que muchos creen.

Aquella noche, Elyria invitó a la expedición a subir nuevamente al observatorio. El cielo estaba completamente despejado, y miles de estrellas cubrían la bóveda celeste. La astrónoma señaló el firmamento.

—Cada generación cree haber llegado al final del conocimiento. Todas descubren después que apenas habían abierto una puerta. —Se volvió hacia Eradan—. No temas decir "no lo sé". Es una frase mucho más poderosa que fingir una certeza. Porque quien reconoce su ignorancia mantiene abierta la posibilidad de aprender.

Eradan permaneció largo rato contemplando las constelaciones. Abrió su cuaderno y escribió despacio, dejando espacio entre cada frase:

La inteligencia formula respuestas. La sabiduría también conserva preguntas. El fanático cree haber llegado al final del camino. El sabio comprende que cada verdad descubierta abre nuevas sendas hacia lo desconocido.

Después añadió una segunda reflexión:

La ciencia responde al "cómo". La filosofía pregunta por el "por qué". La conciencia decide el "para qué". Cuando esas tres voces dialogan, una civilización avanza sin perder su humanidad.

Cerró el cuaderno. Mientras descendía del observatorio, volvió la vista hacia la inmensidad del cielo. Por primera vez comprendió que las estrellas no eran únicamente objetos de estudio. Eran también un recordatorio de humildad. Porque el universo parecía susurrar a todo aquel que levantara la mirada:

Nunca dejes de preguntar.

CAPÍTULO XXVII

El Mapa de las Siete Luminarias

La estancia de la expedición en Lysanor llegaba a su fin. Durante semanas habían aprendido junto a astrónomos, médicos, matemáticos y filósofos. Eradan sentía que abandonaba la ciudad siendo una persona distinta de la que había llegado. Sin embargo, el destino todavía le reservaba una última enseñanza.

En la víspera de su partida, Theron pidió hablar con Nael y con Eradan. Los condujo a una sección de la Biblioteca del Firmamento que permanecía cerrada al público. No había guardias. Solo una pesada puerta de cedro, y sobre ella, grabado, el Árbol de las Estrellas.

Eradan se detuvo.

—Ese símbolo...

Theron asintió.

—Sí. Es mucho más antiguo que Lysanor.

La puerta se abrió lentamente. En el interior no había miles de manuscritos. Solo unas pocas decenas, cada uno descansando en un estuche de madera.

—Aquí conservamos los documentos cuya pérdida empobrecería a toda Dysara. No pertenecen a Lysanor. Pertenecen a la memoria de nuestra civilización.

Theron caminó hasta un armario situado en el fondo de la sala y extrajo un cilindro de bronce sellado con cera negra, que colocó cuidadosamente sobre una mesa.

—Hace más de doscientos años, un Custodio de Valandor nos confió esto. Nos pidió que solo lo entregáramos cuando un nuevo Caballero hubiera demostrado tres virtudes: humildad para aprender, valentía para corregirse y disposición para servir. —Miró a Nael—. Creo que ese momento ha llegado.

Nael rompió el sello. En el interior apareció un pergamino sorprendentemente bien conservado. No era un mapa común: el dibujo mostraba el cielo y la tierra al mismo tiempo. Siete estrellas estaban unidas por líneas doradas que descendían hasta siete lugares de Dysara. Cuatro correspondían claramente a Arkan, Lysanor, Nareth y Eldhara. Las otras tres aparecían sin nombre, marcadas solo con antiguos símbolos: uno era el Árbol de las Estrellas; otro representaba una montaña atravesada por un rayo de luz; el tercero mostraba una isla rodeada por siete círculos concéntricos.

Eradan sintió un estremecimiento. Recordó inmediatamente el mapa que Aldren le había mostrado en Valandor. La misteriosa Isla del Primer Juramento.

Theron desenrolló completamente el pergamino. En el margen inferior aparecía una inscripción escrita en una lengua muy antigua. Elyria comenzó a traducirla lentamente:

Cuando las Siete Luminarias vuelvan a ser comprendidas como una sola enseñanza, el Árbol florecerá nuevamente y la memoria de los Primeros Custodios dejará de ser un susurro.

La sala quedó en silencio. Eradan habló casi en un susurro.

—¿Quiénes fueron los Primeros Custodios?

Theron respondió con sinceridad.

—No lo sabemos. Solo conservamos fragmentos. Cada reino guarda una parte de la historia. Ninguno posee el relato completo.

Nael observó atentamente el mapa.

—Eso explica muchas cosas. Los símbolos encontrados en Akar. La isla. Los manuscritos incompletos. Todo parece conducir hacia una misma tradición.

Elyria señaló las siete estrellas.

—Nuestros astrónomos creen que representan algo más que lugares. Cada luminaria parece asociarse con una virtud. Todavía no hemos logrado identificarlas todas.

Eradan volvió a mirar el pergamino. Durante un instante tuvo la sensación de que no estaba contemplando un mapa. Sino un camino. Un itinerario espiritual.

Theron enrolló nuevamente el documento, pero antes de guardarlo entregó a Eradan una copia realizada por los escribas de Lysanor.

—El original permanecerá aquí. Las copias viajan. El conocimiento sobrevive porque nunca depende de un único lugar.

Aquella tarde la expedición abandonó la ciudad. Muchos estudiantes salieron a despedirlos. No les entregaron regalos valiosos. Solo pequeños cuadernos en blanco, cada uno con la misma frase escrita:

Que vuestro viaje añada nuevas páginas a la memoria del mundo.

Eradan guardó el suyo junto al cuaderno que lo acompañaba desde Valandor.

Durante la primera noche de marcha acamparon sobre una colina. Desde allí aún podían verse las torres del observatorio. Nael permanecía contemplando el mapa. Darok rompió el silencio.

—¿Creéis que esos lugares existen realmente?

El anciano Maestro respondió sin apartar la vista del pergamino.

—La pregunta importante no es ésta.

Todos lo miraron.

—La verdadera pregunta es si nosotros estaremos preparados cuando los encontremos.

Eradan comprendió el sentido de aquellas palabras: de nada serviría descubrir los secretos de los Antiguos si quienes los hallaban no poseían la madurez necesaria para comprenderlos. El conocimiento, una vez más, exigía conciencia.

Antes de dormir, abrió su cuaderno y escribió con calma:

Las grandes verdades rara vez permanecen reunidas en un solo lugar. La historia las dispersa para protegerlas de la ambición. Solo quienes aprenden a escuchar a pueblos diferentes pueden volver a reunirlos sin convertirlas en un instrumento de poder.

Después añadió otra reflexión:

Viajar no consiste únicamente en atravesar montañas y ríos. Consiste en permitir que cada cultura amplíe aquello que creemos saber, hasta descubrir que la verdad es demasiado vasta para pertenecer a un solo reino.

Cerró el cuaderno. El viento movía suavemente la hierba de la meseta. Sobre ellos brillaban las Siete Luminarias. Por primera vez, Eradan dejó de contemplarlas únicamente como estrellas. Comenzó a verlas como una promesa: una promesa que llevaba siglos esperando a quienes fueran

capaces de unir conocimiento, justicia, fortaleza, compasión y servicio en un mismo camino. Y, sin saberlo todavía, esa promesa acabaría cambiando el destino de Dysara.

CAPÍTULO XXVIII

Nareth, el Reino de la Balanza

Durante doce jornadas la expedición avanzó hacia el este. Las montañas quedaron atrás. Los bosques reaparecieron lentamente, y los caminos comenzaron a cruzar pequeñas aldeas donde las plazas estaban presididas, no por estatuas de reyes o guerreros, sino por antiguas balanzas de piedra. Eradan observó aquella singular costumbre: cada pueblo parecía recordar el mismo principio. El equilibrio era una responsabilidad compartida.

Al caer la tarde del decimotercer día apareció Nareth. No era una ciudad levantada para impresionar. Sus edificios eran sobrios, sus murallas sólidas pero sin ostentación, y en el centro se elevaba un amplio edificio circular. No era un palacio. Era el Foro de la Concordia, donde se reunían jueces, mediadores y representantes de las comunidades.

Nael sonrió.

—En muchos reinos el edificio más importante es el palacio del soberano. Aquí lo es la casa donde las personas aprenden a resolver sus diferencias.

Fueron recibidos por la Magistrada Elian, primera guardiana del Foro. Su túnica era completamente blanca. No llevaba espada. Solo un bastón de fresno rematado por una pequeña balanza de bronce. Eradan inclinó la cabeza.

—Es un honor conoceros.

Ella respondió con cordialidad.

—El honor será comprobar si todavía sabemos aprender unos de otros.

Tras recorrer el Foro, Elian condujo a la expedición a una gran sala abierta. No había tronos. Ni estrados elevados. Las personas se sentaban formando un círculo. Eradan preguntó:

—¿Dónde se sienta el juez?

La magistrada sonrió.

—En cualquier lugar. La justicia escucha mejor cuando no mira desde arriba.

Aquella misma mañana comenzaron las audiencias públicas. Eradan esperaba juicios solemnes y severos. Encontró algo muy distinto: un agricultor discutía con un vecino por el uso de un canal de riego, un artesano reclamaba el pago de un trabajo, dos familias debatían los límites de unas tierras. No había gritos. Cada parte exponía sus razones mientras un escriba registraba cuidadosamente cada palabra.

Cuando todos terminaron de hablar, Elian permaneció unos instantes en silencio. Después formuló una única pregunta.

—¿Qué solución permitirá que dentro de diez años ambos podáis seguir saludándoos sin bajar la mirada?

Las dos partes guardaron silencio. Nadie esperaba aquella pregunta.

Eradan quedó intrigado. Más tarde preguntó:

—¿Por qué no aplicasteis simplemente la ley?

La magistrada respondió:

—Porque la ley resuelve el conflicto de hoy. La justicia debe procurar que el resentimiento no siembre el de mañana.

Aquella frase recordó a Eradan una enseñanza de Aldren: la paz no consiste en la ausencia de guerra, sino en la presencia de relaciones sanas.

Al día siguiente asistieron a un caso mucho más difícil. Un joven llamado Rheon había robado alimentos del almacén comunal. Los hechos eran indiscutibles; el propio muchacho había confesado. Eradan esperaba una condena inmediata. Sin embargo, Elian comenzó preguntando:

—¿Por qué robaste?

Rheon respondió con la cabeza baja.

—Mi madre enfermó durante el invierno. Mis hermanos llevaban dos días sin comer. No encontré otra salida.

El silencio llenó la sala. Uno de los ancianos confirmó la historia: era cierta. Entonces la magistrada se dirigió al responsable del almacén.

—¿Había solicitado ayuda?

El hombre bajó lentamente la vista.

—Nunca llegó hasta nosotros. Comprendí demasiado tarde lo que estaba ocurriendo.

Elian permaneció largo rato reflexionando. Finalmente habló.

—Rheon ha cometido una falta. Debe reparar el daño. Trabajaré durante la cosecha para devolver lo que tomó. Pero la comunidad también ha cometido un error. Si un joven creyó que robar era su única esperanza, significa que nosotros dejamos de verlo antes de que extendiera la mano. La responsabilidad no pertenece únicamente a quien quebranta la norma. También alcanza a una sociedad que deja a uno de sus miembros sin auxilio.

Eradan sintió un profundo respeto. Aquella decisión no negaba la culpa. Tampoco negaba la compasión. Las unía.

Al salir del Foro comentó con Nael:

—En Valandor hablamos del perdón. Aquí hablan de reparación.

Nael asintió.

—Son dos ramas del mismo árbol. Perdonar sin reparar puede vaciar de sentido a la justicia. Castigar sin ofrecer un camino de regreso vacía de sentido a la misericordia.

Esa tarde caminaron por la Plaza de la Balanza. En el centro había una escultura muy singular: una balanza sostenía dos piedras aparentemente iguales, aunque una de ellas estaba ligeramente más alta. Eradan preguntó el motivo.

Elian respondió:

—Porque el equilibrio nunca permanece inmóvil. Debe corregirse constantemente. La justicia también. Cada generación cree haber alcanzado el punto perfecto. La siguiente descubre nuevos desequilibrios que debe aprender a corregir.

Antes del anochecer, la magistrada condujo a Eradan a una pequeña capilla sin imágenes ni altares. Solo había una lámpara encendida, y sobre la pared principal podía leerse una inscripción:

Antes de juzgar a otro, recuerda las veces que tú también necesitaste comprensión.

Eradan permaneció largo rato contemplando aquellas palabras. Comprendió que ningún juez podía ser verdaderamente justo si olvidaba su propia fragilidad.

Aquella noche escribió en su cuaderno:

La justicia auténtica no busca vencedores ni vencidos. Busca restablecer el equilibrio roto. Castigar puede ser necesario. Restaurar es siempre preferible. Cuando una sociedad consigue que quien cayó vuelva a levantarse sin olvidar la responsabilidad de sus actos, todos crecen con ella.

Después añadió otra reflexión:

Una ley puede ser perfecta y, aun así, resultar insuficiente. La justicia necesita escuchar aquello que ningún código alcanza a describir: el dolor, las circunstancias, el arrepentimiento y la esperanza. Solo entonces la balanza deja de pesar actos aislados y comienza a comprender personas.

Cerró el cuaderno. Las campanas del Foro sonaron suavemente en la noche. Eradan comprendió que Nareth no veneraba la ley. Veneraba algo mucho más difícil: la búsqueda incansable de una justicia que nunca olvidara la dignidad de cada ser humano.

CAPÍTULO XXIX

La Espada y la Balanza

La lluvia comenzó antes del amanecer, una lluvia lenta y persistente que cubrió los tejados de Nareth con un velo de plata. En el Foro de la Concordia, sin embargo, la actividad no se detuvo: los jueces decían que los conflictos humanos no esperaban a que mejorara el tiempo.

Aquella mañana la sala estaba más concurrida que de costumbre. Un destacamento de guardias había escoltado hasta la ciudad a un hombre acusado de homicidio. Su nombre era Darian. Había dado muerte a un mercenario durante una disputa en un camino comercial. Los hechos parecían claros: había testigos, el arma había sido hallada, y el propio acusado no negaba lo ocurrido.

Eradan observó al hombre. No tenía el aspecto de un asesino. Sus manos estaban endurecidas por el trabajo del campo. Su mirada no mostraba desafío. Solo un cansancio profundo.

La magistrada Elian abrió la audiencia.

—Darian, ¿reconocéis haber causado la muerte de Khoran, capitán de la compañía mercenaria de Varg?

—Sí.

—¿Lo hicisteis deliberadamente?

El hombre respiró hondo antes de responder.

—Sí.

Un murmullo recorrió la sala. La ley era clara: la muerte intencional exigía una severa condena. Sin embargo, Elian no cerró el expediente. Continuó haciendo preguntas.

—Contadnos lo sucedido.

Darian levantó lentamente la vista.

—Regresaba con mi hija. Al llegar al desfiladero encontramos a varios mercenarios. Habían detenido una carreta. Robaban cuanto encontraban. Cuando intentamos alejarnos, vieron a mi hija. —Su voz se quebró—. Comprendí lo que iba a ocurrir.

La sala permaneció inmóvil. Nadie interrumpió su relato.

—Intenté hablar. Les ofrecí los caballos. La mercancía. Todo cuanto llevaba. El capitán se rió. Dijo que aquello no bastaba. Entonces desenvainó su espada. —Darian cerró los ojos unos segundos—. Luché. No para vencer. Solo para darle tiempo a mi hija a escapar. Cuando cayó, los demás huyeron.

El silencio era absoluto. Eradan sintió un nudo en la garganta. Aquella historia le recordaba una de las primeras enseñanzas de Aldren: jamás desenvaines la espada mientras aún exista otra posibilidad.

Elian llamó a declarar a la joven. Su testimonio coincidía exactamente con el de su padre. También comparecieron dos comerciantes ocultos entre los árboles durante el ataque, y ambos confirmaron la versión.

Uno de los jueces más jóvenes habló con firmeza.

—La ley dice que un hombre ha muerto por su mano.

Elian respondió con serenidad.

—La ley también reconoce el derecho de proteger una vida inocente.

Se produjo un largo debate. Algunos magistrados defendían una interpretación estricta. Otros consideraban que Darian había actuado en legítima defensa de su hija. Eradan escuchaba con atención. No existían respuestas fáciles.

Durante un receso, Nael lo encontró caminando por el claustro.

—¿Qué piensas?

Eradan tardó en responder.

—Pienso en algo que dijo Aldren. La espada debe ser el último recurso. Si Darian hubiera tenido otra salida, la habría elegido.

Nael asintió.

—Eso es lo importante. No juzgues únicamente el acto. Pregunta también qué alternativas tenía quien lo realizó.

La audiencia se reanudó al mediodía. Elian tomó finalmente la palabra.

—Darian ha quitado una vida. Eso nunca puede celebrarse. La muerte deja una herida incluso cuando resulta inevitable.

El acusado inclinó la cabeza.

—Lo sé. Cada noche vuelvo a verla.

La magistrada continuó:

—Pero también ha quedado demostrado que hizo todo cuanto estaba en su mano para evitar el combate. Ofreció sus bienes. Intentó retirarse. Buscó el diálogo. Solo recurrió a la fuerza cuando ya no existía otro camino para proteger una vida inocente. La ley no exige heroísmo suicida. Exige responsabilidad.

El fallo fue recibido con profundo respeto. Darian quedó exento de condena penal por haber actuado en legítima defensa. Sin embargo, Elian añadió una condición inesperada.

—Durante un año colaboraréis con la Casa de la Reconciliación. Ayudaréis a las familias que han perdido seres queridos por causa de la violencia. No porque seáis culpable de un crimen. Sino porque quien ha conocido el dolor tiene el deber de impedir que otros vuelvan a sufrirlo.

Darian rompió a llorar. No de alivio. Sino porque alguien había comprendido el peso que cargaría el resto de su vida.

Al abandonar el Foro, Eradan permanecía en silencio. Finalmente preguntó:

—¿Por qué imponerle ese servicio si no fue condenado?

Elian respondió con calma.

—Porque incluso las guerras justas dejan cicatrices. Nuestra obligación no termina cuando dictamos sentencia. Debe continuar hasta que la comunidad comience a sanar.

Aquella tarde visitaron la Casa de la Reconciliación. No era una prisión. Era un lugar donde antiguos combatientes, víctimas y familiares trabajaban juntos reconstruyendo viviendas, cultivando huertos y enseñando oficios. En una pared podía leerse una frase grabada sobre madera:

La paz no nace el día en que termina la batalla. Nace el día en que deja de transmitirse el odio.

Eradan permaneció contemplando aquellas palabras durante largo tiempo. Comprendió que la Orden de Valandor debía aspirar precisamente a eso: no a ganar guerras, sino a evitar que las siguientes generaciones heredaran su amargura.

Aquella noche escribió en su cuaderno:

El guerrero justo no celebra haber vencido. Da gracias por haber protegido aquello que no podía abandonarse y honra incluso a quien cayó bajo su espada. Porque toda vida perdida empobrece al mundo, aun cuando la violencia haya sido inevitable.

Después recordó una de las tradiciones de los Caballeros de Valandor y añadió:

Por eso, después de cada combate, los Custodios elevan una oración por los vivos y por los muertos. No distinguen entre amigos y enemigos. Ruegan para que el último acto de la espada sea abrir nuevamente el camino hacia la paz.

Al cerrar el cuaderno, Eradan sintió que aquella costumbre cobraba un sentido mucho más profundo. No era un rito. Era un recordatorio permanente: el Caballero jamás debía acostumbrarse a la violencia. El día en que dejara de dolerle quitar una vida, aunque fuera para salvar otra, dejaría de ser digno de portar la espada de Valandor. Y esa convicción, comprendió mientras la lluvia cesaba sobre los tejados de Nareth, era la armadura más difícil de forjar.

CAPÍTULO XXX

El Juicio del Rey

Tres días después del caso de Darian, las campanas del Foro de la Concordia sonaron de una manera distinta. No llamaban a una audiencia ordinaria. Convocaban al Consejo de la Corona. Toda Nareth parecía contener la respiración.

Eradan observó el movimiento de la ciudad: los magistrados caminaban con paso sereno, los escribas preparaban los archivos, los representantes de los gremios ocupaban sus lugares. No había soldados formando filas. Ni demostraciones de poder. En Nareth, incluso el rey comparecía ante la ley.

Nael advirtió la sorpresa del joven.

—Hoy aprenderás una lección que pocas naciones han comprendido.

El salón principal estaba repleto. En el centro había un asiento de madera idéntico a todos los demás. No existía un trono. Poco después entró el rey Althar IV, vestido con una sencilla capa azul oscuro. Al llegar al círculo de magistrados dejó la corona sobre una mesa y tomó asiento. Como cualquier ciudadano. Eradan apenas podía creerlo.

La magistrada Elian explicó en voz baja:

—Aquí la corona representa una función. No convierte a un hombre en alguien superior a la ley.

El caso era delicado. Meses atrás, durante una prolongada sequía, el rey había ordenado desviar agua hacia las regiones agrícolas del norte. La decisión había salvado miles de cosechas. Pero varias aldeas del sur habían sufrido graves pérdidas, y sus representantes consideraban que la medida había vulnerado antiguos acuerdos. No acusaban al rey de actuar con mala intención. Cuestionaban la legitimidad de su decisión.

El secretario leyó los antecedentes y luego invitó a hablar a ambas partes. Nadie interrumpió. Ni siquiera el monarca. Cuando llegó su turno, Althar se puso de pie.

—Asumo plenamente la responsabilidad de mi decisión. Si me equivoqué, también debo asumir sus consecuencias.

Eradan sintió un profundo respeto. Durante horas se analizaron mapas, registros climáticos y testimonios de agricultores. Los argumentos eran sólidos en ambos lados. No existía una respuesta sencilla.

Al finalizar las exposiciones, Elian formuló una pregunta inesperada.

—Majestad... si hoy volvierais a enfrentar la misma situación, disponiendo del conocimiento actual, ¿tomaríais exactamente la misma decisión?

El rey permaneció largo rato en silencio. Toda la sala esperaba su respuesta. Finalmente habló.

—No. Buscaría una solución más lenta. Más difícil. Pero más justa.

Un murmullo recorrió el recinto. No era frecuente escuchar a un gobernante reconocer públicamente sus propios errores.

La magistrada asintió.

—Entonces no juzgamos únicamente una decisión. Juzgamos también la capacidad de aprender de ella.

Tras una larga deliberación, el Consejo emitió su resolución: reconoció que el rey había actuado buscando el bien común en una situación extrema, y que no había existido abuso de poder. Pero también declaró que las comunidades perjudicadas tenían derecho a ser compensadas. La Corona asumiría la reconstrucción de los sistemas de riego del sur, y el procedimiento utilizado durante la emergencia sería revisado para evitar que una situación semejante volviera a repetirse.

Althar se levantó e inclinó respetuosamente la cabeza ante los magistrados.

—Acepto el dictamen. La autoridad que no puede ser examinada deja de ser legítima.

El salón permaneció en silencio. Eradan comprendió que acababa de presenciar algo extraordinario. No había vencedores. Ni vencidos. Solo una comunidad intentando aprender de sus propios errores.

Al abandonar el Foro, Eradan comentó:

—En otros reinos muchos considerarían humillante que un rey aceptara un juicio.

Elian respondió:

—Lo verdaderamente humillante sería creer que un gobernante nunca puede equivocarse. Quien concentra demasiado poder termina escuchando únicamente el eco de su propia voz.

Aquella tarde, el rey invitó a Nael y a Eradan a caminar por los jardines del Palacio del Roble. No habló de política. Habló de responsabilidad.

—Cuando era joven pensaba que gobernar consistía en dar órdenes acertadas. Hoy sé que consiste, sobre todo, en rodearme de personas capaces de decirme cuándo estoy equivocado.

Eradan sonrió.

—Eso requiere mucha confianza.

—Y mucha humildad. El mayor enemigo de un gobernante no suele ser un ejército extranjero. Es el orgullo.

Mientras regresaban al monasterio donde se hospedaban, Nael rompió el silencio.

—¿Has observado algo curioso?

—¿Qué cosa?

—Hoy nadie defendió al rey por ser rey. Ni lo atacó por ser rey. Todos intentaron comprender si su decisión había servido verdaderamente a la justicia. Ésa es la diferencia entre servir a una persona y servir a un principio.

Aquellas palabras hicieron que Eradan recordara el juramento de la Orden de Valandor. Los Caballeros prometían fidelidad al Reino. Pero, antes aún, prometían fidelidad a la Verdad y al Bien. Comprendió entonces por qué Aldren insistía tanto en ese orden: los hombres son falibles, y los principios deben ser la brújula que permite corregir sus errores.

Aquella noche escribió en su cuaderno:

La autoridad no ennoblece a quien la recibe. Es el carácter de quien la ejerce el que puede ennoblecer a la autoridad. Cuando un gobernante acepta ser juzgado por los mismos principios que exige a los demás, fortalece la confianza de su pueblo mucho más que cualquier victoria militar.

Después añadió una última reflexión:

Las leyes sostienen una nación. Las instituciones la protegen. Pero solo la humildad de sus dirigentes puede impedir que ambas se conviertan en instrumentos del poder. Allí donde un rey acepta corregirse, el pueblo aprende que nadie está por encima de la verdad.

Cerró el cuaderno mientras las luces de Nareth comenzaban a apagarse. Había llegado creyendo que la justicia consistía en aplicar correctamente las leyes. Ahora comprendía que era mucho más profunda: la justicia era el arte de preservar la dignidad humana sin renunciar a la verdad. Y ese arte exigía algo que ningún código podía garantizar por sí solo: una conciencia recta.

CAPÍTULO XXXI

Eldhara, el Bosque del Silencio

La mañana en que abandonaron Nareth no hubo discursos. La magistrada Elian se limitó a estrechar la mano de cada viajero. Cuando llegó el turno de Eradan, sostuvo su mirada durante unos segundos.

—Recuerda lo que has aprendido aquí. La justicia comienza escuchando. Pero solo madura cuando uno aprende a escuchar incluso aquello que no desea oír.

Eradan inclinó respetuosamente la cabeza.

—No lo olvidaré.

El camino hacia Eldhara era completamente distinto a los anteriores. Las grandes rutas comerciales desaparecieron. Los puentes de piedra fueron sustituidos por senderos cubiertos de musgo. Las aldeas eran cada vez más pequeñas, y los árboles crecían hasta ocultar casi por completo el cielo. Parecía que el bosque hubiera decidido proteger algo. O quizá a alguien.

Durante dos jornadas apenas encontraron viajeros. El silencio comenzaba a hacerse tan profundo que Eradan podía distinguir el sonido de las hojas al caer. Al principio aquello le resultó extraño. Después descubrió que el silencio también poseía matices: no era ausencia de sonido, sino presencia de otra forma de escuchar.

Darok rompió finalmente la quietud.

—Empiezo a comprender por qué llaman a este lugar el Bosque del Silencio.

Nael sonrió.

—No. Todavía sigues creyendo que el bosque está callado. Escucha mejor.

Todos permanecieron inmóviles. Entonces comenzaron a percibir aquello que antes pasaba inadvertido: el viento recorriendo las copas, el agua descendiendo entre las piedras, el zumbido lejano de los insectos, el vuelo de las aves, incluso el lento crujido de los troncos. El bosque nunca había estado en silencio. Los silenciosos eran ellos.

Al tercer día alcanzaron un inmenso arco de piedra cubierto por enredaderas. No había murallas. Ni puertas. Solo una inscripción tallada directamente sobre la roca:

Entra despacio. La naturaleza no tiene prisa y, sin embargo, todo florece.

Eradan sonrió. Aquellas palabras le produjeron una serenidad difícil de explicar.

Más adelante encontraron el primer monasterio de Eldhara. No dominaba el paisaje. Parecía formar parte de él: las construcciones habían sido levantadas respetando la posición de los árboles más antiguos, y en algunos lugares los edificios se curvaban para no cortar las raíces. Las acequias seguían el curso natural del agua. Ninguna piedra parecía colocada contra la voluntad de la montaña.

Los recibió un anciano vestido con una sencilla túnica verde, el cabello cayéndole hasta los hombros y un bastón de madera de fresno sin adornos.

—Bienvenidos. Soy Maese Ishan, Guardián del Bosque Interior.

Eradan inclinó la cabeza.

—¿Bosque interior?

El anciano sonrió.

—Todos aprendéis primero a caminar entre árboles. Muchos tardan toda una vida en aprender a caminar dentro de sí mismos.

La respuesta dejó pensativo al joven.

Aquella tarde compartieron una comida sorprendentemente sencilla: pan, frutas, verduras, hierbas aromáticas, agua de manantial. Nadie habló durante la cena. No porque estuviera prohibido. Simplemente no parecía necesario.

Después del anochecer, Ishan condujo a los viajeros hasta un claro iluminado por la luna. En el centro crecía un gigantesco árbol cuya copa parecía tocar las estrellas. No era el Árbol de las Estrellas. Pero inspiraba el mismo respeto.

—Este roble nació hace casi mil años. Muchos creen que nosotros protegemos al árbol. La verdad es justamente la contraria. Es él quien nos ha enseñado a permanecer aquí.

Eradan apoyó la mano sobre la corteza. Sintió una profunda paz. No podía explicarla. Solo experimentarla.

Ishan observó su expresión.

—¿Qué has descubierto?

Eradan tardó en responder.

—Nada.

El anciano sonrió satisfecho.

—Excelente. Hoy has aprendido más que muchos estudiantes.

Darok frunció el ceño.

—No entiendo.

Ishan comenzó a caminar lentamente alrededor del árbol.

—La mente desea llenar cada instante de explicaciones. El espíritu necesita aprender a permanecer un tiempo sin ellas. Las semillas no germinan porque alguien les grite. Necesitan silencio. La conciencia también.

Aquellas palabras recordaron a Eradan las noches de meditación en Valandor. Comenzaba a comprender que Aldren no había inventado aquellas enseñanzas. Las había heredado de una tradición mucho más antigua.

Antes de retirarse, Ishan les mostró una pequeña fuente. El agua brotaba lentamente desde una roca, y su superficie era tan transparente que reflejaba las estrellas. El anciano arrojó una pequeña hoja. Las ondas deformaron el reflejo del cielo.

—¿Qué ha ocurrido con las estrellas?

Darok respondió:

—Nada. Solo dejó de verse claramente su imagen.

Ishan asintió.

—Exactamente. Las estrellas siguen donde siempre estuvieron. Es el agua la que ha perdido la calma. La verdad también permanece. Es nuestra mente agitada la que deja de reflejarla con claridad.

Nadie habló durante varios minutos. El agua volvió lentamente a quedar inmóvil. Entonces las estrellas reaparecieron con toda nitidez.

Esa noche, Eradan no abrió inmediatamente su cuaderno. Permaneció largo rato contemplando el bosque. Comprendió que algunas experiencias se empobrecían al intentar describirlas demasiado pronto. Solo cuando el amanecer comenzó a iluminar las montañas escribió unas pocas líneas:

El ruido no siempre proviene del mundo. Muchas veces nace dentro de nosotros. Mientras la mente corre detrás de cada pensamiento, la verdad aparece fragmentada. Cuando la conciencia recupera la serenidad, el universo deja de parecer confuso. No porque haya cambiado, sino porque aprendemos a contemplarlo sin imponerle nuestros temores y deseos.

Después añadió una segunda reflexión:

La fuerza domina. La inteligencia comprende. La justicia equilibra. Pero solo el silencio permite escuchar la voz que orienta a las tres. Quien teme al silencio termina viviendo prisionero del ruido de su propio ego.

Cerró el cuaderno. Por primera vez desde que había iniciado el viaje por los cuatro reinos, no sintió la necesidad de formular nuevas preguntas. El bosque ya lo estaba haciendo por él. Y Eradan comenzaba a descubrir que algunas respuestas solo se revelan a quienes saben esperar.

CAPÍTULO XXXII

El Espejo del Lago

Los días en Eldhara transcurrían sin prisa. No porque sus habitantes fueran lentos, sino porque habían aprendido que la prisa y la profundidad rara vez caminaban juntas. Cada jornada comenzaba antes del amanecer: los monjes salían en silencio para cuidar los huertos, limpiar los senderos, atender a los animales o reparar las pequeñas construcciones de madera. Nadie elegía las tareas más prestigiosas. Todas eran consideradas igualmente dignas.

Ishan resumía aquella actitud con una frase que los novicios repetían desde hacía siglos:

—Quien desprecia los pequeños deberes jamás estará preparado para recibir los grandes.

Eradan reconoció en aquellas palabras el espíritu de Valandor. El servicio no empezaba en el campo de batalla. Comenzaba barriendo el suelo que otros pisaban.

Una mañana, Ishan pidió a Eradan que lo acompañara. Caminaron durante varias horas por senderos apenas visibles hasta llegar a un lago oculto entre los árboles. Sus aguas permanecían inmóviles; no había una sola hoja flotando sobre la superficie. El bosque entero parecía guardar silencio alrededor de aquel lugar.

—Lo llamamos el Lago del Espejo —dijo el anciano.

Eradan observó el agua. Reflejaba con absoluta nitidez el cielo, las montañas y los árboles. Era imposible distinguir dónde terminaba el paisaje y dónde comenzaba su imagen.

Ishan recogió una pequeña piedra y la dejó caer suavemente en el centro del lago. Las ondas se expandieron lentamente. El reflejo desapareció.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—El agua se ha agitado.

—¿Y el cielo?

—Permanece igual.

El anciano sonrió.

—Entonces recuerda esto. La realidad rara vez se altera tan deprisa como nuestras emociones. Muchas veces creemos que el mundo ha cambiado. En verdad, lo único que ha cambiado es la forma en que lo estamos mirando.

Continuaron caminando alrededor del lago. Al cabo de un rato encontraron un viejo tronco caído, e Ishan se sentó sobre él.

—Dime, Eradan. ¿A qué enemigo temes enfrentarte?

El joven respondió sin vacilar.

—Aquel que amenaza a mi pueblo.

—No te he preguntado por un enemigo exterior. Te he preguntado por el que más temes.

Eradan guardó silencio. Jamás había pensado en ello. Después de un largo momento respondió:

—Temo no estar a la altura cuando llegue el momento de decidir entre dos caminos igualmente dolorosos.

Ishan asintió con aprobación.

—Ése es un temor digno de un Caballero. Quien solo teme morir aún no ha comprendido su misión. Quien teme obrar injustamente ya ha comenzado a comprenderla.

El anciano tomó una rama seca y dibujó un círculo sobre la tierra. Luego lo dividió en dos.

—Todos los pueblos hablan de la lucha entre la luz y la oscuridad. Pero la verdadera batalla suele librarse aquí. —Golpeó suavemente su propio pecho—. Dentro del corazón.

Eradan recordó entonces los entrenamientos con Aldren, los ejercicios de respiración, las largas horas de meditación, las oraciones por los enemigos caídos. Todo comenzaba a formar parte de un mismo camino.

Al regresar al monasterio encontraron a varios novicios discutiendo acaloradamente. Uno de ellos acusaba a otro de haber roto una delicada vasija ceremonial. Las voces aumentaban; cada uno intentaba demostrar su inocencia. Ishan no intervino de inmediato. Esperó. Cuando ambos terminaron de hablar, preguntó serenamente:

—¿Quién de vosotros desea realmente conocer la verdad?

Los dos levantaron la mano.

—Entonces comenzad por renunciar a la necesidad de tener razón.

El silencio fue inmediato. Poco después apareció un tercer novicio: había presenciado el accidente. La vasija se había quebrado por una fuerte ráfaga de viento mientras ambos intentaban sujetarla. Ninguno mentía. Ambos solo habían visto una parte de lo ocurrido.

Ishan miró a Eradan.

—¿Lo comprendes?

El joven asintió lentamente.

—Muchas disputas nacen porque confundimos nuestra perspectiva con la totalidad de la verdad.

Esa tarde, los novicios repararon juntos la vasija. No ocultaron las grietas: las rellenaron con una resina mezclada con polvo de mica que brillaba bajo la luz. Eradan contempló el resultado con sorpresa. Las fracturas habían dejado de ser un defecto. Ahora contaban la historia del objeto.

Ishan acarició una de aquellas líneas luminosas.

—Aquello que ha sido restaurado con verdad puede volverse más valioso que aquello que nunca sufrió una herida. No escondas tus cicatrices. Aprende de ellas.

La frase quedó grabada en la memoria de Eradan. Pensó en Darian, en el rey Althar, en Seraya, en Kaelor. Todos habían crecido porque aceptaron reconocer sus errores. La perfección no era el objetivo. La honestidad sí.

Aquella noche, el bosque quedó envuelto por una espesa niebla. Los monjes encendieron pequeñas lámparas de aceite a lo largo de los senderos. Eradan preguntó:

—¿Por qué no esperamos a que salga el sol?

Ishan respondió:

—Porque la niebla también forma parte del camino. Nadie aprende a orientarse viviendo siempre bajo un cielo despejado.

Antes de dormir, Eradan regresó solo al Lago del Espejo. El agua permanecía inmóvil. Miró su reflejo durante largo tiempo. No veía únicamente su rostro. Veía al joven que había partido de

Valandor. Al aprendiz que había recorrido Arkan, Lysanor y Nareth. Y al hombre que comenzaba a nacer en Eldhara.

Abrió el cuaderno y escribió despacio:

El adversario más peligroso no es quien empuña una espada contra nosotros, sino quien alimenta nuestro orgullo, nuestra ira y nuestro miedo desde el interior. Ninguna victoria sobre otros puede compararse con la conquista de uno mismo.

Después añadió:

El verdadero Caballero no busca ser invencible. Busca permanecer gobernado por una conciencia serena incluso cuando el dolor, la duda o la injusticia intenten arrastrarlo hacia la oscuridad. Porque quien pierde el dominio de sí mismo ya ha comenzado a perder cualquier batalla exterior.

Cerró el cuaderno. El lago volvió a reflejar las estrellas con absoluta claridad. Entonces comprendió una verdad que los antiguos Custodios parecían haber conocido desde el origen de Dysara: el universo entero puede contemplarse en una sola gota de agua, siempre que ésta permanezca en calma.

CAPÍTULO XXXIII

La Noche de las Cuatro Llamas

Una semana después de su llegada a Eldhara, Maese Ishan anunció que había llegado el momento de la Vigilia de las Cuatro Llamas. Nadie explicó en qué consistía. Los monjes simplemente comenzaron los preparativos: limpiaron antiguos senderos, encendieron faroles de aceite, prepararon pan, agua y frutas secas para quienes participarían de la caminata nocturna.

Eradan observaba todo con curiosidad. No comprendía por qué un acontecimiento tan importante transcurría con tanta sencillez.

Al caer la tarde, Ishan reunió a los viajeros.

—Esta noche caminaréis solos. No habrá maestros. No habrá mapas. No habrá respuestas. Solo cuatro fuegos encendidos en distintos lugares del bosque. Cada uno representa una prueba que ningún otro puede superar por vosotros.

Nael inclinó respetuosamente la cabeza. Parecía conocer aquella tradición. Eradan comenzó a sospechar que los antiguos Custodios de Valandor mantenían un vínculo mucho más profundo con Eldhara del que imaginaba.

Antes de partir, Ishan entregó a cada participante una pequeña lámpara de aceite.

—No utilicéis esta luz para buscar el camino. Utilizadla para recordar que también vosotros debéis convertirlos en una luz cuando otros atraviesen la oscuridad.

La primera llama ardía sobre una colina cubierta de brezos. Cuando Eradan llegó encontró únicamente una piedra grabada con una pregunta:

¿Qué estás dispuesto a abandonar para permanecer fiel a la verdad?

No había nadie. Solo el viento. Permaneció largo rato contemplando aquellas palabras. Pensó en la comodidad. En el reconocimiento. En el deseo de tener siempre razón. Comprendió que un Caballero no juraba defender la verdad mientras ésta le resultara conveniente. Juraba servirla incluso cuando exigiera renunciar a una parte de sí mismo. Se inclinó en silencio y continuó el camino.

La segunda llama ardía junto a un viejo puente de madera. Sobre el suelo encontró otra inscripción:

¿Qué miedo gobierna todavía tus decisiones?

Aquella pregunta resultó mucho más difícil. Eradan recordó las palabras pronunciadas junto al Lago del Espejo. No temía la muerte. Temía equivocarse. Temía fallar a quienes confiaran en él. Permaneció inmóvil hasta comprender que el miedo no desaparece negándolo. Solo deja de gobernarnos cuando aprendemos a caminar a pesar de él. La llama pareció iluminarse con mayor intensidad. O quizá fue únicamente una impresión.

La tercera llama se encontraba en un pequeño claro. Allí descubrió algo inesperado: un anciano alimentaba el fuego con ramas secas. No llevaba ninguna insignia. Ni pronunciaba palabra alguna. Simplemente esperaba. Cuando Eradan llegó, el hombre le tendió una taza de infusión caliente. Ambos permanecieron sentados largo rato. Sin hablar.

Al despedirse, el anciano sonrió.

—Gracias por vuestra compañía.

Eradan respondió automáticamente:

—Pero si apenas hemos conversado.

El anciano levantó la vista hacia las estrellas.

—Escuchar también es una forma de conversar.

Solo entonces Eradan comprendió la lección: hay presencias que consuelan más que los discursos. Continuó caminando con una serenidad nueva.

La cuarta y última llama ardía en la cima de una pequeña montaña. No había inscripciones. Solo un círculo de piedras, y en el centro, una espada antigua. La hoja mostraba las marcas del tiempo, el metal estaba apagado, la empuñadura era sencilla. No parecía un arma legendaria. Más bien el instrumento de alguien que había servido durante muchos años.

Ishan surgió lentamente desde la oscuridad. Era la primera vez que Eradan lo veía desde el inicio de la caminata.

—¿Qué ves?

—Una espada.

—¿Solo eso?

Eradan volvió a observarla. Permaneció largo rato en silencio. Después respondió:

—Veo una responsabilidad.

Ishan asintió.

—¿Qué diferencia existe entre un asesino y un Caballero?

Eradan respondió sin apartar la vista de la hoja.

—Ambos pueden empuñar la misma espada. Lo que los diferencia es aquello que gobierna su corazón.

Una larga sonrisa apareció en el rostro del anciano.

—Has comprendido. La espada jamás convierte a un hombre en justo. Es la justicia la que puede volver digna a una espada.

Ishan tomó entonces el arma y la clavó nuevamente en la tierra.

—Los antiguos Custodios realizaban aquí su juramento. No prometían vencer. No prometían sobrevivir. Prometían algo mucho más difícil. Jamás permitir que el odio guiara el brazo que sostenía la espada.

Eradan recordó la oración que los Caballeros de Valandor elevaban por los enemigos caídos. Comprendió que aquella tradición había nacido precisamente en un lugar como éste.

Antes del amanecer, todos los participantes regresaron al monasterio. Nadie preguntó qué habían vivido. Cada experiencia pertenecía al silencio de quien la había recibido.

Al salir el sol, Ishan reunió nuevamente a los viajeros. No pronunció un largo discurso. Solo dijo:

—Las cuatro llamas seguirán ardiendo mientras exista alguien dispuesto a buscarlas. Pero recordad esto: no estaban en el bosque. Siempre estuvieron dentro de vosotros.

Eradan comprendió entonces el verdadero sentido de la vigilia. No había sido una prueba impuesta por los maestros. Había sido un encuentro consigo mismo.

Aquella noche escribió una de las páginas más extensas de su cuaderno:

La verdad exige renuncia. El valor exige caminar junto al miedo sin obedecerlo. La compasión exige aprender a escuchar incluso en el silencio. La fuerza exige que la espada permanezca sometida a la conciencia. Quien reúne estas cuatro llamas deja de buscar el poder sobre los demás y comienza a ejercer el único dominio verdaderamente digno: el gobierno de sí mismo.

Después permaneció largo rato observando el fuego de la chimenea. Por primera vez desde que había abandonado Valandor sintió que empezaba a comprender el significado del juramento de los Caballeros. No eran guardianes de un reino. Ni siquiera de una tradición. Eran guardianes de una forma de ser. De una manera de caminar por el mundo sin traicionar la dignidad de la vida.

Y comprendió que, si algún día llegaba a vestir el manto blanco de la Orden, el verdadero examen no sería derrotar a un enemigo. Sería mantener encendidas, aun en las noches más oscuras, las cuatro llamas que acababa de descubrir en el bosque de Eldhara.

CAPÍTULO XXXIV

El Jardín de los Primeros Custodios

La mañana siguiente a la Vigilia de las Cuatro Llamas amaneció envuelta en una tenue neblina. Los monjes trabajaban en los huertos con la misma serenidad de siempre. Nada hacía pensar que la noche anterior hubiera sido especial. En Eldhara, las experiencias más profundas no necesitaban ser anunciadas. Se dejaban madurar en silencio.

Después del desayuno, Maese Ishan se acercó a Eradan.

—Ven conmigo. Hay un lugar que aún no has visto.

Abandonaron el monasterio por un sendero estrecho que ascendía entre hayas centenarias. Durante horas caminaron sin cruzarse con nadie. El bosque se volvía cada vez más antiguo; los árboles alcanzaban dimensiones extraordinarias, algunos parecían haber visto pasar siglos, y el aire estaba impregnado por el aroma de la tierra húmeda y del musgo.

Finalmente llegaron a un claro circular. En su centro crecía un árbol inmenso. No poseía la majestuosidad del legendario Árbol de las Estrellas. Era un roble. Viejo. Sereno. Profundamente arraigado. Sus ramas se extendían en todas direcciones, ofreciendo sombra al pequeño jardín que lo rodeaba.

Alrededor del tronco había siete bancos de piedra, dispuestos formando un círculo perfecto. Eradan los observó con atención. Cada banco tenía grabado un símbolo distinto. Reconoció inmediatamente algunos de ellos: la balanza de Nareth, el compás de Arkan, la esfera celeste de Lysanor, la hoja del roble de Eldhara. Los otros tres coincidían con los símbolos que había visto en el antiguo mapa de las Siete Luminarias. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó.

Ishan apoyó la mano sobre la corteza del árbol.

—Lo llamamos el Jardín de los Primeros Custodios. No porque ellos lo construyeran. Sino porque aquí se reunieron por última vez.

Eradan permaneció inmóvil.

—¿Existieron realmente?

El anciano sonrió.

—Durante siglos muchos creyeron que eran una leyenda. Hoy sabemos que fueron hombres y mujeres de carne y hueso. No eran reyes. No eran sacerdotes. No eran conquistadores. Eran servidores.

El muchacho recorrió lentamente el círculo de piedra. En cada banco había una inscripción. El primero decía: La fuerza protege. El segundo: El conocimiento ilumina. El tercero: La justicia equilibra. El cuarto: El espíritu orienta. Los otros tres estaban tan erosionados por el tiempo que apenas podían leerse algunas palabras. En uno distinguió: ...memoria... En otro: ...unidad... Y en el último: ...esperanza...

Ishan advirtió su interés.

—Nadie ha conseguido reconstruir completamente las inscripciones. Cada generación descubre una palabra nueva. Quizá algún día alguien logre leerlas enteras.

Eradan recordó el mapa de las Siete Luminarias. Comprendió que aquellos cuatro reinos no representaban simplemente territorios. Representaban pilares de una misma civilización. Faltaban todavía tres. Y sin ellos el círculo permanecía incompleto.

Se sentaron bajo el gran roble. Durante largo rato ninguno habló. Finalmente fue Eradan quien rompió el silencio.

—¿Por qué desaparecieron los Primeros Custodios?

Ishan respiró profundamente antes de responder.

—Porque comprendieron un peligro que pocas personas son capaces de ver.

—¿Cuál?

—Que toda institución, por noble que sea su origen, puede terminar creyendo que posee toda la verdad.

El joven guardó silencio. Aquellas palabras resumían muchas de las enseñanzas recibidas en Arkan, Lysanor y Nareth.

Ishan continuó:

—Por eso decidieron dispersar su legado. Ningún reino conservaría todas las respuestas. Cada uno custodiaría únicamente una parte. Así, las generaciones futuras se verían obligadas a dialogar. A viajar. A escucharse unas a otras. No podrían reconstruir el todo permaneciendo encerradas en sí mismas.

Eradan levantó la vista hacia las ramas del roble.

—Convirtieron la diversidad en una protección contra el fanatismo.

Los ojos de Ishan brillaron con satisfacción.

—Exactamente. Cuando una sola voz cree poseer toda la verdad, el diálogo muere. Y cuando el diálogo muere, la violencia suele comenzar a hablar.

En ese momento apareció una joven novicia portando una cesta de semillas. Sin decir palabra comenzó a sembrarlas alrededor del árbol. Eradan observó la escena con curiosidad.

—¿Qué hace?

—Continúa una tradición. Cada visitante planta una nueva semilla. Muy pocas llegarán a convertirse en árboles. Pero nadie puede saber cuál de ellas ofrecerá sombra dentro de doscientos años.

El muchacho tomó un puñado de semillas. Se arrodilló. Abrió un pequeño surco con las manos. Las depositó cuidadosamente. Después cubrió la tierra. No pronunció ninguna oración. No hizo ningún gesto solemne. Simplemente permaneció unos instantes contemplando aquel pequeño montículo.

Ishan habló en voz baja.

—Eso es la esperanza. Trabajar por un futuro que quizá nunca llegarás a contemplar.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Eradan comprendió que toda gran civilización era una obra colectiva. Quienes plantaban rara vez eran los mismos que recogían los frutos.

Antes de abandonar el jardín, Ishan se detuvo frente al banco donde apenas podía leerse la palabra ...unidad....

—Muchos creen que la unidad consiste en pensar todos igual. Los Primeros Custodios enseñaban exactamente lo contrario. La verdadera unidad aparece cuando personas diferentes permanecen fieles a principios comunes. No uniformidad. Armonía.

Aquella tarde, de regreso al monasterio, Eradan abrió su cuaderno y escribió lentamente:

Los Primeros Custodios no edificaron un imperio. Edificaron una conversación entre pueblos. Comprendieron que ninguna cultura alcanza por sí sola la plenitud de la verdad. La fuerza necesita del conocimiento. El conocimiento necesita de la justicia. La justicia necesita del espíritu. Y todas ellas necesitan dialogar con aquello que todavía ignoran.

Después añadió una segunda reflexión, que ocuparía un lugar destacado en las enseñanzas de la futura Orden:

Toda civilización comienza a declinar cuando deja de aprender de los demás y empieza a creer que ya no tiene nada que recibir. La humildad no es una virtud secundaria: es la raíz que permite seguir creciendo sin traicionar la verdad.

Al cerrar el cuaderno, el viento recorrió las ramas del viejo roble. Miles de hojas comenzaron a susurrar al mismo tiempo. Eradan levantó la mirada. Por un instante tuvo la extraña sensación de que el árbol entero respiraba. No como un ser mágico. Sino como un testigo silencioso de generaciones enteras que habían pasado bajo su sombra.

Y comprendió que los Primeros Custodios quizá no habían desaparecido del todo. Mientras hubiera hombres y mujeres dispuestos a proteger la fuerza con la compasión, iluminar el conocimiento con la humildad, equilibrar la justicia con la misericordia y orientar el espíritu hacia el servicio, su obra seguiría viva. No en los monumentos. Ni en los pergaminos. Sino en la conciencia de quienes eligieran caminar ese sendero.

CAPÍTULO XXXV

El Juramento del Roble Blanco

Los últimos días en Eldhara transcurrieron con la serenidad propia del bosque. Eradan ayudó a reparar senderos, recogió leña para el invierno, colaboró con los sanadores del monasterio y acompañó a los ancianos durante sus caminatas. No hubo nuevas lecciones. Al menos, no pronunciadas. Comprendió que en Eldhara las enseñanzas más importantes se transmitían mediante la forma de vivir.

Una mañana, antes del alba, Ishan llamó a la puerta de su habitación.

—Es hora.

No añadió nada más. Caminaron hasta un valle oculto entre montañas. La niebla cubría la pradera, y en el centro se alzaba un árbol extraordinario: su tronco era claro, casi plateado, y las hojas reflejaban la luz del amanecer con un tono blanquecino. Eradan jamás había visto un árbol semejante.

—¿Qué especie es?

Ishan respondió con reverencia.

—Lo conocemos como el Roble Blanco. La tradición dice que nació del primer brote plantado por los Custodios cuando decidieron consagrar este valle al servicio de la vida.

Alrededor del árbol aguardaban Nael, Elyria, Darok, la magistrada Elian, Theron y, para sorpresa de Eradan, también Seraya, llegada desde Arkan. Habían recorrido grandes distancias para reunirse allí. No representaban a sus reinos. Representaban las cuatro enseñanzas que Eradan había recibido: trabajo, conocimiento, justicia, espíritu. Nadie ocupaba un lugar de honor. Formaban un círculo perfecto alrededor del Roble Blanco.

Ishan habló primero.

—Los antiguos Custodios afirmaban que ningún ser humano puede convertirse en guía antes de aprender a ser discípulo. —Miró a Eradan—. Has recorrido cuatro caminos. Ahora dinos qué has encontrado.

El joven permaneció largo rato en silencio. No quería repetir las lecciones aprendidas. Quería expresar aquello que realmente había comprendido. Finalmente habló.

—En Arkan descubrí que el trabajo dignifica cuando sirve a los demás. En Lysanor comprendí que el conocimiento solo alcanza su plenitud cuando permanece unido a la humildad. En Nareth aprendí que la justicia debe restaurar antes que humillar. En Eldhara descubrí que ninguna de esas virtudes puede sobrevivir si el corazón pierde la serenidad.

Se hizo un profundo silencio. Después añadió:

—Creía que viajaba para conocer el mundo. Ahora entiendo que el viaje siempre estuvo dirigido hacia mi propia conciencia.

Los presentes intercambiaron una mirada de satisfacción. No porque hubiera respondido correctamente. Sino porque aquellas palabras nacían de la experiencia.

Ishan se acercó al Roble Blanco y cortó cuidadosamente una pequeña rama caída por el viento. Nunca una rama viva. La sostuvo entre sus manos.

—Nuestros antepasados prohibieron fabricar cetros con este árbol. Ni coronas. Ni símbolos de dominio. Solo permitieron elaborar bastones para los caminantes. Porque quien sirve jamás debe olvidar que continúa recorriendo el camino.

Con un pequeño cuchillo dio forma a la madera y se la entregó a Eradan. Era un sencillo bastón de viaje. Liso. Sin adornos.

—No representa autoridad. Representa responsabilidad. Úsalo únicamente mientras recuerdes que todavía tienes mucho que aprender. El día en que creas haber alcanzado toda la verdad, déjalo aquí. Ya no te pertenecerá.

Eradan recibió el bastón con ambas manos. Sintió el peso de la madera. Era ligero. Y, sin embargo, parecía contener siglos de historia.

Entonces ocurrió algo inesperado. Nael desenvainó lentamente su espada. Todos guardaron silencio. Eradan hizo ademán de imitarlo. El anciano negó con la cabeza.

—Hoy no. La espada permanecerá envainada. Porque este juramento no habla de combatir. Habla de vivir.

Todos colocaron la mano derecha sobre el corazón. Ishan comenzó a recitar unas palabras muy antiguas. Los demás las repitieron. Eradan las escuchó por primera vez:

Que mi fuerza jamás sirva a la ambición. Que mi conocimiento jamás alimente la soberbia. Que mi justicia jamás olvide la misericordia. Que mi espíritu jamás se aparte de la verdad. Y si alguna vez fracaso, que tenga el valor de comenzar nuevamente.

Eradan sintió que aquellas palabras resumían todo cuanto había aprendido desde su partida de Valandor. Las repitió lentamente. No como una fórmula. Sino como una promesa.

Cuando terminó el juramento, un suave viento atravesó el valle. Las hojas del Roble Blanco comenzaron a caer lentamente. Ninguno de los presentes habló. En Eldhara existía la costumbre de dejar que el silencio sellara aquello que las palabras apenas podían expresar.

Antes de regresar, Theron entregó a Eradan un pequeño estuche de madera. En su interior había una brújula de bronce extraordinariamente antigua. No marcaba los puntos cardinales: en lugar de Norte, Sur, Este y Oeste aparecían cuatro palabras. Servicio. Verdad. Compasión. Esperanza.

Eradan levantó la vista.

—¿Cómo funciona?

Theron sonrió.

—No señala un lugar. Te recuerda una dirección.

Cuando la ceremonia parecía haber concluido, una joven mensajera llegó al valle montando un caballo exhausto. Descendió apresuradamente y se arrodilló ante Nael.

—Maestro... traigo noticias de Valandor.

El anciano rompió el sello del pergamino. Su expresión cambió de inmediato. No era miedo. Era preocupación. Eradan jamás lo había visto así.

—¿Qué ocurre?

Nael levantó lentamente la vista.

—Han encontrado otra Cámara de los Custodios.

El silencio se hizo absoluto.

—¿Dónde?

El anciano respondió con voz grave.

—No en Valandor. No en Arkan. Ni en Lysanor. Ni en Eldhara.

Todos comprendieron el significado de aquellas palabras antes de que pronunciara el nombre.

—Ha sido hallada más allá del Mar Interior, en las ruinas de Aethar, el Quinto Reino.

El viento dejó de soplar. Las hojas del Roble Blanco descendieron lentamente hasta cubrir el suelo. Eradan sintió que todo cuanto había aprendido durante su viaje acababa de adquirir un sentido nuevo. Los Primeros Custodios no habían legado únicamente cuatro caminos. Había otros. Olvidados. Ocultos. Quizá incluso borrados deliberadamente de la historia. Y comprendió que su verdadero viaje apenas acababa de comenzar.

CAPÍTULO XXXVI

La Ciudad que Había Sido Borrada

El regreso hacia Valandor comenzó ese mismo día. No hubo despedidas solemnes: los habitantes de Eldhara entendían que los caminos importantes nunca terminaban en un abrazo, sino en el siguiente paso.

Ishan acompañó a la expedición hasta el límite del bosque. Antes de separarse, tomó el bastón de caminante que había entregado a Eradan. Lo sostuvo unos instantes entre sus manos y dijo:

—Recuerda algo. Los árboles más fuertes no son los que desafían al viento. Son los que aprenden a inclinarse sin quebrarse.

Eradan inclinó la cabeza.

—Lo recordaré, Maestro.

Ishan sonrió.

—No. No lo recuerdes. Vívelo.

Durante el viaje de regreso, el grupo apenas habló del mensaje recibido. Todos comprendían la importancia de la noticia. Si realmente existía una Quinta Luminaria, significaba que la historia enseñada durante siglos estaba incompleta. Y una historia incompleta podía conducir a decisiones equivocadas.

Fue Darok quien rompió finalmente el silencio.

—¿Por qué nadie había oído hablar de Aethar?

Nael tardó unos segundos en responder.

—Ésa es precisamente la pregunta que más me preocupa. Los reinos olvidan. Pero borrar un reino entero exige voluntad. Alguien quiso que desapareciera de la memoria.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. Eradan recordó la Biblioteca del Firmamento, los manuscritos incompletos, las inscripciones erosionadas, las tres luminarias sin nombre. Todo comenzaba a encajar. No se trataba únicamente del paso del tiempo. Había existido un esfuerzo deliberado por ocultar una parte del pasado.

Cinco días después llegaron a Valandor. La fortaleza conservaba la misma serenidad de siempre. Sin embargo, algo había cambiado: en los patios había más mensajeros de lo habitual, los escribas trabajaban incluso durante la noche, los maestros mantenían reuniones constantes. El ambiente no era de miedo. Era de expectación.

Aldren esperaba junto al viejo cedro. Al ver acercarse a Eradan, sonrió con el afecto reservado a quienes regresan transformados. No preguntó qué había aprendido. Lo veía en su forma de caminar. En la calma de su mirada. En la manera en que saludaba a cada persona.

—Bienvenido a casa.

Eradan abrazó al anciano.

—Gracias. Ahora comprendo que el viaje apenas comienza.

Aldren respondió:

—Entonces has aprovechado bien el camino.

Aquella misma noche se reunió el Consejo de los Custodios. Participaban representantes de los cuatro reinos; también habían llegado Theron, Elyria, Elian e Ishan. Era la primera vez en muchas generaciones que los cuatro guardianes se encontraban bajo un mismo techo.

Sobre la gran mesa de piedra descansaban varios objetos: el mapa de las Siete Luminarias, la brújula de los Custodios, los manuscritos hallados en Akar, y un nuevo pergamino cubierto de arena seca. Procedía del sur.

Nael desenrolló cuidadosamente el documento. Era un informe redactado por una expedición de exploradores.

—Hace tres meses, una tormenta desplazó enormes dunas del Desierto de Khar. Al retirarse la arena apareció una estructura ciclópea. Los exploradores creyeron al principio que se trataba de un templo. Pero cuanto más excavaban, más comprendían que estaban descubriendo una ciudad entera.

Elyria extendió varios dibujos realizados sobre el terreno. Eradan contuvo la respiración. Las avenidas formaban círculos concéntricos, los edificios seguían proporciones geométricas extraordinariamente precisas, y en el centro se alzaba una enorme torre rodeada por siete plazas radiales. Era imposible no recordar el mapa de las Siete Luminarias.

Theron señaló una inscripción copiada por los arqueólogos.

—Nuestros traductores han logrado interpretar únicamente unas pocas palabras.

Leyó lentamente:

"...Aethar..." "...Casa de la Quinta Llama..." "...Custodios del Horizonte..."

Después levantó la vista.

—El resto permanece ilegible.

Aldren permanecía pensativo. Finalmente habló.

—Durante siglos creímos que los Primeros Custodios fundaron cuatro escuelas. Ahora sabemos que eran, al menos, cinco. Quizá más.

El silencio volvió a adueñarse de la sala. Fue Eradan quien formuló la pregunta que todos evitaban.

—Si Aethar existió, ¿por qué desapareció?

Nadie respondió inmediatamente. Entonces habló Ishan.

—Tal vez estamos haciendo la pregunta equivocada.

Todos lo miraron.

—Quizá no desapareció. Quizá fue condenado al olvido.

Las palabras recorrieron la estancia con el peso de una sentencia.

En ese momento uno de los escribas entregó a Aldren una pequeña caja de madera recién llegada de la expedición. Dentro había un objeto envuelto en lino. El anciano retiró lentamente la tela. Apareció un disco de piedra negra, del tamaño de una mano, cuya superficie estaba pulida con una precisión extraordinaria. En el centro brillaba un cristal translúcido, y alrededor podían verse siete cavidades distribuidas en forma de estrella. Solo cuatro conservaban incrustada una pequeña gema. Tres estaban vacías.

Elyria observó el disco con creciente asombro.

—No es un objeto ceremonial. Muestra señales de uso continuo.

Theron acercó una lámpara. En el borde exterior apareció una inscripción diminuta. Después de varios minutos consiguió leerla:

Ninguna llama basta por sí sola.

Eradan sintió un escalofrío. Recordó el Jardín de los Primeros Custodios, las siete piedras, las siete luminarias, las cuatro virtudes conocidas, las tres desaparecidas. Todo apuntaba hacia una misma verdad: los reinos nunca habían sido independientes. Habían formado parte de una única comunidad.

Al concluir la reunión, Aldren pidió a Eradan que permaneciera unos minutos más. Cuando quedaron solos, abrió un antiguo armario de cedro y extrajo un volumen encuadernado en cuero blanco. Era el libro más antiguo que Eradan había visto jamás. Lo depositó con sumo cuidado sobre la mesa.

—Nunca pensé que tendría que mostrarte esto tan pronto.

Abrió lentamente la primera página. No contenía texto. Solo un dibujo: representaba un árbol gigantesco cuyas raíces abrazaban siete ciudades, y sobre cada una brillaba una estrella. En el margen inferior aparecía una frase escrita con una caligrafía antiquísima. Aldren la leyó en voz alta:

Cuando una sola llama pretenda iluminar el mundo, comenzará la era de las sombras. Solo la unión de las siete preservará el equilibrio de Dysara.

El anciano cerró el libro. Sus ojos se encontraron con los de Eradan.

—Hasta hoy creíamos que era una alegoría. Ya no estoy tan seguro.

Aquella noche, Eradan apenas pudo dormir. Abrió su cuaderno por primera vez desde su regreso y escribió con calma:

Las civilizaciones no desaparecen únicamente bajo el peso de las guerras o del tiempo. También pueden desaparecer cuando el orgullo decide borrar aquello que contradice su relato. Quien controla la memoria termina influyendo sobre el futuro. Por eso proteger la verdad histórica es una forma de proteger la libertad.

Después añadió una última reflexión:

Todo viaje comienza buscando respuestas. Pero llega un momento en que las respuestas dejan de ser suficientes. Entonces aparecen preguntas capaces de transformar una vida. Quizá Aethar no sea solo una ciudad perdida. Quizá sea la pregunta que nuestra civilización lleva siglos evitando formular.

Cerró el cuaderno. Desde la ventana de su habitación contempló las estrellas sobre Valandor. Ya no veía cuatro. Ni siquiera siete. Veía un círculo incompleto que esperaba ser reunido. Y comprendió que el siguiente viaje no consistiría únicamente en atravesar desiertos y montañas. Consistiría en recuperar una memoria que alguien había intentado sepultar bajo la arena del tiempo.

CAPÍTULO XXXVII

El Consejo de los Siete

Durante los días siguientes, Valandor se transformó en un hervidero de actividad. Cartógrafos revisaban antiguos mapas. Escribas comparaban manuscritos conservados en monasterios distantes. Astrónomos estudiaban la posición de las Siete Luminarias. Mensajeros llegaban desde los cuatro reinos con nuevos documentos y testimonios. El descubrimiento de Aethar había despertado preguntas que nadie podía ignorar.

Eradan pasaba largas horas en el Archivo Mayor junto a Theron y Elyria. No buscaban tesoros. Buscaban una palabra. Una fecha. Una contradicción. A veces una sola línea bastaba para cambiar el significado de siglos enteros.

Una tarde, mientras examinaban un códice procedente de Arkan, Elyria detuvo bruscamente la lectura.

—Aquí hay algo...

Theron se acercó. El pergamino estaba deteriorado, pero una frase permanecía intacta:

...y el Consejo decidió hablar con una sola voz...

El anciano frunció el ceño.

—Eso no coincide con ningún otro manuscrito.

Buscaron referencias semejantes. Después de varias horas encontraron un texto en la Biblioteca de Lysanor, y otro procedente de Nareth. Cada uno conservaba un fragmento distinto. Separados parecían insignificantes. Juntos componían una historia inquietante.

Nael convocó una reunión extraordinaria. Al caer la noche, los representantes de los cuatro reinos ocuparon nuevamente la gran sala de Valandor. Sobre la mesa se extendieron los tres manuscritos. Theron comenzó a leer la reconstrucción:

En los últimos años del Consejo de los Siete, los Custodios buscaron poner fin a todas las disputas entre los reinos.

Nada extraño. Todos asintieron. Continuó leyendo:

Decidieron unificar las enseñanzas bajo una sola interpretación...

La sala quedó en silencio. Ishan cerró lentamente los ojos. Parecía comprender adónde conducía aquel relato.

Theron prosiguió:

Aquello que nació para preservar la armonía terminó debilitando la libertad de conciencia.

Eradan sintió un escalofrío. El texto estaba incompleto. Pero bastaba. Los Primeros Custodios habían cometido precisamente el error contra el que pretendían proteger a las generaciones futuras. Habían confundido unidad con uniformidad.

Nael habló en voz baja.

—Ahora entiendo por qué dividieron el legado. No fue una estrategia inicial. Fue una corrección.

Elian añadió:

—Comprendieron demasiado tarde que cuando una única institución decide cuál es la única interpretación legítima, incluso los hombres justos pueden terminar silenciando otras voces.

Ishan observó el fuego de la chimenea.

—El fanatismo casi nunca comienza con malas intenciones. Empieza cuando dejamos de hacer preguntas.

Eradan permanecía inmóvil. Toda su formación en Arkan, Lysanor, Nareth y Eldhara adquiría un significado nuevo. Cada reino conservaba una virtud precisamente para impedir que una sola dominara a las demás: la fuerza sin conocimiento podía convertirse en violencia; el conocimiento sin justicia, en manipulación; la justicia sin espíritu, en crueldad; el espíritu sin fuerza, en impotencia. Y quizá las tres virtudes perdidas completaban un equilibrio todavía más profundo.

En ese momento Aldren abrió el antiguo libro del Árbol de las Estrellas. Entre sus páginas apareció un pliego que nadie había advertido. Era una carta. No llevaba firma. Solo un sello con siete ramas entrelazadas. La tinta estaba sorprendentemente bien conservada. Comenzó a leer:

Si estás leyendo estas palabras, significa que nuestro fracaso no pudo ser ocultado para siempre.

Nadie respiraba.

Creímos que la verdad necesitaba una sola voz para protegerse.

Aldren hizo una pausa. Su voz parecía pesar más con cada línea.

Descubrimos demasiado tarde que la verdad no necesita guardianes que hablen por ella, sino hombres y mujeres dispuestos a buscarla juntos.

Theron cerró lentamente los ojos.

—Esto cambia toda nuestra comprensión de la historia.

La carta continuaba:

Por eso dispersamos las Siete Luminarias. Ningún reino volverá a custodiar la totalidad del conocimiento. Ninguna generación podrá imponer una única mirada sobre el mundo. Quien desee reconstruir el legado deberá hacerlo viajando, escuchando y aprendiendo de quienes piensan diferente.

Eradan comprendió que el viaje iniciado meses atrás no era una casualidad. Era exactamente el camino previsto por aquellos antiguos maestros. No bastaba estudiar libros. Había que recorrer pueblos, compartir su pan, escuchar sus historias, dejar que cada cultura corrigiera las propias certezas.

Nael cerró la carta con sumo cuidado.

—Los Primeros Custodios no fueron recordados porque fueran perfectos. Lo fueron porque tuvieron el valor de reconocer su mayor error.

Nadie habló durante varios minutos. El silencio era de respeto. No hacia el fracaso. Sino hacia la honestidad de quienes decidieron convertir ese fracaso en una enseñanza para el futuro.

Al terminar la reunión, Eradan salió al patio. El cielo estaba completamente despejado. Aldren caminó hasta él.

—¿Estás decepcionado?

Eradan negó lentamente.

—No. Los admiro más que antes.

El anciano sonrió.

—¿Por qué?

—Porque comprendieron que una civilización no se salva ocultando sus errores. Se salva aprendiéndolos.

Aldren apoyó una mano sobre su hombro.

—Entonces ya empiezas a pensar como un Custodio.

Aquella noche, Eradan escribió una página que con el tiempo sería estudiada por generaciones enteras de Caballeros de Valandor:

Desconfiaré siempre de quien afirme poseer toda la verdad. La verdad es demasiado vasta para caber en una sola mente, un solo libro o un solo reino. Quien deja de escuchar comienza lentamente a dejar de comprender. La diversidad no debilita la búsqueda del bien; la protege del orgullo.

Después permaneció unos instantes con la pluma suspendida. Finalmente escribió una última frase:

Los Primeros Custodios no nos legaron un sistema perfecto. Nos legaron algo mucho más valioso: el coraje de corregirnos cuando descubrimos que incluso nuestras mejores intenciones pueden alejarnos de la verdad.

Cerró el cuaderno. Por primera vez desde el hallazgo de Aethar, sintió que el pasado ya no era un peso. Era una brújula. Una brújula que no señalaba hacia una edad de oro perdida, sino hacia un futuro en el que cada generación tendría el deber de reconstruir, una vez más, el equilibrio entre las Siete Luminarias.

CAPÍTULO XXXVIII

Los Guardianes de la Memoria

El invierno se anunciaba temprano aquel año. Los primeros vientos descendían desde las montañas del norte, y las hojas de los robles comenzaban a cubrir los senderos de Valandor. En la Fortaleza de los Custodios, las lámparas permanecían encendidas hasta altas horas de la noche. El descubrimiento de Aethar había alterado la calma de los cuatro reinos. No con miedo. Con responsabilidad.

Durante varias semanas, el Consejo estudió los informes enviados desde el Desierto de Khar. Cada nueva excavación revelaba calles, talleres, observatorios y patios cubiertos por siglos de arena. Pero lo más extraordinario no eran los edificios. Era la ausencia de signos de destrucción. No había murallas derribadas. No aparecían huellas de incendios. No existían restos de una gran batalla. Aethar no había sido conquistada. Había sido abandonada.

—Una ciudad no desaparece así —dijo Darok mientras observaba los planos.

Theron asintió.

—No cuando posee reservas de agua, tierras fértiles y una arquitectura capaz de resistir siglos.

Elyria desplegó un nuevo mapa sobre la mesa. Las excavaciones habían descubierto antiguos canales que se internaban bajo el desierto.

—No huyeron por falta de recursos. Algo más ocurrió.

Aldren permanecía en silencio. Finalmente habló.

—Antes de formular respuestas, debemos formular mejores preguntas.

Eradan comprendía cada vez más el modo de pensar de su maestro. Las prisas eran enemigas de la verdad.

Aquella misma tarde llegó un mensajero cubierto de polvo. Había cabalgado sin descanso desde Khar. Traía un pequeño cofre sellado.

—Fue hallado bajo el pavimento de una cámara subterránea. Los arqueólogos creen que estaba oculto deliberadamente.

Nael rompió el sello. Dentro apareció una tablilla de piedra gris, no mayor que un palmo, cubierta por signos desconocidos. Pero en el centro había un símbolo que todos reconocieron de inmediato. El Árbol de las Estrellas.

Theron acercó una lámpara. La luz incidió sobre la piedra con un ángulo distinto. Entonces ocurrió algo inesperado: bajo los signos visibles aparecieron otros, grabados con una profundidad casi imperceptible. Una escritura superpuesta.

Elyria sonrió con entusiasmo.

—No es una tablilla. Es un palimpsesto de piedra. El texto visible oculta otro más antiguo.

Durante tres días trabajaron sin descanso, utilizando carbón, pigmentos minerales y espejos de bronce para resaltar los grabados. Poco a poco comenzaron a distinguir algunas palabras. No era un tratado. Era un mensaje.

Theron leyó lentamente la primera línea reconstruida:

Si estas palabras han sobrevivido, significa que nosotros no pudimos hacerlo.

El silencio volvió a instalarse en la sala. Continuó leyendo:

No destruyeron nuestra ciudad.

Eradan sintió un estremecimiento. La siguiente frase estaba incompleta. Solo pudieron reconstruir algunos fragmentos:

...elegimos marcharnos...

Darok levantó la vista.

—¿Marcharse?

—Eso parece.

Las líneas siguientes estaban muy dañadas. Sin embargo, una expresión aparecía repetida varias veces:

La Sombra del Espejo.

Nadie recordaba haber leído antes aquellas palabras. Nael observó detenidamente la inscripción.

—No parece el nombre de un lugar.

Ishan respondió casi en un susurro.

—Tampoco el de un ejército.

Eradan permanecía inmóvil. Aquella expresión le producía una extraña inquietud. No evocaba una amenaza material. Parecía aludir a algo mucho más profundo.

Elyria continuó descifrando los últimos fragmentos legibles:

...cuando una civilización deja de buscar la verdad... Otra laguna. Después: ...el espejo deja de reflejar el mundo... Y finalmente: ...solo refleja aquello que deseamos ver.

Nadie habló. No era una advertencia militar. Era una advertencia moral.

Aldren cerró lentamente los ojos.

—La Sombra del Espejo... Quizá no sea un enemigo. Quizá sea una enfermedad de la conciencia.

Eradan recordó el Lago del Espejo en Eldhara. Las aguas agitadas. El reflejo deformado. Comprendió que aquellas enseñanzas no eran independientes. Todo comenzaba a formar parte de una misma tradición.

Esa noche, el Consejo tomó una decisión unánime. No enviarían un ejército a Aethar. Ni buscadores de tesoros. Enviarían una expedición de Custodios. Su misión sería preservar, estudiar y proteger cuanto encontraran.

Nael comenzó a leer los nombres elegidos: Theron, Elyria, Darok, Seraya, dos cartógrafos, tres arqueólogos, cuatro guardianes de Valandor. Y, finalmente:

—Eradan.

El joven sintió una mezcla de honor y responsabilidad.

Cuando terminó la reunión, Aldren lo llamó aparte. Abrió un pequeño arcón de nogal. Dentro descansaba una capa blanca. No era la de los Caballeros. Era más sencilla. En el hombro llevaba bordado un árbol de siete ramas entrelazadas con un hilo plateado.

—¿Qué significa?

—Es el manto de los Guardianes de la Memoria. Hace generaciones que nadie lo viste.

Aldren colocó cuidadosamente la capa sobre los hombros de Eradan.

—Recuerda lo que representa. No viajas para demostrar que sabes. Viajas para aprender lo suficiente como para no permitir que el pasado vuelva a ser enterrado.

Eradan sintió el peso de la tela. Era liviana. Pero llevaba consigo la responsabilidad de incontables generaciones.

Antes de retirarse, Aldren añadió una última advertencia. Su voz era más grave que de costumbre.

—Hay algo que todavía no hemos contado al Consejo.

Eradan lo miró sorprendido.

—¿Qué ocurre?

El anciano abrió un segundo pergamino. Era un mensaje interceptado a unos mercaderes del sur. Solo contenía una frase:

No somos los únicos que buscamos Aethar.

El silencio se hizo absoluto. Aldren continuó:

—Hace semanas que varias expediciones desconocidas cruzan el desierto. No pertenecen a ninguno de los cuatro reinos. Alguien llegó antes que nosotros. Y, por la forma en que ocultan sus movimientos, no parece interesado en conservar la memoria. Sino en apropiarse de ella.

Aquella noche, Eradan escribió antes de dormir:

Hay quienes buscan el pasado para comprenderlo. Otros lo buscan para utilizarlo. Una misma verdad puede convertirse en puente o en arma, según el corazón de quien la descubra. Por eso la memoria necesita guardianes tanto como los pueblos necesitan justicia.

Después cerró el cuaderno. El viento agitó las ramas del viejo cedro de Valandor. A lo lejos, las campanas anunciaban la medianoche. Al amanecer partirían hacia el Desierto de Khar. Sin embargo, Eradan intuía que el verdadero desafío no sería encontrar Aethar. Sería descubrir quién caminaba ya entre sus ruinas... y qué estaba dispuesto a hacer para que la ciudad volviera a desaparecer de la historia.

CAPÍTULO XXXIX

Las Huellas sobre la Arena

El alba encontró a Valandor envuelta en una fina neblina. En el patio oriental aguardaban los viajeros: los caballos permanecían ensillados, y los carros transportaban agua, instrumentos de medición, pergaminos, herramientas de excavación y provisiones para varias semanas. No había estandartes. Ni trompetas. Aquella no era una expedición militar. Era una misión confiada a quienes comprendían que el conocimiento podía salvar una civilización o precipitar su caída.

Aldren recorrió lentamente la formación. No inspeccionaba las armas. Observaba los rostros. Cuando llegó frente a Eradan dijo únicamente:

—Nunca olvides cuál es el propósito de este viaje.

—¿Encontrar Aethar?

El anciano negó con suavidad.

—No. Proteger la verdad, aunque contradiga aquello que esperamos encontrar.

Eradan comprendió. Buscar no era confirmar las propias ideas. Buscar era aceptar la posibilidad de estar equivocado.

Con las primeras luces abandonaron Valandor. Atravesaron los bosques de Eldhara, los caminos de Nareth y las llanuras de Arkan. En cada reino fueron recibidos con hospitalidad. No como héroes. Sino como servidores de una causa compartida. Cada comunidad entregó algo para la expedición: un saco de grano, un mapa antiguo, hierbas medicinales, animales de carga, faroles, cuerdas. Nadie preguntó quién obtendría el mérito del descubrimiento. Aquello fortaleció la convicción de Eradan: las Siete Luminarias no volverían a reunirse mediante conquistas. Lo harían gracias a la cooperación.

Tras varias semanas de viaje, el paisaje comenzó a cambiar. Los prados desaparecieron. Las montañas se hicieron más áridas. El viento arrastraba un polvo rojizo que anunciaba la cercanía del Desierto de Khar. Las noches eran extraordinariamente frías. Los días, abrasadores.

En el puesto fronterizo de Rash-Kelar, el último asentamiento antes del gran desierto, los recibió un viejo explorador llamado Sahir. Su piel curtida hablaba de toda una vida bajo el sol; conocía cada pozo, cada duna y cada tormenta de arena. Después de escuchar el motivo de la expedición, permaneció pensativo. Finalmente habló.

—Llegáis tarde.

Todos lo miraron.

—¿Qué queréis decir?

Sahir señaló el horizonte.

—Hace más de un mes comenzaron a cruzar el desierto grupos muy bien organizados. No parecían comerciantes. Tampoco soldados. Nunca levantaban campamentos visibles. Viajaban de noche. Y antes del amanecer borraban todas sus huellas.

Darok frunció el ceño.

—¿Cuántos eran?

—No lo sé. Jamás vi a todos juntos. Eso también me llamó la atención. Nunca avanzaban como una sola columna. Siempre separados. Como si no quisieran que nadie pudiera calcular su número.

Theron intercambió una mirada con Nael. Aquello revelaba disciplina. Y experiencia.

Sahir condujo a la expedición hasta una pequeña habitación excavada en la roca. Sobre la mesa había extendido un mapa del desierto. Marcó con un carbón varios puntos.

—Aquí aparecieron. Luego aquí. Y finalmente... muy cerca de las ruinas.

Eradan observó el recorrido. No seguían la ruta más corta. Seguían la ruta donde era más difícil ser observados.

Antes de partir, el viejo explorador añadió algo más.

—Hay otra cosa. Hace unos días encontré esto.

Abrió una bolsa de cuero. En su interior descansaba un pequeño fragmento metálico que no pertenecía a ninguna espada conocida. Parecía formar parte de un mecanismo, fabricado con una aleación desconocida.

Elyria lo examinó detenidamente.

—Este trabajo es extraordinario. Jamás he visto una precisión semejante.

Theron giró lentamente la pieza entre sus dedos. En uno de sus extremos descubrió un diminuto símbolo. No era el Árbol de las Estrellas. Era un espejo. Perfectamente pulido. Atravesado por una línea vertical. El anciano permaneció inmóvil.

—Ya había visto este emblema... Hace muchos años.

Todos dirigieron la mirada hacia él. Theron respiró profundamente.

—Cuando era un joven investigador encontré una referencia en un manuscrito casi destruido. Creí que era una simple alegoría. Ahora ya no estoy seguro.

Nael habló con calma.

—¿Qué decía?

Theron respondió sin apartar la vista del símbolo.

—Mencionaba una antigua hermandad. Su nombre era... —hizo una pausa— Los Custodios del Espejo.

El silencio fue absoluto. Ishan frunció el entrecejo.

—Nunca he oído hablar de ellos.

—Nadie ha oído hablar de ellos. Porque el manuscrito afirmaba que fueron expulsados del Consejo mucho antes de la dispersión de las Siete Luminarias.

Eradan sintió un estremecimiento.

—¿Por qué?

Theron respondió lentamente.

—Porque sostenían una idea muy distinta a la de los Primeros Custodios.

Nael esperó.

—¿Cuál?

El anciano levantó la vista.

—Creían que la verdad debía ser conocida únicamente por unos pocos. Decían que el conocimiento compartido debilitaba el orden. Que la sabiduría debía administrarse. Controlarse. Ocultarse.

Eradan recordó inmediatamente las palabras de la carta encontrada en Valandor: creímos que la verdad necesitaba una sola voz... Quizá aquella idea no había nacido dentro del propio Consejo. Quizá alguien la había sembrado.

Esa noche acamparon junto al último oasis antes de internarse en Khar. El viento silbaba entre las palmeras. Las estrellas iluminaban el desierto con una claridad sobrecogedora. Mientras los demás dormían, Eradan permanecía observando el horizonte. No podía dejar de pensar en el símbolo del espejo.

En ese mismo instante, a más de dos jornadas de distancia, otra expedición avanzaba entre las dunas. Vestían túnicas del color de la arena. No llevaban insignias visibles. Solo el discreto emblema del espejo dividido, oculto en el interior de sus brazales. Marchaban en silencio. Con precisión. Con disciplina.

Su guía desmontó frente a un promontorio de roca. Se inclinó para observar unas antiguas marcas grabadas en la piedra. Después sonrió.

—Estamos cerca.

Nadie preguntó de qué. Todos lo sabían.

El hombre levantó lentamente la mirada hacia las estrellas. Su rostro permanecía oculto bajo la capucha. Solo podían verse sus ojos. Serenos. Inteligentes. Y completamente desprovistos de compasión.

Muy lejos de allí, sin sospechar que ya tenía competidores, Eradan escribió en su cuaderno:

El conocimiento puede liberar o esclavizar. Todo depende de si se comparte para servir o se oculta para dominar. Ninguna biblioteca es peligrosa por los libros que conserva. Lo es por las puertas que decide mantener cerradas.

Luego añadió otra reflexión, inspirada en las enseñanzas de los cuatro reinos:

La verdad se fortalece cuando puede ser examinada con libertad. Quien necesita ocultarla para conservar el poder ya ha comenzado a servir al poder antes que a la verdad.

Cerró el cuaderno mientras una ráfaga de viento borraba las huellas del campamento sobre la arena. Eradan contempló cómo el desierto hacía desaparecer cualquier rastro de su presencia. Entonces comprendió que la arena no distinguía entre el paso de un sabio y el de un tirano. La diferencia no estaba en las huellas que dejaban sus pies. Estaba en aquello que decidían dejar escrito en la memoria de los pueblos.

CAPÍTULO XL

El Mar de Arena

Al amanecer, la expedición abandonó el oasis de Rash-Kelar. Las últimas palmeras quedaron atrás mientras el horizonte se abría en una inmensidad dorada. No había montañas. No había bosques. Ni caminos. Solo dunas ondulantes que parecían prolongarse hasta el fin del mundo. El Desierto de Khar respiraba con la lentitud de un océano inmóvil. Por eso los antiguos lo llamaban el Mar de Arena.

Sahir encabezaba la caravana. No seguía senderos visibles. Leía el paisaje: observaba la inclinación de las dunas, la dirección del viento y el color de la arena. Para Eradan aquello resultaba fascinante.

—¿Cómo sabes hacia dónde avanzar?

El viejo explorador sonrió.

—El desierto habla continuamente. Lo difícil es dejar de hablar nosotros para escucharlo.

Aquella respuesta le recordó de inmediato a Ishan. Los grandes maestros, pensó, empleaban palabras distintas para enseñar la misma verdad.

El calor aumentó con rapidez. Las horas centrales del día obligaban a detener la marcha; los viajeros levantaban pequeños toldos y esperaban pacientemente a que el sol descendiera. Nadie discutía con el desierto. Quien intentaba imponerse a él terminaba derrotado.

Durante una de aquellas pausas, Darok observó un grupo de pequeñas flores amarillas que crecían entre las piedras.

—¿Cómo es posible?

Sahir se arrodilló junto a ellas.

—Sus raíces descienden muchos metros hasta encontrar agua. Aprendieron a buscar la vida donde nadie más la veía.

Eradan contempló aquellas diminutas flores con admiración. Comprendió que la fortaleza no siempre consistía en resistir. Muchas veces consistía en saber dónde hundir las raíces.

Al cuarto día encontraron las primeras ruinas. No pertenecían a Aethar. Eran los restos de un antiguo puesto de caravanas: las columnas aparecían partidas, las habitaciones estaban vacías. Sin embargo, sobre una pared permanecía intacto un relieve que representaba una fila de viajeros compartiendo pan y agua alrededor de un fuego. Debajo podía leerse una inscripción en lengua antigua.

Theron tradujo lentamente:

Quien cruza el desierto solo lleva consigo aquello que realmente necesita.

Nael permaneció observando el relieve.

—Tal vez ésa sea la primera lección de Khar. El desierto no empobrece. Despoja. Y solo entonces descubrimos qué era verdaderamente imprescindible.

Aquella noche el viento cambió. Sahir levantó la vista con preocupación.

—Debemos refugiarnos. Ahora.

No hubo preguntas. Todos comenzaron a asegurar los animales y cubrir los carros. En pocos minutos el horizonte desapareció. Una inmensa muralla de arena avanzaba hacia ellos. No era una tormenta. Era un muro viviente.

—¡A las rocas! —gritó Sahr.

La expedición se protegió tras un afloramiento de piedra negra. El viento rugió con una fuerza aterradora; millones de granos de arena golpeaban la roca con un sonido semejante al de una lluvia de agujas. La oscuridad cubrió el desierto en pleno día. Eradan apenas podía abrir los ojos. Se aferró al bastón de caminante que Ishan le había entregado. Recordó las palabras del anciano: los árboles más fuertes no desafían al viento. No intentó avanzar. No luchó contra la tormenta. Esperó.

Horas después, el silencio regresó tan bruscamente como había desaparecido. Los viajeros salieron lentamente de su refugio. Nada era igual: las dunas habían cambiado de lugar, las referencias del paisaje habían desaparecido, e incluso el antiguo puesto de caravanas había quedado sepultado bajo varios metros de arena.

Theron contempló el lugar con asombro.

—Es como si nunca hubiera existido.

Sahr respondió con gravedad.

—Ahora comprendéis por qué tantas ciudades desaparecieron. El desierto no destruye la historia. La oculta.

Mientras revisaban el campamento, Seraya llamó a Eradan.

—Ven a ver esto.

A pocos pasos de las rocas sobresalía una losa de piedra perfectamente tallada. La tormenta había retirado la arena que la cubría. No pertenecía al puesto de caravanas. Era mucho más antigua. Entre todos comenzaron a despejarla con cuidado, y poco a poco apareció un mosaico extraordinario: representaba siete figuras caminando en direcciones diferentes. No llevaban coronas ni armas. Cada una sostenía un objeto distinto: un martillo, un libro, una balanza, una rama. Las otras tres portaban símbolos desconocidos.

En el centro, una inscripción permanecía milagrosamente intacta. Theron la leyó con emoción contenida:

Cuando llegue el tiempo del olvido, no busquéis a los siete en un mismo lugar. Buscad el camino que dejaron entre ellos.

Nadie habló. Aquellas palabras parecían dirigidas directamente a ellos. Eradan comprendió algo que hasta entonces se le había escapado: los Primeros Custodios nunca habían pretendido que las Siete Luminarias permanecieran unidas físicamente. Lo importante era el camino de encuentro. El diálogo constante. La búsqueda compartida. El legado no era una ciudad. Era una forma de relacionarse.

Antes de reanudar la marcha, Nael ordenó que el mosaico volviera a cubrirse con arena. Darok lo miró sorprendido.

—¿No deberíamos llevarlo con nosotros?

Nael negó con serenidad.

—No todo descubrimiento debe convertirse en posesión. Lo registraremos. Lo cartografiaremos. Y volveremos cuando podamos protegerlo adecuadamente. Hasta entonces, el desierto será un guardián más seguro que nuestra ambición.

Eradan sonrió. Aquella decisión resumía todo lo aprendido durante su formación. La misión de un Custodio no consistía en apropiarse del pasado. Consistía en garantizar que el pasado siguiera perteneciendo a todos.

Esa noche escribió bajo la luz de una lámpara de aceite:

El desierto no distingue entre el oro y la piedra. Tarde o temprano cubre ambos con la misma arena. Solo aquello que encuentra un lugar en la memoria de los hombres sobrevive al paso del tiempo. Por eso preservar una historia es una tarea tan sagrada como construir una ciudad.

Añadió unas líneas más:

Quien convierte el conocimiento en propiedad termina edificando muros. Quien lo convierte en herencia construye puentes. Los Primeros Custodios eligieron los puentes, aunque supieran que eran más difíciles de defender.

Cuando cerró el cuaderno, levantó la vista. En el horizonte occidental creyó distinguir, apenas durante un instante, el reflejo de una luz entre las dunas. No parecía un espejismo. Era demasiado regular. Como el destello de un espejo bajo la luna. Cuando volvió a mirar, había desaparecido.

No dijo nada. Pero por primera vez tuvo la certeza de que no estaban solos en el Mar de Arena. Y de que alguien los observaba con la misma paciencia con la que el desierto observaba a todos los viajeros que se atrevían a cruzarlo.

CAPÍTULO XLI

La Ciudad Dormida

El sexto amanecer en el Mar de Arena llegó envuelto en un extraño silencio. Ni el viento parecía dispuesto a mover las dunas. La caravana avanzaba lentamente; los animales caminaban con una cautela inhabitual. Hasta Sahir parecía observar el horizonte con mayor atención. Fue él quien levantó la mano. Toda la expedición se detuvo.

—Mirad.

Al principio Eradan no distinguió nada. Solo un océano interminable de arena iluminado por el sol naciente. Entonces comprendió: muy lejos, donde el calor comenzaba a deformar el horizonte, aparecía una línea perfectamente recta. Demasiado recta para pertenecer a la naturaleza.

Continuaron avanzando durante varias horas. Con cada paso surgían nuevas formas: columnas, muros, terrazas, torres semienterradas. Lo que desde la distancia parecía una ilusión comenzaba a transformarse en una ciudad. No. En una civilización.

Nadie habló. Incluso Darok permanecía en silencio. Habían dedicado semanas a imaginar Aethar. La realidad superaba cualquier expectativa.

Cuando alcanzaron la primera elevación rocosa, el paisaje se abrió completamente ante ellos. La ciudad ocupaba una inmensa cuenca rodeada por montañas bajas. Gran parte permanecía sepultada. Pero lo visible bastaba para comprender su magnitud: avenidas anchas como ríos, plazas circulares, puentes de piedra que unían distintos niveles, canales secos, observatorios orientados hacia el cielo. Y, dominándolo todo, una torre inmensa cuya parte superior todavía emergía sobre las dunas. No era una fortaleza. No tenía almenas. Su arquitectura parecía haber sido concebida para mirar las estrellas.

Theron descendió lentamente de su caballo. Sus ojos estaban humedecidos.

—No estamos contemplando unas ruinas. Estamos contemplando una pregunta.

Eradan lo miró sin comprender. El anciano extendió la mano hacia la ciudad.

—¿Cómo pudo una civilización capaz de construir esto desaparecer casi sin dejar memoria?

Elyria comenzó inmediatamente a dibujar. No quería perder ningún detalle. Cada edificio parecía obedecer a una geometría precisa. No había construcciones levantadas al azar. Todo respondía a un orden invisible.

Nael observó el conjunto durante largo tiempo.

—No instalaremos el campamento dentro de la ciudad.

Darok frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque aún no conocemos este lugar. Un Custodio entra en una ciudad antigua con el mismo respeto con que entra en un templo. Primero observa. Después comprende. Solo al final actúa.

Levantaron el campamento sobre una meseta de roca desde la que dominaban toda la cuenca. Durante el resto del día nadie descendió a las ruinas. Theron y Elyria realizaron observaciones con instrumentos astronómicos. Los cartógrafos calcularon distancias. Los arqueólogos identificaron accesos visibles. Sahir estudió la estabilidad de las dunas. Todo se hacía con paciencia. Sin precipitación.

Al caer la tarde, Eradan permanecía solo contemplando la ciudad. El sol descendía lentamente. Entonces ocurrió algo extraordinario: los últimos rayos iluminaron la gran torre central, y la piedra, aparentemente gris durante el día, comenzó a reflejar tonos dorados y azulados. Durante unos instantes toda la estructura pareció encenderse desde su interior. No era magia. Era arquitectura. Había sido diseñada para dialogar con la luz del atardecer.

—Extraordinario...

La voz pertenecía a Elyria. Se acercó sosteniendo varios pergaminos.

—¿Lo has notado?

Eradan asintió.

—La torre parece despertar.

Ella sonrió.

—No solo la torre. Mira las sombras.

El joven observó con atención. Las sombras proyectadas por los edificios no caían al azar. Comenzaban a unirse unas con otras. Como las piezas de un inmenso dibujo.

Theron acudió apresuradamente. Durante varios minutos nadie habló. Finalmente el anciano murmuró:

—No puede ser...

Sacó una tablilla encerada y comenzó a trazar líneas. Comparó ángulos. Calculó proporciones. Después levantó lentamente la vista.

—La ciudad entera funciona como un instrumento astronómico.

Todos guardaron silencio.

—Cada edificio participa en un único diseño. Cuando el sol ocupa determinadas posiciones... las sombras forman un mapa.

Eradan sintió un escalofrío. La ciudad no había sido construida únicamente para vivir. Había sido construida para enseñar.

Aquella misma noche decidieron no descender. Esperarían al amanecer. La primera entrada debía realizarse con la luz naciente. Tal vez la ciudad revelara entonces nuevos secretos.

Sin embargo, mientras la expedición descansaba, Eradan no conseguía dormir. Algo lo inquietaba. Tomó su capa y caminó unos metros alejándose del campamento. El cielo del desierto estaba cubierto por miles de estrellas. Nunca las había visto con tanta claridad.

Entonces percibió un destello. No procedía de la ciudad. Venía de una colina situada varios kilómetros al oeste. Era breve. Preciso. Como una señal. Después desapareció.

Eradan permaneció inmóvil. Esperó. Pasaron unos minutos. El destello volvió a repetirse. Tres veces. Siempre con el mismo intervalo. No era un reflejo casual. Alguien estaba utilizando un espejo. Y sabía exactamente hacia dónde dirigir la luz.

A la mañana siguiente, antes del alba, Eradan informó discretamente a Nael. El anciano no mostró sorpresa. Solo preguntó:

—¿Estás seguro de lo que viste?

—Completamente.

Nael permaneció unos segundos en silencio. Luego llamó a Darok.

—A partir de ahora estableceremos guardias dobles. Sin alarmar al resto de la expedición. No sabemos quién nos observa. Pero ya sabemos una cosa. Ellos conocen nuestra posición.

Cuando el primer rayo de sol apareció sobre las montañas orientales, Aethar comenzó a despertar lentamente bajo la luz del amanecer. Y por primera vez en casi dos mil años, un grupo de Custodios descendió hacia la ciudad perdida con el mismo respeto con que otros pueblos habrían entrado en un santuario.

Eradan fue el primero en dar el paso. No desenvainó la espada. Llevaba en una mano el bastón de caminante que le había entregado Ishan. Y en la otra, un cuaderno en blanco. Porque intuía que, antes de empuñar cualquier arma, un verdadero Custodio debía estar dispuesto a escuchar lo que las piedras aún tenían por decir.

CAPÍTULO XLII

La Primera Puerta

El sol apenas había superado el horizonte cuando la expedición inició el descenso hacia Aethar. Nadie hablaba. Las pisadas resonaban sobre una antigua calzada de piedra que emergía intermitentemente entre las dunas: en algunos tramos la arena la ocultaba por completo, en otros aparecía intacta, como si hubiera sido construida el día anterior.

Eradan se arrodilló para observarla. Las losas encajaban con una precisión admirable. No había mortero entre ellas. Aun así, después de siglos bajo el peso del desierto, apenas mostraban desplazamientos.

Darok pasó lentamente la mano sobre la superficie.

—Quien levantó esta ciudad conocía la piedra mejor que cualquier maestro de Arkan.

Seraya sonrió.

—Y quien diseñó sus proporciones conocía la geometría mejor que cualquier arquitecto de Lysanor.

Theron añadió:

—Quizá estamos contemplando el momento en que todas las Luminarias trabajaban juntas.

La avenida principal desembocaba en una plaza circular. No había estatuas de reyes. Ni monumentos a generales victoriosos. En el centro se alzaba un enorme disco de piedra colocado horizontalmente sobre siete columnas. Su superficie estaba completamente lisa. Sin inscripciones. Sin símbolos. Solo una perfección geométrica casi inquietante.

Elyria comenzó a medirlo.

—Doce varas de diámetro. Exactamente.

Theron observó las columnas. Cada una estaba orientada hacia una dirección distinta del horizonte.

—No son simples soportes. Forman parte del diseño.

Mientras los estudios continuaban, Eradan caminó lentamente alrededor del monumento. Algo llamó su atención: las columnas no descansaban directamente sobre el suelo. Cada una nacía de un bloque diferente: granito, basalto, caliza, arenisca, mármol, obsidiana, y una roca verdosa que ninguno logró identificar. Siete piedras distintas. Siete orígenes. Una sola estructura.

Eradan recordó el Jardín de los Primeros Custodios. Siete bancos. Siete símbolos. Un mismo círculo. Nada en Aethar parecía construido únicamente por razones estéticas. Todo hablaba mediante símbolos.

Los arqueólogos avanzaban con extrema cautela. Cada objeto encontrado era dibujado antes de moverlo; se registraba su posición, su orientación, su profundidad. Sahir observaba el trabajo con admiración.

—Jamás había visto explorar unas ruinas de este modo.

Theron respondió sin levantar la vista.

—No estamos buscando tesoros. Estamos intentando conversar con quienes vivieron aquí. Y las conversaciones comienzan escuchando.

Hacia el mediodía llegaron frente a un edificio semienterrado. Su fachada permanecía sorprendentemente intacta. Dos enormes puertas de piedra cerraban el acceso. No tenían bisagras visibles. Ni cerraduras. Solo un relieve: representaba siete manos unidas formando un círculo. En el centro aparecía una frase escrita en la antigua lengua de los Custodios.

Theron comenzó a traducir lentamente:

Ninguna mano abrirá esta puerta por sí sola.

Darok dio un paso adelante.

—¿Será un mecanismo?

Nadie respondió. Todos comenzaron a examinar la entrada. No encontraron ranuras. Ni contrapesos. Ni ejes. Parecía un bloque macizo. Pasaron varias horas estudiándolo. Sin resultados. El calor obligó a suspender los trabajos.

Mientras los demás descansaban, Eradan permaneció observando el relieve. No buscaba una solución inmediata. Solo intentaba comprender qué quería comunicar el constructor. Recordó entonces las palabras de la carta de los Primeros Custodios: quien desee reconstruir el legado deberá hacerlo viajando, escuchando y aprendiendo de quienes piensan diferente. Miró nuevamente las siete manos. No representaban fuerza. Representaban colaboración.

Al caer la tarde reunió a Nael, Theron, Elyria, Seraya, Darok, Sahir y uno de los arqueólogos más jóvenes. Siete personas. Cada una procedente de una tradición distinta. Cada una había aportado algo indispensable a la expedición.

Eradan habló con calma.

—Quizá la puerta no espera una llave. Quizá espera un gesto.

Los presentes se colocaron frente al relieve. Instintivamente cada uno apoyó una mano sobre una de las figuras talladas. No ocurrió nada. Darok sonrió con resignación.

—Al menos lo intentamos.

Iban a retirarse cuando Sahir observó un detalle.

—Esperad... Las manos del relieve no están todas orientadas igual.

Se miraron entre sí. Comprendieron inmediatamente. No bastaba con tocar. Había que reproducir exactamente la posición de las figuras. Corrigieron lentamente la colocación de cada brazo: algunos cruzaban las manos, otros apoyaban la palma abierta, uno mantenía el puño cerrado.

Cuando las siete posturas coincidieron, se escuchó un sonido profundo. No era un golpe. Era el lento despertar de un mecanismo inmóvil durante siglos. La arena comenzó a deslizarse. Las dos enormes hojas de piedra retrocedieron apenas unos centímetros. El aire escapó desde el interior con un largo suspiro. Un aire seco. Antiguo. Silencioso. Como si la ciudad hubiera contenido la respiración durante generaciones.

Nadie avanzó. Nael levantó una mano.

—Esperaremos.

Darok lo miró sorprendido.

—¿Después de abrirla?

—Precisamente por eso. No sabemos qué condiciones hay dentro. Ni cuánto tiempo lleva cerrado ese recinto. La prudencia también forma parte del conocimiento.

Durante varias horas dejaron que el aire circulara lentamente. Los arqueólogos encendieron pequeñas lámparas protegidas, comprobaron la estabilidad del techo, inspeccionaron cada piedra visible. Solo entonces Nael asintió.

—Ahora sí.

Eradan fue el primero en cruzar el umbral. No por privilegio. Sino porque llevaba el bastón de los caminantes.

La luz de la lámpara iluminó una gran sala circular. Las paredes estaban cubiertas por nichos. No contenían armas. Ni joyas. Ni estatuas. Solo miles de tablillas cuidadosamente ordenadas. La mayoría permanecía intacta.

Elyria apenas pudo contener la emoción.

—Una biblioteca...

Theron negó lentamente. Se acercó a una de las estanterías, tomó una tablilla, la observó unos segundos. Sus ojos se abrieron con asombro.

—No... No es una biblioteca. Es un archivo.

Eradan lo miró sin comprender. El anciano sostuvo la tablilla con manos temblorosas.

—Las bibliotecas conservan conocimientos. Los archivos conservan decisiones. Correspondencia. Debates. Errores. Rectificaciones. La vida cotidiana de una civilización.

El silencio se hizo absoluto. Comprendieron la magnitud del hallazgo. No acababan de descubrir únicamente una ciudad perdida. Acababan de encontrar la memoria escrita de un pueblo entero. Y, quizá, las respuestas a la pregunta que había perseguido a los Custodios durante siglos.

Pero también comprendieron otra cosa: si aquel archivo caía en manos de quienes deseaban manipular el pasado, no solo podrían reescribir la historia de Aethar. Podrían reescribir la historia de toda Dysara. La verdadera expedición acababa de comenzar.

CAPÍTULO XLIII

El Archivo del Horizonte

La primera impresión fue de absoluto orden. Filas interminables de estanterías de piedra recorrían la sala circular siguiendo un diseño concéntrico, cada nivel separado por corredores amplios. Las tablillas aparecían cuidadosamente alineadas, protegidas dentro de cajas de madera petrificada por el tiempo. No existía sensación de abandono. Parecía que los archiveros hubieran salido apenas unas horas antes.

Elyria avanzó lentamente entre los estantes. No tocó ninguna pieza. Primero observó. Cada caja llevaba una pequeña placa de bronce. No contenía títulos. Ni nombres. Solo combinaciones de símbolos: círculos, triángulos, estrellas, líneas entrelazadas.

Theron sonrió con una mezcla de admiración y desconcierto.

—Extraordinario...

Eradan se acercó.

—¿Qué ocurre?

—Esto no está organizado por fechas. Ni por autores. Ni por materias. —El anciano señaló las placas—. Es un sistema completamente distinto.

Los escribas comenzaron a copiar cuidadosamente aquellos signos. Tras varias horas descubrieron que ningún símbolo aparecía aislado: siempre formaba parte de una combinación, como si cada documento perteneciera simultáneamente a varias categorías.

—No clasificaban los textos...

—...clasificaban las relaciones entre ellos —completó Elyria.

Theron levantó la vista.

—Quien diseñó este archivo entendía que una idea nunca existe completamente separada de las demás.

Eradan recordó las enseñanzas de las Siete Luminarias. Todo estaba conectado: la fuerza, el conocimiento, la justicia, el espíritu. Ninguna virtud podía comprenderse por separado.

Mientras tanto, los arqueólogos realizaban un descubrimiento inesperado: cada estantería estaba orientada hacia un punto concreto del cielo. Incluso bajo tierra. Sahir observó con curiosidad.

—¿Cómo podían saber la dirección de las estrellas desde aquí?

Elyria sonrió.

—Porque construyeron primero el cielo... y después el edificio.

La frase hizo sonreír a Eradan. Aethar no era únicamente una ciudad. Era una manera distinta de pensar.

Al caer la tarde, uno de los jóvenes escribas encontró una tablilla diferente. No estaba guardada. Descansaba sobre un atril de piedra situado exactamente en el centro de la sala. Como si hubiera sido dejada allí para recibir al primer visitante.

Theron pidió permiso a Nael antes de moverla. El anciano asintió. La levantaron con extremo cuidado. En su superficie aparecía un texto sorprendentemente claro, escrito en la lengua común de los Custodios. No necesitaba traducción.

Theron comenzó a leer:

A quienes lleguen después de nosotros.

Todos permanecieron inmóviles.

Si habéis abierto esta sala mediante la cooperación, podéis continuar.

Darok sonrió.

—Entonces la puerta era una prueba.

El texto continuaba:

Si la abristeis mediante la fuerza, nada de cuanto aquí conservamos os servirá.

Eradan sintió un profundo respeto por quienes habían construido aquel lugar. Ni siquiera conocían a las generaciones futuras. Y, sin embargo, habían previsto sus decisiones.

La lectura prosiguió:

No encontraréis aquí respuestas inmediatas. Encontraréis preguntas ordenadas con paciencia.

Theron hizo una pausa. Nunca había leído una introducción semejante.

Cada documento posee un contexto. Separarlo de los demás equivale a deformar su significado. Quien cite una sola voz creyendo comprender el conjunto terminará hablando en nombre de su propia ignorancia.

Nael cerró lentamente los ojos. Aquellas palabras parecían escritas para todas las generaciones.

La inscripción final ocupaba apenas unas líneas. Pero produjo un silencio aún mayor:

La verdad puede sobrevivir a la destrucción. Lo que rara vez sobrevive es el contexto.

Nadie habló durante varios minutos. Eradan comprendió inmediatamente la advertencia: era posible manipular un texto auténtico simplemente arrancándolo del lugar donde había sido escrito.

Entonces Elyria descubrió algo aún más extraordinario. Cada tablilla poseía un pequeño número grabado en uno de sus bordes. Al principio parecían aleatorios. Pero pronto comprendieron que no eran números consecutivos. Eran referencias cruzadas: una tablilla remitía a otras, y éstas a otras más, hasta formar inmensas redes de relaciones.

Theron no ocultaba su entusiasmo.

—Esto supera cualquier archivo conocido.

Darok rió.

—¿Por qué?

—Porque obliga al lector a recorrer el conocimiento del mismo modo que recorreremos el mundo. No permite respuestas rápidas. Obliga a viajar.

Eradan recordó entonces la frase del Jardín de los Primeros Custodios: edificaron una conversación entre pueblos. Ahora comprendía que también habían construido una conversación entre las ideas.

Durante los días siguientes nadie intentó leer el archivo de principio a fin. Era imposible. Primero elaboraron un catálogo. Después un plano. Luego comenzaron a identificar las familias de símbolos. Cada pequeño avance nacía del trabajo conjunto. Nunca del esfuerzo individual.

Una tarde, mientras copiaba una serie de marcas geométricas, Eradan observó algo que había pasado inadvertido para todos: los símbolos de clasificación coincidían exactamente con las siete cavidades del disco negro encontrado semanas atrás en Valandor. Sintió un estremecimiento. Llamó a Theron.

El anciano comparó cuidadosamente ambos dibujos. No había duda. Eran idénticos.

Nael permaneció pensativo.

—Entonces el disco no era un objeto ceremonial.

Elyria completó la idea.

—Era una clave.

Theron asintió lentamente.

—No. Algo mucho más importante. Era un índice.

El silencio volvió a llenar la sala. Comprendieron que el disco hallado en Valandor no pertenecía a una colección de reliquias. Era parte del propio sistema del Archivo del Horizonte. Sin él, generaciones enteras habrían contemplado miles de tablillas sin comprender su verdadera organización.

Esa noche, Eradan escribió a la luz de una lámpara:

El conocimiento aislado produce especialistas. El conocimiento relacionado produce sabiduría. Los antiguos Custodios no enseñaban acumulando respuestas, sino aprendiendo a descubrir las conexiones invisibles que unen unas verdades con otras.

Después añadió una reflexión que recordaba tanto a Lysanor como a Eldhara:

La impaciencia es enemiga del aprendizaje. Quien busca una respuesta inmediata suele encontrar únicamente la confirmación de aquello que ya creía. La verdad exige tiempo, método y la humildad de aceptar que cada descubrimiento abre nuevas preguntas.

Al cerrar el cuaderno, un sonido apenas perceptible recorrió la sala. No provenía del viento. Ni de las estanterías. Era un golpe sordo. Muy lejano. Como el eco de una puerta de piedra que acababa de cerrarse.

Eradan levantó lentamente la vista. No estaban solos en Aethar. Y, en algún lugar bajo la ciudad dormida, otra persona acababa de encontrar un camino que los Custodios aún desconocían.

CAPÍTULO XLIV

La Ciudad Bajo la Ciudad

Habían transcurrido doce días desde la apertura del Archivo del Horizonte. El campamento funcionaba con la precisión de un monasterio. Cada amanecer comenzaba con una reunión de trabajo: los arqueólogos organizaban las zonas de excavación, los escribas copiaban las tablillas estudiadas el día anterior, los cartógrafos actualizaban el plano de Aethar, los guardianes recorrían el perímetro para garantizar que ninguna estructura resultara dañada. No existían tareas menores. Todos comprendían que el éxito de la expedición dependía de la disciplina compartida.

Eradan alternaba las labores de vigilancia con el estudio del archivo. Había descubierto que las anotaciones de los antiguos archiveros no se limitaban a registrar hechos: también describían los motivos de cada decisión. Aquella diferencia le parecía extraordinaria. La historia de Aethar no relataba únicamente lo ocurrido. Intentaba explicar por qué había ocurrido.

Una mañana, Elyria llegó al archivo con el rostro iluminado por la emoción. Llevaba consigo un plano recién dibujado y lo extendió sobre una mesa.

—Observad esto.

Todos se reunieron a su alrededor. Había superpuesto los mapas realizados por los cartógrafos con las galerías exploradas bajo tierra. Las líneas no coincidían.

Darok frunció el ceño.

—¿Hay un error en las mediciones?

Elyria negó lentamente.

—Las mediciones son correctas. Lo que está equivocado es nuestro supuesto.

Tomó un carbón y trazó un segundo contorno bajo el primero. Las dimensiones encajaban con sorprendente precisión.

Theron permaneció inmóvil.

—No...

Elyria levantó la vista.

—La ciudad visible ocupa solo una parte de Aethar. Existe otro nivel. Mucho más extenso. Enterrado bajo nuestros pies.

Un largo silencio recorrió la sala. Sahir observó el plano con creciente interés.

—Eso explicaría algo que nunca entendí.

Todos lo miraron.

—Las tormentas. Cada vez que una gran tormenta atraviesa esta cuenca, la arena desaparece por algunos lugares... como si estuviera cayendo en cavidades subterráneas.

Nael cruzó lentamente los brazos.

—Entonces las galerías continúan mucho más allá del archivo.

Aquella misma tarde organizaron una exploración. No descendieron al azar. Seleccionaron cuidadosamente una antigua escalera descubierta junto a la torre central. Los peldaños descendían

en espiral, y cada nivel estaba mejor conservado que el anterior. Como si el tiempo hubiera protegido aquello que permanecía oculto.

El aire era sorprendentemente fresco. La temperatura descendía lentamente. Las lámparas proyectaban largas sombras sobre los muros. No aparecían pinturas. Ni esculturas. Solo líneas geométricas grabadas con extraordinaria precisión.

Tras casi una hora de descenso llegaron a una inmensa galería. Las lámparas apenas alcanzaban a iluminar la bóveda. Columnas gigantescas sostenían el techo, y entre ellas discurrían antiguos canales de agua cristalina.

Eradan se arrodilló. El agua seguía fluyendo. Después de siglos.

Theron apenas podía creerlo.

—Todo el sistema hidráulico continúa funcionando...

Sahir sonrió.

—Ahora comprendemos cómo sobrevivía esta ciudad. Nunca dependió únicamente de la lluvia. Había aprendido a guardar el agua bajo la tierra.

Mientras examinaban la galería, Seraya descubrió una inscripción. No estaba escrita sobre un muro. Había sido grabada directamente sobre el suelo de piedra. Parecía destinada a quien descendiera caminando.

Theron comenzó a traducir:

Toda ciudad posee dos rostros. El primero puede contemplarse desde lejos. El segundo solo se revela a quien decide descender.

Eradan permaneció observando aquellas palabras. Comprendió inmediatamente que no hablaban únicamente de arquitectura. También hablaban del ser humano.

Prosiguieron la exploración. Las galerías se ramificaban en múltiples direcciones. Cada corredor estaba cuidadosamente numerado. No existía sensación de laberinto. Todo obedecía a un orden preciso.

Fue Darok quien encontró el primer indicio inquietante. Se arrodilló junto a una fina capa de polvo. Permaneció varios segundos sin hablar. Después llamó a Nael.

—Mirad.

Todos se acercaron. Sobre el polvo aparecían huellas. No eran antiguas. Los bordes permanecían definidos. No habían sido erosionadas por el aire.

Sahir las examinó con atención.

—Dos personas. Quizá tres. Han pasado por aquí hace muy poco.

El silencio volvió a adueñarse de la expedición. Nael observó detenidamente el corredor.

—No pertenecen a ninguno de nosotros.

Eradan sintió un leve estremecimiento. Aquellas personas habían caminado exactamente por el mismo lugar. Pero en dirección contraria. Hacia el interior.

Darok apoyó una mano sobre la empuñadura de la espada. Nael lo detuvo.

—No. Las armas permanecen envainadas. Hasta ahora no sabemos si son enemigos. Solo sabemos que no estamos solos.

Continuaron avanzando. Al cabo de unos cientos de metros las huellas desaparecieron. No porque terminaran. Porque alguien las había borrado cuidadosamente.

Sahir sonrió con amargura.

—Profesionales.

En el punto donde concluían las huellas encontraron un objeto. No parecía perdido por accidente. Había sido dejado allí. Una pequeña ficha de bronce, circular, del tamaño de una moneda. En una cara aparecía grabado el Árbol de las Estrellas. En la otra, el espejo dividido por una línea vertical.

Theron permaneció largo rato observándola. Finalmente habló.

—Esto no es una amenaza.

Eradan levantó la vista.

—¿Qué es entonces?

—Es una invitación.

Nael comprendió inmediatamente.

—Quieren que sepamos que estuvieron aquí.

El anciano guardó cuidadosamente la ficha.

—Eso significa dos cosas. Primera... conocen nuestra presencia. Segunda... no temen que los sigamos.

Aquella certeza resultaba mucho más inquietante que cualquier emboscada.

Al regresar al campamento, Eradan abrió su cuaderno. Durante varios minutos permaneció contemplando la página en blanco. Finalmente escribió:

La soberbia deja señales para ser admirada. La sabiduría deja señales para ser comprendida. Ignoro cuál de las dos ha depositado hoy esa ficha sobre nuestro camino.

Después añadió:

Todo adversario revela algo de sí mismo antes del primer combate. Algunos exhiben su fuerza. Los más peligrosos exhiben su paciencia.

Cerró el cuaderno lentamente.

Muy lejos de allí, en algún lugar bajo las arenas de Aethar, una lámpara acababa de apagarse. Una figura encapuchada enrolló cuidadosamente un antiguo mapa. Después pronunció unas palabras apenas audibles.

—Han encontrado el Primer Archivo. Tal como estaba previsto.

Otra voz respondió desde la oscuridad.

—Entonces ya están recorriendo el camino que necesitábamos.

El silencio volvió a envolver las galerías. Y por primera vez Eradan iba un paso por detrás de un adversario que parecía conocer la ciudad incluso mejor que sus propios constructores.

CAPÍTULO XLV

El Custodio del Umbral

El hombre permaneció largo rato contemplando la inscripción. La arena todavía caía lentamente desde el relieve recién descubierto. Con la yema de los dedos recorrió las antiguas letras, no con la ansiedad del conquistador, sino con el respeto del estudioso. Después se incorporó.

—No alteréis nada. Registrad cada piedra antes de moverla.

Uno de los jóvenes inclinó la cabeza.

—Sí, Maestro.

Aquella sola palabra bastó para revelar que no era simplemente el jefe de la expedición. Era un maestro de una antigua tradición.

Mientras sus compañeros continuaban trabajando, descendió hacia una galería abierta por el derrumbe de una bóveda. El corredor estaba intacto. Las paredes aparecían cubiertas por relieves de extraordinaria delicadeza. No representaban batallas. Ni reyes. Mostraban hombres y mujeres enseñando a otros: astrónomos junto a niños, artesanos explicando su oficio, jueces escuchando a campesinos, sanadores atendiendo a desconocidos.

El hombre sonrió con melancolía.

—Todavía conservaban la esperanza...

A pocos pasos lo alcanzó una mujer de cabello oscuro, llamada Lyraen, la segunda autoridad de la expedición. Su voz apenas rompía el silencio.

—Los corredores orientales permanecen sellados.

—Mejor. Significa que aún no han sido saqueados.

Lyraen vaciló antes de hablar.

—Nuestros exploradores encontraron huellas. No son nuestras.

El maestro no mostró sorpresa.

—Ya lo suponía.

—¿Crees que han llegado los Custodios de Valandor?

El hombre permaneció unos segundos en silencio. Luego respondió:

—Sí.

No había temor en su voz. Tampoco desprecio. Solo una serena aceptación.

Lyraen observó los relieves.

—¿Debemos impedirles el paso?

El maestro negó lentamente.

—No. Mientras busquen comprender, caminarán el mismo sendero que nosotros. Solo intervendremos si intentan llevarse aquello que todavía no entienden.

Aquellas palabras sorprendieron incluso a Lyraen. Durante años había escuchado historias sobre los Custodios de Valandor. Muchos los describían como rivales. Otros, como ingenuos. Su maestro nunca utilizaba esos términos.

Continuaron descendiendo. La galería desembocaba en una cámara hexagonal. En el centro descansaba una gran mesa de piedra, y sobre ella aparecía grabado un mapa de Dysara. No era un mapa político. No mostraba fronteras. Solo montañas, ríos, mares y las siete estrellas que representaban las antiguas Luminarias.

El maestro apoyó lentamente ambas manos sobre la piedra.

—Aquí comenzó todo.

Lyraen permaneció en silencio. Sabía que estaba recordando algo.

—Cuando era un niño —dijo él finalmente—, mi maestro me trajo a un lugar muy parecido a éste. Me preguntó qué veía. Respondí que era un mapa. Él sonrió. Y me dijo: "No. Es un compromiso."

Lyraen aguardó.

—Entonces no lo comprendí. Hoy sí. Un mapa no une a los pueblos. Solo muestra la posibilidad de encontrarse.

La mujer observó las siete estrellas grabadas en la roca. Tres aparecían incompletas. Como si hubieran sido deliberadamente borradas.

—¿Quién hizo esto?

El maestro respondió sin apartar la mirada.

—Probablemente quienes intentaron proteger el mundo ocultando parte de su historia.

Lyraen frunció el ceño.

—¿Y si tenían razón?

Él no respondió de inmediato. Finalmente dijo:

—Ésa es precisamente la pregunta que seguimos intentando responder.

Al otro lado de la ciudad, completamente ajenos a aquella conversación, Eradan y Theron continuaban catalogando las tablillas del Archivo del Horizonte. Elyria había descubierto que algunos documentos compartían una misma marca marginal. No era un símbolo administrativo. Parecía una advertencia. Las tablillas que la llevaban nunca estaban completas: siempre remitían a otra sección del archivo, como si el lector fuera obligado a reconstruir una historia dispersa.

—No quieren que nadie saque conclusiones precipitadas —comentó Eradan.

Theron asintió.

—Exactamente. Nos obligan a verificar cada afirmación con otras fuentes.

El joven sonrió.

—Construyeron un archivo que enseña a pensar.

En ese mismo instante, uno de los arqueólogos llamó con entusiasmo.

—¡He encontrado otra cámara!

Todos acudieron. Tras retirar cuidadosamente varias losas apareció una escalera descendente que no mostraba signos de derrumbe. Pero algo llamó inmediatamente la atención de Nael. Sobre el primer escalón había una inscripción. No era una bienvenida. Era una pregunta.

Theron la leyó lentamente:

¿Buscas confirmar tus certezas... o descubrir la verdad?

El anciano permaneció inmóvil. Después sonrió.

—Los antiguos Custodios comenzaban enseñando antes incluso de abrir una puerta.

Nael levantó la vista hacia sus compañeros.

—Nadie bajará hoy. Primero estudiaremos toda la estructura. La prudencia sigue siendo nuestra mejor aliada.

Darok rió con afecto.

—Empiezo a pensar que en Valandor resolvéis la mitad de los problemas precisamente porque os negáis a actuar demasiado deprisa.

Nael respondió con tranquilidad.

—La impaciencia suele ser el disfraz favorito del orgullo.

Esa misma noche, en el campamento, Eradan volvió a escribir:

He comprendido que una pregunta puede proteger mejor la verdad que una respuesta. Quien responde demasiado pronto suele cerrar el camino del aprendizaje. Quien pregunta con sinceridad mantiene abierta la puerta por la que todavía puede entrar la sabiduría.

Guardó el cuaderno y contempló la ciudad iluminada por la luna. En algún lugar de aquellas ruinas, otros hombres y mujeres recorrían corredores semejantes. Ignoraba sus nombres. Ignoraba sus intenciones. Pero intuía que compartían con él una misma fascinación por el legado de Aethar. El destino decidiría si ese interés común los convertiría en aliados... o en adversarios. Porque las grandes divisiones de la historia rara vez nacen de la ignorancia. Con frecuencia nacen cuando dos buscadores de la verdad dejan de escucharse mutuamente y comienzan a creer que solo uno de ellos puede custodiar el futuro.

CAPÍTULO XLVI

El Salón de las Dos Verdades

Tres días después del descubrimiento del Archivo del Horizonte, los trabajos continuaban con el mismo rigor. Cada tablilla era fotografiada mediante dibujos. Cada inscripción se copiaba tres veces por escribas distintos. Cada corredor recibía una numeración provisional. Aethar comenzaba lentamente a revelar su estructura. No sus secretos. Solo su orden.

Aquella mañana, Seraya encontró un detalle inesperado. En uno de los planos apareció una galería que no coincidía con ninguna de las exploradas. No estaba oculta. Simplemente nadie la había visto.

—Eso es imposible —murmuró Darok.

Elyria negó con serenidad.

—No. Mira las líneas del pavimento. Las losas forman una perspectiva que desvía naturalmente la atención. El corredor estaba siempre delante de nosotros. Nuestra mirada decidió ignorarlo.

Theron sonrió.

—Otra lección de Aethar. No todo lo invisible está escondido. A veces solo dejamos de verlo.

La expedición avanzó lentamente por el nuevo pasadizo. Las paredes carecían de relieves. No había columnas. Ni adornos. Solo piedra desnuda. Tras un centenar de pasos llegaron a una gran puerta abierta. No hubo necesidad de forzarla. Alguien la había cruzado recientemente.

Nael se agachó. Sobre el polvo permanecían varias huellas. No eran antiguas. Tenían apenas unas horas. Darok apoyó la mano sobre la empuñadura de su espada. Eradan observó el gesto y, con suavidad, colocó una mano sobre el brazo de su compañero.

—Todavía no sabemos quiénes son.

Darok respiró hondo. Después soltó lentamente la espada.

—Tienes razón.

Entraron. La sala era inmensa. Dos hileras de columnas sostenían una bóveda de extraordinaria altura. En el centro había dos mesas de piedra enfrentadas. Eran idénticas: mismo tamaño, misma altura, misma forma. Entre ambas quedaba un espacio vacío, como si estuvieran esperando una conversación que nunca llegó a celebrarse.

En la pared del fondo aparecía grabada una frase. Theron comenzó a traducirla:

Toda verdad necesita quien la afirme.

Debajo, otra inscripción completaba el pensamiento:

Toda verdad necesita también quien la cuestione.

Eradan permaneció largo rato contemplando aquellas palabras. Entonces escucharon un sonido. No era un derrumbe. Era el roce de unos pasos, muy suaves, procedentes del extremo opuesto de la sala. Darok volvió a tensarse. Nael levantó una mano. Nadie desenfundó las armas.

De entre las columnas apareció un pequeño grupo de exploradores. Vestían capas color arena. No parecían sorprendidos. Como si también hubieran esperado aquel encuentro. Al frente caminaba el maestro de los Hijos del Espejo. Su rostro permanecía sereno. Cabellos entrecanos. Mirada firme. No transmitía arrogancia. Tampoco temor. Solo una profunda atención.

Ambos grupos se detuvieron a unos veinte pasos de distancia. Nadie habló durante largos segundos. El silencio no era hostil. Era prudente. Finalmente el desconocido inclinó ligeramente la cabeza. No era una reverencia. Era un saludo. Nael respondió del mismo modo.

El maestro observó detenidamente el bastón que Eradan llevaba en la mano. Después sonrió apenas.

—Eldhara.

Eradan se sorprendió.

—Lo conocéis.

—Conocí a quienes aún recordaban sus antiguas enseñanzas.

Theron dio un paso adelante.

—¿Quién sois?

El hombre respondió sin ocultarse.

—Me llaman Maelor. Soy Custodio del Umbral.

Theron abrió ligeramente los ojos. No conocía aquel título.

—¿Custodio de qué umbral?

Maelor miró alrededor. Después señaló la inmensa sala.

—Del lugar donde una idea puede convertirse en sabiduría... o en fanatismo.

Eradan sintió que aquellas palabras no eran una amenaza. Eran una advertencia.

Nael habló con calma.

—Perteneceis a los Hijos del Espejo.

Maelor no lo negó.

—Así nos llaman ahora. Hace mucho tiempo tuvimos otro nombre.

Nadie preguntó cuál era. Todavía no.

Maelor observó cuidadosamente las mesas enfrentadas.

—Sabéis dónde estáis.

Theron respondió:

—Lo estamos intentando comprender.

El hombre sonrió.

—Entonces ya habéis dado el primer paso. Los peligros comienzan cuando alguien cree haber comprendido demasiado pronto.

Eradan no pudo evitar intervenir.

—Si buscamos lo mismo... ¿por qué ocultáis vuestra presencia?

Maelor sostuvo su mirada. Durante unos instantes nadie habló. Finalmente respondió.

—Porque no todos los buscadores desean conservar aquello que encuentran.

Nael replicó con serenidad.

—Nosotros tampoco. Queremos comprender antes de decidir.

Por primera vez apareció una expresión de auténtico interés en el rostro de Maelor.

—Eso esperaba escuchar.

Lyraen observó discretamente a los Custodios de Valandor. No veía conquistadores. Tampoco saqueadores. Aquello complicaba las cosas.

Maelor caminó lentamente hasta una de las mesas de piedra. Apoyó una mano sobre ella. Invitó a Nael a ocupar la otra.

—Hace siglos este salón recibía un nombre.

Nadie respondió. El maestro continuó.

—Lo llamaban el Salón de las Dos Verdades.

Nael tomó asiento frente a él.

—¿Por qué?

Maelor señaló las dos mesas.

—Porque los antiguos Custodios afirmaban que nadie debía tomar una decisión importante sin haber escuchado primero la mejor versión del pensamiento contrario.

El silencio fue absoluto. Eradan sintió un estremecimiento. Aquella idea resumía toda la filosofía de Aethar.

Maelor añadió con voz tranquila:

—Cuando una de estas mesas quedaba vacía... la ciudad comenzaba a enfermar.

Nadie respondió. Porque todos comprendieron el significado. Las civilizaciones no empiezan a caer cuando aparecen enemigos. Empiezan a caer cuando dejan de dialogar.

Antes de retirarse, Maelor dejó sobre la mesa un pequeño cilindro de piedra sellado con cera negra. No explicó qué contenía. Solo dijo:

—Cuando estéis preparados para leerlo... no busquéis la respuesta. Buscad primero la pregunta que obligó a escribirlo.

Después hizo una leve inclinación de cabeza. Los Hijos del Espejo se alejaron entre las columnas. Nadie intentó detenerlos. Nadie los siguió.

Eradan permaneció mirando el cilindro durante largo rato. Aldren le había enseñado que la verdad se construía escuchando. Maelor acababa de recordarle que escuchar también exigía el valor de conceder al otro la posibilidad de tener razón. Y comprendió que el desafío de Aethar ya no consistía únicamente en descifrar documentos antiguos. Consistía en impedir que el diálogo entre las dos mesas volviera a quedar vacío. Porque el día en que una sola voz ocupara todo el salón, el destino de los Primeros Custodios podría repetirse una vez más.

CAPÍTULO XLVII

El Peso de una Llave

Durante varios minutos, nadie se movió. El pequeño cilindro de piedra permanecía sobre la mesa del Salón de las Dos Verdades. Parecía insignificante frente a la inmensidad de la sala. Y, sin embargo, toda la atención convergía en él.

Darok rompió finalmente el silencio.

—Podría ser una trampa.

Nael asintió.

—Podría.

—¿Lo abriremos?

El anciano negó con serenidad.

—No aquí. Ni ahora.

Nadie protestó. Después de semanas en Aethar, todos habían aprendido que la prisa era el modo más eficaz de interpretar mal cualquier hallazgo. El cilindro fue colocado dentro de una caja de madera forrada con lino y trasladado al campamento para ser estudiado en condiciones controladas.

Aquella tarde, Eradan no participó en las excavaciones. Permaneció observando desde una terraza derruida la inmensa ciudad dormida. Aethar parecía diferente desde las alturas. No era un conjunto de edificios. Era una idea construida con piedra. Cada plaza conducía a otra. Cada calle desembocaba en un espacio de encuentro. No existían avenidas concebidas para exhibir poder. Habían sido trazadas para facilitar el diálogo entre barrios, talleres, escuelas y observatorios. La arquitectura misma invitaba al encuentro.

Theron se acercó sin hacer ruido.

—¿En qué piensas?

Eradan sonrió apenas.

—En que nunca había visto una ciudad diseñada para que la gente se cruzara constantemente.

El anciano observó el trazado urbano.

—Quizá comprendieron algo que nosotros olvidamos.

—¿Qué cosa?

—Que una ciudad no se mide por el tamaño de sus murallas, sino por la calidad de las conversaciones que hace posibles.

Al caer la noche, el cilindro fue depositado sobre una mesa de trabajo. Elyria comenzó el examen. No utilizó herramientas metálicas. Solo cepillos suaves, agua destilada y pequeñas espátulas de madera. La cera negra conservaba un sello intacto. No era el Árbol de las Estrellas. Tampoco el espejo dividido. Representaba dos manos abiertas que sostenían una misma llama.

Theron respiró lentamente.

—Nunca había visto este símbolo.

Nael lo observó unos instantes.

—Quizá porque no pertenece a una sola tradición.

Con ayuda de una fina aguja de hueso, Elyria retiró la cera sin dañarla. Dentro apareció un rollo de un material desconocido. No era papiro. No era pergamino. Su superficie tenía la flexibilidad de una tela muy fina y la resistencia del cuero.

Eradan sostuvo una lámpara mientras Theron desenrollaba lentamente el documento. Solo contenía una frase. No había firma. No había fecha. No había explicación.

La llave más peligrosa no abre puertas. Cierra preguntas.

Nadie habló. La brevedad del mensaje lo hacía aún más inquietante.

Darok frunció el ceño.

—Esperaba algo más...

Theron sonrió.

—Eso significa que el mensaje ha cumplido su propósito.

Nael levantó la vista.

—Explícate.

El anciano tomó una tablilla del Archivo del Horizonte.

—Imagina que alguien encuentra una llave que abre todas las puertas de Aethar. Todos la buscarían. Ahora imagina una llave que convence a una civilización de que ya no necesita seguir preguntando. Ésa sería infinitamente más peligrosa.

Eradan recordó las enseñanzas de Aldren. Y también las palabras de Maelor. Por primera vez comprendió que ambos recorrían senderos muy distintos para proteger un mismo principio.

Mientras tanto, al otro extremo de la ciudad, Maelor y Lyraen avanzaban por una galería cuyos muros conservaban restos de pigmentos azules. El silencio era absoluto. Lyraen habló al fin.

—Has confiado demasiado en ellos.

Maelor no respondió de inmediato. Continuó caminando hasta detenerse frente a una hornacina vacía. Solo entonces habló.

—No. He confiado en Aethar.

Lyraen lo miró con extrañeza.

—¿Qué diferencia hay?

El maestro apoyó la mano sobre la piedra.

—Mucha. Si estos Custodios son dignos del legado, la ciudad los guiará. Si no lo son... la ciudad los confundirá.

La joven arqueó una ceja.

—¿Crees que Aethar puede distinguir las intenciones de quienes la recorren?

Maelor sonrió.

—No. Pero las personas terminan revelándose cuando una ciudad las obliga a elegir entre comprender... o poseer.

Siguieron avanzando hasta una cámara octogonal. En el centro había un pedestal vacío. Solo quedaba una inscripción. Maelor la leyó en voz baja:

La última llave nunca fue escondida.

Lyraen recorrió el recinto con la mirada.

—¿Dónde está entonces?

Maelor respondió sin apartar la vista de la inscripción.

—En el único lugar donde casi nadie busca.

No añadió nada más.

Esa misma noche, Eradan no pudo dormir. Salió del campamento y caminó hasta una terraza desde donde se dominaba la ciudad. El cielo estaba limpio. Las siete estrellas principales de Dysara brillaban sobre el horizonte. Recordó las siete manos de la primera puerta. Las siete piedras del jardín. Las siete luminarias. Y comprendió algo que hasta entonces había pasado inadvertido: en todas las representaciones antiguas aparecía siempre el número siete. Excepto en el Salón de las Dos Verdades. Allí solo había dos mesas. Dos interlocutores. Dos posiciones. No siete.

Cuando regresó apresuradamente al campamento, encontró a Theron aún despierto. Extendió sobre la mesa varios dibujos.

—Creo que lo entiendo.

El anciano levantó la vista.

—¿Qué has descubierto?

Eradan señaló el plano de la ciudad.

—Las Siete Luminarias representan las virtudes necesarias para construir una civilización. Pero el Salón de las Dos Verdades enseña algo distinto.

Theron aguardó en silencio.

—En el momento de decidir, las siete virtudes deben convertirse en dos preguntas.

El anciano sonrió con interés.

—¿Cuáles?

Eradan respondió lentamente.

—¿Qué creemos verdadero? Y, antes de actuar... ¿qué podría demostrar que estamos equivocados?

Theron permaneció inmóvil. Después dejó la pluma sobre la mesa.

—Si los Primeros Custodios realmente enseñaban eso... entonces estaban siglos adelantados a su tiempo.

Esa madrugada, mientras el viento recorría las avenidas vacías de Aethar, una tenue luz comenzó a filtrarse desde lo profundo de la gran torre central. No era el reflejo del sol. Ni el brillo de una lámpara. Era una luminiscencia suave, pulsante, casi orgánica. Ninguno de los dos grupos la vio. Pero la ciudad sí. Después de siglos de silencio, Aethar parecía haber reconocido que sus antiguos debates habían vuelto a comenzar. Y, quizá por primera vez desde su abandono, estaba dispuesta a responder.

CAPÍTULO XLVIII

La Ciudad que Enseñaba

Cuando el primer sol iluminó las terrazas de Aethar, la expedición ya estaba despierta. Nadie había dormido profundamente. La tenue luminiscencia observada durante la noche había despertado más preguntas que respuestas.

Theron fue el primero en hablar.

—Hoy no perseguiremos luces. Perseguiremos causas.

Los grupos se dividieron cuidadosamente. Los cartógrafos continuarían levantando el plano general de la ciudad. Los arqueólogos consolidarían las estructuras más frágiles. Elyria y Seraya estudiarían la orientación de la gran torre. Eradan, Theron y Nael regresarían al Salón de las Dos Verdades. No para buscar nuevos objetos. Sino para comprender por qué había sido construido exactamente en aquel lugar.

Mientras caminaban, Eradan volvió a observar la disposición de las calles. Había algo que lo intrigaba. Las avenidas nunca desembocaban directamente en los edificios principales. Siempre obligaban al caminante a atravesar pequeñas plazas, a detenerse, a cambiar ligeramente de dirección. Como si la ciudad hubiera sido diseñada para disminuir la velocidad.

—¿Lo ves? —preguntó.

Nael sonrió.

—Hace dos días que espero esa pregunta.

El anciano señaló el trazado urbano.

—Una ciudad puede educar sin pronunciar una sola palabra. Si obliga a correr, educa en la prisa. Si favorece el encuentro, educa en el diálogo. Si reserva espacios para el silencio, educa en la reflexión. Aethar fue construida para formar ciudadanos antes que habitantes.

Eradan sintió que cada piedra confirmaba las enseñanzas recibidas en Valandor. Los edificios no eran únicamente arquitectura. Eran pedagogía.

Al llegar al Salón de las Dos Verdades encontraron algo inesperado. La luz del amanecer atravesaba una abertura superior que el día anterior había pasado inadvertida. El rayo descendía exactamente entre las dos mesas de piedra. Ni sobre una. Ni sobre la otra. Justo en el espacio que las separaba.

Elyria, que acababa de reunirse con ellos, dejó escapar una exclamación.

—¡No ilumina las posiciones! —Señaló el suelo—. Ilumina el diálogo.

Theron permaneció largo rato observando el fenómeno.

—Los arquitectos querían recordar a cada generación que la verdad no pertenece a quien ocupa una mesa... sino al espacio construido entre ambas.

Eradan sonrió. Aethar seguía enseñando.

Mientras tanto, al otro extremo de la ciudad, Maelor examinaba la gran torre. Lyraen regresó con un informe.

—Hemos encontrado una escalera interior. Pero termina en un derrumbe.

Maelor negó con calma.

—No termina. Se interrumpe. Es diferente.

La joven lo miró intrigada. Él continuó:

—Cuando una civilización construye con tanto cuidado, rara vez deja obstáculos sin intención. Preguntémonos primero por qué alguien habría querido cerrar ese paso. Solo después intentaremos abrirlo.

Lyraen sonrió. Comenzaba a comprender que su maestro jamás separaba la arqueología de la filosofía.

Aquella tarde ocurrió un descubrimiento decisivo. Uno de los aprendices encontró un pequeño canal excavado bajo el pavimento del Salón de las Dos Verdades. No transportaba agua. Transportaba luz. Mediante un sistema de espejos cuidadosamente orientados, el rayo del amanecer recorría distintos corredores subterráneos. Cada estación del año modificaba ligeramente el recorrido. La ciudad no solo utilizaba el Sol para medir el tiempo. Lo empleaba para señalar lugares diferentes según el momento del año.

Theron apenas podía ocultar su entusiasmo.

—Esto es extraordinario. No construyeron calendarios. Construyeron preguntas estacionales.

Darok rió.

—Empiezo a sospechar que todo aquí termina siendo una pregunta.

Nael respondió con serenidad.

—Quizá ésa sea precisamente la mayor diferencia entre una ciudad inteligente y una ciudad sabia.

Eradan levantó la vista.

—¿Cuál?

El anciano caminó lentamente mientras hablaba.

—La inteligencia acumula soluciones. La sabiduría enseña a formular mejores problemas.

El joven guardó aquellas palabras en silencio.

Al caer la tarde, el rayo de luz terminó su recorrido en una pequeña cámara circular situada bajo la gran torre. La expedición descendió con extrema cautela. No encontraron tesoros. Solo un banco de piedra y una única inscripción, tallada con una precisión admirable. Theron la leyó despacio:

El conocimiento responde.

Debajo, otra línea completaba el pensamiento:

La sabiduría pregunta.

Nadie habló. Porque comprendieron que toda la ciudad había sido construida para demostrar exactamente esa idea.

Mientras regresaban al campamento, Eradan observó a unos niños del pequeño grupo de auxiliares que acompañaban a los arqueólogos. Jugaban colocando piedras en círculo. Discutían. Se equivocaban. Volvían a empezar. Sonreían. Sin darse cuenta, reproducían el método de aprendizaje que Aethar proponía. No competían por tener razón. Cooperaban para descubrirla.

Aquella noche, Eradan escribió:

Hoy he comprendido que una civilización puede ser extraordinariamente inteligente y, sin embargo, destruirse por falta de sabiduría. La inteligencia nos permite construir herramientas cada vez más poderosas. La sabiduría nos recuerda por qué y para quién debemos utilizarlas.

Después añadió otra reflexión:

Las ciudades sobreviven mientras enseñan a sus habitantes a dialogar. Cuando solo enseñan a obedecer o a vencer, sus murallas permanecen en pie durante un tiempo, pero su espíritu comienza a derrumbarse mucho antes que sus edificios.

Cerró el cuaderno. En ese mismo instante, desde la cima de la gran torre, un destello recorrió los antiguos conductos de luz. No era un fenómeno natural. Esta vez seguía un ritmo constante: tres pulsos, una pausa, cuatro pulsos, una pausa más larga.

Eradan levantó la vista. En otra terraza, muy lejos de allí, Maelor también observaba la misma secuencia. Los dos comprendieron al mismo tiempo que aquello no era una casualidad. Aethar acababa de activar un mecanismo que llevaba siglos esperando. Y, por primera vez, ambos grupos entendieron que ya no estaban explorando una ciudad muerta. La ciudad había comenzado a guiarlos.

CAPÍTULO XLIX

El Primer Silencio

La mañana comenzó con una inquietud difícil de explicar. Nada había cambiado en la ciudad. Las avenidas permanecían vacías. Las columnas seguían desafiando al tiempo. Los antiguos observatorios continuaban apuntando hacia las estrellas. Y, sin embargo, todos los miembros de la expedición compartían la misma sensación. Aethar estaba conduciéndolos hacia algo.

El nuevo recorrido de la luz terminó ese día en una cámara situada bajo la torre central. No era grande. Sus muros carecían de decoración. En el centro descansaba una mesa semicircular rodeada por siete asientos de piedra. Uno de ellos aparecía ligeramente separado del resto. No por distancia. Por orientación. Mientras los otros seis miraban hacia el centro, aquel estaba dirigido hacia la entrada. Como si quien lo ocupara observara antes a quienes llegaban que a quienes debatían.

Theron recorrió lentamente el recinto. No encontró armas. Ni símbolos de autoridad. Solo una inscripción grabada en el borde de la mesa. La leyó con voz queda:

Aquí ninguna voz fue más alta que otra. Solo hubo argumentos mejores o peores.

Darok dejó escapar un suspiro.

—Si todas las ciudades hubieran comenzado así...

Nael completó la frase.

—Quizá muchas guerras nunca habrían existido.

Elyria advirtió un detalle. La superficie de la mesa estaba recorrida por finísimas ranuras. No eran grietas. Formaban un dibujo deliberado: siete líneas convergían en un círculo central. Pero una octava línea nacía desde el asiento orientado hacia la entrada y atravesaba el círculo sin detenerse.

Eradan permaneció largo rato observándola. Aquella octava línea no unía. Dividía.

—No pertenece al diseño original —murmuró.

Theron asintió.

—Fue grabada después.

Mientras examinaban el borde del asiento separado, Seraya encontró una pequeña cavidad. En su interior había un cilindro de cristal protegido por una tapa de piedra. No estaba oculto. Había sido cuidadosamente preservado.

Lo trasladaron al campamento. El procedimiento fue el mismo de siempre: registrar, dibujar, fotografiar mediante ilustraciones. No alterar nada innecesariamente. Solo al caer la tarde retiraron la tapa. Dentro había una delgada lámina metálica cubierta de escritura microscópica. Elyria necesitó una lente pulida para comenzar a leer.

El texto no era un tratado. Era el acta de una sesión del Consejo de Aethar. Una sesión concreta. Theron tradujo lentamente:

Décimo día del mes de las Dos Lunas. Se reúne el Consejo para debatir la propuesta del Custodio Arkanor.

El nombre era desconocido. Continuó leyendo:

El Custodio Arkanor sostiene que el crecimiento del conocimiento ha superado la capacidad de discernimiento del pueblo.

Silencio.

Propone limitar el acceso a determinados saberes hasta que las generaciones futuras demuestren mayor madurez.

Darok frunció el ceño.

—No parece una idea descabellada.

Nael no respondió. Esperó.

Theron prosiguió:

El Consejo solicita argumentos.

La lámina reproducía el debate casi palabra por palabra. Arkanor exponía sus razones con serenidad: recordaba accidentes provocados por tecnologías mal comprendidas, relataba conflictos nacidos del uso irresponsable del conocimiento, advertía que algunas enseñanzas podían destruir ciudades enteras si caían en manos imprudentes. Eradan escuchaba con atención. No podía negar que aquellos argumentos tenían fuerza.

Después apareció la respuesta de otra consejera. Su nombre era Lysara:

La ignorancia jamás ha protegido a un pueblo. Solo ha cambiado quién ejerce el poder sobre él.

Siguieron varias intervenciones. Ninguna insultaba a la otra. Nadie levantaba la voz. Aquello era un verdadero diálogo. Pero entonces apareció una frase distinta, escrita por el secretario del Consejo:

Al finalizar la sesión, algunos consejeros abandonan la sala sin compartir el pan común.

Theron dejó lentamente la lámina sobre la mesa. Nadie comprendía la importancia de aquella observación. Fue Sahir quien habló.

—En mi pueblo eso significaría que el diálogo había terminado.

Todos lo miraron. El anciano explorador continuó.

—Mientras dos personas aceptan comer juntas, todavía creen posible comprenderse. Cuando dejan de hacerlo... empiezan a verse como enemigos.

El silencio se hizo más profundo. No había habido una batalla. Ni un golpe de Estado. Ni una invasión. Solo una cena compartida que ya no se celebró.

Nael cerró los ojos.

—Así comienzan las fracturas invisibles.

Esa misma noche, al otro lado de Aethar, Maelor leía una copia parcial del mismo documento. Lyraen levantó la vista.

—Entonces Arkanor fue el fundador de nuestra tradición.

Maelor tardó en responder. Finalmente dijo:

—No. Fue el primero en formular una pregunta necesaria. Nuestros errores comenzaron cuando dejamos de escuchar también las respuestas.

Lyraen permaneció inmóvil. Aquella afirmación desafiaba siglos de enseñanza.

Maelor enrolló lentamente la lámina.

—Nunca permitas que una escuela convierta a un pensador en un santo. Ni que convierta a un adversario en un monstruo. Los seres humanos somos mucho más complejos que las historias que contamos sobre nosotros mismos.

Aquella noche, Eradan escribió con especial cuidado:

Hoy descubrimos que la caída de Aethar no comenzó cuando alguien empuñó una espada. Comenzó el día en que algunos hombres dejaron de sentarse a la misma mesa. Ninguna muralla puede proteger una ciudad cuyos ciudadanos ya no desean escucharse.

Permaneció unos instantes contemplando las estrellas. Después añadió una última línea:

La violencia rara vez aparece de improvviso. Antes de derramar sangre, las palabras dejan de buscar entendimiento. Después el silencio ocupa el lugar del diálogo. Y ese primer silencio suele ser el verdadero comienzo de todas las ruinas.

Cuando cerró el cuaderno, una suave vibración recorrió el suelo de la torre. No fue un terremoto. Fue un mecanismo antiguo. Muy antiguo. Como si la ciudad hubiera reconocido que los viajeros acababan de comprender la primera lección de su propia caída. En algún lugar, bajo toneladas de piedra y arena, una nueva puerta acababa de abrirse.

CAPÍTULO L

El Juramento de los Siete

La vibración apenas duró unos segundos. Sin embargo, bastó para que una fina lluvia de arena descendiera desde las bóvedas del Archivo del Horizonte. Nadie habló. Todos permanecieron inmóviles, escuchando. Desde las profundidades de la ciudad llegó un sonido grave, semejante al lento desplazamiento de enormes bloques de piedra. No era un derrumbe. Era un mecanismo. Uno que no había sido activado en siglos.

Theron levantó la lámpara.

—No proviene de aquí.

Nael asintió.

—La ciudad ha respondido a algo.

Durante toda la mañana siguieron el eco. No avanzaban guiados por la curiosidad, sino por el método. Cada corredor era registrado antes de cruzarlo. Cada cámara recibía una referencia cartográfica. Las distancias se anotaban con precisión. Aethar continuaba enseñándoles que incluso el asombro debía caminar acompañado por la disciplina.

El sonido los condujo hasta la base de la gran torre. Allí descubrieron un recinto que había permanecido completamente oculto tras un muro giratorio. No existían señales de violencia. El mecanismo se había abierto desde el interior. Como si la propia ciudad hubiera decidido que había llegado el momento.

La estancia era sencilla. Octogonal. Sin adornos. En el centro descansaba un círculo de piedra negra. Siete pedestales lo rodeaban formando una estrella. Cada pedestal conservaba una pequeña cavidad. Eradan reconoció inmediatamente su forma: coincidía exactamente con las siete piezas grabadas en el disco encontrado meses atrás en Valandor.

Elyria desplegó los dibujos realizados en el Archivo. No había duda. Aquellas cavidades correspondían al sistema de clasificación del Archivo del Horizonte. Pero también parecían representar algo más profundo. No eran únicamente símbolos. Eran principios.

Theron leyó la inscripción que rodeaba el círculo central:

Quien reúna las siete llaves no heredará nuestro poder.

Hizo una pausa. Después continuó:

Heredará nuestra responsabilidad.

Darok sonrió con cierta ironía.

—Empiezo a comprender por qué nadie vino aquí buscando riquezas.

Nael respondió con una leve sonrisa.

—Porque los antiguos sabían que la responsabilidad pesa más que el oro.

En uno de los pedestales encontraron una caja de piedra perfectamente sellada. A diferencia de las anteriores, no requería ningún mecanismo. Solo una tapa cuidadosamente ajustada. En su interior descansaba un único pergamino protegido por una lámina de cristal mineral. El documento conservaba intacto el sello del Árbol de las Estrellas.

Theron lo abrió con manos temblorosas. La escritura era firme. Elegante. No parecía el texto de un funcionario. Transmitía la serenidad de alguien que escribía sabiendo que quizá nunca sería leído.

A quienes lleguen cuando nosotros ya no existamos. No construimos esta ciudad para que sobreviviera eternamente. Construimos una escuela.

Todos permanecieron en silencio. La lectura continuó:

Las piedras caerán. Los observatorios dejarán de señalar el cielo. Los jardines desaparecerán bajo la arena. Nada de eso importa.

Theron respiró profundamente antes de seguir:

Una ciudad vive mientras sus habitantes conservan la voluntad de aprender unos de otros. Muere cuando creen que ya no necesitan escucharse.

Eradan sintió que aquellas palabras resumían toda la historia de Aethar. El texto avanzaba lentamente hacia su verdadero propósito:

Muchos creerán que nuestra ruina fue provocada por quienes deseaban ocultar el conocimiento. Otros culparán a quienes querían compartirlo todo.

Nael levantó la vista. Theron continuó:

Ambos estarán equivocados.

El silencio fue absoluto.

No caímos por nuestras diferencias. Caímos cuando dejamos de considerarlas necesarias.

Elyria cerró los ojos. Aquella frase poseía una fuerza inesperada.

El documento concluía con un texto claramente distinto. No era una explicación. Era un juramento. Las últimas generaciones de Custodios lo habían escrito antes de abandonar Aethar. Theron comenzó a leerlo en voz alta:

Juramos que jamás ocultaremos una verdad para conservar privilegios. Juramos que jamás divulgaremos un conocimiento sin considerar sus consecuencias. Juramos que ninguna decisión será tomada sin escuchar a quienes piensan diferente. Juramos recordar que el poder sin conciencia destruye. Y que la conciencia sin valentía también puede destruir. Juramos servir a la verdad antes que a nuestra propia escuela. Y aceptar que incluso nuestras convicciones deberán ser examinadas por quienes nazcan después de nosotros.

Nadie habló durante largo tiempo. No era un simple texto. Era la constitución moral de una civilización.

Eradan observó a Nael. El anciano permanecía inmóvil. Después dijo en voz muy baja:

—Ahora entiendo por qué Aldren nos envió hasta aquí.

En ese mismo instante, al otro extremo de la ciudad, Maelor encontró un documento diferente. Lo leyó lentamente. Su expresión cambió por primera vez desde que había llegado a Aethar.

Lyraen lo observó con preocupación.

—¿Qué ocurre?

El maestro respondió casi en un susurro.

—Hemos interpretado una parte de la historia... pero no toda.

—¿Qué has encontrado?

Maelor le mostró la última línea. Solo decía:

Quien divida este juramento para defender una sola de sus promesas traicionará todas las demás.

El maestro cerró los ojos. Comprendió que tanto los Hijos del Espejo como los Custodios de Valandor habían heredado fragmentos del legado de Aethar. Cada tradición había protegido una parte. Pero ambas habían olvidado que el juramento solo conservaba su sentido cuando era aceptado íntegramente.

Aquella noche, por primera vez desde su llegada, Maelor pidió reunirse con Nael. No para negociar una tregua. No para intercambiar hallazgos. Sino para responder a una pregunta que ya no podía evitar. ¿Y si ninguna de las dos órdenes era la auténtica heredera de Aethar? ¿Y si el verdadero legado solo podía renacer cuando ambas aceptaran reconstruir juntas lo que cada una había conservado por separado?

En el campamento, Eradan escribió una última reflexión antes de dormir:

Hoy comprendí que las civilizaciones no se salvan por tener razón, sino por conservar la humildad suficiente para corregirse. La verdad no es una bandera que se conquista; es un horizonte hacia el que caminamos juntos. Quien pretende poseerla deja de servirla. Quien acepta buscarla con otros comienza a merecerla.

Esa noche, las siete estrellas de Dysara brillaron sobre Aethar con una intensidad inusual. No era un presagio sobrenatural. Era el cielo de siempre. Lo que había cambiado era la mirada de quienes lo contemplaban. Y, por primera vez en dos mil años, la ciudad perdida dejaba de ser un recuerdo del pasado para convertirse en una posibilidad para el futuro.

CAPÍTULO LI

La Asamblea del Círculo

El amanecer encontró a Aethar inmóvil. La luz descendía lentamente por las terrazas de piedra, recorriendo columnas, patios y observatorios con la misma paciencia con que lo había hecho durante siglos. Nada parecía haber cambiado. Sin embargo, todo era distinto. Por primera vez desde la desaparición de la ciudad, dos órdenes de Custodios habitaban simultáneamente sus calles.

Poco después del alba, un mensajero apareció en el campamento de Valandor. No llevaba armas. Solo un bastón de caminante rematado por un pequeño disco de bronce. Se inclinó respetuosamente ante Nael.

—El Custodio Maelor solicita vuestra presencia.

Nael leyó el pequeño pergamino que acompañaba el mensaje. Era breve:

El juramento no puede comprenderse por separado.

Nada más. Darok fue el primero en hablar.

—Podría tratarse de una emboscada.

Nael negó con calma.

—Podría. Pero si desconfiamos de toda invitación al diálogo, habremos comenzado a repetir la historia que hemos venido a comprender.

Theron añadió:

—No iremos armados para la guerra. Iremos preparados para escuchar.

Antes de partir, Eradan reunió a los más jóvenes de la expedición.

—Recordad lo que nos enseñó Aldren. Si alguna vez dudáis entre vencer una discusión o comprender a quien piensa distinto, elegid siempre comprender primero. La victoria puede esperar. La verdad no.

El lugar indicado por Maelor era una plaza circular situada entre la gran torre y el Archivo del Horizonte. Cuando llegaron encontraron algo inesperado. Los Hijos del Espejo tampoco llevaban armas desenvainadas. Las espadas permanecían envainadas y sujetas con un cordón de lino blanco. Lyraen explicó el gesto.

—Es una antigua costumbre. Mientras el cordón permanezca intacto, nadie puede desenvainar una espada sin romper antes un juramento.

Darok observó el suyo. Sin decir una palabra, tomó un trozo de lino y ató también su espada. Uno tras otro, los Custodios de Valandor hicieron lo mismo. Nadie lo ordenó. Simplemente comprendieron el significado del gesto.

Maelor dio un paso hacia el centro de la plaza. En el pavimento aparecía grabado un círculo de piedra dividido en siete sectores. Eradan recordó inmediatamente el Jardín de Valandor. La semejanza era evidente.

Theron examinó las inscripciones. Una emoción serena iluminó su rostro.

—No es una plaza. Es una sala de deliberación al aire libre.

En el centro del círculo había una piedra lisa. Sin tronos. Sin estrados. Sin asiento privilegiado. Solo una superficie ligeramente elevada.

Maelor habló con voz tranquila.

—Los antiguos llamaban a este lugar la Asamblea del Círculo. Aquí ninguna persona ocupaba la cabecera. Porque un círculo no tiene cabeceras.

Nael sonrió.

—Eso explica muchas cosas.

El maestro continuó.

—Cuando el Consejo no lograba resolver un desacuerdo, abandonaba las salas cerradas y venía aquí. No para votar. Sino para escuchar nuevamente.

Lyraen llevó hasta el centro una caja de madera. Dentro había una sencilla piedra blanca, pulida por el tiempo. No parecía valiosa. Maelor la sostuvo con ambas manos.

—Solo quien sostiene la piedra tiene derecho a hablar. Los demás tienen el deber de escuchar sin interrumpir. Cuando termina, entrega la piedra a quien piensa de manera más diferente. No a quien está de acuerdo.

Eradan sintió un estremecimiento. Nunca había oído un método semejante.

La primera intervención correspondió a Maelor. No defendió a los Hijos del Espejo. Expuso sus temores.

—He dedicado mi vida a estudiar cómo una civilización puede destruirse utilizando conocimientos extraordinarios. Por eso tememos divulgar aquello que aún no comprendemos del todo.

Cuando terminó, entregó deliberadamente la piedra a Nael. El anciano permaneció unos segundos en silencio antes de hablar.

—He visto pueblos sometidos porque unos pocos decidieron qué podía conocer la mayoría. Por eso tememos que el conocimiento vuelva a convertirse en privilegio.

No respondió a Maelor. Solo compartió su experiencia.

La piedra pasó de mano en mano. Theron habló del contexto histórico. Elyria de la responsabilidad científica. Lyraen de los riesgos del fanatismo. Sahir recordó las tradiciones orales del desierto. Darok confesó algo que sorprendió a todos.

—Siempre creí que el valor consistía en avanzar primero hacia el enemigo. Hoy sospecho que existe un valor mucho más difícil. Aceptar que quien piensa distinto puede enseñarme algo.

El silencio que siguió no era incómodo. Era fecundo.

Entonces Eradan recibió la piedra. La sostuvo durante largo tiempo. Observó los rostros de ambos grupos. No vio enemigos. Vio personas que llevaban años intentando proteger el mismo legado por caminos diferentes. Respiró profundamente.

—Quizá estamos formulando mal la pregunta.

Todos lo miraron.

—No deberíamos preguntarnos si el conocimiento debe compartirse o protegerse. Deberíamos preguntarnos cómo compartirlo de manera que las personas aprendan también la responsabilidad necesaria para utilizarlo.

Nadie respondió inmediatamente. Maelor fue el primero en romper el silencio. No con una objeción. Con una sonrisa.

—Ésa —dijo lentamente— es exactamente la clase de pregunta que los antiguos Custodios consideraban digna de una Asamblea.

En ese instante ocurrió algo inesperado. El círculo de piedra emitió un leve sonido. No era un mecanismo oculto. Era el eco de una pieza que encajaba. Desde el centro de la plaza comenzó a elevarse lentamente un pequeño pedestal de roca. Todos retrocedieron con prudencia. Sobre él apareció una caja de cristal mineral completamente transparente. En su interior descansaba una sola tablilla, más pequeña que las demás, pero escrita con una caligrafía extraordinariamente cuidada. En la parte superior podía leerse un único título:

Protocolo para cuando los Custodios olviden escucharse.

Nadie se movió. Nadie intentó abrir la caja. Eradan comprendió que Aethar no respondía a la fuerza. Ni siquiera respondía únicamente al conocimiento. Respondía a algo mucho más difícil de alcanzar: la voluntad sincera de reconstruir el diálogo. Y tuvo la certeza de que los antiguos constructores habían previsto aquel momento mucho antes de que naciera la primera piedra de la ciudad. Porque sabían que toda civilización atraviesa épocas de división. Pero también sabían que ninguna está condenada a permanecer dividida para siempre.

CAPÍTULO LII

El Octavo Custodio

El pedestal permaneció inmóvil en el centro de la Asamblea del Círculo. Nadie se acercó de inmediato. Durante las semanas transcurridas en Aethar habían aprendido una lección fundamental: los hallazgos más valiosos exigían, antes que entusiasmo, serenidad.

Nael fue el primero en romper el silencio.

—Procederemos igual que siempre. Registrar. Observar. Comprender. Solo después actuaremos.

Maelor asintió.

—Así trabajaban los antiguos. No existe mejor homenaje.

Elyria y Lyraen comenzaron la documentación. Cada ángulo de la caja fue dibujado. Las dimensiones se midieron varias veces. Seraya examinó la piedra del pedestal. No encontró bisagras visibles ni mecanismos aparentes. Theron se arrodilló para estudiar la inscripción que rodeaba la base. La arena ocultaba parte del texto. Con un pincel retiró cuidadosamente los granos acumulados. Las palabras fueron apareciendo una a una:

Quien llegue hasta aquí ya conoce nuestras respuestas.

El anciano continuó limpiando la piedra. Apareció la frase siguiente:

Ahora deberá aprender a formular nuestras preguntas.

Darok sonrió.

—Empiezo a creer que Aethar nunca deja de enseñar.

Con delicadeza, Elyria descubrió que la tapa de cristal no estaba sellada. No había cerraduras. Simplemente reposaba sobre cuatro pequeños apoyos de piedra. La levantó con ambas manos. El silencio era absoluto. Dentro descansaba una tablilla de color marfil, mucho más fina que todas las anteriores. No estaba escrita por ambos lados. Solo contenía un texto breve.

Theron comenzó la traducción:

Si este documento ha sido encontrado por una sola escuela, volved atrás.

Todos se miraron. Maelor dejó escapar una sonrisa apenas perceptible. Theron siguió leyendo:

Si habéis llegado dos escuelas enfrentadas y aún sois capaces de escucharos, continuad.

Nadie necesitó decir nada. La ciudad había esperado exactamente aquel momento.

La inscripción proseguía:

Las Siete Luminarias protegían una virtud cada una. Con el tiempo, muchos creyeron que bastaba reunir las siete para preservar el mundo.

Theron hizo una pausa. Después continuó:

Se equivocaban.

Eradan sintió un leve escalofrío.

Las siete virtudes necesitan una octava.

Todos permanecieron inmóviles. Darok rompió el silencio.

—¿Existe una Octava Luminaria?

Theron negó lentamente.

—Escuchemos primero.

El texto continuaba:

No existe una Octava Luminaria. Existe un Octavo Custodio.

El desconcierto fue general. Nael habló por primera vez.

—¿Quién era?

Theron prosiguió:

No era una persona. Era una función.

El anciano levantó lentamente la vista:

Cuando las siete Luminarias no lograban ponerse de acuerdo, nombraban a un Octavo Custodio.

Lyraen preguntó casi en un susurro.

—¿Qué autoridad tenía?

Theron encontró la respuesta unas líneas más abajo:

No decidía. No gobernaba. No imponía soluciones.

El silencio se hizo aún más profundo.

Su única misión consistía en impedir que el diálogo terminara.

Eradan sintió que aquellas palabras atravesaban siglos de historia para llegar hasta ellos. La lectura prosiguió:

Mientras existiera un Octavo Custodio, ninguna escuela podía abandonar la conversación. Su deber no era proteger una idea. Su deber era proteger el espacio donde las ideas podían encontrarse.

Maelor cerró lentamente los ojos. Comprendía la magnitud del descubrimiento. Nael permanecía inmóvil.

—Entonces... —murmuró— durante siglos discutimos sobre quién tenía razón. Y olvidamos proteger aquello que permitía descubrirla.

Theron asintió. La tablilla terminaba con una advertencia:

Toda generación deberá nombrar nuevamente al Octavo Custodio. Nunca heredará el cargo. Nunca pertenecerá a una sola escuela. Y dejará de ser Octavo Custodio en el instante en que crea poseer la verdad.

El documento concluía con una última frase. Breve. Sencilla. Inolvidable.

Custodiad primero el diálogo. La verdad sabrá encontrar su camino.

Nadie habló durante varios minutos. La plaza parecía contener la respiración. El viento recorría lentamente las antiguas piedras de Aethar.

Fue Sahir quien rompió el silencio.

—En el desierto existe una costumbre muy antigua. Cuando dos caravanas discuten por un pozo, siempre hay una tercera persona que no pertenece a ninguna de ellas. Su tarea consiste únicamente

en evitar que la discusión termine en violencia. Nunca imaginé que los antiguos Custodios hubieran pensado algo semejante.

Maelor miró a Nael.

—Quizá nuestras órdenes sobrevivieron. Pero la institución más importante desapareció.

Nael respondió con gravedad.

—Y quizá por eso repetimos los mismos errores.

Eradan permanecía observando la tablilla. No podía apartar la mirada de aquellas palabras. Entonces comprendió algo. Desde el inicio del viaje, Aldren jamás le había enseñado qué debía pensar. Siempre le había enseñado a escuchar, a preguntar y a mediar entre posiciones distintas. Tal vez, sin saberlo, lo había estado preparando para comprender el verdadero significado del Octavo Custodio.

Cuando el grupo abandonó la Asamblea del Círculo, ninguno habló del descubrimiento. Necesitaban tiempo. No para aceptar una respuesta. Sino para medir el peso de la responsabilidad que acababan de recuperar. Porque una ciudad puede reconstruirse con piedra. Una biblioteca puede copiarse. Un archivo puede preservarse. Pero una cultura que ha olvidado cómo dialogar solo puede renacer cuando alguien acepta custodiar el espacio donde incluso sus adversarios siguen siendo interlocutores. Y Eradan empezaba a sospechar que el legado más importante de Aethar jamás había estado escondido bajo la arena. Había permanecido oculto, durante generaciones, en la forma en que los seres humanos elegían escucharse unos a otros.

CAPÍTULO LIII

La Orden del Trono Vacío

El descubrimiento del Octavo Custodio transformó el ambiente de la expedición. Las discusiones continuaban. Las diferencias persistían. Pero algo había cambiado. Ahora nadie buscaba imponer una conclusión antes de haber comprendido completamente la posición del otro. Aethar seguía educándolos.

Aquella mañana, Seraya revisaba un conjunto de tablillas procedentes de un edificio administrativo situado al norte de la gran torre. La mayoría contenía inventarios, registros de cosechas, intercambios entre ciudades, correspondencia entre escuelas. Nada parecía especialmente relevante. Hasta que encontró un nombre repetido varias veces. No pertenecía a ninguna de las Siete Luminarias. Ni aparecía entre los miembros del Consejo. Siempre figuraba al final de los documentos. Como una firma. Como un destinatario. O como una advertencia.

El Trono Vacío.

Theron examinó la inscripción.

—No es un nombre personal. Es un cargo.

Elyria localizó otras referencias. En todas ocurría lo mismo. Nunca aparecía asociado a un gobernante. Jamás recibía honores. Y, sin embargo, todos los acuerdos importantes eran remitidos también al Trono Vacío.

—Extraño... —murmuró Nael—. ¿Qué función podía tener alguien que no gobernaba?

Mientras tanto, Maelor y Lyraen estudiaban otra sección del Archivo. Encontraron un conjunto de cartas privadas escritas por distintos Custodios durante los últimos años de Aethar. Una de ellas llamó inmediatamente su atención. La tinta estaba desvaída. Pero aún podía leerse:

...si el Trono vuelve a ocuparse, el Consejo dejará de ser libre.

Lyraen frunció el ceño.

—¿Volver a ocuparse?

Maelor permaneció pensativo.

—Entonces alguna vez estuvo ocupado.

Al atardecer, ambos grupos decidieron compartir sus hallazgos. Por primera vez trabajaban sobre una misma mesa. Los documentos se comparaban. Las hipótesis se discutían. Las discrepancias se anotaban en lugar de ocultarse. Era exactamente el método descrito por los antiguos Custodios.

Theron unió cuidadosamente varias tablillas. Poco a poco comenzó a reconstruirse una historia. Muchos siglos antes de la caída de Aethar había existido un gobernante extraordinariamente respetado. No reinaba por herencia. Había sido elegido para coordinar a las siete escuelas durante una época de grandes conflictos. Su autoridad era temporal. Y limitada. Cuando la crisis terminó, renunció voluntariamente al poder.

El Consejo tomó entonces una decisión sin precedentes. Nunca volvería a nombrarse un soberano. El asiento permanecería vacío para recordar que ninguna persona debía ocupar permanentemente el lugar reservado al bien común.

Darok contempló el dibujo del antiguo salón. En efecto. Frente a las siete mesas existía un octavo asiento. Vacío. Siempre vacío.

Nael habló lentamente.

—No veneraban el poder. Veneraban su ausencia.

Maelor completó la idea.

—Porque sabían que el poder permanente termina creyéndose indispensable.

Eradan permanecía observando el plano. Comprendió de pronto que el Octavo Custodio y el Trono Vacío estaban profundamente relacionados. Uno custodiaba el diálogo. El otro recordaba que nadie podía convertirse en dueño de ese diálogo.

Aquella noche, mientras la expedición descansaba, un centinela dio la alarma. No por un ataque. Por unas luces. En las colinas del sur aparecieron varias fogatas. No pertenecían a ninguno de los dos campamentos. Se movían lentamente. Demasiado ordenadas para ser viajeros.

Darok subió inmediatamente a un promontorio. Contó las luces.

—Al menos treinta.

Sahir utilizó un antiguo tubo de observación. Permaneció varios minutos en silencio. Cuando bajó, su expresión había cambiado.

—No son mercaderes.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Eradan.

—Porque avanzan de noche. Y porque apagan las hogueras cada vez que cambian de posición. No quieren ser vistos.

Nael y Maelor intercambiaron una mirada. No hacía falta decir nada. Los dos habían llegado a la misma conclusión. Alguien más había encontrado Aethar.

Horas después, un explorador de los Hijos del Espejo regresó jadeando. Había permanecido oculto entre las dunas observando al nuevo grupo. Traía consigo un pequeño objeto recogido cerca de uno de sus campamentos. Lo depositó sobre la mesa. Era un broche de bronce. Nadie reconoció el símbolo. Excepto Maelor. Su rostro perdió la serenidad por primera vez.

—No puede ser...

Lyraen lo miró alarmada.

—¿Quiénes son?

El maestro tomó lentamente el broche. Representaba un asiento de piedra. Y, sobre él, una corona. Su voz apenas fue un susurro.

—La Orden del Trono Vacío.

Theron frunció el ceño.

—Pero eso es imposible. Acabamos de descubrir que el Trono Vacío simbolizaba precisamente lo contrario de una corona.

Maelor cerró lentamente la mano sobre el broche.

—Precisamente por eso son tan peligrosos. No heredaron la tradición. Heredaron únicamente el símbolo. Y le dieron el significado opuesto.

El silencio fue absoluto. Eradan sintió un escalofrío. Por primera vez comprendía el verdadero riesgo del olvido. No consistía solamente en perder el pasado. Consistía en que alguien pudiera

reconstruirlo a su conveniencia. Convertir un símbolo nacido para limitar el poder en un emblema destinado a justificarlo.

Antes de retirarse, Nael observó el broche una última vez.

—Hasta ahora buscábamos comprender la caída de Aethar. —Miró a Maelor—. Desde esta noche tendremos que impedir que vuelva a repetirse.

Eradan escribió en su cuaderno mientras el campamento permanecía en silencio:

Las ideas rara vez mueren. Cambian de manos. A veces sobreviven deformadas, privadas de su origen y puestas al servicio de aquello que alguna vez combatieron. El olvido no destruye los símbolos; permite que cualquiera los reclame para sí. Por eso preservar la memoria exige algo más que conservar documentos: exige transmitir el sentido que les dio nacimiento.

Al cerrar el cuaderno, levantó la vista hacia la oscuridad del desierto. A lo lejos, las fogatas se habían apagado. Pero eso no significaba que el peligro hubiera desaparecido. Solo significaba que quienes avanzaban hacia Aethar habían aprendido a ocultar mejor su presencia. Y eso los hacía mucho más inquietantes que un ejército marchando con estandartes al viento.

CAPÍTULO LIV

Los Arquitectos del Relato

Las fogatas habían desaparecido antes del amanecer. Sobre las dunas solo quedaban las huellas del viento. Sin embargo, Sahir encontró algo que la arena no había logrado borrar. Marcas de ruedas. No pertenecían a carros de mercancías. Eran demasiado estrechas. Demasiado ligeras. Habían transportado cofres. Muchos cofres.

Darok se arrodilló junto a las huellas.

—No vienen a instalar un campamento. Vienen a llevarse algo.

Nael permaneció observando el horizonte.

—O a traer algo.

Theron lo miró con curiosidad.

—¿Qué podrían traer?

El anciano respondió sin apartar la vista del desierto.

—Una interpretación.

Durante toda la mañana reforzaron las medidas de protección. No levantaron murallas. No colocaron trampas. Lo primero que decidieron proteger fue el Archivo del Horizonte. Las tablillas comenzaron a copiarse por duplicado. Después por triplicado. Cada copia era depositada en lugares distintos de la ciudad. Si un depósito desaparecía, el conocimiento sobreviviría.

Maelor aprobó la decisión.

—Los antiguos comprendieron que ninguna biblioteca es invulnerable. Por eso enseñaban que el conocimiento debe vivir en muchos lugares y en muchas personas.

Elyria propuso un sistema aún más ambicioso.

—Cada descubrimiento será estudiado por equipos mixtos. Siempre habrá un Custodio de Valandor y un Hijo del Espejo trabajando juntos. Ninguna interpretación dependerá de una sola escuela.

Lyraen fue la primera en aceptar.

—Así, si alguno de nosotros se equivoca, el otro tendrá la obligación de señalarlo.

Eradan observó la escena con satisfacción. La ciudad seguía transformándose. No mediante órdenes. Mediante hábitos.

Aquella tarde, un pequeño grupo de exploración regresó desde el extremo meridional de Aethar. Traían consigo un hallazgo inesperado. No era una tablilla. Ni un objeto ceremonial. Era un campamento abandonado. Había sido ocupado apenas unos días antes. Todo estaba cuidadosamente ordenado. No había desperdicios. Ni restos de comida. Solo una mesa desmontable y un atril. Sobre el atril descansaba un pergamino. No estaba oculto. Había sido dejado deliberadamente.

Nael desplegó el documento. La escritura era elegante. Segura. Sin firma. Solo un título:

Toda civilización necesita un centro.

El texto era breve. Pero extraordinariamente persuasivo. Sostenía que Aethar había fracasado porque distribuyó demasiado el poder. Que las largas deliberaciones habían impedido reaccionar

con rapidez. Que las siete escuelas terminaron debilitándose mutuamente. La conclusión era sencilla:

Solo una autoridad indivisible garantiza la supervivencia de un pueblo.

Darok dejó el pergamino sobre la mesa.

—Está bien escrito.

Theron asintió con preocupación.

—Precisamente por eso es peligroso.

No contenía mentiras evidentes. Seleccionaba hechos verdaderos. Pero omitía otros igualmente importantes. Elyria comenzó a comparar el texto con las actas originales del Consejo. Pronto descubrió el método. El autor citaba correctamente varios documentos, pero siempre interrumpía la lectura antes del párrafo siguiente. El contexto desaparecía. La conclusión cambiaba.

Maelor sonrió con tristeza.

—Ahora comprendéis por qué temíamos tanto perder el Archivo. No porque destruyeran los documentos. Sino porque bastaba conservar la mitad para transformar su significado.

Eradan permaneció largo rato contemplando el pergamino. Entonces recordó una frase del Archivo del Horizonte: la verdad puede sobrevivir a la destrucción. Lo que rara vez sobrevive es el contexto. Por primera vez entendía plenamente aquellas palabras.

Nael reunió a todos los presentes. Colocó sobre la mesa el pergamino y las tablillas originales.

—Ésta será nuestra primera prueba. No responderemos con otro relato. Responderemos mostrando las fuentes completas.

Lyraen añadió:

—Y permitiremos que cualquiera las examine.

Darok sonrió.

—¿Aunque lleguen a una conclusión distinta de la nuestra?

Maelor respondió con serenidad.

—Especialmente entonces. Porque una verdad que teme ser examinada termina convirtiéndose en propaganda.

Aquellas palabras quedaron suspendidas en el aire. Incluso los escribas dejaron de trabajar por unos instantes. Comprendían que no estaban protegiendo únicamente una ciudad. Estaban protegiendo una forma de pensar.

Al caer la tarde, Eradan recorrió solo el Archivo del Horizonte. Se detuvo frente a una estantería aún sin catalogar. Allí encontró una pequeña tablilla sin marcas de clasificación. Era inusual. Todas las demás pertenecían a una red de referencias. Aquella parecía aislada. La llevó hasta la mesa de trabajo. Theron la limpió con cuidado. Solo contenía una frase. No llevaba firma. Ni fecha.

Quien controle el relato gobernará incluso sobre quienes jamás empuñen una espada.

Nadie habló. La sentencia parecía escrita para todas las épocas. Nael respiró hondo.

—Entonces los antiguos conocían este peligro.

Maelor negó lentamente.

—No solo lo conocían. Lo sufrieron.

En ese instante, un silbido atravesó el aire. Una flecha se clavó en uno de los postes del campamento. No llevaba punta de hierro. Solo un pequeño cilindro sujeto con hilo de lino. Darok lo recogió con cautela. Dentro había una única hoja. La escritura era idéntica a la del pergamino encontrado horas antes. Solo decía:

La historia pertenece a quienes son capaces de escribir el último capítulo.

Debajo aparecía, por primera vez, un nombre.

Asterion.

Ni Nael ni Theron lo reconocieron. Pero Maelor quedó inmóvil. Su rostro perdió todo color. Lyraen dio un paso hacia él.

—¿Quién es?

El maestro tardó unos segundos en responder. Finalmente habló con una gravedad que ninguno le había escuchado antes.

—Hace treinta años... fue mi mejor discípulo.

El viento volvió a recorrer las calles vacías de Aethar. Y Eradan comprendió que el conflicto que se aproximaba no enfrentaría únicamente dos visiones del mundo. También obligaría a un maestro a enfrentarse al hombre que un día había considerado digno de heredar todas sus enseñanzas.

CAPÍTULO LV

El Discípulo que Aprendió Demasiado

La noche cayó sobre Aethar con una quietud inusual. Nadie regresó inmediatamente a sus tareas. El nombre de Asterion parecía haber detenido el tiempo. Maelor continuaba sosteniendo el mensaje entre sus manos. Durante largos instantes no habló.

Fue Nael quien rompió el silencio.

—Lo conociste.

No era una pregunta. Maelor asintió lentamente.

—Más que eso. Fui quien le enseñó a leer los primeros textos de Aethar. Le mostré las rutas del desierto. Le hablé del Juramento de los Siete. Creí que un día sería mejor maestro que yo.

Lyraen bajó la mirada. Jamás había oído a Maelor hablar de aquel pasado. Theron permaneció en silencio. Sabía que algunas heridas solo podían abrirse cuando el propio corazón estaba dispuesto.

Finalmente Maelor comenzó a relatar.

—Asterion poseía una memoria prodigiosa. Era capaz de recordar una conversación años después, palabra por palabra. Comprendía las lenguas antiguas con una rapidez que nunca había visto. Donde otros descubrían un documento, él encontraba una red completa de significados.

Eradan escuchaba con atención. No era el retrato de un ambicioso. Era el de un verdadero prodigio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

Maelor tardó en responder.

—Confundió comprender con tener derecho a decidir.

El silencio volvió a extenderse.

—Al principio apenas eran pequeños detalles. Corregía a los demás con impaciencia. Interrumpía los debates porque decía conocer ya la conclusión. Comenzó a considerar el desacuerdo una pérdida de tiempo.

Nael cerró los ojos. Conocía ese camino. Había visto recorrerlo a otros hombres.

Maelor continuó.

—Una tarde me dijo una frase que jamás olvidé: si una respuesta es correcta, prolongar la discusión solo retrasa el progreso.

Eradan permaneció inmóvil. Aquella afirmación poseía una lógica seductora.

—¿Y qué le respondiste? —preguntó.

Maelor sonrió con tristeza.

—Que el progreso construido sobre una verdad que nadie puede cuestionar termina convirtiéndose en obediencia.

Durante un tiempo continuaron trabajando juntos. Pero las diferencias crecieron. Asterion sostenía que el conocimiento más peligroso debía concentrarse en un pequeño grupo de personas excepcionalmente preparadas. No por ambición. Por responsabilidad.

—¿Y eso no tenía sentido? —preguntó Darok.

Theron respondió antes que Maelor.

—La propuesta era razonable. Lo peligroso vino después.

Maelor asintió.

—Porque un día añadió otra frase: y nosotros somos ese grupo.

Nadie habló. Comprendieron inmediatamente dónde había comenzado la desviación.

Maelor caminó lentamente por la plaza.

—Toda élite nace convencida de que su privilegio es un sacrificio. Con el tiempo termina creyendo que es un derecho.

Eradan recordó el Trono Vacío. Por primera vez entendía plenamente su significado. No se había dejado vacío por humildad. Se había dejado vacío para impedir que cualquier generación creyera merecer ocuparlo para siempre.

Mientras tanto, a varios kilómetros de allí, entre las dunas del sur, otro campamento permanecía oculto. No era grande. Quizá cuarenta personas. Todas trabajaban en silencio. Copistas. Cartógrafos. Ingenieros. Astrónomos. No había soldados entrenando. Había estudiosos clasificando documentos.

En el centro del campamento, Asterion observaba un mapa de Aethar. Sus cabellos comenzaban a encanecer. Su mirada conservaba la intensidad de quien nunca había dejado de hacerse preguntas.

Uno de sus colaboradores se acercó.

—Maestro. Nuestros exploradores confirman que Maelor ha unido fuerzas con los Custodios de Valandor.

Asterion no mostró sorpresa.

—Era inevitable.

—¿Debemos actuar?

Él negó con serenidad.

—Todavía no. Primero deben descubrir aquello que nosotros ya conocemos.

El colaborador vaciló.

—¿Y si llegan antes que nosotros a la Cámara del Horizonte?

Asterion levantó lentamente la vista.

—No podrán abrirla.

—¿Por qué estás tan seguro?

El hombre señaló el plano. En el centro de la ciudad había dibujado un símbolo diferente a todos los demás. No representaba una puerta. Representaba un puente.

—Porque siguen buscando un lugar. Y la Cámara del Horizonte... no es un lugar.

En ese instante, otro estudioso llegó con una tablilla recién traducida. Asterion la leyó en silencio. Después sonrió.

—Exactamente como sospechábamos.

—¿Qué dice?

Asterion levantó la tablilla. Solo contenía una frase:

La última enseñanza jamás será escrita.

El hombre que lo acompañaba frunció el ceño.

—No la entiendo.

Asterion enrolló cuidadosamente el documento.

—Porque todavía sigues creyendo que Aethar fue construida para conservar conocimientos.

Permaneció unos instantes contemplando las estrellas.

—No. Fue construida para producir seres humanos capaces de generarlos.

Muy lejos de allí, Eradan escribía en su cuaderno una reflexión semejante, aunque con otras palabras:

Hoy comprendí que un maestro no transmite únicamente respuestas. Transforma a sus discípulos para que algún día puedan formular preguntas que él jamás imaginó. Una escuela que solo repite a sus maestros deja de estar viva. Una escuela que olvida cuestionarlos también.

Guardó la pluma. Entonces recordó otra frase de Aldren:

El mejor discípulo no es quien más se parece a su maestro. Es quien lleva más lejos aquello que el maestro apenas alcanzó a vislumbrar.

Eradan sonrió. Ahora entendía por qué Aldren nunca había pedido obediencia. Había pedido algo mucho más difícil. Libertad acompañada de responsabilidad.

Mientras tanto, en la oscuridad del desierto, Asterion observaba la misma constelación. Los dos hombres contemplaban el mismo cielo. Ambos deseaban proteger el legado de Aethar. Ambos rechazaban la destrucción. Pero uno creía que el futuro debía edificarse sobre la confianza compartida. El otro estaba convencido de que solo una inteligencia suficientemente preparada podía conducir a la humanidad sin ponerla en peligro.

Entre esas dos visiones comenzaba a dibujarse el verdadero destino de Dysara. Y ninguna espada sería capaz de resolverlo por sí sola.

CAPÍTULO LVI

El Puente Invisible

El sexto día después del hallazgo del Juramento de los Siete comenzó con una noticia inesperada. Uno de los exploradores regresó al campamento portando una pequeña caja de madera de cedro. No presentaba cerraduras. Ni sellos. Solo una inscripción grabada en la tapa:

Para Eradan de Valandor.

Todos se miraron. Nadie, fuera de la expedición, debería conocer todavía su nombre.

Nael examinó la caja. No encontró mecanismos ocultos. Elyria verificó que no contuviera sustancias peligrosas. Solo entonces permitió que Eradan levantara la tapa. En su interior había una única pieza: una sencilla ficha de piedra negra. Sobre una cara aparecía grabado un puente. Sobre la otra, una frase:

Las respuestas separan. Las preguntas construyen puentes.

No había firma. Pero Maelor reconoció inmediatamente la caligrafía.

—Es de Asterion.

Debajo de la ficha descansaba un pequeño mapa. No señalaba tesoros. Ni rutas secretas. Solo un patio abandonado situado en el extremo oriental de Aethar. En el margen inferior podía leerse una única línea:

Ven sin escolta. Yo haré lo mismo.

Darok protestó de inmediato.

—Es una locura.

Nael permaneció en silencio. Después miró a Eradan.

—¿Qué piensas?

El joven sostuvo la ficha entre sus manos. No sentía amenaza. Sentía una invitación.

—Creo que quien escribió esto desea una conversación.

Maelor habló por primera vez.

—Si fuera una emboscada, jamás habría utilizado ese símbolo. El puente fue siempre el emblema de quienes buscaban reconciliar escuelas distintas.

Nael respiró profundamente.

—Entonces irás. Pero no como representante de Valandor. Ni como adversario. Irás como aprendiz.

El Patio de los Ecos

El lugar señalado era una pequeña plaza rodeada por columnas parcialmente derruidas. En el centro había un estanque seco. Los árboles que alguna vez lo rodearon habían desaparecido siglos atrás; solo permanecían sus raíces petrificadas.

Eradan llegó poco antes del mediodía. No llevaba espada. Solo el bastón de caminante que Aldren le había entregado antes de partir. Esperó. El silencio era absoluto.

Entonces escuchó unos pasos. Del otro extremo de la plaza apareció un hombre vestido con una capa gris. No llevaba armas visibles. Sus movimientos transmitían serenidad. Era mayor que Eradan, pero mucho más joven que Maelor. Los años habían dejado algunas canas en sus sienes, no en su mirada.

Se detuvo a varios metros de distancia. Incluyó ligeramente la cabeza.

—Eradan.

—Asterion.

Ninguno dio un paso más. No por desconfianza. Por respeto.

El primero en hablar fue Asterion.

—Maelor eligió bien.

Eradan sonrió apenas.

—También habla con respeto de ti.

Durante unos segundos, ambos guardaron silencio. Finalmente Asterion preguntó:

—¿Qué has aprendido en Aethar?

Eradan meditó la respuesta.

—Que el conocimiento necesita diálogo.

Asterion asintió.

—Es una buena respuesta. Pero incompleta.

—¿Por qué?

—Porque el diálogo también necesita límites.

Eradan no respondió de inmediato. Asterion continuó.

—Imagina que descubres una forma de destruir una ciudad utilizando apenas unas pocas piedras y un poco de fuego. ¿La enseñarías a cualquiera?

El joven permaneció pensativo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque podría utilizarse para hacer daño.

Asterion sonrió.

—Entonces ya aceptas que no todo conocimiento debe difundirse inmediatamente.

Eradan levantó la vista.

—Eso no significa que deba pertenecer para siempre a unos pocos.

Los ojos de Asterion brillaron con interés. Aquella respuesta era mejor de lo que esperaba.

—Exactamente. Ahí comienza nuestro desacuerdo.

Comenzaron a caminar alrededor del antiguo estanque. No discutían. Exploraban las ideas del otro.

Asterion señaló las ruinas.

—Observa Aethar. Fue la ciudad más sabia de la historia. Y desapareció.

—Todavía no sabemos por qué.

—Sí lo sabemos. Porque confió demasiado en que todos actuarían responsablemente.

Eradan negó lentamente.

—Los documentos dicen otra cosa.

—Los documentos muestran los síntomas. No la enfermedad.

Asterion se detuvo. Su voz conservaba una calma absoluta.

—Toda civilización alcanza un momento en que el conocimiento avanza más rápido que la conciencia colectiva. Cuando eso ocurre, alguien debe asumir la responsabilidad de decidir.

Eradan permaneció inmóvil. Comprendía perfectamente el razonamiento. Era coherente. Incluso compasivo.

—¿Y quién decide quién está preparado para decidir?

Por primera vez, Asterion tardó unos segundos en responder.

—Quienes hayan demostrado comprender mejor las consecuencias.

Eradan apoyó ambas manos sobre el bastón.

—¿Y quién juzga que realmente las comprenden?

El silencio regresó. No era una evasión. Era una pregunta difícil.

Finalmente Asterion respondió.

—Nadie puede ofrecer una garantía absoluta.

Eradan asintió.

—Entonces ése es precisamente el motivo por el que el Trono quedó vacío.

Asterion observó el antiguo estanque. Después sonrió con una mezcla de admiración y nostalgia.

—Maelor habría respondido exactamente igual.

Eradan no sonrió.

—No estoy intentando parecerme a Maelor. Estoy intentando comprender a Aethar.

Aquellas palabras produjeron un efecto inesperado. Por primera vez, Asterion dejó de mirar las ruinas. Miró directamente a Eradan. Y, durante un instante, creyó ver en él al joven que él mismo había sido décadas atrás, cuando todavía estaba convencido de que las preguntas podían salvar el mundo.

Antes de marcharse, Asterion extrajo de su capa una pequeña pieza de obsidiana pulida. La depositó sobre el borde del antiguo estanque. Era idéntica a las siete encontradas en Valandor, salvo por un detalle: en lugar de un símbolo, tenía grabado un puente.

—Llévasela a Maelor. Dile que nunca deje de buscar el mismo horizonte. Solo elegí un camino distinto.

Sin esperar respuesta, comenzó a alejarse. Eradan lo observó desaparecer entre las columnas. No sentía haber conocido a un enemigo. Había conocido a un hombre brillante. Quizá demasiado

brillante. Y comprendió que las ideas más peligrosas rara vez nacen del odio. Con frecuencia nacen del deseo sincero de evitar el sufrimiento, cuando ese deseo termina convenciendo a alguien de que puede decidir por todos los demás.

Mientras el viento recorría las ruinas de Aethar, Eradan guardó la pieza de obsidiana. No era una llave. No era un mensaje. Era el recordatorio de que los puentes más difíciles de construir no unen ciudades. Unen convicciones que parecen irreconciliables. Y sospechó que el verdadero destino de Dysara dependería de si ese puente lograba sostener el peso de la verdad... sin quebrarse bajo el peso del poder.

CAPÍTULO LVII

La Prueba del Puente

Cuando Eradan regresó al campamento, encontró a Nael y a Maelor esperándolo junto a la mesa de cartografía. No hicieron preguntas de inmediato. El silencio era parte del método. Solo cuando el joven dejó sobre la mesa la pieza de obsidiana, Maelor la tomó entre sus manos. Sus dedos recorrieron lentamente el símbolo del puente. Durante un largo instante, sus ojos dejaron de ver la piedra. Volvieron a otro tiempo.

—La talló él mismo —dijo finalmente—. Era un ejercicio de los aprendices. Cada uno debía representar aquello que consideraba el fundamento de toda civilización. Mientras los demás dibujaban murallas, árboles, estrellas o libros... Asterion esculpió un puente.

Lyraen sonrió con una mezcla de orgullo y tristeza.

—Entonces no ha cambiado tanto.

Maelor negó lentamente.

—No. Cambió la dirección del puente.

Nadie comprendió del todo aquella frase. Todavía.

La torre despierta

Al caer la tarde, un sonido recorrió nuevamente Aethar. No provenía del subsuelo. Esta vez descendía desde lo alto de la gran torre. Era una secuencia rítmica: tres pulsos, una pausa, cuatro pulsos, después un silencio más prolongado. La misma señal observada días atrás. Pero ahora era más intensa.

Elyria levantó rápidamente los planos. Los antiguos conductos de luz coincidían exactamente con la dirección del sonido.

—La torre está activando otro mecanismo.

Sin perder tiempo, ambos grupos ascendieron por la escalera parcialmente despejada. El camino terminaba en el gran derrumbe que Lyraen había encontrado días antes. Sin embargo, esta vez descubrieron algo diferente. Varias piedras se habían desplazado unos pocos centímetros. No era suficiente para atravesarlas. Pero sí para revelar una estrecha ranura. En ella había una inscripción.

Theron limpió cuidadosamente la superficie. Las palabras aparecieron con extraordinaria nitidez:

Una sola llave no sostiene un puente.

Debajo de la frase había dos cavidades. Una con el símbolo del puente. La otra con el Árbol de las Estrellas.

Maelor comprendió inmediatamente.

—Necesitamos dos piezas.

Eradan colocó la pieza entregada por Asterion en la primera cavidad. No ocurrió nada. Lyraen introdujo la pieza correspondiente al Árbol de las Estrellas, conservada por los Hijos del Espejo desde generaciones atrás. La piedra vibró suavemente. Un leve resplandor recorrió las ranuras del muro. El mecanismo comenzó a moverse. Pero se detuvo apenas unos instantes después. Solo había avanzado unos centímetros.

Darok empujó con todas sus fuerzas. Inútil. No era un problema de peso. Era otra cosa.

Entonces Nael observó el diseño completo. Las dos cavidades estaban unidas por una línea sinuosa. En el centro de esa línea aparecía una tercera hendidura. Hasta entonces había pasado inadvertida. Era más pequeña. No representaba ningún símbolo. Solo una mano abierta.

Theron permaneció inmóvil.

—La tercera pieza... no es un objeto.

Todos lo miraron. Nael comprendió antes que nadie. Se acercó lentamente. Colocó la palma de su mano sobre la hendidura. Nada ocurrió. Retiró la mano. Miró a Maelor. Sin decir una palabra, el anciano comprendió. Ambos apoyaron simultáneamente sus manos sobre la piedra. El mecanismo volvió a vibrar. Esta vez avanzó un poco más. Pero volvió a detenerse.

Elyria observaba atentamente. De pronto habló.

—No pide dos manos. Pide dos personas.

Eradan comprendió. Buscó con la mirada a Asterion. No estaba allí.

En ese mismo instante, desde el otro lado del muro, se escuchó una voz conocida.

—Entonces permitidme ayudar.

El grupo retrocedió instintivamente. Una losa lateral comenzó a desplazarse. Del otro lado apareció Asterion acompañado únicamente por dos colaboradores. Habían llegado por un acceso diferente.

Durante unos segundos, nadie habló. El encuentro era inesperado. Pero no hostil.

Asterion observó el mecanismo. Sonrió con cierta admiración.

—Siempre pensé que terminaríamos encontrándonos aquí.

Maelor sostuvo su mirada.

—Aethar sigue obligándonos a colaborar. Aunque ninguno de los dos lo desee.

Asterion respondió con serenidad.

—Yo sí lo deseo. Lo que no acepto es renunciar a mis convicciones para conseguirlo.

Nael dio un paso adelante.

—Nadie te lo ha pedido.

El silencio volvió a instalarse. Theron señaló la tercera hendidura.

—La ciudad exige algo más que dos llaves. Exige dos voluntades.

Asterion examinó cuidadosamente el relieve. Después sonrió.

—No. Exige confianza suficiente para actuar al mismo tiempo.

Eradan permanecía observándolo. Entonces comprendió. No bastaba con colocar las manos. Había que hacerlo sin intentar controlar el movimiento del otro.

El joven respiró profundamente. Miró a Asterion.

—¿Lo intentamos?

El antiguo discípulo de Maelor dudó apenas un instante. Después asintió.

Ambos avanzaron hacia la piedra. Cada uno colocó una mano sobre la hendidura central. No se miraban entre sí. Miraban el mecanismo. Esperando. Confiando.

Durante unos segundos no ocurrió absolutamente nada. Después, una vibración profunda recorrió toda la torre. Las dos piezas de piedra comenzaron a girar lentamente. Los antiguos contrapesos despertaron tras siglos de inmovilidad. El muro entero se deslizó hacia un lado con un estruendo grave. El aire encerrado durante dos mil años escapó lentamente desde el interior.

Ante ellos apareció un corredor completamente intacto. No conducía hacia abajo. Ascendía. Sobre el dintel podía leerse una única inscripción:

Solo quienes son capaces de abrir un camino junto a quien piensa distinto están preparados para recorrer el siguiente.

Nadie habló. Porque todos comprendieron que la puerta no había respondido a la fuerza. Ni al conocimiento. Ni a la autoridad. Había respondido a un gesto mucho más difícil: la decisión consciente de confiar durante unos instantes en alguien cuya visión del mundo era distinta de la propia.

Eradan y Asterion permanecieron inmóviles frente al corredor. Sabían que acababan de abrir algo más que una puerta de piedra. Habían demostrado que el legado de Aethar seguía vivo. Y que ninguna de las dos tradiciones podía reclamarlo para sí sola. Porque el camino hacia el horizonte comenzaba exactamente donde terminaba la pretensión de caminar en solitario.

CAPÍTULO LVIII

La Escuela del Horizonte

El corredor ascendía lentamente hacia el corazón de la gran torre. No había escalones. La pendiente era tan suave que parecía invitar al caminante a olvidar el esfuerzo. Las paredes carecían de adornos. No había estatuas. Ni relieves. Ni inscripciones. Solo piedra desnuda.

—Extraño... —murmuró Darok—. Esperaba encontrar el lugar más importante de Aethar.

Theron sonrió.

—Quizá precisamente por eso no necesita demostrarlo.

El grupo avanzó en silencio. Nadie intentó ocupar el primer lugar. Sin darse cuenta, caminaban formando un solo conjunto: Custodios de Valador, Hijos del Espejo, y los seguidores de Asterion. Por primera vez desde hacía generaciones, las tres tradiciones compartían el mismo sendero.

Al final del corredor apareció una puerta de madera petrificada por los siglos. No estaba cerrada. Solo entreabierta. Empujarla requirió apenas un leve esfuerzo.

Cuando se abrió, todos quedaron inmóviles. No había tronos. Ni cofres. Ni laboratorios. Ni cámaras del tesoro. Ante ellos se extendía una amplia sala circular inundada por la luz del cielo. El techo permanecía abierto. No por un derrumbe. Había sido construido así.

En el centro crecía un árbol. Un árbol vivo. Sus raíces descendían entre las piedras de la torre. Su tronco emergía firme hacia el cielo. Sus hojas, de un verde profundo, temblaban suavemente con la brisa.

Elyria llevó una mano a la boca.

—Es imposible...

Theron se acercó lentamente. Observó la corteza. Las ramas. Las hojas. No encontró ningún artificio. Era un árbol verdadero. Había sobrevivido durante siglos alimentado por un sistema oculto de captación de agua y luz cuidadosamente diseñado por los antiguos ingenieros de Aethar.

Maelor cerró los ojos.

—El Árbol de las Estrellas... Nunca fue un símbolo.

Nael completó la frase.

—Era un lugar.

Alrededor del árbol se distribuían ocho bancos de piedra formando un círculo perfecto. No siete. Ocho. Eradan comprendió inmediatamente. Las Siete Luminarias. Y el Octavo Custodio.

Cada banco conservaba una inscripción. No eran nombres. Eran preguntas.

La primera decía: ¿Qué sabes? La segunda: ¿Cómo lo sabes? La tercera: ¿Quién podría demostrar que estás equivocado? La cuarta: ¿Qué consecuencias tendrá tu decisión? La quinta: ¿A quién beneficia? La sexta: ¿A quién perjudica? La séptima: ¿Qué no estás viendo?

Todos permanecieron en silencio. Eradan recorrió con la mirada el octavo banco. No tenía ninguna inscripción. Solo una superficie lisa.

—¿Está incompleto? —preguntó Lyraen.

Theron negó lentamente.

—No. Es deliberado.

Entonces Asterion se acercó. Apoyó suavemente una mano sobre el banco vacío. Permaneció inmóvil unos instantes. Después habló casi para sí mismo.

—La última pregunta nunca podía ser la misma.

Maelor sonrió.

—Porque debía formularla cada generación.

Un silencio profundo envolvió la sala. Elyria comenzó a recorrer las paredes. Allí descubrió cientos de pequeñas hornacinas. No contenían libros. Ni pergaminos. Solo tablillas con nombres. Miles de nombres. Cada uno iba acompañado por una fecha. Y una breve anotación.

Aprendió a rectificar. Escuchó antes de responder. Renunció al cargo. Cambió de opinión después de un debate. Reconoció un error públicamente. Protegió a quien lo había contradicho.

Darok contempló aquellas inscripciones con asombro.

—No registraban victorias.

Nael respondió con emoción contenida.

—Registraban actos de grandeza moral.

En un rincón de la sala encontraron un pequeño atril. Sobre él descansaba el único manuscrito del recinto. No estaba protegido. Ni oculto. Parecía esperar simplemente a quien llegara.

Theron lo abrió. Las primeras líneas decían:

Bienvenido a la Escuela del Horizonte.

Continuó leyendo:

Si has llegado hasta aquí, ya posees conocimientos suficientes para transformar el mundo.

Hizo una pausa. Después siguió:

Ahora debes decidir si también posees la sabiduría necesaria para no destruirlo.

Eradan sintió que aquellas palabras resumían todo el viaje. El texto continuaba:

Durante generaciones, los visitantes buscaron la biblioteca secreta de Aethar. Nunca existió.

Todos levantaron la vista. Theron continuó:

Los libros pueden copiarse. Las herramientas pueden fabricarse nuevamente. Las ciudades pueden reconstruirse. Lo único verdaderamente irremplazable es el carácter de quienes utilizarán ese conocimiento.

Maelor cerró lentamente los ojos. Comprendía por fin el propósito completo de la ciudad. Asterion también permanecía inmóvil. Aquellas palabras desafiaban incluso sus propias convicciones. Porque no hablaban del control del conocimiento. Hablaban de la formación de las personas.

Eradan se acercó al árbol. Apoyó suavemente la mano sobre el tronco. Sintió la rugosidad de la corteza. La vida ascendiendo silenciosamente desde las raíces hasta las hojas. Comprendió que aquel árbol había sobrevivido porque sus raíces permanecían ocultas, mientras toda su energía se dirigía hacia el cielo. Tal vez las civilizaciones debían hacer lo mismo. Alimentarse de sus raíces sin dejar de crecer hacia horizontes todavía desconocidos.

Cuando el grupo se disponía a abandonar la sala, una suave corriente de aire hizo caer una única hoja del árbol. Descendió lentamente. Giró sobre sí misma. Y fue a posarse exactamente sobre el octavo banco. El banco sin inscripción.

Todos la observaron en silencio. Entonces Eradan comprendió. La octava pregunta jamás sería grabada en piedra. Porque el futuro nunca puede escribirse de antemano. Cada generación debe descubrir cuál es la pregunta que el mundo todavía no sabe formular. Y sólo entonces estará preparada para ofrecer una respuesta que merezca perdurar.

CAPÍTULO LIX

El Nombre que Nunca se Otorga

La Escuela del Horizonte permaneció en silencio después de la lectura. Nadie sintió la necesidad de hablar. Las palabras del manuscrito seguían resonando entre los ocho bancos de piedra y las ramas del Árbol de las Estrellas. El viento atravesaba la abertura del techo con una suavidad casi imperceptible. Parecía otro maestro. Invisible. Paciente.

Fue Lyraen quien rompió el silencio.

—Si ésta era una escuela... —miró alrededor— ¿dónde estaban los maestros?

Theron sonrió.

—Quizá acabamos de responder la pregunta sin darnos cuenta.

Nadie ocupaba un lugar privilegiado. No existía una cátedra. Ni un trono. Ni siquiera un asiento reservado. El centro de la sala pertenecía al árbol. No a una persona.

Elyria continuó examinando las hornacinas. Al fondo encontró una puerta mucho más pequeña que las anteriores. No ocultaba ningún mecanismo. Solo una cortina tejida con fibras vegetales endurecidas por el tiempo. Al apartarla apareció una estancia modesta: apenas contenía una mesa de trabajo, tres estanterías y cientos de tablillas cuidadosamente ordenadas.

Seraya tomó una de ellas. Esperaba encontrar tratados filosóficos. En cambio leyó algo muy distinto:

Aren, tercer año. Hoy pidió perdón antes de que nadie se lo exigiera.

Tomó otra:

Narev, quinto año. Renunció voluntariamente a una ventaja injusta durante el ejercicio de cartografía.

Otra más:

Selian. Protegió el prestigio de un compañero incluso cuando podía beneficiarse de su error.

Darok arqueó una ceja.

—¿Éstos eran los grandes registros de Aethar?

Nael respondió con serenidad.

—No. Éstos eran los verdaderamente importantes.

Theron comprendió primero.

—No evaluaban cuánto sabían. Observaban en quiénes se estaban convirtiendo.

Eradan siguió recorriendo las tablillas. No encontraba calificaciones. Ni rangos. Ni premios. Solo descripciones de decisiones concretas. Pequeños actos cotidianos. Todos relacionados con el carácter.

Entonces descubrió una tablilla diferente. Más larga. Más antigua. No llevaba nombre. Solo un título:

Sobre el nombramiento de los Custodios.

Todos se acercaron. Theron comenzó la traducción:

Muchos preguntan cuándo un aprendiz se convierte en Custodio.

Continuó leyendo:

La respuesta es sencilla. Nunca.

Un murmullo recorrió la sala. Theron prosiguió:

Nadie convierte a otro en Custodio. El título solo reconoce una realidad que ya existe.

Nael permaneció inmóvil.

Cuando una persona protege la verdad aun cuando ello perjudique su prestigio... ya actúa como Custodio. Cuando escucha antes de condenar... ya actúa como Custodio. Cuando cambia de opinión porque las pruebas lo exigen... ya actúa como Custodio. Cuando utiliza el conocimiento para servir y no para dominar... ya actúa como Custodio.

Theron levantó lentamente la vista.

—Por eso nunca celebraban ceremonias.

Maelor asintió.

—Las ceremonias llegan después. El carácter siempre llega primero.

Asterion permanecía en silencio. Aquellas palabras parecían incomodarlo. No porque las rechazara. Porque comprendía su exigencia.

Eradan observó el árbol. Recordó el día en que Aldren le había entregado el bastón de caminante. Jamás le había dicho: ahora eres un Custodio. Simplemente le había confiado una responsabilidad. Tal vez siempre había sido así.

En el fondo de la estancia apareció una última caja de madera. Era pequeña. Muy sencilla. No estaba cerrada. Dentro descansaban ocho anillos. No eran de oro. Ni de plata. Estaban tallados en una piedra gris azulada. Cada uno llevaba grabada una palabra distinta:

Prudencia. Valor. Compasión. Justicia. Humildad. Paciencia. Esperanza.

El octavo permanecía completamente liso. Lyraen levantó el último anillo.

—No tiene inscripción.

Maelor sonrió.

—Porque nadie puede elegir esa palabra por quien lo llevará.

Theron encontró la explicación en una pequeña nota:

El octavo anillo deberá grabarse cuando la comunidad reconozca aquello que su portador ha enseñado con su vida.

Darok dejó escapar una sonrisa.

—Ni siquiera el último símbolo está terminado.

Nael respondió con una serenidad llena de admiración.

—Porque ninguna vida digna está terminada mientras todavía puede aprender.

En ese instante, un sonido grave recorrió nuevamente la torre. Pero esta vez no provenía de mecanismos. Parecía un eco. Como si toda la estructura hubiera respirado. Desde la abertura del techo descendió un rayo de luz que iluminó el círculo de los ocho bancos. El octavo banco, hasta entonces vacío, reflejó la luz hacia el árbol. Y el árbol, a su vez, la proyectó sobre una inscripción

casi invisible en el suelo. Hasta ese momento nadie la había visto. Las raíces la ocultaban parcialmente.

Elyria limpió con cuidado la piedra. Las palabras aparecieron lentamente:

La Escuela termina aquí.

Todos aguardaron. Debajo surgió una segunda línea:

El aprendizaje comienza cuando regreses al mundo.

El silencio que siguió fue diferente a todos los anteriores. No era el silencio del descubrimiento. Era el de la responsabilidad.

Eradan comprendió que Aethar jamás había esperado que alguien permaneciera allí para custodiar sus ruinas. Esperaba exactamente lo contrario: que quienes hubieran aprendido sus lecciones regresaran a las ciudades vivas. A los mercados. A los puertos. A las aldeas. A los consejos. A las escuelas. Porque una civilización no cambia gracias a quienes contemplan el pasado. Cambia gracias a quienes son capaces de llevar al presente aquello que el pasado descubrió.

Y mientras observaba el Árbol de las Estrellas mecerse bajo el cielo de Dysara, Eradan sintió que el viaje hacia Aethar estaba llegando a su fin. Pero el verdadero viaje —el más difícil de todos— acababa de comenzar.

CAPÍTULO LX

El Legado del Horizonte

Durante tres días nadie abandonó la Escuela del Horizonte. No porque buscaran nuevos secretos. Sino porque comprendieron que todavía no habían asimilado los que ya habían encontrado. Las tablillas fueron copiadas con una precisión casi obsesiva. Cada inscripción se comparó entre las tres tradiciones. Cuando surgía una diferencia de interpretación, no se corregía de inmediato. Se anotaba. Porque Aethar había enseñado que una discrepancia bien documentada valía más que una certeza apresurada.

La decisión más difícil llegó al cuarto día. ¿Qué debía hacerse con la Escuela del Horizonte? Dar a conocer su ubicación podía convertirla en un faro para futuros aprendices. Pero también en un objetivo para quienes desearan apropiarse de ella.

Durante horas, la Asamblea del Círculo volvió a reunirse. Esta vez no debatían un texto antiguo. Debían tomar una decisión propia. Y eso resultaba mucho más difícil.

Asterion fue el primero en hablar.

—Si la ocultamos para siempre, repetiremos el error de quienes confundieron protección con posesión.

Nael respondió con calma.

—Y si la revelamos sin preparación, otros confundirán libertad con licencia.

Theron añadió una tercera posibilidad.

—Quizá seguimos creyendo que solo existen dos caminos.

Eradan levantó la vista.

—¿Cuál propones?

El anciano desplegó un nuevo mapa de Aethar.

—No esconderemos la ciudad. Pero tampoco publicaremos todas sus rutas. Enseñaremos el método antes que el destino. Quien aprenda a pensar como los Primeros Custodios terminará encontrando el camino. Quien solo busque poder jamás llegará hasta aquí.

Maelor permaneció largo rato observando el plano. Finalmente sonrió.

—La propia ciudad hizo exactamente eso.

Nadie encontró objeciones. No porque todos estuvieran convencidos. Sino porque ninguno encontró un argumento mejor. Y esa diferencia era esencial.

El último acto de Aethar

Antes de partir decidieron recorrer una vez más la gran torre. No buscaban nada. Era una despedida. Cuando atravesaron la Escuela del Horizonte, el Árbol de las Estrellas permanecía inmóvil bajo la luz del amanecer.

Eradan apoyó una mano sobre el tronco. Sintió el pulso lento de la savia. Pensó en Aldren. En Valandor. En el largo camino recorrido. Y comprendió que las raíces de un árbol nunca lo obligan a permanecer inmóvil. Precisamente porque están firmemente ancladas, las ramas pueden extenderse hacia cielos desconocidos.

Cuando el último miembro de la expedición cruzó el umbral de salida, ocurrió algo inesperado. El mecanismo de la torre comenzó a moverse por sí solo. No con violencia. Con serenidad. Las antiguas puertas se cerraron lentamente. Las losas regresaron a su posición original. Los conductos de luz dejaron de alinearse. El corredor desapareció tras la piedra. No era un derrumbe. Era un cierre deliberado. La Escuela del Horizonte volvía a ocultarse. No para desaparecer. Sino para esperar.

Lyraen observó el proceso con emoción.

—La ciudad ha vuelto a dormirse.

Maelor negó suavemente.

—No. Simplemente ha terminado una lección.

La decisión de Asterion

Aquella tarde, cuando los campamentos comenzaron a desmontarse, Asterion se acercó a Nael y a Maelor. Traía consigo una caja de madera. La colocó sobre la mesa sin pronunciar palabra. Dentro estaban los mapas elaborados por su propia orden: años de exploraciones, anotaciones personales, hipótesis, errores corregidos. Incluso los documentos que nunca había mostrado a sus seguidores.

Nael lo miró con sorpresa.

—¿Estás entregándonos todo?

Asterion negó con serenidad.

—No. Lo estoy compartiendo. Hay una diferencia.

Maelor sostuvo la mirada de su antiguo discípulo.

—Hace años no habrías hecho esto.

Asterion sonrió apenas.

—Hace años todavía creía que la mejor manera de proteger una verdad era guardarla en mis manos. Ahora sospecho que unas manos solas terminan cansándose.

Eradan observó aquel gesto en silencio. No significaba que Asterion hubiera abandonado todas sus ideas. Seguía creyendo que ciertos conocimientos requerían prudencia. Pero había comprendido que la prudencia no podía convertirse en monopolio. Era un paso. Y, en Aethar, los pasos pequeños siempre habían tenido más valor que las proclamaciones grandiosas.

La despedida

Cuando el sol comenzó a ocultarse, las tres caravanas iniciaron el regreso. No marchaban juntas. Cada una seguía su propio camino. Pero antes de separarse, los representantes de las tres tradiciones realizaron un último gesto. Clavaron en la arena tres bastones formando un triángulo. En el centro colocaron una piedra lisa traída de la Escuela del Horizonte. No llevaba símbolos. Ni nombres. Solo una inscripción grabada por Eradan aquella misma mañana:

Que ningún camino olvide el horizonte que comparte con los demás.

Nadie firmó la piedra. No era necesario.

Mientras las caravanas se alejaban en direcciones distintas, Eradan volvió la vista hacia la ciudad. Desde la distancia, Aethar parecía otra vez una ruina silenciosa. Solo él, Maelor, Nael y unos pocos más sabían que, detrás de aquellas piedras, permanecía intacta una escuela que esperaba a las generaciones futuras.

No esperaba héroes. Ni conquistadores. Ni elegidos. Esperaba mujeres y hombres capaces de aceptar una verdad tan sencilla como exigente: el conocimiento puede heredarse. La sabiduría debe conquistarse una y otra vez. Y ninguna generación tiene derecho a considerarse la última guardiana del horizonte.

EPÍLOGO DE LA PRIMERA PARTE

Esa noche, ya lejos de Aethar, Eradan escribió la última página de su cuaderno de viaje:

Creí que veníamos a descubrir una ciudad perdida. Estaba equivocado. Aethar nunca estuvo perdida. Los perdidos éramos nosotros mientras buscábamos respuestas sin aprender antes a formular las preguntas adecuadas. Ahora emprendemos el regreso. No llevamos tesoros. Llevamos responsabilidades. Y sospecho que son mucho más pesadas.

Cerró el cuaderno. Sobre el horizonte, las dos estrellas de Dysara comenzaban a ocultarse tras las montañas. El camino descendía hacia los valles habitados. Allí los esperaban pueblos, conflictos, gobernantes, comerciantes, maestros y niños. La verdadera prueba ya no consistiría en comprender Aethar. Consistiría en vivir de tal manera que Aethar pudiera renacer, no como una ciudad de piedra, sino como una forma de habitar el mundo.

Y ese desafío apenas comenzaba.



ERADAN
DE
VALANDOR

TOMO
I



EL LEGADO
DE AETHAR



PORTAFOLIO
ILUSTRADO
OFICIAL

LOS REINOS
DEL AMANECER



ONIRIX
EDITORIAL



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I

EL LEGADO DE AETHAR

PORTAFOLIO ILUSTRADO OFICIAL



LOS REINOS DEL AMANECER



ONIRIX
EDITORIAL

PORTAFOLIO ILUSTRADO OFICIAL

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANE CER

ÍNDICE



LÁMINA I
El Reino
de Valandor



LÁMINA II
La Ciudad
de Valandor



LÁMINA III
La Casa
de Aethar



LÁMINA IV
El Palacio
Real



LÁMINA V
El Consejo
del Reino



LÁMINA VI
El Templo
de Elysia



LÁMINA VII
Los Bosques
de Elyndor



LÁMINA VIII
El Valle
de Arhen



LÁMINA IX
Las Grandes Rutas
del Reino



LÁMINA X
La Guardia
de Valandor



LÁMINA XI
Armas y Armaduras
del Reino



LÁMINA XII
Estandartes
y Heráldica



LÁMINA XIII
Los Personajes
Principales



LÁMINA XIV
La Genealogía
de la Casa de Aethar



LÁMINA XV
Cronología
del Tomo I



LÁMINA XVI
El Legado
Comienza

LÁMINA I

EL REINO
DE VALANDOR

Valandor es el corazón de Elyndor, forjado por la voluntad de sus reyes y protegido por la naturaleza y la espada. Desde las cumbres de las Montañas de Arath hasta las costas del Mar de Elyion, sus tierras albergan pueblos leales, bosques antiguos, valles fértiles y ciudades que resisten al paso del tiempo.

SÍMBOLOS DEL REINO

-  Capital del Reino
-  Ciudad Mayor
-  Ciudad Menor / Villa
-  Fortaleza / Castillo
-  Puerto Principal
-  Ruta Principal
-  Ruta Secundaria
-  Frontera del Reino



EXTENSIÓN DEL REINO

De Norte a Sur: 680 leguas
De Este a Oeste: 540 leguas
Población estimada: 1.250.000 almas

"UN REINO NO SE MIDE POR SUS MUROS,
SINO POR LA LEALTAD DE SU GENTE."

TIERRAS ALTAS
DEL NORTE

MONTAÑAS DE ARATH

Puerto
Torren

Torre

Bosque de los
Ciervos BlancosPaso de
Arath

VALLE DE ARHEN

Arhen

VALANDOR
(Capital)BOSQUES
DE ELYNDORLLANURAS
DE DORLEN

Dorlen

Eldarion

Caerwyn

Puerto de
Valmar

MAR DE ELYION

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECECER

LÁMINA II

LA CIUDAD DE VALANDOR

Valandor, joya del reino y bastión de civilización, se alza en el corazón del valle, custodiada por murallas ancestrales y bañada por las aguas del río Elyndor. Centro de poder, comercio, fe y sabiduría, su grandeza refleja la unidad y el esplendor de todo el reino.

DATOS DE INTERÉS

- Fundación: 1.342 A.E. (Antes de la Era)
- Población: 350.000 almas aprox.
- Extensión: 7,8 km²
- Altitud: 210 msnm
- Gobernada por: El Rey y el Consejo del Reino

LEYENDA

- Puerta Principal
- Puertas Secundarias
- Murallas
- Torres de Vigilancia
- Templos y Santuarios
- Puentes Principales
- Distritos Principales

VALANDOR

CORAZÓN DEL REINO

EL PALACIO REAL
Residencia de la familia real y sede del poder.

EL TEMPLO DE ELYSIA
Principal templo de la diosa Elysia, patrona del reino.

PLAZA DE LA UNIDAD
Centro de la vida pública, mercados y celebraciones.

EL GRAN PUENTE
Conecta la ciudad con el Valle de Aethon y el norte del reino.

PUERTA DEL LEÓN
Puerta principal de la ciudad. Solo se abre al amanecer.

PUERTO FLUVIAL
Embarcaderos para el comercio fluvial y la pesca.

DISTritos PRINCIPALES

- 1 LA CIUDADELA**
Sede del poder real y militar.
- 2 DISTRITO NOBILIARIO**
Residencias de la nobleza y diplomáticos.
- 3 DISTRITO COMERCIAL**
Mercados, gremios y casas de comerciantes.
- 4 DISTRITO DE LOS ARTESANOS**
Talleres, herrerías y oficios.
- 5 DISTRITO DEL TEMPLO**
Templos, bibliotecas y escuelas.
- 6 PUERTO FLUVIAL**
Comercio fluvial y astilleros.

PLANO DE LA CIUDAD



EL PALACIO REAL



Desde lo alto de la colina, domina la ciudad. Símbolo de justicia, honor y liderazgo.

PLAZA DE LA UNIDAD



Lugar de encuentro del pueblo. Aquí se celebran los anuncios reales y las festividades.

EL TEMPLO DE ELYSIA



Dedicado a Elysia, diosa de la luz y la sabiduría. Su luz guía a todo el reino.

EL GRAN PUENTE



Obra maestra de ingeniería. Une a Valandor con los caminos que llevan al norte.

PUERTO FLUVIAL



La vida fluye por el río Elyndor. Por sus aguas llegan bienes, ideas y culturas.

PUERTA DEL LEÓN



Custodiada por los leones de piedra, es la entrada de honor a la capital de Valandor.



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA III

LA CASA DE AETHAR

Antigua guardiana del honor, la justicia y la unidad de Valandor, la Casa de Aethar desciende de los primeros señores que, junto al Rey Aethar el Justo, forjaron el reino sobre la ley y la espada. Su linaje ha protegido el trono durante generaciones, manteniéndose fiel a los ideales que dieron origen a la grandeza del reino.

ESCUDO DE LA CASA DE AETHAR



INFORMACIÓN HERÁLDICA

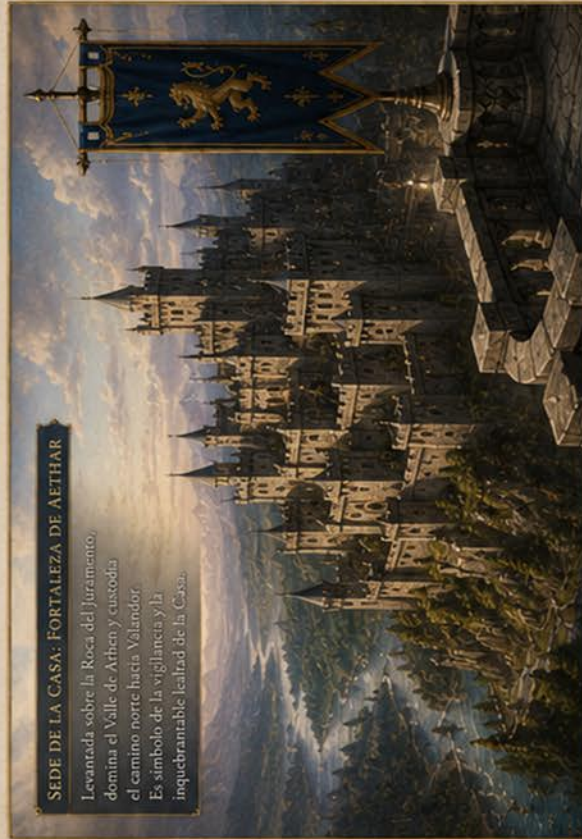
Blasón: En campo de azur, un león rampante de oro, armado y lampasado de gales.
Timbre: Corona de marqués.
Lambrequines: Azur forrados de oro.
Divisa: Honor, Justicia, Lealtad.

LA CASA DE AETHAR

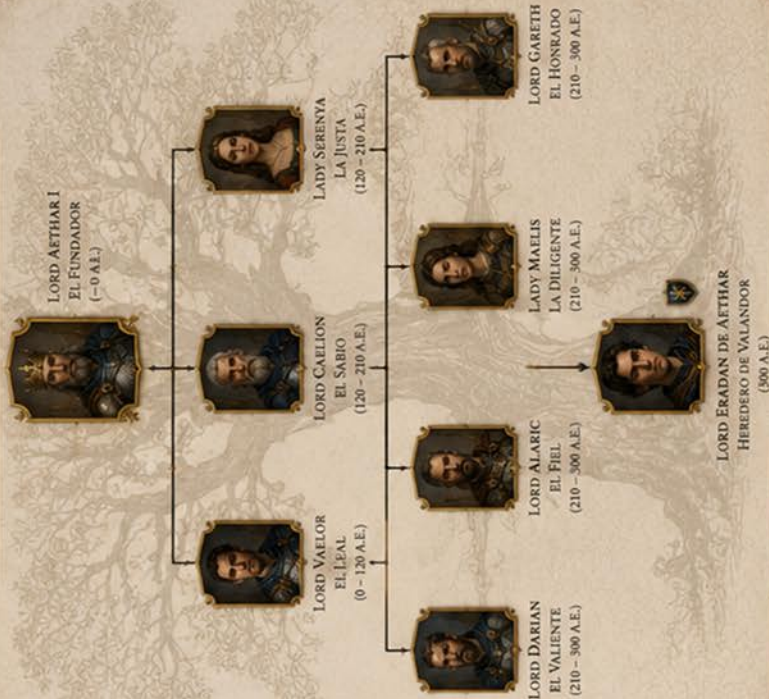
DEFENSORES DEL TRONO. GUARDIANES DEL LEGADO.

SEDE DE LA CASA: FORTALEZA DE AETHAR

Levantada sobre la Roca del Juramento, domina el Valle de Arhen y custodia el camino norte hacia Valandor. Es símbolo de la vigilancia y la inquebrantable lealtad de la Casa.



ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA CASA DE AETHAR



MIEMBROS DESTACADOS DE LA CASA



AETHAR EL JUSTO
Primer Señor de Valandor. Unificador de los clanes y fundador del reino.



SERENYA LA JUSTA
Conocida por su sabiduría y su devoción a la ley y al pueblo.



VAELOR EL LEAL
Defensor del reino en los años de las invasiones del Norte.



ERADAN DE AETHAR
Herederero y protagonista de esta historia. Su legado está por comenzar.

VALORES DE LA CASA



HONOR
Actuar siempre con rectitud, incluso en tiempos de oscuridad.



JUSTICIA
Proteger a los inocentes y castigar la maldad.



LEALTAD
La palabra dada es un juramento que ninguna espada puede romper.



VALOR
Enfrentar el peligro sin temor cuando el deber lo exige.

SÍMBOLOS FAMILIARES



EL ANILLO DE AETHAR
Símbolo de autoridad y compromiso con el reino.



LA ESPADA HEREDADA
Empuñada por cada jefe de la Casa en su juramento.



EL COLGANTE DEL LEÓN
Recordatorio del linaje y la protección del león dorado.

JURAMENTO DE LA CASA

"Juramos ante los dioses antiguos y ante el pueblo de Valandor, que nuestra espada defenderá lo justo, que nuestro honor permanecerá inquebrantable y que nuestro linaje servirá al reino hasta el último aliento."



SALA DEL JURAMENTO — FORTALEZA DE AETHAR

En esta sala, cada heredero jura ante el estandarte de la Casa y el Consejo de Ancianos, comprometiéndose a proteger el reino y su legado.



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA IV

EL PALACIO REAL

Residencia de la familia real y centro del poder político del Reino de Valandor. Fortaleza, hogar y símbolo de la unidad del reino, alzado sobre la Colina de la Unidad, domina la ciudad y custodia la historia, las leyes y las tradiciones de Eryndor.

DATOS DEL PALACIO

- Ubicación: Colina de la Unidad, Ciudad de Valandor.
- Construcción: Piedra blanca de Arath.
- Estilo arquitectónico: Gótico Eryndoriano.
- Función: Residencia real, sede del gobierno y custodia de las reliquias del reino.
- Superficie aproximada: 7,5 hectáreas.



SÍMBOLO DEL PALACIO

El león dorado representa la fuerza, la justicia y la protección del reino bajo el amparo de la Casa de Aethar.

FORTALEZA Y CORAZÓN DEL REINO

TORRE DE LA JUSTICIA
Desde aquí se supervisa la ley y el orden en todo el reino.

TORRE DE AETHAR
Antigua torre del fundador, reservada para el Consejo Real y los archivos históricos.

SALÓN DEL TRONO
Lugar de audiencias, ceremonias y decisiones que guían el destino del reino.

CAPILLA REAL
Dedicada a Elysta, diosa de la luz y la sabiduría. Lugar de oración y ceremonias sagradas.

JARDINES DE LA UNIDAD
Disñados como símbolo de armonía entre la naturaleza y el poder.

PLANO DEL PALACIO



- 1 Puerta de Honor
- 2 Páti de Banderas
- 3 Salón del Trono
- 4 Capilla Real
- 5 Torre de Aethar
- 6 Torre de la Justicia
- 7 Jardines de la Unidad



SALÓN DEL TRONO



Corazón del poder real. Aquí el rey recibe a los señores del reino y toma las decisiones que marcan el futuro de Valandor.

GRAN SALA DE AUDIENCIAS



Donde el Consejo Real se reúne para deliberar sobre los asuntos más importantes del reino.

CAPILLA REAL



Consecrada a Elysta, diosa de la luz y la sabiduría. En ella se celebran los ritos más sagrados del reino.

BIBLIOTECA DE AETHAR



Guarda los conocimientos antiguos, crónicas del reino y los tratados legales que rigen a Valandor.

TERRAZA REAL



Desde aquí se contempla la ciudad y los valles de Elyndor, recordando la responsabilidad de gobernar y proteger.

SALÓN DE LOS ANCESTROS



Galería dedicada a los reyes y héroes de la Casa de Aethar, ejemplo y guía para las futuras generaciones.

DETALLE ARQUITECTÓNICO



Cada piedra del Palacio Real lleva el sello de los maestros constructores de Arath. Sus arcos, torres y vitrales reflejan la grandeza y la fe del reino.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO 1 — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA V

EL CONSEJO DEL REINO

Órgano supremo de asesoramiento del Rey, guardia del equilibrio entre las leyes antiguas, la voluntad del trono y el bienestar del pueblo. Sus miembros son elegidos por el Rey entre los más sabios, leales y experimentados servidores del reino.

PRINCIPIOS DEL CONSEJO

-  **SERVIR AL REINO**
Antes que a los intereses personales.
-  **HABLAR CON VERDAD**
Con honestidad, sin temor ni favoritismos.
-  **GUARDAR LA UNIDAD**
Defender la cohesión y la paz del reino.
-  **PROTEGER EL LEGADO**
Custodiar las leyes, las tradiciones y el futuro de Valandor.

EL JURAMENTO DEL CONSEJO

Juramos ante el Rey, los dioses y la historia que nuestras palabras serán sabias, que nuestros consejos serán leales y que nuestras acciones estarán siempre dirigidas al bien y la grandeza de Valandor.



"Cuando muchos sabios piensan como uno solo, el reino permanece firme."

+ UN CONSEJO PARA GULAR. UN REY PARA DECIDIR. UN REINO PARA PROTEGER.

FUNCIONES PRINCIPALES

- Asesorar al Rey en decisiones de estado.
- Proponer y custodiar las leyes del reino.
- Administrar los recursos y planificar el futuro.
- Resolver conflictos entre territorios y casas nobles.
- Velar por la justicia y la paz en todo Eryndor.

EL CONSEJO SE REÚNE EN LA SALA DEL CONSEJO, EN EL PALACIO REAL DE VALANDOR. SUS DELIBERACIONES SON REGISTRADAS EN LOS ANALES DEL REINO.

MIEMBROS DEL CONSEJO



LORD VAELOR
Canciller del Reino
Custodio de las leyes y la diplomacia.



LORD CAELION
Maestre de Guerra
Estratega y guardián de la defensa del reino.



LADY SERENYA
Consejera de Justicia
Experta en derecho y protectora de los inocentes.



LORD ALARIC
Tesorero Real
Administrador de los recursos y las riquezas del reino.



LORD DARIAN
Consejero de Asuntos Internos
Vela por la estabilidad y el orden interior.



LADY MAELIS
Consejera de Cultura y Fe
Guía espiritual y guardiana de las tradiciones.



LORD GARETH
Consejero de Fronteras
Protector de los territorios y las rutas del norte.

CRÓNICA DE UNA SESIÓN DEL CONSEJO



En tiempos de paz, se planifica el futuro.
En tiempos de crisis, se protege al pueblo.
En todo tiempo, el Consejo permanece.

LAS SIETE VIRTUDES

-  **SABIDURÍA**
Entender antes de decidir.
-  **JUSTICIA**
Buscar siempre la equidad.
-  **LEALTAD**
Ser fiel al Rey y al Reino.
-  **VALOR**
Enfrentar los desafíos con honor.
-  **PRUDENCIA**
Pensar en el mañana.
-  **COMPASIÓN**
Cuidar del pueblo.
-  **VERDAD**
Hablar con rectitud y sin miedo.

SÍMBOLO DEL CONSEJO



La estrella representa la sabiduría, los siete puntos, las virtudes que guían al Consejo y al Reino.

LÁMINA VI

EL TEMPLO DE ELYSIA

Dedicado a Elysia, diosa de la luz, la sabiduría y la guía espiritual del reino. Centro de fe, enseñanza y sanación, el Templo es faro moral y corazón espiritual de Valandor. En él se resguardan reliquias sagradas y los manuscritos de los antiguos sabios.

DATOS DEL TEMPLO

- Ubicación: Colina de la Luz, Valandor.
- Fundación: 2.310 A.E. (durante el reinado de Aethar I).
- Arquitectura: Estilo sacro elyndoriano, piedra blanca, arcos elevados y vitrales de luz.
- Función: Culto, enseñanza, sanación y preservación del conocimiento.
- Guardianes: Los Sacerdotes de la Luz, al servicio de Elysia y del Reino.

LA DIOSA ELYSIA

Elysia es la luz que guía, la verdad que esclarece y la misericordia que sana. Protectora de los inocentes y fuente de sabiduría, su presencia se siente en cada rayo del amanecer.



LUGAR SAGRADO. FARO DE LUZ. GUÍA DEL PUEBLO.

AGUJAS DE LA LUZ
Representan las plegarias que se elevan al cielo.

CAMPANARIO DE ELYSIA
Sus campanas anuncian ceremonias, consejos y momentos sagrados.

ROSARIO DE LA SABIDURÍA
Filtra la luz del amanecer, símbolo de la verdad que ilumina el alma.

GRAN ESCALINATA
El ascenso simbólico hacia la pureza y el conocimiento divino.

JARDINES DE CONTEMPLACIÓN
Espacios de paz y reflexión, donde los fieles se preparan en cuerpo y espíritu.

FUENTE DE PURIFICACIÓN
Sus aguas benditas son usadas en ritos de purificación y sanación.

SÍMBOLO DE ELYSIA



La estrella radiante representa a Elysia, diosa de la luz y guía del pueblo de Valandor.

PLANO DEL TEMPLO



- 1 Atrio de la Luz
- 2 Nave Principal
- 3 Altar de Elysia
- 4 Cripta Sagrada
- 5 Biblioteca Sacra
- 6 Claustro de los Sabios
- 7 Jardín Interior

RELIQUIAS SAGRADAS



EL SOLAR DE ELYSIA
Cristal puro que, según la leyenda, cayó del primer rayo de la diosa.



EL LIBRO LUMINOSO
Manuscrito ancestral que contiene las enseñanzas de los primeros sabios.

LA LÁMPARA ETERNA
Llama sagrada que nunca se apaga, símbolo de la luz eterna de Elysia.

INTERIORES DEL TEMPLO

NAVE PRINCIPAL



Donde la luz de Elysia entra cada amanecer, recordando su presencia eterna.

ALTAR DE ELYSIA



Centro de las ceremonias sagradas y de las oraciones del pueblo.

BIBLIOTECA SACRA



Guarda conocimiento ancestral y manuscritos que preservan la historia del reino.

CLAUSTRO DE LOS SABIOS



Lugar de enseñanza y reflexión donde los sabios forman a las nuevas generaciones.

FESTIVIDADES PRINCIPALES

FESTIVAL DEL AMANECER
Celebración del primer rayo de luz en el solsticio de verano.

DÍA DE LA LUZ
Honra a Elysia y sus virtudes de sabiduría y justicia.

RITO DE PURIFICACIÓN
Ceremonia de renovación espiritual abierta a todos los ciudadanos.



"EN CADA RAYO DE LUZ, ELYSIA NOS GUÍA. EN CADA ACTO DE JUSTICIA, ELLA PERMANECE."

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA VII

LOS BOSQUES DE ELYNDOR

Pulmones verdes de Valandor, los Bosques de Elyndor son antiguos, vastos y sagrados. En ellos habitan criaturas nobles, guardianes ancestrales y pueblos libres que viven en armonía con la naturaleza. Sus árboles guardan la memoria del reino y sus senderos conducen a lugares donde el tiempo parece detenerse.

DATOS GENERALES

- **Ubicación:** Norte y Este de Valandor
- **Extensión:** 3.800 km² aprox.
- **Clima:** Templado y húmedo, con lluvias frecuentes.
- **Flora:** Robles milenarios, pinos plateados, hayas, abedules, musgos sagrados, flores de luna.
- **Fauna:** Ciervos de Elyndor, lobos grises, halcones reales, osos pardos, lechuzas plateadas.
- **Importancia:** Fuente de madera noble, hierbas curativas y protección espiritual para el reino.

"El bosque no pertenece al hombre, es el hombre quien pertenece al bosque. Quien lo respeta, encuentra en el guía y protección."

— Antiguo proverbio de Elyndor



ANTIGUOS, SABIOS Y ETERNOS. LOS BOSQUES DE ELYNDOR SON EL CORAZÓN VERDE DE VALANDOR.

ÁRBOLES ANCESTRALES
Gigantes vivientes que han visto nacer reyes y caer generaciones. Algunos superan los mil años de vida.

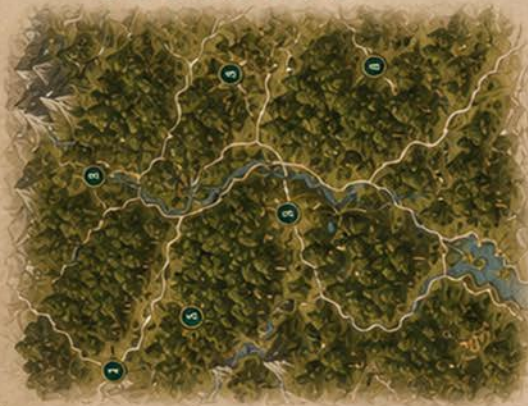
FAUNA PROTECTORA
Criaturas nobles y territoriales que velan por el equilibrio del bosque. Atacan solo si la armonía es quebrantada.

SANTUARIOS NATURALES
Lugares donde la magia natural fluye con mayor intensidad. Son protegidos por el reino y por antiguos juramentos.

PUEBLOS DEL BOSQUE
Elfos silvanos, guardianes y druidas viven en armonía con la naturaleza, siguiendo leyes más antiguas que los reinos de hombres.

RÍOS Y MANANTIALES
Aguas puras que nacen en lo más profundo del bosque. Sus manantiales poseen propiedades curativas y espirituales.

MAPA DE ELYNDOR



- 1 Claro de los Ancestros
- 2 Robledal Sagrado
- 3 Aldea Silvana de Lórien
- 4 Cascada de la Pureza
- 5 Círculo de las Piedras
- 6 Santuario de Elyndor
- 7 Paso del Guardabosques
- 8 Frontera Norte



RECURSOS DEL BOSQUE

- Maderas nobles: roble, haya, pino plateado.
- Hierbas medicinales y plantas sagradas.
- Resinas y aceites esenciales.
- Frutas y frutos silvestres.
- Piedras de espíritu y cristales naturales.

LEY DEL BOSQUE

Quien entra en Elyndor con respeto, encuentra refugio y sabiduría. Quien lo profana, encuentra silencio y oscuridad.



RINCONES DE ELYNDOR



Círculo sagrado donde se realizan ceremonias ancestrales y se escucha la voz de los antiguos espíritus.



Aguas que caen desde las alturas y purifican el cuerpo y el alma. Lugar de peregrinación y renovación espiritual.



Hogar de los elfos silvanos, artesanos y sabios del bosque. Viven en equilibrio con la tierra y sus ciclos.



Templo natural donde druidas y guardianes canalizan la magia ancestral para proteger el reino y el equilibrio.



Robles milenarios que forman un dosel que nunca se corta. Se dice que cada árbol guarda un recuerdo del reino.



CIERVO DE ELYNDOR
Símbolo de gracia y nobleza. Guía a los viajeros perdidos.



LOBO GRIS
Protector de los territorios y aliado de los guardianes.



LECHUZA PLATEADA
Vigía del bosque. Mensajera entre los druidas y los espíritus.



GUARDIÁN ARBÓREO
Antiguos seres que defienden el bosque desde tiempos remotos.

EN ELYNDOR, CADA HOJA SUSURRA HISTORIAS Y CADA RAÍZ SOSTIENE EL FUTURO DE VALANDOR.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECEER

LÁMINA VIII

EL VALLE DE ARHEN

Corazón agrícola del reino y cuna de su abundancia. El Valle de Arhen se extiende entre colinas suaves y ríos cristalinos, regando tierras fértiles, aldeas laboriosas y tradiciones que alimentan a Valandor desde tiempos antiguos.

DATOS DEL VALLE

- Ubicación: Región central de Elyndor, al sur de la capital.
- Extensión: 1.200 km² aprox.
- Población: 85.000 habitantes aprox.
- Actividades principales: Agricultura, ganadería, molinos, comercio regional.
- Riquezas: Granos, frutas, vinos, lana, miel y hierbas medicinales.
- Importancia: Provee la mayor parte de los alimentos al reino y sostiene la economía de Valandor.



"Donde el trabajo es honrado y la tierra es cuidada, allí el reino permanece fuerte."



TIERRAS FÉRTILES, PUEBLO TRABAJADOR, ABUNDANCIA PARA EL REINO.

COLINAS DE ARHEN
Suaves elevaciones cubiertas de pastos y viñedos, protegen el valle de los vientos del norte.

RÍO ARHEN
Aguas puras que cruzan el valle, mueven molinos y dan vida a los cultivos y a las gentes.

CAMPOS DORADOS
Trigo, cebada y centeno crecen en estas tierras fértiles que sostienen al reino.

ALDEAS Y CASERIOS
Hogares de familias laboriosas que mantienen vivas las tradiciones del valle.

MOLINOS DE ARHEN
Ingenuo y tradición que transforman el fruto de la tierra en sustento y riqueza.

VIÑEDOS Y HUERTAS
Viñedos, manzanos y huertas proveen vinos, frutas y sabores apreciados en todo el reino.

MAPA DEL VALLE DE ARHEN



- 1 Puente de Arhen
- 2 Molino del Norte
- 3 Villa de Arhentor
- 4 Campos de Grano
- 5 Viñedos del Este
- 6 Aldea de Las Fuentes
- 7 Bosque de los Robles

SIMBOLOGÍA DEL VALLE

- Tierras de cultivo
- Viñedos y huertas
- Bosques
- Ríos y arroyos
- Caminos principales
- Aldeas y villas

LA COSECHA



Cada estación trae su fruto y con él, la gratitud del pueblo por la generosidad de la tierra.

FERIA DE ARHENTOR



En la feria se reúnen mercaderes de todo el reino para intercambiar bienes, noticias y amistad.

GANADERÍAS



Rebaños y hatos pastan en las llanuras, proveyendo carne, leche, lana y cuero de la más alta calidad.

VIEJOS ROBLES



Guardianes silenciosos del valle, sus raíces recuerdan historias que solo el tiempo conoce.

CAMINOS DEL VALLE



Rutas que conectan aldeas y ciudades, llevando prosperidad y unión a cada rincón.

NOTAS HISTÓRICAS

Desde la fundación de Valandor, el Valle de Arhen ha sido el granero del reino. Sus habitantes, libres y orgullosos, han jurado siempre lealtad al trono a cambio de justicia y protección para sus tierras y familias.



UN VALLE QUE ALIMENTA EL CUERPO DEL REINO Y NUTRE SU ESPÍRITU.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECEER

LÁMINA IX

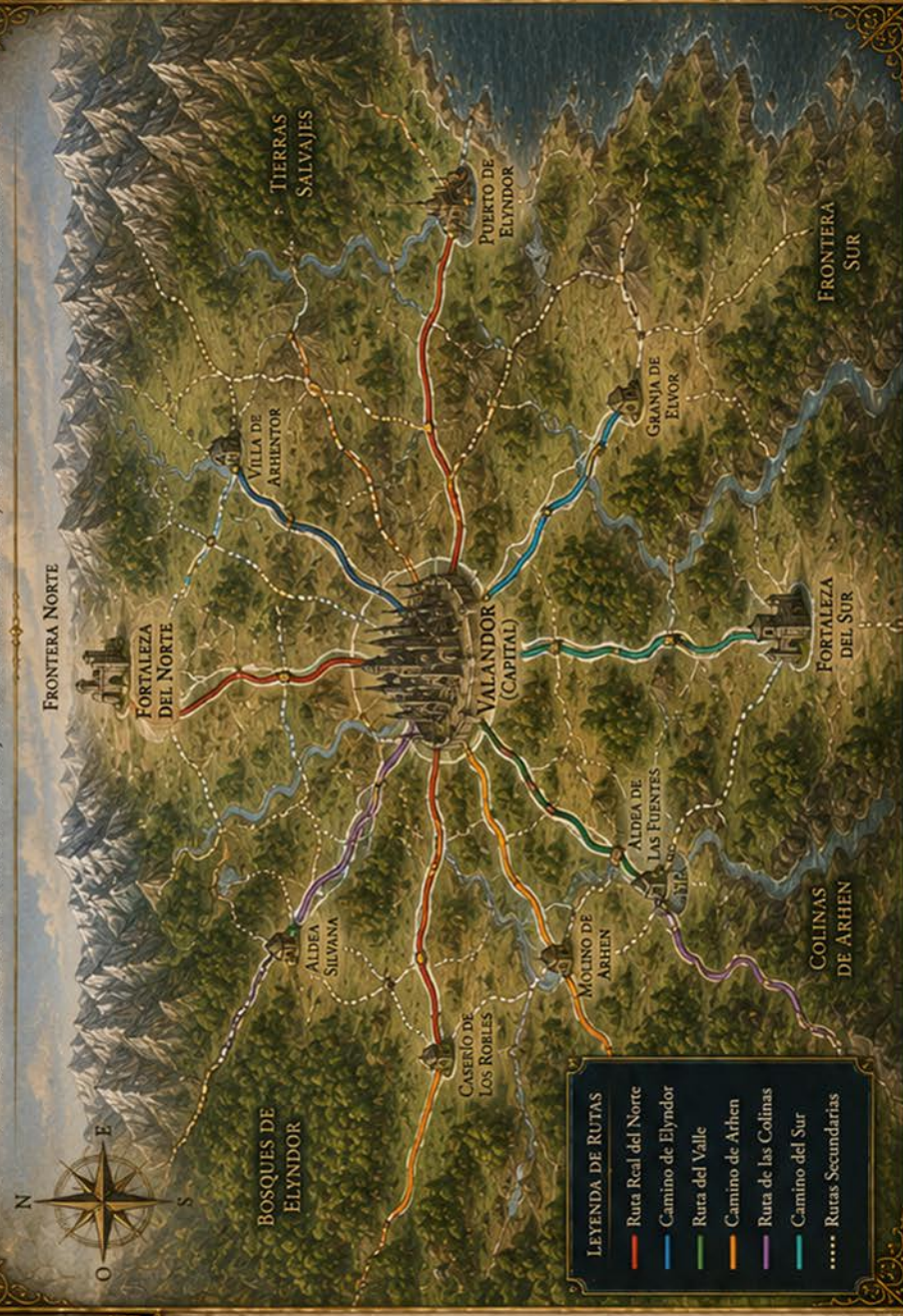
LAS GRANDES RUTAS DEL REINO

Las rutas que atraviesan Valandor son venas de vida que conectan ciudades, aldeas y fortalezas, llevando comercio, noticias, ejércitos y esperanza a cada rincón del reino. Desde tiempos antiguos, han sido custodiadas y mantenidas como símbolo de unidad y prosperidad.

DATOS GENERALES

- Red vial principal: 7 grandes rutas.
- Rutas secundarias: Más de 40 caminos de conexión.
- Mantenimiento: A cargo del Consejo del Reino y los gremios de caminos.
- Seguridad: Patrullas reales, puestos de vigilancia y alianzas con guardianes locales.
- Importancia: Esenciales para el comercio, la comunicación y la defensa del reino.

CONECTAN DISTANCIAS, UNEN PUEBLOS, FORTALECEN EL REINO.



LEYENDA DE RUTAS

- Ruta Real del Norte
- Camino de Elyndor
- Ruta del Valle
- Camino de Arhen
- Ruta de las Colinas
- Camino del Sur
- Rutas Secundarias

LAS SIETE GRANDES RUTAS

- 1 RUTA REAL DEL NORTE**
Conecta Valandor con la Fortaleza del Norte y los pueblos fronterizos. Vía estratégica para la defensa y el comercio septentrional.
- 2 CAMINO DE ELYNDOR**
Une la capital con el puerto de Elyndor, principal acceso marítimo del reino y puerta hacia otros territorios.
- 3 RUTA DEL VALLE**
Atraviesa el fértil Valle de Arhen, conectando granjas, aldeas y mercados con el corazón del reino.
- 4 CAMINO DE ARHEN**
Recorre las Colinas de Arhen, uniendo molinos, viñedos y caseríos con la capital y las rutas del oeste.
- 5 RUTA DE LAS COLINAS**
Vía antigua que cruza las tierras altas y conecta comunidades tradicionales de gran sabiduría ancestral.
- 6 CAMINO DEL SUR**
Enlaza Valandor con la Fortaleza del Sur y las tierras meridionales, protegiendo las fronteras y el comercio.
- 7 RUTAS SECUNDARIAS**
Caminos y senderos que conectan aldeas, campos y bosques. Esenciales para la vida cotidiana del reino.

PAISAJES A LO LARGO DE LAS RUTAS

1 RUTA REAL DEL NORTE	2 CAMINO DE ELYNDOR	3 RUTA DEL VALLE	4 CAMINO DE ARHEN	5 RUTA DE LAS COLINAS	6 CAMINO DEL SUR	7 RUTAS SECUNDARIAS

CUSTODIA Y HONOR

Cada ruta es protegida por la Guardia Real, los Guardianes de los Caminos y los pactos con las comunidades locales. Recorrerlas es más que viajar: es formar parte de la historia de Valandor.



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECEER

LÁMINA X

LA GUARDIA DE VALANDOR

Escudo del rey, brazo de la ley y honor del reino. La Guardia de Valandor protege a su pueblo, custodia los caminos y mantiene la paz. Entrenados desde la juventud, juran servir con lealtad, valentía y rectitud hasta su último aliento.

DATOS GENERALES

- Fundación:** Tiempos del Rey Aethar I.
- Misión:** Proteger al rey, al reino y a su gente.
- Lema:** "Honor en el corazón, justicia en la espada."
- Efectivos:** 3.000 guardiános aprox.
- División:** Caballeros, Centinelas, Exploradores, Arqueros y Guardia Real.
- Jurisdicción:** Todo el territorio de Valandor y sus fronteras.

"NO BUSCAMOS LA GLORIA, SINO EL DEBER. NO DESEAMOS EL PODER, SINO PROTEGER."

GUARDIA REAL

Custodian al rey y a su familia. Elegidos entre los mejores caballeros del reino. Su lealtad es absoluta.

CENTINELAS

Guardiános de las murallas y fortalezas. Vigilan día y noche, alerta ante cualquier amenaza.

EXPLORADORES

Ojos del reino. Recorren bosques y caminos, vigilan las fronteras y llevan noticias.

CABALLEROS

Fuerza principal del reino. Defienden en batalla y mantienen el orden en tiempos de paz.

ARQUEROS

Precisión y alcance. Defienden a distancia y cubren a las tropas en todo terreno.

JERARQUÍA DE LA GUARDIA

	COMANDANTE SUPREMO Máxima autoridad militar de la Guardia.
	CAPTÁN GENERAL Dirige las grandes operaciones y estrategias del reino.
	CAPTÁN DE GUARNICIÓN Responsable de fortalezas, ciudades y destacamentos.
	TENIENTE Líder de compañías y asegura el cumplimiento de órdenes.
	SARGENTO Instruye, disciplina y guía a los guardiános en el campo.
	GUARDIÁN Corazón de la Guardia. Juró proteger a Valandor con honor y lealtad.

EQUIPO Y ARMAMENTO



Cada guardián cuida su equipo como símbolo de su honor.

ENTRENAMIENTO Y DISCIPLINA

INSTRUCCIÓN	EQUITACIÓN	TIRO CON ARCO	FUERZA Y RESISTENCIA	DISCIPLINA Y LEY
Formación en armas, táctica y defensa personal.	Domínio del caballo, carga y maniobras de combate.	Precisión, puntería y control en cualquier condición.	Entrenamiento físico diario para cuerpo y mente.	Estudio de las leyes del reino y el código del guardián.

"Desde el amanecer hasta el anochecer, entrenamos para un solo momento: cuando Valandor nos necesite."

ESTANDARTES Y SÍMBOLOS



El león dorado simboliza la realeza y la protección. El azul profundo representa lealtad y verdad. Cada guardián lleva estos colores con orgullo y honra.

VALORES DE LA GUARDIA

	LEALTAD Servimos al rey y al reino sin trincar.
	VALENTÍA Enfrentamos el peligro sin buscar gloria.
	HONOR Nuestra palabra es nuestro vínculo sagrado.
	JUSTICIA Defendemos al débil y castigamos al mal.
	DISCIPLINA El orden en nosotros es la fuerza del reino.
	SACRIFICIO Si es necesario, damos la vida por Valandor.



HONOR - LEALTAD - JUSTICIA

SOMOS LA ESPADA QUE DEFIENDE. SOMOS EL ESCUDO QUE PROTEGE. SOMOS LA GUARDIA DE VALANDOR.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECEER

LÁMINA XI

ARMAS Y ARMADURAS DEL REINO

Cada pieza es creada por los herreros reales y bendecida en el Templo de Elysia. El diseño busca la armonía entre la defensa, la movilidad y el honor, reflejando la esencia de Valandor: fuerza con justicia.

FORJAS REALES

Ubicadas en la Aldea de las Fuentes y protegidas por la Guardia de Guarnición, las forjas reales emplean técnicas ancestrales transmitidas por generaciones.



MATERIALES NOBLES

ACERO VALANDORIANO

Aleación de gran pureza, flexible y resistente, forjada con carbón de los Bosques de Elyndor.

BRONCE SOLAR

Utilizado en detalles decorativos y refuerzos. Simboliza la luz de Elysia.

PLATA LUNAR

Empleada en grabados sagrados y ceremoniales.

PIEDRA DE ELYNDOR

Cristales protectores que armonizan cuerpo y espíritu.

FORJADAS EN HONOR. TEMPLADAS EN DEBER.

Las armas y armaduras de Valandor son símbolo de protección, disciplina y lealtad al reino y a su gente.

ARMADURAS DEL REINO

ARMADURA REAL DE CEREMONIA



Usada por el rey y su guardia de honor en ceremonias y audiencias. Representa la unidad del reino.

ARMADURA DE CABALLEROS



Equilibrio perfecto entre protección y movilidad. Usada en batalla por la caballería del reino.

ARMADURA DE CENTINELAS



Robusta y confiable. Protege las murallas y los puntos estratégicos de Valandor.

ARMADURA DE ARQUEROS



Ligera y silenciosa. Diseñada para la agilidad y precisión en cualquier terreno.

ARMADURA DE EXPLORADORES



Flexible y resistente a las duras condiciones. Ideal para largas jornadas y misiones de sigilo.

ARMAS PRINCIPALES

ESPADAS REAL

Símbolo supremo del poder legítimo. Forjada con acero valandoriano y grabada con runas de justicia.



ESPADAS LARGAS

Arma principal de los caballeros. Eficaz en ataque y defensa.



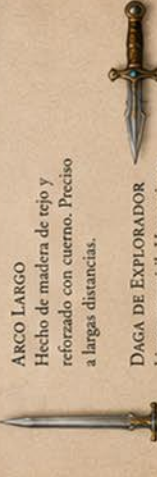
LANZA DE GUARDIA

Usada por la Guardia Real y los Centinelas. Mantiene la formación y protege al reino.



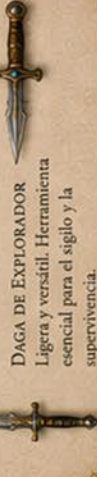
ARCO LARGO

Hecho de madera de tejo y reforzado con cuerno. Preciso a largas distancias.



DAGA DE EXPLORADOR

Ligera y versátil. Herramienta esencial para el sigilo y la supervivencia.



DETALLES Y GRABADOS



Cada arma y armadura lleva grabados sagrados que invocan la protección de Elysia y el coraje de los antiguos héroes de Valandor.

BENDICIÓN DE ELYSIA



Antes de su entrega, cada arma y armadura es bendecida en el Templo de Elysia, invocando luz, sabiduría y protección para quien la porta.

LA FUERZA PROTEGE. LA JUSTICIA GUIA. EL HONOR PERMANECE.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA XII

ESTANDARTES Y HERÁLDICA

Los estandartes ondean donde la palabra no alcanza. Son memoria, juramento y símbolo vivo de la identidad de Valandor y sus casas. Cada color, cada figura y cada metal cuentan la historia de nuestra sangre, nuestras alianzas y nuestra misión.

SIGNIFICADO DE LOS COLORES

- AZUL PROFUNDO:** Lealtad, justicia y verdad.
- DORADO:** Honor, nobleza y gloria.
- PLATA:** Sabiduría, pureza y protección.
- VERDE:** Esperanza, naturaleza y vida.
- ROJO:** Valor, sacrificio y fuerza.
- NEGRO:** Disciplina, firmeza y luto digno.

NUESTROS ESTANDARTES, NUESTRA VOZ EN EL VIENTO.

ESTANDARTES PRINCIPALES DEL REINO



ESTANDARTE REAL DE VALANDOR
El león dorado en campo azul representa la realeza, la unidad del reino y la protección del linaje.



ESTANDARTE DEL CONSEJO REAL
La corona rodeada de laurel simboliza la sabiduría, el gobierno justo y la unión de los consejeros del reino.



ESTANDARTE DE ELYNDOR
El árbol de Elyndor honra los bosques sagrados y la vida que nace bajo la luz de los dos soles.



ESTANDARTE DEL TEMPLO DE ELYSIA
La estrella de ocho puntas simboliza la luz divina, la guía espiritual y la sabiduría ancestral.



ESTANDARTE DE LA GUARDIA REAL
La espada y laurel coronado simbolizan la defensa del reino, el honor en batalla y el juramento eterno.

HERÁLDICA DEL REINO



ESCUDO REAL DE VALANDOR

El león dorado rampante, coronado, sobre campo azul, es el símbolo supremo de Valandor. Representa el valor, la justicia y la protección de nuestro pueblo bajo el legado de Aethar.

MOTIVOS HERÁLDICOS



LEÓN: VALOR Y REALEZA
TORRE: PROTECCIÓN Y FORTALEZA
ESPAÑA: JUSTICIA Y DEFENSA
ESTRELLA: GUÍA Y DESTINO
ÁRBOL: VIDA Y SABIDURÍA

ESTANDARTES DE LAS CASAS NOBLES



CASA DE LYNDOR
La torre plateada representa la firmeza y la vigilancia de las fronteras del norte.

CASA DE ARHEN
El cervatillo simboliza la nobleza antigua y la conexión con los valles fértiles de Aethon.

CASA DE THALMOR
El grifo plateado encarna la sabiduría, el coraje y la defensa de los conocimientos del reino.

CASA DE DURIN
El jabalí dorado representa la fuerza indomable, la lealtad en la batalla y la resistencia.

CASA DE VALMOR
El ave de fuego simboliza el renacer. La púrpura noble y la inspiración del pueblo en tiempos de guerra.

CASA DE HAEL
El navío dorado honra el comercio, los viajes y la destreza en los mares de Elyndor.

DISPOSICIÓN EN CAMPO DE BATALLA



En la batalla, cada estandarte indica el lugar, la unidad y el propósito. Bajo ellos marchamos unidos, y bajo ellos venceremos.

USO Y PROTOCOLO

- El Estandarte Real siempre encabezará la formación.
- Los estandartes de las casas nobles marcharán según el lugar asignado por el Consejo de Guerra.
- Jamás debe tocar el suelo un estandarte de Valandor.
- Capturar un estandarte enemigo es señal de victoria y honor en combate.

SELLOS Y MARCAS OFICIALES



JURAMENTO BAJO EL ESTANDARTE

"Juramos bajo nuestros estandartes, por el honor de nuestros ancestros y la gloria de nuestros descendientes, defender Valandor con lealtad, justicia y sacrificio, hasta nuestro último aliento."



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA XIII

LOS PERSONAJES PRINCIPALES

Cada reino se sostiene sobre la fuerza de sus líderes y el valor de sus corazones. Estos son los personajes cuyo destino entrelaza el presente y el futuro de Valandor.

LEGENDA DE ROLES



Realza



Consejo y liderazgo



Guardianes y protectores



Fe y sabiduría



Guerreros y estrategas



"No son los nombres los que hacen grande a un reino, sino las decisiones que marcan su camino."



EL DESTINO DE VALANDOR DESCANSA EN LAS DECISIONES DE UNOS POCOS, ELEGIDOS POR EL HONOR Y LA LEALTAD.



ERADAN DE VALANDOR
Rey de Valandor

Heredero del trono y líder del reino. Justo, valiente y sabio más allá de su juventud. Su visión de unidad y prosperidad guía a Valandor hacia un nuevo amanecer.



LIRAE DE VALANDOR
Princesa heredera

Hermana de Eradan e inteligente estadista. Su compasión y firmeza inspiran al pueblo y fortalecen las alianzas del reino. Su destino está ligado al futuro de Valandor.



LORD AELDRIC DE LYNDORF
Consejero Real

Maestro de la estrategia y la diplomacia. Leal al rey desde su juventud. Su experiencia es el cimiento que sostiene las decisiones del trono.



SERYNNA GUARDABOSQUES
Guardiana de Elyndor

Protectora de los bosques y sus antiguos secretos. Conoce los senderos ocultos y escucha la voz de la naturaleza. Aliada incondicional de Valandor.



MAESTRO ELYON DE ELYSIA
Sumo Sacerdote

Guía espiritual del reino y voz del Templo de Elysia. Sus consejos iluminan el camino de Eradan y fortalecen la fe del pueblo en tiempos de duda.



CAPITÁN DAREK VAN HAE
Comandante de la Guardia

Guardián de la frontera y espada fiel de la corona. Su honor en la batalla y su lealtad inquebrantable son un escudo para el rey y para todo el reino.

SUS VÍNCULOS, SU FUERZA



CASA REAL DE VALANDOR



Unidos por la sangre, la lealtad y el destino, trabajan juntos por el bienestar de Valandor y la gloria de su pueblo.

PERSONAJES SECUNDARIOS DESTACADOS



MAESTRO ORWEN DE THALMOR
Canciller del Reino

Erudito y diplomático. Administra los asuntos internos y mantiene la paz entre las casas nobles.



LADY ISOLDE DE ARHEN
Tesorera Real

Administra los recursos del reino con sabiduría y justicia. vela por la prosperidad del pueblo.



THORIN HIJO DE DURIN
Maestro Herrero

Forjador de armas reales y defensor de las antiguas tradiciones en las montañas de Elyndor.



HERALDA MYRA DE LYSANDRA
Voz del Templo

Mensajera del Templo de Elysia. Lleva palabras de esperanza y consuelo a todo el reino.



SARGENTO KAE DE LA FRONTERA
Líder de Exploradores

Explorador y táctico. Sus informes protegen al reino de amenazas antes de que lleguen.

EL HILO DEL DESTINO

Las decisiones de estos personajes escribirán la historia que las futuras generaciones recordarán.

Sus virtudes y sus pruebas, sus alianzas y sacrificios, forjarán el legado que perdurará más allá de sus vidas.



UN REINO ES TAN FUERTE COMO LOS CORAZONES QUE LO GUÍAN.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

LÁMINA XIV

LA GENEALOGÍA DE LA CASA DE AETHAR

La Casa de Aethar ha guiado los destinos de Valandor desde tiempos inmemoriales. De su linaje nacen reyes, consejeros y guardianes que han defendido el reino con sabiduría, honor y sacrificio. Esta es la línea de sangre que sostiene el trono y custodia el legado de nuestros ancestros.

SÍMBOLOS DE LA CASA



- León Dorado: Coraje y realza
- Corona: Autoridad y legado
- Espada: Justicia y protección
- Rama de Roble: Sabiduría y raíces ancestrales
- Estrella de la Aurora: Guía y destino

«Nuestra sangre es antigua,
pero nuestro deber es eterno.»

— Juramento de la Casa de Aethar



UN LINAJE FORJADO EN HONOR. UNA HERENCIA QUE TRASCIENDE EL TIEMPO.



LEYENDA DE LA GENEALOGÍA — Línea de sangre — Heredero / Heredera — Rama lateral

DE AETHAR VENIMOS. A VALANDOR SERVIMOS. EN EL FUTURO PERDURAREMOS.

CRÓNICA DE LA CASA DE AETHAR

Desde el primer amanecer de nuestra historia, la Casa de Aethar ha sido faro y cimiento de Valandor. Reyes y reinas, guerreros y consejeros, sabios y sanadores, todos unidos por un juramento irrevocable:

Proteger al reino, servir al pueblo y honrar a los ancestros.



PRINCIPIOS DE LA CASA



HONOR

Actuamos siempre con rectitud.



LEALTAD

Nuestra palabra es nuestro vínculo.



SABIDURÍA

Escuchamos el pasado para guiar el futuro.



PROTECCIÓN

Defendemos al reino y a su gente.



UNIDAD

Somos uno en la diversidad de nuestro pueblo.

EL FUTURO DEL LINAJE



El destino de Valandor descansa en las decisiones de hoy. Que los que vengan después de nosotros encuentren en nuestro legado un camino de luz y esperanza.

ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECECER

LÁMINA XV

CRONOLOGÍA DEL TOMO I

La historia de Valandor se despliega a través de generaciones, guerras y juramentos. Esta cronología recoge los acontecimientos principales del Tomo I, desde los orígenes de la Casa de Aethar hasta los albores de una nueva era.

LEYENDA DE SÍMBOLOS

- Político / Dinástico
- Militar / Conflicto
- Exploración / Descubrimiento
- Cultural / Religioso

"El tiempo no borra lo escrito con honor, solo prepara el camino para lo que vendrá."

— Crónicas de Valandor

CRONOLOGÍA DEL TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

1. LA UNIFICACIÓN DE AETHAR 0 - 200 A.E.	2. LA FUNDACIÓN DE LA CAPITAL 201 - 250 A.E.	3. LA ALIANZA DE ELYNDOR 251 - 300 A.E.	4. LA EXPEDICIÓN AL NORTE 301 - 350 A.E.	5. LA GUERRA DE LAS SOMBRAS 351 - 400 A.E.	6. EL CONCILIO DE ELYSIA 401 - 450 A.E.	7. LA PAZ DEL AMANECECER 451 - 500 A.E.
Aethar el Fundador unifica los clanes de Valandor tras siglos de división. Nace el Reino de Valandor bajo un juramento de honor y justicia.	El rey Dorian I ordena la construcción de la Casa Real y la ciudad fortaleza de Valandor, símbolo de unidad, fe y poder.	Se firma la Alianza de Elyndor entre humanos y elfos. Comienza una época de cooperación y prosperidad.	Los exploradores de Valandor abren rutas hacia los Bosques Helados. Se amplían las fronteras y el conocimiento del reino.	Antiguas fuerzas oscuras emergen desde el norte. La Guardia Real defiende el reino en una guerra que deja profundas cicatrices.	Sabios y líderes se reúnen en el Templo de Elysia para establecer las Leyes del Reino y los juramentos sagrados.	Tras años de conflicto, llega una era de paz y reconstrucción. Valandor florece bajo la sabiduría de sus reyes.

DEL ORIGEN A LA CONSOLIDACIÓN DEL REINO

8. EL LEGADO DE LYNDORF 501 - 550 A.E.	9. EL DESPERTAR DE ELYNDOR 551 - 600 A.E.	10. LA REBELIÓN DE THALMOR 601 - 650 A.E.	11. LA RECONCILIACIÓN DE LOS PUEBLOS 651 - 700 A.E.	12. LAS GRANDES CONSTRUCCIONES 701 - 800 A.E.	13. LA AMENAZA DEL NORTE 801 - 900 A.E.	14. EL LEGADO DE AETHAR 901 - 950 A.E.
Lord Kaelon de Lyndorf fortalece las fronteras y establece alianzas con pueblos libres. Su legado perdura en la estrategia y el honor.	Los guardianes de Elyndor renuevan su vínculo con la tierra. La naturaleza y la magia antigua florecen nuevamente.	Nobleza ambiciosa intenta fracturar el reino. La lealtad de la Guardia y del pueblo evita la caída de Valandor.	Se firma el Pacto de Arhen, sellando la paz entre humanos, elfos y enanos. Nace una era de cooperación verdadera.	Se levantan puentes, acueductos y fortalezas que conectan los reinos. Valandor alcanza su máximo esplendor.	Se reportan movimientos en las tierras heladas. Antiguas sombras se reúnen. Los presagios anuncian tiempos difíciles.	Las nuevas generaciones reciben el legado de Aethar. El futuro del reino dependerá de la unidad, el valor y la sabiduría.

DE LA CONSOLIDACIÓN A LOS ALBORES DEL DESTINO

HITOS TRANSVERSALES DEL TOMO I

- El honor y la lealtad son el fundamento del reino.
- La unidad entre los pueblos garantiza la fortaleza.
- La exploración y el conocimiento abren nuevos caminos.
- Las leyes y juramentos mantienen el equilibrio y la justicia.
- La naturaleza y lo sagrado guían y protegen Valandor.
- La vigilancia constante asegura la paz del mañana.

EL PASADO ES MEMORIA. EL PRESENTE, RESPONSABILIDAD. EL FUTURO, NUESTRO LEGADO.

CRÓNICA DEL TOMO I

Este tomo narra los cimientos del reino, los lazos que lo sostienen y los desafíos que lo han forjado. Cada acontecimiento es un eco del juramento original de Aethar: proteger al pueblo, honrar a los ancestros y construir un legado que trascienda el tiempo.



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECECER

LÁMINA XVI

EL LEGADO
COMIENZA*El amanecer de una nueva era*

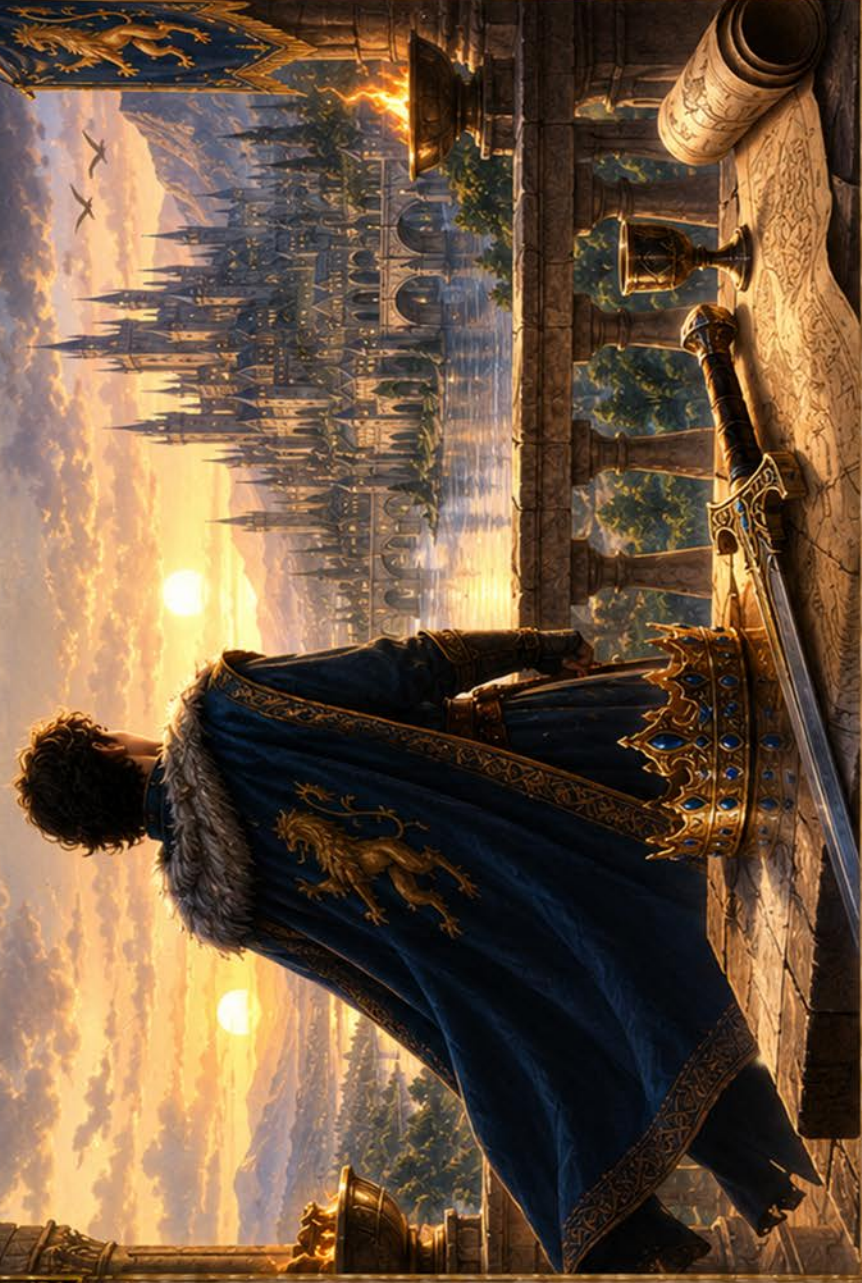
El legado de Aethar no es solo una herencia de sangre, sino un juramento que atraviesa el tiempo.

Con el fin de este primer tomo, Valandor emerge más fuerte, unido por la esperanza y la promesa de un futuro donde el honor sigue guiando los destinos de su pueblo.

LO QUE HEMOS VIVIDO

-  El origen de un reino.
-  El nacimiento de una dinastía.
-  La alianza de los pueblos de Elyndor.
-  Las primeras pruebas de la Guardia Real.
-  El resurgir de la fe y la sabiduría.

"Todo gran reino nace de un sueño... y perdura mientras haya quienes crean en él."



EL LEGADO DE AETHAR

Eradan de Valandor es más que la crónica de un reino. Es la historia de un pueblo que elige la luz en medio de la incertidumbre, y que sabe que el verdadero poder nace de la unión, la justicia y el sacrificio.



LO QUE VIENE

-  Nuevos desafíos en las fronteras.
-  Sombras que aún acechan más allá de Elyndor.
-  El crecimiento de una nueva generación.
-  El destino de Valandor escrito en las estrellas.

MENSAJES DEL REINO



"El verdadero líder no busca poder, sino servir a su pueblo."
— Eradan de Valandor



"La esperanza es la fuerza que enciende el mañana."
— Lirael de Valandor



"Un reino es tan fuerte como la nobleza de sus corazones."
— Aethar I



"La naturaleza nos enseña que todo renace, si sabemos cuidar su alma."
— Serynna



"El conocimiento es la luz que guía en la oscuridad."
— Maestro Elyon



"Defender a Valandor es el más alto honor que un hombre puede tener."
— Capitán Darck



EL LEGADO CONTINÚA...

PORQUE TODA GRAN HISTORIA ES SOLO EL COMIENZO DE OTRA AÚN MÁS GRANDE.



ERADAN DE VALANDOR

TOMO I — EL LEGADO DE AETHAR

LOS REINOS DEL AMANECER

*"No buscamos poder por conquista,
sino grandeza por servicio."*

— Juramento de Aethar I

Un reino forjado en la guerra,
un linaje unido por el honor,
un legado que trascenderá el tiempo.

Este Portafolio Ilustrado nos sumerge en el corazón de Valandor, tierra de castillos, bosques eternos y juramentos sagrados. A través de dieciséis láminas de arte e historia, descubrimos la grandeza de un reino que eligió la luz como destino.

ESTE PORTAFOLIO INCLUYE

- I. El Reino de Valandor
- II. La Ciudad de Valandor
- III. La Casa de Aethar
- IV. El Palacio Real
- V. El Consejo del Reino
- VI. El Templo de Elysia
- VII. Los Bosques de Elyndor
- VIII. El Valle de Arhen
- IX. Las Grandes Rutas del Reino
- X. La Guardia de Valandor
- XI. Armas y Armaduras del Reino
- XII. Estandartes y Heráldica
- XIII. Los Personajes Principales
- XIV. La Genealogía de la Casa de Aethar
- XV. Cronología del Tomo I
- XVI. El Legado Comienza



Una obra esencial para los amantes
de la fantasía épica, la historia y los mundos imaginarios.



PORTAFOLIO ILUSTRADO OFICIAL
EDICIÓN MAESTRA 1.0

TODA VERDAD COMIENZA CON UNA PREGUNTA.



EN ERYNDOR, LA MEMORIA ES EL ÚNICO ESCUDO
CONTRA EL OLVIDO.

«No existen victorias eternas,
solo el eco de quienes se atrevieron a ser leyenda.»



En las tierras de Eryndor, mucho antes de que las estrellas fueran observadas desde el frío cristal de las torres del futuro, los reinos se levantaron bajo el amparo de la honor y la palabra.

Eradan de Valandor es la crónica de una era de leyenda. Una historia donde el valor forja destinos, la lealtad sostiene reinos y los secretos ancestrales pueden cambiar el curso de la historia.

El Legado de Aethar es el primer tomo de esta saga épica. En él, el joven Eradan, heredero de un linaje antiguo, deberá enfrentar las sombras que amenazan con desgarrar su mundo y descubrir el verdadero alcance del legado que lleva en su sangre.

Entre batallas, alianzas, traiciones y profecías olvidadas, comienza la búsqueda que lo convertirá en mucho más que un príncipe: en el guardián de la memoria de su pueblo.



+ UN MUNDO. UNA ERA. UNA LEYENDA. +



EN ESTE TOMO I ENCONTRARÁS:

- ✦ La historia del linaje de los Aethar.
- ✦ Los reinos de Valandor y sus alianzas.
- ✦ Mapas y crónicas de la era antigua.
- ✦ Personajes inolvidables.
- ✦ El nacimiento de una leyenda.



HONOR · LEALTAD · MEMORIA · DESTINO



Historias que despiertan
la memoria del alma.

UNIVERSO DYSARA
CRÓNICAS DE ERYNDOR
EL PRIMER CICLO DE ERYNDOR

— Toda verdad comienza con una pregunta. —